



# Balzac

## LA COMEDIA HUMANA

*El hijo maldito*

*Adios*

*Las Maraña*

*El recluta*

*El verdugo*

*Un drama a orillas del mar*

*Maese Cornelius*

*La posada roja*

TOMO XXVII



Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: *La Comedia Humana*».

Balzac

**Lectulandia**

Honoré de Balzac

# **El hijo maldito y otras historias**

**La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - 27**

ePub r1.1

Piolin 07.03.16

Título original: *La Comédie humaine*  
Honoré de Balzac, 1836  
Traducción: Antonio Ribera & José María Aymamí  
Diseño de cubierta: Piolin  
Escaneo: danielus

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

El hijo maldito.

Traducción: Antonio Ribera

Adiós.

Las Maraña.

El recluta.

El verdugo.

Un drama a orillas del mar.

Maese Cornelius

La posada roja.

Traducción: José María Aymamí



# **EL HIJO MALDITO**



A la señora baronesa  
James de Rothschild.

# COMO VIVIÓ LA MADRE

## I

### UN DORMITORIO DEL SIGLO XVI

Cierta noche de invierno y sobre las dos de la madrugada, la condesa Juana d'Hérouville experimentó tan vivos dolores, que, a pesar de su inexperiencia, presintió un próximo alumbramiento; el instinto que nos mueve a cambiar de postura para buscar alivio, la aconsejó ponerse sentada, sea para estudiar la naturaleza de sufrimientos por entero nuevos, o para reflexionar sobre su situación. Era presa de crueles temores causados menos por los riesgos del primer parto, ante el que se atemorizan la mayoría de las mujeres, que por los peligros que esperaban a la criatura. Para no despertar a su esposo, acostado a su lado, la pobre mujer adoptó las precauciones que un profundo terror hacía tan minuciosas como pueden serlo las de un prisionero que se evade. Aunque los dolores se manifestaran cada vez con mayor intensidad cesó de sentirlos, a tal punto concentró sus fuerzas en la penosa empresa de apoyar sobre la almohada sus dos húmedas manos, a fin de hacer variar a su dolorido cuerpo la postura en que se encontraba sin energía. Al menor crujido de la colcha de muaré verde bajo la que había dormido desde pocos días después de contraer matrimonio, se detenía como si hubiese tañido una campana. Obligada a espiar al conde, repartía su atención entre los pliegues de la chillona tela y un ancho rostro atezado, cuyo bigote le rozaba el hombro. Si el marido realizaba algún movimiento respiratorio excesivamente ruidoso la inspiraba súbitos temores que reavivaban el brillo bermellón que su doble angustia infundía a sus mejillas.

El criminal que ha conseguido llegar de noche hasta la puerta de su prisión, e intenta hacer girar sin ruido en una inexorable cerradura la llave que ha encontrado, no es más tímidamente audaz. Cuando la condesa logró quedar sentada sin haber despertado a su guardián, dejó escapar un gesto de alegría infantil, en el que se revelaba la conmovedora ingenuidad de su carácter; mas la sonrisa aflorada a medias a sus ardorosos labios, fue prontamente reprimida: un pensamiento fue a oscurecer su pura frente, y sus grandes ojos azules recobraron su expresión triste. Lanzó un suspiro y volvió a posar sus manos, no sin prudentes precauciones, sobre la almohada conyugal. Luego, como si por primera vez desde su boda se hallara libre de sus acciones y de sus pensamientos, miró a las cosas que en torno a ella había, tendiendo el cuello con ligeros movimientos semejantes a los de un pájaro enjaulado. Viéndola así fácilmente habríase adivinado que otrora fue todo alegría y retozo, pero que, repentinamente, el destino había segado sus primeras esperanzas y trocado su ingenuo y alborozado júbilo en melancolía.

La habitación era una de aquellas que, todavía actualmente, algunos porteros

octogenarios muestran a los viajeros que visitan los viejos castillos, diciéndoles: «Esta es la habitación de gala en la que durmió Luis XIII». Bellas tapicerías, de tonos generalmente pardos, encuadradas por grandes cenefas de madera de nogal, cuyas delicadas tallas habían sido ennegrecidas por el tiempo. En el techo, las vigas formaban artesonados ornados de arabescos, al estilo del siglo precedente, y que conservaban los colores del castaño. Aquellas decoraciones llenas de tonos severos reflejaban tan poco la luz, que resultaba difícil apreciar sus dibujos, hasta cuando el sol daba de lleno en aquella estancia de elevadas paredes, amplia y larga. Así, la lámpara de plata, colocada sobre la repisa de una vasta chimenea, la iluminaba tan débilmente, que su tembloroso resplandor podía ser comparado al de esas nebulosas estrellas que, fugazmente, atraviesan el velo grisáceo de una noche de otoño. Las profusas estatuillas que había sobre el mármol de aquella chimenea, situada frente al lecho de la condesa, representaban figuras tan grotescamente espantosas, que no osaba posar allí sus miradas, temiendo que cobrasen vida o bien oír salir una restallante risa de sus bocas pasmadas y deformes. En aquel momento, una horrible tempestad gruñía sordamente a través de la chimenea, repitiendo las menores ráfagas y prestándolas un sentilo lúgubre; la amplitud de la campana la ponía tan bien en comunicación con el cielo, que los numerosos tizones del hogar parecían respirar, brillaban y se extinguían alternativamente, al antojo del viento. El escudo de armas de la familia de Hérouville, esculpido en mármol blanco, con todos los lambrequines y las efigies de sus tenantes, prestaba una apariencia sepulcral a aquella especie de edificio que hacía juego con el lecho, otro monumento elevado a la gloria del himeneo. Un arquitecto moderno se hubiese sentido hartamente perplejo si se viese obligado a decidir si la habitación fue construida para el lecho o este para ella. Dos amorcillos que jugaban sobre un cielo de nogal ornado de guirnaldas, habrían podido pasar por ángeles, y las columnas de la misma madera que sostenían aquella cúpula, tenían talladas alegorías mitológicas cuya explicación se encontraba igualmente en la Biblia o en las *Metamorfosis* de Ovidio. Suprimiendo el lecho, aquel cielo hubiese coronado igualmente bien en una iglesia el púlpito o los bancos de la obrería. Los esposos subían por tres peldaños a aquella suntuosa yacija, rodeada de un estrado y decorada de dos cortinas de muaré verde con grandes dibujos brillantes llamados *rameados*, debido acaso a que son consideradas como canoras las aves que representan. Los pliegues de aquellos inmensos cortinones eran tan tirantes, que por la noche se hubiese tomado a aquella seda por un tejido de metal. Sobre el terciopelo verde, ornado de pasamanería de oro, que constituía el fondo de aquel lecho señorial, la superstición de los condes de Hérouville había prendido un gran crucifijo en el que su capellán renovaba un boj bendito, a la vez que lo hacía asimismo en la festividad de la Pascua florida con el agua de la pila de agua bendita incrustada al pie del crucifijo.

A un lado de la chimenea había un armario de madera preciosa, magníficamente tallado, que los recién desposados recibían aún, en provincias, el día de su boda.

Estos viejos muebles, tan buscados hoy por los anticuarios, eran el arsenal de donde las mujeres extraían los tesoros de sus atavíos tan magníficos como elegantes: contenían las blondas y encajes, los corpiños, las gorgueras, los caros briales, las escarcelas, los antifaces, los guantes, los velos, en resumen, todas las invenciones de la coquetería del siglo XVI. Al otro lado, y a fin de establecer una simetría, se elevaba un mueble semejante, en el que la condesa guardaba sus libros, sus papeles y sus joyas. Antiguos sillones forrados de damasco y un gran espejo verdoso fabricado en Venecia y suntuosamente encuadrado en una especie de tocador rodante, completaban el mobiliario de aquella habitación. El suelo estaba cubierto por una alfombra de Persia, cuya riqueza atestiguaba la galantería del conde. Sobre el último peldaño del lecho se encontraba una mesilla en la cual la camarera servía todas las noches, en una copa de plata o de oro, un brebaje preparado con especias.

Cuando hemos dado algunos pasos en la vida, conocemos la secreta influencia ejercida por los lugares sobre las disposiciones del alma. ¿Quién no se ha hallado en instantes difíciles en los que ha visto no sé qué garantías de esperanza en las cosas que le rodean? Dichoso o miserable, el hombre comunica una particular fisonomía a los objetos con los que convive; les escucha y los consulta, a tal punto es naturalmente supersticioso. En aquel momento, la condesa paseaba sus miradas sobre todos los muebles, como si hubiesen sido seres; parecía pedirles socorro o protección, pero aquel sombrío lujo se le mostraba inexorable.

De pronto, la tempestad redobló. La joven no osó augurar nada favorable, escuchando las amenazas del cielo, cuyos cambios eran interpretados, en aquella época de credulidad, según las ideas o las costumbres de cada espíritu. Dirigió luego la mirada hacia dos ventanas ojivales situadas en el extremo de la habitación; pero la exigüidad de las vidrieras y la multiplicidad de sus láminas de plomo, no le permitieron ver el estado del firmamento y reconocer si se acercaba el fin del mundo, como pretendían algunos monjes hambrientos de donaciones. Fácilmente habría podido ella creer en estas predicciones, pues el ruido del mar irritado, cuyas olas asaltaban los muros del castillo, se unió a la gran voz de la tempestad, y las rocas parecieron conmovearse. Aun cuando los dolores que sentía se sucedían cada vez más vivos y más intensos, la condesa no se atrevió a despertar a su marido, pero examinó sus facciones, como si la desesperación le hubiese aconsejado allí consuelo contra tantos siniestros pronósticos.

Si las cosas estaban tristes en torno a la joven, aquel rostro, a pesar de la calma del sueño, parecía aún más triste. Agitada por las ráfagas de viento, cuyos soplos últimos llegaban hasta allí, la claridad de la lámpara que languidecía al borde del lecho, solamente durante breves instantes iluminaba la cabeza del conde, de manera que las oscilaciones del resplandor simulaban sobre aquel rostro en reposo el debatirse de un pensamiento tormentoso. Apenas reconoció la condesa la causa de aquel fenómeno, quedó tranquilizada. Cada vez que una bocanada de viento proyectaba la luz sobre aquel ancho rostro, sombreando las numerosas asperezas que

lo caracterizaban, le parecía que su esposo iba a clavar en ella dos ojos de insoportable rigor. Implacable como la guerra sostenida en aquellos momentos entre la Iglesia y el calvinismo, la frente del conde resultaba amenazadora incluso durante el sueño; numerosos surcos, producidos por las emociones de una vida bélica, imprimían en ella una vaga semejanza con esas piedras labradas sinuosamente que ornaban los monumentos de aquel tiempo; parecidos a los musgos blancos de las vetustas encinas, cabellos encanecidos prematuramente la rodeaban sin gracia, y la intolerancia religiosa mostraba en ella sus fanáticas brutalidades. La forma de una nariz aguileña, semejante al pico de un ave de rapiña, las comisuras negras y con pliegues de unos ojos amarillos, los prominentes huesos de un rostro enjuto y sumido, la rigidez de las profundas arrugas, el desdén impreso en el labio inferior, todo indicaba una ambición, un despotismo, una fuerza tanto más de temer, cuanto que la exigüidad del cráneo revelaba una falta absoluta de espíritu, y un valor sin generosidad. Aquel rostro estaba horriblemente desfigurado por una ancha cicatriz transversal cuyo costurón formaba como una segunda boca en la mejilla derecha. A la edad de treinta y tres años, el conde, anheloso por ilustrarse en la desgraciada guerra de religión cuya señal fue dada por la aciaga noche de San Bartolomé, había sido herido gravemente en el asedio de la Rochela. La desventura de su herida, por hablar el lenguaje de la época, aumentó su odio contra los de la religión; mas, por una disposición harto natural, incluyó también en su antipatía a los hombres bien parecidos. Antes de aquella catástrofe, era ya tan malencarado, que todas las mujeres habían rechazado sus solicitudes. La única pasión de su juventud una hermosa célebre llamada *La bella romana*. La desconfianza que le procuró su nueva desgracia le hizo susceptible al extremo de creerse incapaz de inspirar una verdadera pasión; su carácter se tornó tan salvaje, que si tuvo éxitos galantes fueron debidos al terror inspirado por sus crueldades.

La mano izquierda, que aquel terrible católico tenía fuera del lecho, completaba la descripción de su carácter. Extendida para retener a la condesa como un avaro guarda su tesoro, aquella mano enorme, aún cubierta de abundante vello, ofrecía una red de venas y músculos tan protuberantes, que se asemejaba a alguna rama de haya rodeada por los tallos de una hiedra amarillenta. Contemplando la figura del conde, un niño habría reconocido a uno de esos ogros cuyas horribles historias les cuentan sus nodrizas. Bastaba ver la anchura y la longitud del lugar que el conde ocupaba en la cama, para adivinar sus gigantescas proporciones. Sus espesas cejas canosas le ocultaban los párpados de modo que resaltaba la claridad de los ojos, en los que centelleaba la ferocidad de los de un lobo al acecho entre el follaje. Bajo su nariz de león, unos bigotes descuidados, ya que despreciaba singularmente el tocado, ocultaban completamente el labio superior. Por fortuna para la condesa, la boca de su marido permanecía muda en aquel momento, pues los más dulces sonidos de su ronca voz la hacían estremecerse. Aunque el conde de Hérouville apenas contara cincuenta años, a primera vista aparentaba sesenta, a tal punto las fatigas de la guerra,

sin alterar su robusta constitución, habían estropeado su fisonomía; mas a él le tenía sin cuidado el pasar por un *mignon* [1].

La condesa, que estaba en sus dieciocho años, formaba, al lado de aquella inmensa figura, un contraste penoso. Era blanca y esbelta. Sus cabellos castaños, con áureas tonalidades, caían como cendales sobre su cuello y hombros, recortando uno de esos delicados rostros hallados por Carlo Dolci para sus Vírgenes de tez marfileña, que parecen a punto de expirar bajo los ataques del dolor físico. Habríase dicho la aparición de un ángel encargado de dulcificar las voluntades del conde de Hérouville.

—¡No, no nos matará! —exclamó ella mentalmente, tras haber contemplado largo rato a su marido—. ¿No es franco, noble, valeroso y fiel a su palabra?...

«¿Fiel a su palabra?». Al repetir mentalmente esta frase se estremeció violentamente y quedóse como alelada.

Para comprender el horror de la situación en que se hallaba la condesa, es necesario añadir que esta escena nocturna había tenido lugar en 1591, época en la cual reinaba en Francia la guerra civil, y las leyes carecían de vigor. Los excesos de la Liga, opuesta al advenimiento de Enrique IV, sobrepasaban a todas las calamidades de las contiendas religiosas. La licencia llegó a ser tan grande, que nadie se sorprendía al ver a un gran señor matando públicamente a su enemigo, en pleno día. Cuando por interés privado era conducida una expedición militar, en nombre de la Liga o del rey, obtenía de ambas partes los mayores elogios. Fue así que Balagny, un soldado, estuvo a punto de convertirse en príncipe soberano, a las puertas de Francia. En cuanto a los crímenes cometidos en familia, si es permitida emplear esta expresión, nadie se ocupaba más, al decir de un contemporáneo, que de un *manejo de paja*, a menos que no hubiesen estado acompañados por circunstancias excesivamente crueles. Poco tiempo antes de la muerte del rey una dama de la corte asesinó a un gentilhomme que había dicho inconveniencias sobre su persona. Uno de los «miñones» de Enrique III le dijo:

—¡Vive Dios, majestad, que lo ha apuñalado muy lindamente!

Por el rigor de estas ejecuciones, el conde de Hérouville, uno de los más fanáticos realistas de Normandía, mantenía bajo obediencia de Enrique IV toda la parte de esta provincia lindante con Bretaña. Jefe de una de las más acaudaladas familias de Francia, había aumentado considerablemente las rentas de sus numerosas tierras casándose, siete meses antes de la noche en la que comienza esta historia, con Juana de Saint-Savin, joven doncella que, por un azar corriente en aquellos tiempos en que las personas morían como moscas, había reunido súbitamente los bienes de las dos ramas de la casa Saint-Savin. La necesidad, el terror, fueron los únicos testigos de aquel enlace. En una cena dada, dos meses después, por la villa de Bayeux al conde y a la condesa de Hérouville, con motivo de sus esponsales, se alzó una discusión que, en aquella época de ignorancia, hallose sumamente absurda; se refería a la pretendida legitimidad de los hijos venidos al mundo diez meses después de la muerte del marido, o siete meses después de la primera noche de bodas.

—Señora —dijo brutalmente el conde a su esposa— sobre lo de darme un hijo diez meses después de mi muerte, no puedo hacer nada en contra. Mas, para vuestro bien, no deis a luz a los siete meses.

—¿Qué haríais, si así fuera, viejo oso? —preguntó el joven marqués de Verneuil, pensando que el conde quería bromear.

—Retorcería rápidamente el cuello a la madre y al hijo.

Una respuesta tan perentoria sirvió de broche a aquella discusión tan imprudentemente alzada por un señor bajonormando. Los invitados callaron, contemplando con especial terror a la linda condesa de Hérouville. Todos estaban persuadidos que, si esto ocurriera, el feroz señor ejecutaría su amenaza.

Las palabras del conde resonaron en el seno de la joven, entonces encinta; en el mismo instante, uno de esos presentimientos que atraviesan el alma esclareciendo el porvenir, le advirtió que daría a luz a los siete meses. Un calor interior envolvió a la joven desde la cabeza a los pies, concentrando la vida en el corazón con tanta violencia, que se sintió exteriormente como bañada en hielo. Desde entonces, no transcurrió día sin que ese movimiento de terror secreto no detuviese los más inocentes impulsos de su alma. El recuerdo de la mirada y de la inflexión de la voz con que el conde acompañó su sentencia helaba aún la sangre de la condesa y hacía silenciar sus dolores, cuando se inclinaba sobre aquella cabeza dormida buscaba en ella indicios de una piedad que jamás había podido encontrar cuando permanecía despierta. Aquella criatura, amenazada de muerte antes de nacer, le pedía su salida al mundo con movimiento vigoroso, y así exclamó con voz semejante a un suspiro:

—¡Pobre pequeño!

No acabó: existen ideas que una madre no soporta. Incapaz de razonar en aquel momento, la condesa se sintió ahogada por una angustia desconocida. Dos lágrimas escapadas de sus ojos rodaron lentamente a lo largo de sus mejillas, trazando en ellas dos brillantes líneas y quedando suspendidas en la parte inferior de su blanco rostro, semejantes a dos gotas de rocío sobre un lirio. ¿Qué sabio osaría comprometerse a decir que la criatura permanece en terreno neutro en el que las emociones de la madre no penetran, durante esos momentos en que el alma abraza al cuerpo y le comunica sus impresiones, en que el pensamiento infiltra a la sangre bálsamos reparadores o venenosos fluidos? ¿Perturbó al fruto aquel terror que agitaba al árbol? ¿Fue aquella exclamación «¡Pobre pequeño!» dictada por una visión de su futuro? El estremecimiento de la madre fue muy enérgico y su mirada bien penetrante...

La sanguinaria respuesta escapada al conde, era un anillo que enlazaba misteriosamente el pasado de su esposa a aquel alumbramiento prematuro. Aquellas odiosas sospechas, tan públicamente expresadas, habían impuesto a los recuerdos de la condesa el terror que repercute hasta en el futuro. Desde aquel fatal banquete de gala, rechazaba, con tanto temor como otra mujer hubiera sentido placer en evocarlos, mil cuadros dispersos trazados por su imaginación a pesar de sus esfuerzos. Se negaba a la conmovedora contemplación de los felices días en que su corazón estaba

libre de amar. Semejantes a las melodías del país natal que hacen llorar a los proscritos, aquellos recuerdos le aportaban sensaciones tan deliciosas, que su tierna conciencia los reprochaba como otros tantos crímenes, haciéndole aún más terrible la amenaza del conde: ahí estaba el secreto del horror que oprimía a la condesa.

Las figuras dormidas poseen una especial suavidad debida al perfecto reposo del cuerpo y de la inteligencia; mas aunque esa calma cambiara poco la dura expresión de las facciones del conde, la ilusión ofrece a los desgraciados tales atractivos espejismos, que la joven acabó por hallar esperanzadora aquella tranquilidad. La tempestad que desencadenaba entonces torrentes de lluvia no dejó oír ya sino un melancólico bramido; sus temores y sus dolores le dejaron igualmente a ella un momento de tregua. Contemplando al hombre al que estaba ligada su vida, la condesa dejóse arrastrar por una ensoñación cuya dulzura fue tan embriagadora, que no tuvo la fuerza de romper su ensalmo. En un instante, por una de esas visiones que participan de la potencia divina, pasaron ante ella las rápidas imágenes de una felicidad perdida sin remisión.

Juana vislumbró primero, como en una lejana luz de la aurora, el modesto castillo en el que transcurrió su despreocupada infancia; allá estaba el verde césped, el fresco arroyo, y la pequeña habitación, teatro de sus primeros juegos. Se vio recogiendo flores; plantándolas, sin adivinar por qué todas se mustiaban sin crecer, a pesar de su constancia en regarlas. Luego apareció, confusamente aún, la inmensa ciudad y el gran palacio ennegrecido por el tiempo, al que su madre la condujo a los siete años. Su burlona memoria le mostró las viejas cabezas de los maestros que la atormentaron. A través de un raudal de palabras españolas o italianas, repitiendo en su alma romances al son de un lindo rabel, recordó la persona de su padre. A su vuelta del palacio de justicia, ella iba al encuentro del presidente, le contemplaba apearse de la muía a su montadero, le tomaba de la mano para subir con él la escalinata, y con su chachareo ahuyentaba las preocupaciones judiciales de las que no se despojaba tal como hacía con la toga negra o encarnada, donde, por travesura, cayó bajo sus tijeras el blanco forro moteado de negro. No lanzó más que una mirada al confesor de su tía, la superiora de las Clarisas, hombre rígido y fanático, encargado de iniciarle en los misterios de la religión. Endurecido por las obligaciones que precisaba el combatir la herejía, aquel viejo sacerdote sacudía a troche y moche las cadenas del infierno, no hablaba sino de venganzas celestes, y la atemorizaba persuadiéndola que se hallaba siempre en presencia de Dios. Tornada tímida, no se atrevía a alzar la vista, y no tenía respeto sino por su madre, con la que, hasta entonces, había compartido sus travesuras. Desde aquel momento, un terror religioso se apoderaba de su tierno corazón cuando veía a su madre bienamada posando sobre ella sus ojos azules aparentemente enojados.

De pronto se encontró en su adolescencia, época durante la cual no comprendió aún nada de las cosas de la vida. Saludó con nostalgia casi zumbona aquellos días en que toda su felicidad consistió en trabajar con su madre en un pequeño salón de

labores de tapicería y bordados, en rezar en una gran iglesia, en cantar un romance acompañándose del rabel, en leer a hurtadillas un libro de caballería, deshojar una flor por curiosidad, descubrir qué regalos le haría su padre en la festividad del bienaventurado San Juan, y tratar de indagar en fin el sentido de las palabras o frases cortadas cuando llegaba ella. Al instante borró, como se borra una palabra escrita sobre un álbum, las alegrías y goces infantiles que, durante aquel momento en que no sufría, acababa de escogerle su imaginación entre todos los cuadros que podían ofrecerle los dieciséis primeros años de su vida. La gracia de aquel límpido océano fue al punto eclipsada por el fulgor de un recuerdo más reciente y fresco, aunque tormentoso. La jubilosa paz de su infancia le aportaba menos dulzura que una sola de las desazones sembradas en los dos últimos años de su vida, años ricos en tesoros para siempre sepultados en su corazón. La condesa llegó de pronto a aquella encantadora mañana en la que, precisamente en el fondo del gran locutorio de madera de roble tallado que servía de comedor, vio a su apuesto primo por primera vez. Espantada por los motines de París, la familia de su madre enviaba a Ruán a aquel joven cortesano, con la esperanza de que se formase allí en los deberes y ejercicio de la magistratura al lado de su tíoabuelo, cuyo cargo heredaría algún día. La condesa sonrió involuntariamente recordando la vivacidad con que ella se había retirado al reconocer a aquel pariente esperado, al que no conocía. A pesar de su presteza en abrir y cerrar la puerta, su mirada había marcado en su alma una huella tan vigorosa de aquella escena, que en estos momentos le parecía aún verle tal como se le apareció él al volverse. No había admirado ella hasta entonces, sino furtivamente, el gusto y el lujo derramados en las ropas hechas en París; mas hoy, más audaz en su recuerdo, su mirada iba libremente de la capa de terciopelo violeta, bordada de oro y forrada de raso, a los herretes que guarnecían los borceguís, y los airosos rombos partidos del jubón y de los gregüescos y la vistosa gorguera plegada que dejaba ver un cuello lozano y tan blanco como el encaje. Acariciaba con la mano un rostro caracterizado por un bigotillo de guías puntiagudas y por una perilla parecida a una de las colas de armiño sobre la muceta de su padre. En medio del silencio y de la noche, con los ojos fijos en las cortinas de muaré que no veía ya, olvidada de la tormenta y de su marido, la condesa osó recordar cómo, al cabo de muchos días, tan largos como años, tan satisfechos estuvieron, el jardín rodeado de viejos muros y la negra mansión de su padre le parecieron dorados y luminosos. ¡Amaba y era amada! Y cómo, temiendo las severas miradas de su madre, se había deslizado una mañana al despacho de su padre, para hacerle sus tiernas confidencias, tras haberse sentado en sus rodillas y permitiéndose zalamerías que habían atraído la sonrisa a los labios del elocuente magistrado, sonrisa que ella esperaba para decirle: «¿Me reñiréis si os digo algo?...». Y creía aún oír a su padre diciéndole, tras un interrogatorio, en el que ella habló por vez primera de su amor: «Bien, hija mía, ya veremos. ¡Si él estudia bien, si quiere sucederme, si continúa gustándote, me pondré de tu lado en la conspiración!». Ella no había escuchado más, sino que, besando a su padre y derribando unos papelotes,

corrió al gran tilo donde, todas las mañanas, antes de levantarse su temible madre, se encontraba con el gentil Jorge de Chaverny. El cortesano prometía devorar leyes y costumbres, abandonando los magníficos atavíos de la nobleza de armas para adoptar el severo ropaje de los magistrados.

—Me gustas más vestido de negro —le decía ella.

Mentía, pero su mentira había aliviado la tristeza que el abandono de su tizona produjo en su bienamado. El recuerdo de las artimañas empleadas para engañar a su madre, cuya severidad parecía excesiva, le devolvieron las fecundas alegrías de un amor inocente, permitido y compartido. Era alguna cita bajo los tilos, donde las palabras sin testigos gozaban de más libertad; los furtivos abrazos y los besos robados, todos los cándidos cobros a cuenta de la pasión, en fin, que no sobrepasa en absoluto los límites del recato. Reviviendo, como en un sueño, aquellas deliciosas jornadas en las que se acusaba de haber tenido demasiada felicidad, osaba besar en el vacío aquel joven rostro de inflamadas miradas, y aquella boca bermeja que tan bien hablaba de amor. Ella había amado a Chaverny, aparentemente pobre; ¡mas cuántos tesoros no había descubierto en aquella alma tan dulce como fuerte! De pronto, muere el presidente. Chaverny no le sucede, al sobrevenir, llameante, la guerra civil. Por diligencia de su primo, ella y su madre hallan un refugio secreto en una pequeña villa de la baja Normandía. Luego, la sucesiva muerte de varios parientes la convierten en una de las más ricas herederas de Francia. Con la mediocridad de fortuna huye la felicidad. La salvaje y terrible figura del conde de Hérouville, que pide su mano, se le aparece como una nube preñada de rayos, que extiende su negro crespón sobre las magnificencias de la tierra, hasta entonces dorada por el sol. La pobre condesa se esfuerza por ahuyentar el recuerdo de las escenas de desesperación y de lágrimas causadas por su larga resistencia. Ve confusamente el incendio de la pequeña villa, el encarcelamiento de Chaverny, el hugonote, amenazado de muerte, y en espera de un horrible suplicio. Y finalmente llega aquella espantosa noche en que su madre, pálida y moribunda, se postra a sus pies: Juana puede salvar a su primo... y cede. Ya es noche cerrada; el conde, de retomo del sangriento combate, se halla presto, y hace surgir un sacerdote, antorchas, y una iglesia... Juana pertenece a la desgracia. Apenas si puede decir adiós a su apuesto primo liberado.

—¡Chaverny, si me amas, no vuelvas a verme nunca más!

Oye el lejano ruido de los pasos de su noble amigo, a quien no ha vuelto a ver; mas conserva en el fondo de su corazón su postrer mirada, que a menudo sí vuelve a hallar en sus sueños y pensamientos, y que los ilumina. Como un gato encerrado en la jaula de un león, la joven teme a cada hora el zarpazo de las garras del dueño, siempre alzadas sobre ella. La condesa se reanima el ponerse de nuevo, ciertos días consagrados a algún inesperado festejo, el vestido que llevaba de doncella cuando vio por vez última a su amante. Hoy, para ser feliz, ha de olvidar el pasado y no pensar ya más en el futuro.

—No me creo culpable —se dijo—. Pero si lo parezco a los ojos del conde, ¿no

es como si lo fuera...? ¡Y acaso lo sea! ¿No concibió la Santa Virgen sin...?

Durante aquel momento en que sus pensamientos eran nebulosos, y que su alma volaba por el mundo de las fantasías, su ingenuidad le hizo atribuir a la postrer mirada con que su amante le asaeteó toda su vida, el poder que ejerció la visitación del ángel a la madre del Salvador. Tal suposición, digna de la época de inocencia a la que le había retrotraído su pensamiento, se desvaneció ante el recuerdo de una escena conyugal más odiosa que la muerte. La pobre condesa no podía dudar sobre la legitimidad de la criatura que se agitaba en su seno. La primera noche de bodas se le apareció con todo el horror de sus suplicios, arrastrando tras sí muchas otras noches y más tristes días.

—¡Ay, pobre Chaverny! —exclamó llorando—. ¡Tú tan rendido, tan galano, tú me has hecho siempre feliz!

Volvió los ojos a su marido, como para persuadirse aún que aquel rostro le prometía una clemencia tan caramente comprada. El conde se había despertado. Sus amarillos ojos, tan claros como los de un tigre, brillaban bajo las matas de sus cejas, y jamás su mirada había sido más incisiva que en aquel momento. La condesa, espantada por haber tropezado con ella, se deslizó bajo su colcha, y permaneció inmóvil.

## II

### EL CURANDERO

—¿Por qué lloras? —preguntó el conde, apartando vivamente el cobertor bajo el que se había ocultado su esposa.

Aquella voz, siempre pavorosa para ella, tuvo en ese momento, una ficticia dulzura que le pareció de buen augurio.

—Sufro mucho —respondió.

—Bueno, linda mía, ¿es acaso un delito el sufrir? ¿Por qué tiemblas cuando te miro?, ¿qué es preciso hacer para ser amado?

Todas las arrugas de su frente se juntaron entre sus cejas.

—Siempre te causo espanto, bien que lo veo —añadió suspirando.

Aconsejada por el instinto de los seres débiles, la condesa interrumpió al conde lanzando algunos gemidos, y luego exclamó:

—¡Temo tener un mal parto! He recorrido por los roquedos toda la mañana, y sin duda me he fatigado demasiado...

Al oír estas palabras, el señor de Hérouville lanzó a su esposa una mirada tan recelosa, que ella enrojeció estremeciéndose. Él tomó el miedo que inspiraba a aquella ingenua criatura por una expresión de remordimiento.

—¿Puede ser que empiece el verdadero alumbramiento? —preguntó.

—¿Y si así fuera? —preguntó ella.

—Pues bien, en cualquier caso, hace falta aquí un hombre experto, y voy a buscarlo.

El aire sombrío que acompañó a sus palabras heló a la condesa, quien se desplomó de nuevo en el lecho, exhalando un suspiro, arrancado más bien por el sentimiento de su destino que por las angustias de la próxima crisis. Aquel gemido acabó de demostrar al conde la verosimilitud de las sospechas que se despertaban en su espíritu. Afectando una calma desmentida por el acento de su voz, sus gestos y sus miradas, se levantó precipitadamente, púsose una ropa que se hallaba sobre un sofá y comenzó por cerrar una puerta situada cerca de la chimenea, y que comunicaba a través de una antecámara con los aposentos de recepción que conducían a la escalinata de honor. Al ver a su marido quedarse con aquella llave, la condesa presintió una desgracia; le oyó abrir la puerta opuesta a la que acababa de cerrar, y entrar en otro aposento en el que dormían los condes de Hérouville cuando no honraban a sus esposas con su noble compañía. La condesa no sabía sino de oídas del empleo de aquella habitación, pues los celos ataban a a su marido a su lado. Si algunas expediciones militares le obligaban a abandonar el lecho conyugal, el conde dejaba en el castillo a varios Argos cuyo incesante espionaje revelaba sus ultrajantes celos.

A pesar de la atención con que la condesa se esforzaba por oír el menor ruido, no oyó nada. El conde había llegado a una larga galería contigua a su habitación, que ocupaba el ala occidental del castillo. El cardenal de Hérouville, su tíoabuelo, apasionado aficionado a las obras de imprenta, había reunido una biblioteca tan singular por el número como por la belleza de los volúmenes, y la prudencia le había hecho practicar en las paredes una de esas invenciones aconsejadas por la soledad o por el temor monástico. Una cadena de plata ponía en movimiento, mediante hilos invisibles, una campanilla situada a la cabecera de un servidor fiel. El conde tiró de ella, y un escudero de su guardia no tardó en hacer resonar sus botas y sus espuelas en las sonoras losas de una escalera de caracol encajada en la elevada torrecilla que flanqueaba el ángulo occidental del castillo, del lado del mar. Al oír subir a su servidor, el conde abrió los cerrojos y candados que atracaban la puerta secreta por la que comunicaba la galería con la torre e introdujo en aquel santuario de la ciencia al mesnadero cuya traza anunciaba a un servidor digno de su amo. El escudero, apenas despertado, parecía caminar instintivamente; el farol de cuerno que tenía en la mano alumbró tan deliberadamente la larga galería, que su amo y él se dibujaron en la oscuridad como fantasmas.

—¡Ensilla mi caballo de batalla al instante, y tú vas a acompañarme!

Esta orden fue pronunciada con voz tan profunda que despabiló la mente del servidor, quien alzó la vista a su amo tropezando con una mirada tan penetrante, que le pareció recibir la descarga eléctrica de un rayo.

—Beltrán —añadió el conde, posando la mano diestra sobre el brazo del escudero— te quitarás esa coraza y te pondrás la ropa de un capitán de miqueletes.

—¡Vive Dios, monseñor, disfrazarme de lingüista! Disculpad, os obedeceré, pero no me gustaría el ser ahorcado.

Halagado en su fanatismo, el conde sonrió; mas, para borrar aquella expresión que contrastaba con la difundida por su rostro, respondió con brusquedad:

—¡Escoge en la cuadra un caballo lo bastante vigoroso para que puedas seguir! Iremos como balas al salir del arcabuz. Cuando yo esté preparado, procura estarlo tú también. Llamaré de nuevo.

Beltrán se inclinó en silencio y fuese, pero, cuando hubo descendido algunos peldaños, se dijo para su capote, al oír silbar el huracán:

—¡Por vida de...! Andan desatados todos los diablos. Mucho me habría extrañado el quedarse a este aquí tan tranquilo... Hemos sorprendido a San Lo con una tempestad semejante.

El conde halló en su habitación el atuendo del que a menudo se servía para sus estratagemas. Tras haberse endosado su ruin casaca que tenía el aspecto de pertenecer a uno de esos pobres reitres cuya soldada era pagada tan raramente por Enrique IV, volvió al dormitorio donde gemía su mujer.

—Trata de sufrir pacientemente —la dijo—. Si es preciso reventaré mi caballo con el fin de regresar más pronto para aplacar tus dolores.

Estas palabras no presagiaban nada funesto, y la condesa, animada, se disponía a hacer una pregunta cuando el conde interrogó de pronto:

—¿Puedes decirme dónde están tus antifaces?

—¿Mis antifaces? —respondió ella—. ¡Santo Dios...! ¿Qué pretendes hacer?

—¿Dónde están? —insistió él con violencia.

—En el armario —respondió ella.

La condesa no pudo evitar un estremecimiento al ver a su marido escoger entre ellos un *tapón de nariz*, cuyo empleo era tan natural a las damas de la época como lo es el de los guantes a las mujeres de hoy. El conde tornose así completamente irreconocible, al haber añadido por montera sobre su cabeza un mezuquino chambergo de fieltro gris, ornado de una vieja pluma de gallo, toda pelada. Seguidamente, ciñóse con un amplio cinturón de cuero, en cuya vaina enfundó una daga, que habitualmente no utilizaba. Aquel miserable atuendo le dio un aspecto tan espantoso, y se adelantó al lecho con tal extraño movimiento, que la condesa creyó llegada su última hora.

—¡Ah, no nos matéis! —clamó—. ¡Dejadme a mi hijo y te querré rendidamente!

—¿Te sientes culpable al ofrecermelo como rescate a tus faltas el amor que me debes?

La voz del conde tuvo un tono lúgubre; sus amargas palabras fueron acompañadas por una mirada más pesada que el plomo, aniquilando a la condesa al dirigirla hacia ella.

—¡Dios mío! —volvió a clamar dolorosamente la desdichada—. ¿Será funesta la inocencia?

—No se trata de tu muerte —le respondió su dueño, saliendo de la cavilación en que se había sumido— sino de hacer exactamente, y por mi amor, lo que en este momento reclamo de ti.

Arrojó sobre el lecho uno de los antifaces que tenía, y sonrió compasivo al ver el gesto de involuntario terror que arrancó a su mujer el choque tan leve del terciopelo negro.

—¡No me darás sino un hijo enclenque! —dijo—. Cubre tu rostro con ese antifaz cuando regrese —añadió—. No quiero que un bribón pueda jactarse de haber visto a la condesa de Hérouville.

—¿Por qué tomar a un hombre para ese servicio? —preguntó ella quedamente.

—Amiga mía... ¿Es que no soy yo el amo aquí? —respondió el conde.

—¡Qué importa un misterio más! —exclamó la condesa.

Su dueño había desaparecido ya, y estas palabras carecieron de peligro para ella, ya que a menudo el opresor amplía sus medidas hasta donde llega el miedo del oprimido. Debido a uno de esos momentos de calma que preceden al descubrimiento de la tempestad, la condesa oyó el ruido de los cascos de dos caballos que parecían volar a través de las peligrosas dunas y los roquedos sobre los cuales estaba emplazado el viejo castillo. Aquel ruido fue ahogado muy pronto por el rugir de las olas. Luego, se sintió prisionera en aquella sombría estancia, sola en medio de una

noche llena de amenazante silencio y sin socorro para conjurar la desgracia que veía avanzar a grandes pasos. La condesa buscó algún subterfugio para salvar a aquella criatura concebida entre lágrimas, y convertida ya en todo su consuelo, el principio de sus ideas, el futuro de sus afectos, su única y frágil esperanza. Sostenida por un valor maternal, fue a tomar la pequeña bocina de la que se servía su marido para llamar a sus servidores, abrió una ventana, y extrajo del cofre débiles sonos que se perdieron en la vasta extensión de las aguas, como una pompa de jabón lanzada al aire por un niño. Comprendiendo la inutilidad de aquel lamento ignorado por los hombres, echó a andar a través de los aposentos, esperando encontrar alguna salida.

Llegada a la biblioteca buscó mas en vano, la existencia de algún pasaje secreto; atravesó la larga galería de los libros, llegó a la ventana más próxima al patio de honor del castillo, e hizo repercutir de nuevo los ecos sonando la bocina, luchando sin éxito contra la voz del huracán.

En su desaliento, pensaba confiarse a una de sus azafatas, todas ellas adictas a su marido, cuando al pasar a su oratorio vio que el conde había cerrado la puerta que conducía a sus aposentos. Fue un horrible descubrimiento. Tantas precauciones adoptadas para aislarla anunciaban el deseo de realizar, sin testigos, alguna terrible ejecución. A medida que la condesa perdía toda esperanza, los dolores la asaltaban más vivos, más ardientes. El presentimiento de un posible asesinato, unido a la fatiga de sus esfuerzos, agotó sus restantes energías. Semejaba el náufrago que sucumbe, arrebatado por una última ola menos furiosa que todas las que ha vencido. La dolorosa embriaguez del alumbramiento no le permitió contar las horas. En el momento en que se creyó a punto de dar a luz, sola, sin auxilio, y que a su terror se unió el pensar en los accidentes a los que le exponía su inexperiencia, llegó de pronto el conde, sin que ella le hubiese oído. Aquel hombre se encontraba allí como un demonio reclamando, a la expiración de un pacto, el alma que le ha sido vendida; gruñó sordamente al ver descubierto el rostro de su mujer, mas tras haberla diestramente enmascarado, llevósela en brazos y la depositó sobre el lecho de su habitación.

El espanto que esta aparición y el ser así llevada produjeron a la condesa, acalló un instante sus dolores, y pudo lanzar una furtiva mirada a los actores de aquella escena misteriosa, no reconociendo a Beltrán, quien se había disfrazado tan cuidadosamente como su amo. Tras haber alumbrado de prisa algunas bujías cuya claridad se mezclaba a los primeros rayos del sol que enrojecía las vidrieras, aquel servidor fue a apoyarse al ángulo del alféizar de una ventana. Allí, y con la cara vuelta a la pared, parecía calcular su espesor, y se mantenía en una inmovilidad tan completa, que parecía una estatua. En medio de la habitación distinguió la condesa a un hombrecillo rechoncho, todo jadeante, cuyos ojos estaban vendados y sus facciones tan trastornadas por el terror, que le fue imposible adivinar cual era su expresión habitual.

—¡Ira de Dios, señor bellaco! —dijo el conde devolviéndole la vista por un

brusco tirón que hizo caer al cuello del desconocido la venda que tenía sobre los ojos — ten cuidado con no mirar más que a la miserable en la que vas a ejercer tu ciencia, pues de lo contrario te echo al río que corre bajo estas ventanas, después de haberte puesto un collar de diamantes que pesarán más de cien libras.

Y tiró ligeramente sobre el pecho de su oyente, estupefacto, la corbata que había servido de venda.

—Examina primero si no es más que un malparto; en este caso, tu vida me responderá de la suya; pero si la criatura está viva, me la traerás.

Tras esta alocución, el conde asió por la mitad del cuerpo al pobre operador, lo levantó como una pluma del lugar en que estaba, y lo plantó ante la condesa. El señor fue a situarse al fondo del alféizar de la ventana, donde tamborileó con los dedos sobre el vidrio, posando alternativamente su mirada en su servidor, en el lecho y en el océano, como prometiendo a la criatura a punto de nacer darle el mar por cuna.

El hombre, a quien con inaudita violencia habían arrancado el conde y Beltrán al más dulce sueño que jamás cerrara párpado humano, para atarlo a la grupa de un caballo, que pudo creerse perseguido por el diablo, era un personaje cuya fisonomía puede servir para caracterizar la de aquella época y cuya influencia se dejó por lo demás sentir en la casa de Hérouville.

Jamás en tiempo alguno fueron los nobles menos instruidos en ciencias naturales, y jamás la astrología judicial fue más considerada, pues nunca tampoco se deseó más vivamente conocer el futuro. Esa ignorancia y esa curiosidad generales habían llevado la mayor confusión a los conocimientos humanos; todo era en ellos empirismo, ya que faltaban aún las nomenclaturas de la teoría; la imprenta exigía grandes gastos, y las comunicaciones científicas eran lentas; la Iglesia, por otra parte, perseguía aún a las ciencias investigadoras que basaban en el análisis de los fenómenos naturales. La persecución engendraba el misterio. Por ende, para el pueblo como para los grandes, físico y alquimista, matemático y astrónomo, astrólogo y nigromante, eran seis atributos que se confundían en la persona del médico. En aquel tiempo, se sospechaba que el médico superior cultivaba la magia; al par de sanar a sus enfermos, debía establecer horóscopos. Por lo demás, los príncipes favorecían a aquellos genios a quienes se revelaba el futuro, los alojaban en sus palacios y castillos, y les pagaban una pensión. El famoso Cornelio Agrippa, venido a Francia como médico de Enrique II, no quiso, como lo hacía Nostradamus, pronosticar el futuro, por lo que fue despedido por Catalina de Médicis, quien lo reemplazó por Cosme Ruggieri. Los hombres superiores a su época, cultivadores de la ciencia, eran, pues, poco apreciados; todos inspiraban el terror que se tenía hacia las ciencias ocultas y sus resultados.

Sin ser precisamente uno de esos famosos matemáticos, el hombre raptado por el conde gozaba en Normandía de la equívoca reputación atribuida a un médico dedicado a obras tenebrosas. Este hombre pertenecía a esa especie de brujo que los campesinos denominan aún, en diversos lugares de Francia, un *curandero*. Tal

nombre pertenecía a algunos genios en bruto, que, sin estudios aparentes, pero por conocimientos hereditarios y a menudo como consecuencia de una larga práctica cuyas observaciones se acumulaban en una familia, *componían*, es decir, encajaban piernas y brazos rotos, curaban bestias y personas de ciertas enfermedades, y poseían secretos pretendidamente maravillosos para el tratamiento de casos graves. No solamente maese Antonio Beauvouloir, tal era el nombre del curandero, había tenido por abuelo y por padre a dos famosos practicantes del oficio, de los cuales conservaba importantes tradiciones, sino que era también instruido en medicina, ocupándose de las ciencias naturales. Las gentes del campo veían su despacho lleno de libros y objetos extraños que conferían a sus éxitos un tinte de magia. Sin pasar absolutamente por brujo, Antonio Beauvouloir infundía, a los pueblerinos de treinta kilómetros a la redonda, un respeto rayano en el terror; y, cosa más peligrosa para él mismo, tenía a su disposición secretos de vida y muerte que concernían a las familias nobles del país. Al igual de su abuelo y de su padre, era célebre por su habilidad en los partos, abortos y malpartos. Ahora bien, en aquellos tiempos de desórdenes, las faltas fueron harto frecuentes y las pasiones harto perversas, para que la alta nobleza no se viera obligada con frecuencia a depositar en maese Antonio Beauvouloir secretos vergonzosos o terribles. Necesaria a su seguridad, su discreción era a toda prueba; por ende, su clientela le pagaba generosamente, de manera que su fortuna hereditaria aumentaba pingüemente. Siempre en camino, bien sorprendido en el descanso como lo había sido por el conde, bien obligado a pasar días en la mansión de alguna gran dama, no se había casado todavía; además, su renombre había constituido un obstáculo para su boda con algunas jóvenes. Incapaz de buscar consuelos en los azares de su actividad, que le confería tanto poder sobre las debilidades femeninas, el pobre curandero se sentía creado para los goces familiares, y se veía privado de ellos. Aquel infeliz escondía un tierno corazón bajo las engañosas apariencias de un carácter jovial, en armonía con su molletudo rostro, con sus formas redondas, la vivacidad de su graso cuerpecillo y la franqueza de su charla. Deseaba pues casarse para tener una hija que traspasara sus bienes a algún gentilhomme pobre; pues no le satisfacía su estado de curandero, y quería arrancar a su familia de la situación en la que la colocaban los prejuicios de la época. Su carácter, por lo demás, se había acomodado bien al júbilo y a los ágapes que coronaban sus principales operaciones afortunadas. La costumbre de ser en todas partes el hombre más importante, había añadido a su jovialidad constitutiva una dosis de grave vanidad. Sus impertinencias eran casi siempre bien recibidas en los momentos de crisis, en los que gustaba operar con cierta lentitud doctoral. Además, era curioso como un ruiseñor, glotón como un lebre y parlanchín como lo son los diplomáticos que hablan profusamente sin revelar jamás sus secretos. Salvo estos defectillos, desarrollados en él por las múltiples aventuras a las que su profesión le lanzaba, Antonio Beauvouloir pasaba por ser el hombre menos malo de Normandía. Aunque perteneciera al escaso número de espíritus superiores de su tiempo, un buen

sentido campesino de su terruño le había aconsejado mantener ocultas las ideas adquiridas y las verdades descubiertas.

Hallándose colocado por el conde ante una mujer embarazada, el curandero recobró toda su presencia de ánimo. Púsose a tomar el pulso de la dama enmascarada, sin pensar en absoluto en ella; pero, mediante aquel acto efectuado con doctoral compostura, podía reflexionar, y en efecto reflexionaba, sobre su propia situación. En ninguna de las intrigas vergonzosas y criminales en que la fuerza le había obligado a obrar como instrumento ciego, jamás las precauciones habían sido adoptadas con tanta prudencia como en esta. Aun cuando su muerte hubiese sido a menudo sometida a deliberación, como medio de asegurar el éxito de las empresas en las que a su pesar participaba, jamás su vida había estado tan comprometida como en este momento. Ante todo, resolvió conocer a quienes le empleaban, inquiriendo así la magnitud de su peligro, a fin de poder salvar su cara persona.

—¿De qué se trata? —preguntó en voz baja, disponiendo a la condesa a recibir los socorros de su experiencia.

—¡No le deis la criatura! —respondió ella quedamente también.

—¡Hablad alto! —dijo el conde con tonante voz, que impidió a maese Beauvouloir oír la última palabra pronunciada por su paciente—. ¡Si no, —añadió el señor, que disfrazaba igualmente su voz— ya puedes decir tu *In manus!*

—Quejaos en voz alta —aconsejó el curandero a la dama—. ¡Gritad, cáspita! Ese hombre tiene pedrerías que no os sentarían mejor que a mí. Valor, mi pequeña dama...

—¡Ten la mano ligera! —barbotó de nuevo el conde.

—El señor está celoso —dijo el operador con una vocecilla agria, que por fortuna fue velada por los gritos de la condesa.

Para la seguridad de maese Beauvouloir, la naturaleza se mostró clemente. Fue más bien un aborto que un parto, a tal punto era canijo el niño que vino al mundo; por ende, causó también pocos dolores a su madre.

—¡Por el vientre de la Santa Virgen! —exclamó el curioso curandero—. ¡Este no es un malparto!

El conde hizo temblar el suelo pateando de rabia, y la condesa pellizcó a maese Beauvouloir.

—¡Ah, comprendo! —se dijo para su capote—. ¿Debía pues ser un malparto? —preguntó muy quedamente a la condesa, quien le respondió por un gesto afirmativo, como si aquel ademán fuese el único lenguaje capaz de expresar sus pensamientos—. ¡Todo esto no está aún muy claro! —volvió a decir el curandero.

Como todas las personas expertas en su arte, maese Antonio reconocía fácilmente a una mujer que, según su expresión, estaba en su primer tropiezo. Aunque la púdica inexperiencia de ciertas actitudes y gestos de la parturiente le revelase la virginidad de la condesa, el malicioso curandero exclamó:

—La señora da a luz como si no hubiera hecho nunca otra cosa.

El conde dijo entonces con una calma más espantosa que su cólera:

—¡Venga la criatura!

—¡No se la deis, en nombre de Dios! —dijo la madre, cuyo clamor casi salvaje despertó en el corazón del hombrecillo una valerosa bondad que le unió mucho más de lo que hubiese creído a aquel noble infante renegado por su padre.

—La criatura no ha venido aún. Os metéis en camisa de once varas —respondió fríamente al conde, ocultando el aborto.

Extrañado por no oír llorar al recién nacido, el curandero lo miró, creyéndole muerto, y, percatándose entonces el conde de la superchería, saltó a él de un solo brinco.

—¡Por la cabeza de Dios llena de reliquias! —juró blasfemo—. ¿Me lo das o no? —añadió arrancando a la inocente víctima, que ahora lanzó débiles gritos.

—¡Tened cuidado! Es contrahecho y carece de consistencia —dijo maese Beauvouloir, agarrando del brazo al conde—. Indudablemente se trata de una criatura sietemesina.

Luego, con una fuerza que le proporcionaba su exaltación, detuvo los dedos del conde diciéndole al oído, con entrecortada voz:

—Ahorraos un crimen; no vivirá...

—¡Bellaco! —replicó vivamente el conde, de cuyas manos había vuelto a arrancar el curandero a la criatura—. ¿Quién te ha dicho que deseo la muerte de mi hijo? ¿Es que acaso no ves como lo acaricio?

—Esperad entonces que tenga dieciocho años para acariciarle así —respondió Beauvouloir, recuperando su importancia—. Pero —añadió, pensando en su propia seguridad, ya que acababa de reconocer al señor de Hérouville, quien en su arrebató había olvidado simular su voz— bautizadlo en seguida y no digáis mi diagnóstico a la madre, pues de lo contrario la mataríais.

La secreta alegría que el conde había traslucido por el gesto que le escapó cuando fue profetizada la muerte del aborto, había sugerido esa recomendación al curandero, y por ella acababa de salvar al niño. Maese Antonio se apresuró a llevarlo al lado de la madre que se había desvanecido, y se lo mostró con gesto irónico, para espantar al conde del estado en que la discusión había puesto a su esposa. La condesa lo había oído todo, pues no es raro ver en las grandes crisis de la vida como órganos humanos adquieren una extraordinaria sensibilidad; sin embargo, los gritos de su hijito colocado sobre el lecho, la volvieron, como por arte de magia, a la vida, y creyó oír la voz de dos ángeles, cuando, a favor de los vagidos del recién nacido, el curandero le dijo en voz baja al oído.

—Cuidadle bien y vivirá cien años; Beauvouloir entiende de esto...

Un suspiro celeste, un misterioso estrechamiento de la mano, fueron la recompensa del curandero, quien trataba de asegurarse, antes de entregar aquella frágil criatura a los abrazos de la impaciente madre, si la caricia paterna, que había dejado sus huellas en la tierna epidermis del niño, no había dañado nada de su

enclenque organismo. El enajenado movimiento con que la madre cobijó a su hijito a su lado, y la amenazadora mirada que lanzó al conde a través de los dos orificios del antifaz, hicieron estremecerse a Beauvouloir.

—Moriría si perdiese pronto a su hijo —dijo el conde.

Durante la última parte de esta escena, el señor de Hérouville parecía no haber visto ni entendido nada. Inmóvil y como absorto en profunda meditación, había comenzado otra vez a tamborilear con los dedos en la vidriera; mas, después de la última frase que le dijo el curandero, se volvió hacia él con movimiento frenéticamente violento y desenvainó su daga.

—¡Miserable villano! —barbotó, dándole el apodo con el que afrentaban los realistas a los partidarios de la Liga—. ¡Impúdico bribón...! La ciencia, que te vale el honor de ser el cómplice de gentilhombres instados a abrir o cerrar las sucesiones, me contiene del deseo de privar para siempre a Normandía de su brujo.

Con gran contento por parte de Beauvouloir, el conde volvió a envainar violentamente su daga.

—¿No podrías acaso —prosiguió el señor de Hérouville— hallarte alguna vez en tu vida en la honorable compañía da un señor y su dama, sin sospecharles de esos perversos cálculos que prestas a la canalla, sin pensar que ella no está autorizada, como los gentilhombres, por motivos plausibles? ¿Puedo tener, en esta contingencia, razones de Estado, como tú supones? ¡Matar a mi hijo! ¡Arrebatarlo a su madre! ¿Por qué nos espantas sobre la existencia de ese vigoroso vástago? ¡Belitre, comprende que haya descollado de tu pobre vanidad! ¡Si supieras el nombre de la dama a la que has asistido, te jactarías de haberla visto! ¡Voto a Dios, acaso por demasiadas precauciones habrías matado a la madre o al hijo! Pero, tenlo bien presente, tu miserable vida me responde tanto de tu discreción como de tu buena salud.

El curandero se sintió estupefacto del súbito cambio operado en las intenciones del conde. Aquel acceso de ternura por el aborto le espantaba aún más que la impaciente crueldad y la sombría indiferencia primeramente manifestadas por el señor. El acento del conde al pronunciar la última frase era indicio de una combinación más sabia para llegar al cumplimiento de un inmutable designio. Maese Beauvouloir se explicó aquel imprevisto desenlace, por la doble promesa que había hecho al padre y a la madre.

—¡Ya entiendo! —se dijo—. Este buen señor no quiere hacerse odioso a su mujer, y se confiará a la providencia del boticario... Preciso es pues que yo trate de prevenir a la dama para que vele por su noble retoño.

En el momento en que se dirigía al lecho, el conde, que se había aproximado a un armario, le detuvo con imperiosa interjección. TU gesto que hizo el señor tendiéndole una bolsa, Beauvouloir se dispuso a recibir, no sin inquieta alegría, el oro que brillaba a través de una redecilla de seda encamada, y que le fue desdeñosamente lanzada.

—Si me has hecho razonar como un palurdo no me creo dispensado el pagarte en señor. ¡No te pido discreción! Este hombre que aquí ves —añadió señalando a

Beltrán— ha debido explicarte que, por doquier que se encuentren encinas y ríos, mis diamantes y mis collares saben hallar a los villanos que hablan de mí.

En acabando estas palabras de clemencia, el gigante avanzó lentamente hacia el curandero, aproximole ruidosamente una silla, y pareció invitarle a sentarse, como él, cerca de la parturienta.

—Bien, querida, ya tenemos por fin un hijo —prosiguió—. Es una gran alegría para nosotros... ¿Sufres mucho?

—No —dijo en un murmullo la condesa.

El asombro de la madre y su incomodo, las tardías demostraciones del ficticio júbilo del padre, convencieron a maese Beauvouloir que algún grave incidente escapaba a su penetración habitual; persistió en sus sospechas, y apoyó su mano sobre la de la joven, menos para asegurarse de su estado, que para darle algunos consejos.

—La piel es buena —dijo—. Ningún accidente desagradable es de temer para la señora. La calentura de leche aparecerá sin duda, mas no os espantéis, que no será nada.

El astuto curandero detúvose, y apretó la mano de Ja condesa para indicarle que le escuchara con atención.

—Si no deseáis sentir inquietud alguna por vuestro hijo, señora —prosiguió— no debéis abandonarlo. Dejadle beber cuanto quiera de la leche que sus pequeños labios buscan ya; amamantadlo vos misma, y guardaos bien de las drogas del boticario. El pecho materno es el remedio de todas las enfermedades de las criaturas. He observado muchos partos a los siete meses, pero raramente he visto un alumbramiento tan poco doloroso como el vuestro. No es de extrañar siendo tan flacucho el pequeño... cabría en un zueco. Estoy seguro de que no pesa quince onzas. ¡Leche, leche pues! Si lo tenéis siempre a vuestro pecho, lo salvaréis.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de una nueva presión de sus dedos. A pesar de los dos llameantes haces que expelían los ojos del conde a través de los orificios de su antifaz, Beauvouloir dio sus prescripciones con la imperturbable seriedad de un hombre que quería ganarse su dinero.

—¡Vaya, curandero, te olvidas de tu viejo chambergo negro! —le dijo Beltrán en el momento en que el operador salía con él de la habitación.

### III

## EL AMOR PATERNO

Los motivos de la clemencia del conde hacia su hijo estaban extraídos de un *etcétera* de notario. En el momento en que Beauvouloir le detuvo la mano, la avaricia y la costumbre de Normandía se alzaron ante él. Con una señal, aquellas dos potencias le agarrotaron los dedos e impusieron silencio a sus odiosas pasiones. Una le gritó: «¡Los bienes de tu mujer no pueden pertenecer a la casa de Hérouville si no los transmite un hijo varón!». La otra le mostró a la condesa moribunda, y los bienes reclamados por la rama colateral de los Saint-Savin. Todos le aconsejaron dejar a la naturaleza la misión de acabar con aquel aborto, y esperar el nacimiento de un segundo vástago sano y vigoroso, para poder burlarse de la vida de su mujer y de su primogénito. No vio ya un hijo, vio dominios, y su cariño se tornó, súbitamente, tan intenso como su ambición. En su afán por satisfacer a la costumbre, deseó que aquel hijo nacido muerto aparentara una constitución robusta. La madre, que conocía bien el carácter del conde, se sorprendió aún más que el curandero, y conservó temores instintivos, manifestado a veces audazmente, pues, en un instante, el coraje maternal había duplicado su fuerza.

Durante algunos días, el conde permaneció asiduamente al lado de su mujer, prodigándole cuidados y atenciones a los cuales el interés imprimía un cariño especial. La condesa adivinó muy pronto que era ella el único objeto de todas aquellas solicitudes. El odio que el padre sentía hacia su hijo se manifestaba hasta en los menores detalles; se abstenía siempre de verle o tocarle; se levantaba bruscamente e iba a dar órdenes en cuanto empezaba a llorar; en fin, parecía que perdonaba que viviese gracias a la esperanza de verle morir. Aquel disimulo costaba demasiado al conde. El día en que se percató que la inteligente mirada de la madre presentía, sin comprenderlo, el peligro que amenazaba a su hijo, anunció su marcha para el día siguiente de la misa de parida, con el pretexto de llevar todas sus mesnadas en socorro del rey.

Tales fueron las circunstancias que acompañaron y precedieron al nacimiento de Esteban de Hérouville. Para desear incesantemente la muerte de aquel hijo reprobado el conde no hubiese tenido el poderoso motivo de haberla ya querido, y hasta habría hecho callar esa triste disposición que el hombre siente en perseguir al ser al cual ha perjudicado ya, y no se habría hallado en la obligación, cruel para él, de fingir cariño por un odioso aborto que creía ser hijo de Chaverny, y el pobre Esteban no habría sido menos objeto de su aversión. La desgracia de una constitución raquítica y enfermiza, agravada acaso por su ruda caricia al nacer, era, a sus ojos, una ofensa, siempre flagrante, para su amor propio de padre. Si execraba a los hombres apuestos, no detestaba menos a las personas débiles en quienes la fuerza de la inteligencia

reemplazaba a la fuerza del cuerpo. Para agradarle, se había de ser feo de rostro, grande, robusto e ignorante. Esteban, a quien su debilidad destinaba en cierto modo a las ocupaciones sedentarias de la ciencia, debía pues hallar en su padre un enemigo sin generosidad. Su lucha con el coloso comenzó desde la cuna; y, por todo socorro contra tan peligroso antagonista, no tenía más que el corazón de su madre, cuyo amor se acrecentaba, por una conmovedora ley de la naturaleza, viendo todos los peligros que le amenazaban.

Sepultada de pronto en una profunda soledad por la brusca partida del conde, Juana de Saint-Savin debió a su hijo los únicos momentos de felicidad que podían consolar su vida. Aquel hijo, cuyo nacimiento le era reprochado a causa de Chaverny, la condesa lo amó como las mujeres aman a la criatura nacida de un amor ilícito; obligada a alimentarle, no experimentó fatiga alguna. No quiso ser ayudada de ninguna manera por sus mujeres, sino que por sí misma vestía y desnudaba al pequeño, sintiendo nuevos placeres en cada mínimo cuidado que exigía. Aquellos trabajos incesantes, esa atención constante, la exactitud con que debía despertarse durante la noche para dar de mamar a su hijo, le proporcionaba una felicidad infinita. La dicha resplandecía en su rostro cuando satisfacía las necesidades de aquel pequeño ser. Como Esteban había venido prematuramente, faltaba mucha ropa, y deseó confeccionarla ella misma, y la hizo, con la perfección que vosotras conocéis, vosotras que, en la sombra y en el silencio, madres recelosas, habéis trabajado para vuestros hijos adorados. A cada puntada de la aguja, era un recuerdo, una añoranza, un deseo, anhelos, mil cosas, los que se bordaban sobre el tejido como los lindos dibujos trazados. Todas aquellas enajenaciones le fueron contadas al conde de Hérouville, aumentando la tormenta iniciada. Los días no tenían horas bastantes para las ocupaciones multiplicadas y las minuciosas precauciones de la nodriza y madre; y se deslizaban y huían cargadas de secretas satisfacciones.

La condesa tenía siempre presentes los consejos del curandero; por ello desconfiaba de los servicios de sus mujeres y de la mano de sus servidores; hubiese querido permanecer siempre despierta para estar segura de que nadie se aproximaría a Esteban durante su sueño; lo acostaba a su lado. En fin, desconfió incluso de la cuna. Durante la ausencia del conde se atrevió a llamar al curandero, cuyo nombre había conservado en su memoria. Pues para ella, Beauvouloir era un ser con el que tenía una inmensa deuda de agradecimiento; pero, deseaba, sobre todo, preguntarle mil cosas referentes a su hijo. Caso de que intentara envenenar a Esteban, ¿cómo podría ella frustrar aquellas tentativas? ¿Cómo gobernar su frágil salud? ¿Había que seguir amamantándole durante mucho tiempo aún? Y si ella muriese, ¿querría encargarse Beauvouloir de velar por la salud del pobre niño?

A las preguntas de la condesa, Beauvouloir, enternecido, le respondió que él temía tanto como ella el veneno para Esteban; mas sobre este punto, la condesa no tenía nada que temer en tanto que lo alimentara con su leche; luego, para el porvenir, la recomendaba que probase siempre ella antes la alimentación de Esteban.

—Si la señora condesa —añadió el curandero— nota algo raro en la lengua, un sabor picante, amargo, fuerte, salado, es decir, todo cuanto extraña al gusto, rechazad el alimento. Que los vestidos del niño sean lavados ante usted, y guardad la llave del armario en el que los tengáis. Y finalmente, si algo de particular sucede, llamadme, que acudiré al punto.

Los aleccionamientos del curandero se grabaron en el corazón de Juana, quien le rogó contara por su parte con ella como de persona de quien podía disponer en todo; Beauvouloir la confió entonces, que en efecto ella tenía en sus manos toda su felicidad.

Y acto seguido, contó sucintamente a la condesa cómo el conde de Hérouville, a falta de bellas y nobles amigas que le quisieran, había amado, en su juventud, a una cortesana apodada *La bella romana*, antigua amiga del cardenal de Lorena. Abandonada luego, la bella romana había venido a Ruán para solicitar personalmente del conde un favor para su hija, de la que él no quería ni oír hablar, alegando su belleza para no reconocerla en absoluto. A la muerte de la cortesana, muerta en la miseria, la pobre muchacha, llamada Gertrudis, aún más bella que su madre, había sido recogida por las damas del convento de las Clarisas, cuya superiora era la señorita de Saint-Savin, tía de la condesa. Y habiendo sido él llamado para atender a Gertrudis, se había prendado de ella hasta la coronilla.

—Si la señora condesa —añadió Beauvouloir— tuviera a bien ocuparse de este asunto, no solo pagaría con creces lo que cree deberme sino que, por el contrario, me consideraría su deudor. Así también, mi venida al castillo, muy peligrosa a los ojos del conde, quedaría justificada; luego, tarde o temprano, el conde acabaría interesándose por una criatura tan bella, y podría acaso un día protegerla indirectamente, nombrándome su médico.

La condesa, aquella mujer tan compasiva por los verdaderos amores, prometió servir al del pobre médico. Y se ocupó con tanto calor de aquel asunto, que con ocasión de su segundo parto, del que más tarde se tratará, obtuvo como gracia que en aquella época estaban autorizadas las mujeres a pedir a su marido en su alumbramiento, una dote para Gertrudis, la bella bastarda, que, por aquel entonces, en vez de hacer votos religiosos, desposose con Beauvouloir. Aquella dote y las economías del curandero permitieron que el matrimonio adquiriese Forcalier, un lindo dominio vecino al castillo de Hérouville, y que entonces vendían los herederos.

Tranquilizada así por el buen curandero, la condesa sintió su vida colmada para siempre por dichas desconocidas a otras madres. Desde luego, todas las mujeres son bellas cuando suspenden a sus criaturas a su pecho, velando para que se calmen sus lloros y sus comienzos de dolores; mas era difícil ver, hasta en los cuadros italianos, una escena más enternecedora que la ofrecida por la condesa, cuando sentía a Esteban saciándose de su leche, convirtiéndose así su sangre en la vida de aquel pobre ser amenazado. Con el rostro resplandeciente de amor, contemplaba a la querida criaturita, temiendo siempre descubrir algún rasgo de Chaverny, en quien ella tanto

había pensado. Aquellos pensamientos, mezclados en su frente con la expresión de placer, la mirada con la que cubría a su hijo, su deseo de comunicarle la fuerza que ella sentía en su corazón, sus brillantes esperanzas, la donosura de sus gestos, todo formaba un cuadro que subyugaba a todas las mujeres que la rodeaban: la condesa venció el espionaje.

Pronto, un mismo pensamiento unió a aquellos dos seres, y se comprendieron antes de que pudieran utilizar el lenguaje para hacerlo. En el momento en que Esteban ejerció la vista con la pasmada avidez natural a las criaturas, sus miradas toparon con los sombríos zócalos de la cámara de honor. Cuando su tierno oído se esforzó en percibir los sonidos y reconocer sus diferencias, escuchó el monótono zumbido de las aguas del mar que iba a estrellarse contra las rocas con movimiento tan regular como la péndola de un reloj. Así los lugares, los sonidos, los objetos, todo cuanto impresiona los sentidos, prepara el entendimiento y forma el carácter, le predispuso a la melancolía. ¿No debía acaso su madre vivir y morir en medio de las nubes de la melancolía? Desde su nacimiento pudo él creer que la condesa era el único ser que existía sobre la tierra, ver el mundo como un desierto, y habituarse a ese sentimiento de retorno en nosotros mismos, que nos inclina a vivir solos, a buscar en nosotros mismos esa felicidad, desarrollando los inmensos recursos del pensamiento. ¿No estaba acaso también la condesa condenada a permanecer sola en la vida, y a hallarlo todo en su hijo, perseguido como lo fue su verdadero amor de doncella? Semejante a todos los niños que sufren, Esteban mantenía siempre la actitud pasiva que, dulce semejanza, era la de su madre. La delicadeza de sus órganos era tan grande, que un ruido demasiado súbito o la compañía de una persona alborotadora, le daban fiebre. Habríase dicho uno de esos pequeños insectos para los cuales Dios parece moderar la violencia del viento y el calor del sol; incapaz como ellos de luchar contra el menor obstáculo, cedía igualmente, sin resistencia ni queja, a todo lo que parecía agresivo. Aquella angélica paciencia inspiraba a la condesa un sentimiento profundo que privaba de toda fatiga a los minuciosos cuidados reclamados por una salud tan vacilante.

Agradeció a Dios, que situaba a Esteban, como a multitud de criaturas, en el seno de la esfera de paz y de silencio, la única donde podría educarse felizmente. A menudo las manos maternas, a la vez tan dulces y fuertes para él, le transportaban a la elevada región de las ventanas ojivales. Desde allí, sus ojos, azules como los de su madre, parecían estudiar las magnificencias del océano. Ambos permanecían entonces horas enteras contemplando el infinito de aquella vasta lámina, alternativamente oscura y brillante, muda y sonora. Aquellas largas meditaciones constituían para Esteban un secreto aprendizaje del dolor. En esas ocasiones, casi siempre se llenaban de lágrimas los ojos de su madre, y, durante aquellos penosos ensueños del alma, las tiernas facciones de Esteban se asemejaban a una tenue red tirada por un peso demasiado gravoso. Luego, la precoz inteligencia de la desdicha, le reveló el poder que sus juegos ejercían sobre la condesa; trató de divertirla con las

mismas caricias que ella empleaba para adormecer sus sufrimientos. Siempre sus traviesas manecitas, sus balbuceos, sus risas inteligentes, disipaban las ensoñaciones de su madre. Y, si se sentía fatigado, su instintiva delicadeza le impedía quejarse.

—¡Pobre querida planta sensitiva! —exclamó la condesa, viéndole dormido de cansancio tras un retozo que acababa de ahuyentar a uno de sus más dolorosos recuerdos— ¿dónde podrás vivir? ¿Quién te comprenderá jamás a ti, a quien una mirada excesivamente severa podrá herirte el alma? Tú que, semejante a tu triste madre, estimarás una dulce sonrisa como algo más precioso que todos los bienes terrenales. ¡Ángel amado de tu madre!, ¿quién te amará? ¿Quién adivinará los tesoros ocultos bajo tu frágil envoltura? Nadie. Al igual que yo, estarás solo sobre la tierra. ¡Dios te guarde de concebir, como yo, un amor favorecido por Dios, y frustrado por los hombres!

Suspiró y lloró. La graciosa postura de su hijito, que dormía sobre sus rodillas, la hizo sonreír con melancolía; le contempló largo rato, saboreando uno de esos placeres que son un secreto entre las madres y Dios. Tras haber observado lo mucho que gustaba a su hijo escuchar su voz unida a los acordes de la mandolina, le cantaba los romances tan donairosos de aquella época, y creía ver sobre sus pequeños labios embadurnados de su leche la sonrisa con la que Jorge de Chaverny le agradecía antaño cuando dejaba a un lado el rabel. Se reprochaba sus retornos al pasado, mas siempre volvía a él. El niño, cómplice de aquellas añoranzas, sonreía precisamente a las arias preferidas por Chaverny.

A los dieciocho meses, la debilidad de Esteban no había aún permitido a la condesa el pasearlo al exterior; pero los leves colores que matizaban el blanco mate de su piel, como si el más pálido de los pétalos de un rosal silvestre hubiese sido traído por el viento, atestiguaban vida y salud. En el momento en que ella comenzaba a creer en las predicciones del curandero, y se felicitaba por haber podido, en ausencia del conde, rodear a su hijo de las más serias precauciones, a fin de preservarle de todo peligro, las cartas escritas por el secretario de su marido le anunciaron su próximo regreso. Una buena mañana, la condesa, entregada a la loca alegría que se apodera de todas las madres cuando ven andar por primera vez a su primer hijo, jugaba con Esteban a esos juegos tan indescriptibles como puede ser el encanto de los recuerdos, cuando de pronto oyó crujir las baldosas bajo un pesado paso. Y apenas se había levantado con movimiento de involuntaria sorpresa, se halló ante el conde. Lanzó un grito, mas trató de reparar aquel involuntario yerro adelantándose hacia él y ofreciéndole, sumisa, la frente para recibir un beso.

—¿Por qué no me has prevenido de tu llegada? —dijo.

—El recibimiento —respondió interrumpiéndola el conde— habría sido más cordial, pero menos sincero.

Diose cuenta de la presencia del niño, y el estado de salud en que le volvía a ver, le arrancó primero un gesto de sorpresa mezclado de cólera; mas reprimió esta, tocándola en fingida sonrisa.

—Te traigo buenas noticias —prosiguió él—. Tengo el gobierno de la Champaña y la promesa del rey del nombramiento de duque y par. Además, hemos heredado de un pariente: ese maldito hugonote de Chaverny ha muerto.

La condesa palideció y se desplomó en un sofá. Adivinaba el secreto de la siniestra alegría reflejada en el rostro de su marido, y que la vista de Esteban parecía aumentar.

—Señor —dijo ella con voz conmovida— no ignoráis que he amado durante mucho tiempo a mi primo de Chaverny... Responderéis a Dios del dolor que me causáis...

A estas palabras, la mirada del conde echó chispas; sus labios temblaron incapaces de proferir una palabra; a tal extremo estaba alterado por la rabia y lanzó la daga sobre la mesa con tal violencia, que el acero resonó como el estampido de un trueno.

—Escúchame —barbotó al fin— y acuérdate de mis palabras: no quiero jamás oír ni ver al pequeño monstruo que tienes en brazos, ya que es tu hijo y no el mío; ¿tiene siquiera uno solo de mis rasgos? ¡Por la cabeza de Dios llena de reliquias, escóndelo bien, pues de lo contrario...!

—¡Santo cielo! —clamó la condesa—, protégenos.

—¡Silencio! —vociferó de nuevo el coloso—. Si no quieres que le tropiece, haz de modo que no lo encuentre nunca a mi paso.

—Pues entonces —replicó la condesa, que se sintió con valor para luchar contra su tirano— júrame que no atentará contra su vida si no lo ves. ¿Puedo contar con tu palabra de gentilhomme?

—¿Qué quiere decir eso? —repuso el conde a su vez.

—¡Bien, si no es así, mátanos a los dos ahora de una vez! —clamó ella, poniéndose de rodillas y estrechando a su hijo en sus brazos.

—¡Ea levántate! Te prometo, por mi fe de gentilhomme, que no intentaré nada contra la vida de ese maldito embrión, siempre que permanezca en los roquedos que bordean el mar bajo el castillo; le doy la casa del pescador por alojamiento, y la playa por dominio: ¡pero ay de él si lo encuentro jamás por allá de esos límites!

La condesa se echó a llorar amargamente.

—¡Mírale! ¡Es tu hijo! —dijo con suplicante voz.

—¡Basta!

A esta conminatoria palabra, la espantada madre llevóse a su hijo, cuyo corazón palpitaba como el de una curruca sorprendida en su nido por un pastor. Sea que la inocencia tiene un encanto al cual no podrían sustraerse los hombres más endurecidos, o bien que el conde se reprochase su violencia y temiera sumir en excesiva desesperación a una criatura necesaria tanto a sus placeres como a sus designios, su voz se había tomado tan dulce como podía serlo, cuando volvió su mujer.

—Juana, querida —la dijo— no seas rencorosa y dame la mano... No sabe uno

como portarse con nosotras las mujeres. ¡Pardiez, te traigo nuevos honores, nuevas riquezas y me recibes como a un maestro que da con una partida de villanos! Mi gobierno va a obligarme a largas ausencias, hasta que lo haya cambiado por el de Normandía; cuando menos, querida, durante mi estancia aquí ponme buena cara.

La condesa comprendió el sentido de estas palabras, cuya fingida dulzura no podía ya engañarle.

—Conozco mis deberes —respondió con un acento de melancolía que su marido tomó por ternura.

Aquella tímida criatura tenía demasiada pureza, demasiada grandeza, para intentar, como ciertas mujeres hábiles, gobernar al conde calculando su conducta, especie de prostitución por el que se encuentran maculadas las almas hermosas. Se alejó silenciosamente, para ir a consolar su desesperación paseando a Esteban.

—¡Por la cabeza de Dios llena de reliquias... así pues nunca podré ser amado! —barbotó el conde al sorprender una lágrima en los ojos de su mujer cuando salía.

Incesantemente amenazada, la maternidad se convirtió en la condesa en una pasión que adquirió la violencia que las mujeres dan a sus sentimientos culpables. Por una especie de sortilegio cuyo secreto reside en el corazón de todas las madres, y que tuvo aún más fuerza entre la condesa y su hijo, logró hacerle comprender el peligro que le amenazaba de continuo, y le enseñó a temer la aproximación de su padre. La terrible escena de la que Esteban había sido testigo, se grabó en su memoria de manera que le produjo como una enfermedad. Acabó por presentir la presencia del conde con tanta certidumbre, que, si una de aquellas sonrisas, cuyos signos imperceptibles resplandecen en los ojos de una madre, animaba su rostro en el momento en que sus órganos imperfectos, ya moldeados por el temor, le anunciaban el lejano paso de su padre, sus facciones se contraían, superando el instinto del hijo al óvulo de la madre. Con la edad, aquella facultad creada por el terror creció tanto, que al igual de los salvajes de América, Esteban distinguía el paso de su padre, podía escuchar su voz a distancias alejadas, prediciendo su llegada. Ver el sentimiento de terror que su marido le inspiraba compartido por su hijo, hizo a este aún más precioso a la condesa y su unión se fortaleció tanto que, como dos flores sujetas al mismo ramo, se curvaban bajo el mismo viento y se alzaban por la misma esperanza. Fue una misma vida.

Al partir el conde, Juana comenzaba su segundo embarazo. Esta vez dio a luz en el plazo requerido por los prejuicios, y trajo al mundo, no sin inauditos dolores, a un voluminoso varón, que pocos meses después, ofreció un parecido tan perfecto con su padre, que el odio del conde por el primogénito aumentó todavía. A fin de salvar a su querido hijo, la condesa consintió en todos los proyectos elaborados por su marido para la felicidad y la fortuna de su segundo vástago. Esteban, prometido al cardenalato, debía ser sacerdote, para dejar a Maximiliano los bienes y los títulos de la casa de Hérouville. A este precio, la pobre madre aseguraba la tranquilidad del hijo maldito.

Jamás dos hermanos fueron tan dispares como Esteban y Maximiliano. El benjamín desde su nacimiento era aficionado al ruido, a los ejercicios violentos y a la guerra; así el conde le profesaba tanto amor como su mujer por Esteban. Mediante una especie de pacto natural y tácito, cada uno de los esposos se encargó de su hijo predilecto. El duque, ya que por estas fechas Enrique IV recompensó con este título los eminentes servicios del señor de Hérouville, el duque no quiso, dijo, fatigar a su esposa, y dio por nodriza a Maximiliano una rolliza campesina de Bayeux, escogido por Beauvouloir. Con gran contento de Juana de Saint-Savin, desconfió tanto del espíritu como de la leche de la madre, y adoptó la resolución de formar a su hijo a su gusto. Educó a Maximiliano en un santo horror a los libros y las letras; le inculcó los conocimientos mecánicos del arte militar, y siendo todavía de temprana edad le hizo ejercer la equitación, disparar el arcabuz y manejar la daga. Cuando su hijo se hizo mocito, le acompañaba en sus cacerías para que adquiriese esa adustez de lenguaje, esa rudeza de modales, esa fuerza del cuerpo, esa virilidad en la mirada y en la voz, que constituían, a sus ojos, las cualidades de un hombre completo. Así el pequeño gentilhomme fue, a los doce años, un cachorro de león muy mal lamido, temido por todos, cuando menos, tanto como a su padre, teniendo permiso para tiranizarlo todo por los alrededores, y tiranizándolo todo...

Esteban vivía en la casa situada al borde del océano, que le había dado su padre, y que la duquesa hizo que la dotase de algunas comodidades a las que tenía derecho. La duquesa pasaba allí la mayor parte del día. La madre y el hijo recorrían juntos las rocas y las playas; ella indicaba a Esteban los límites de su pequeño dominio de arena, de conchas, de musgo y de guijarros; el profundo terror que la apresaba cuando le veía traspasar el recinto, le hizo comprender que más allá de aquellos límites le esperaba la muerte. Esteban tembló por su madre antes de temblar por él mismo; luego, hasta el nombre del duque de Hérouville le provocaba tal desazón que le privaba de su energía y le sumía en la atonía que hace caer a una muchacha de rodillas ante un tigre. Si divisaba a lo lejos a aquel siniestro gigante o bien oía su voz, la impresión que otrora sintiera en el momento en que fue maldecido, le helaba el corazón. Así, como un lapón a quien alejado de sus nieves le produce la muerte, se hizo una deliciosa patria de su cabaña y de sus rocas; si franqueaba su frontera, experimentaba un indefinible malestar.

Previendo que su pobre hijo solamente hallaría la felicidad en una humilde esfera silenciosa, la duquesa lamentó menos el destino que se le había impuesto, y valiose de aquella vocación forzada para prepararle una vida hermosa, colmando su soledad con las ocupaciones de la ciencia, para lo que hizo venir al castillo a Pedro de Sebonde, para que sirviera de preceptor al futuro cardenal de Hérouville. A pesar de la tonsura destinada a su hijo, Juana de Saint-Sevin no quiso que aquella educación oliera a sacerdocio, y la secularizó con su intervención. Beauvouloir fue encargado de iniciar a Esteban en los misterios de las ciencias naturales. La duquesa, que vigilaba personalmente los estudios a fin de mantenerlos en el debido grado requerido por su

hijo, le recreaba enseñándole italiano, desvelándole insensiblemente las riquezas poéticas de esta lengua. Mientras que el duque conducía a Maximiliano ante los jabalíes, a riesgo de que le hiriesen, Juana se introducía con Esteban en la vía láctea de los sonetos de Petrarca o en el gigantesco laberinto de la *Divina Comedia*.

Para compensar a Esteban de sus flaquezas, la naturaleza le había dotado de una voz tan melodiosa, que era difícil resistir al placer de oírle; su madre le enseñó música. Canciones tiernas y melancólicas eran el recreo favorito prometido por la madre en recompensa a algún trabajo encargado por el abate de Sebonde. Esteban escuchaba a su madre con una apasionada admiración que ella solamente había visto en los ojos de Chaverny. La primera vez que la mirada larga de su hijo trajo a la pobre mujer recuerdos de su donceller, le cubrió de insensatos besos. Y enrojeció cuando Esteban le preguntó por qué parecía quererle más en aquel momento, respondiendo luego que su cariño aumentaba con el pasar de las horas. Pronto, en los cuidados que requerían la educación del alma y el cultivo de la inteligencia, volvió a encontrar ella los mismos deleites que había saboreado criando, atendiendo el crecimiento de su hijo. Aunque las madres no se engrandecen siempre con sus hijos, la duquesa era una de las que llevan en la maternidad las humildes adoraciones del amor; podía acariciar y jugar; ponía su amor propio en hacer a Esteban superior a ella en todo, y no en gobernarle; acaso se sabía tan grande por su cariño, que no temía ningún menoscabo. Son los corazones sin ternura los que gustan de la dominación, pero los verdaderos sentimientos prefieren la abnegación, esa virtud de la fuerza. Cuando Esteban no comprendía de buenas a primeras alguna demostración, un texto o un teorema, la pobre madre, que asistía a las lecciones, parecía querer infundirle el conocimiento de las cosas, como antaño, al menor lloriqueo, le vertía torrentes de leche. Mas también, ¡con qué resplandor no empurpuraba la mirada de la condesa el júbilo, cuando Esteban captaba al punto el sentido de las cosas, apropiándose! Ella mostraba, como decía Pedro de Sebonde, que la madre es un ser cuyas sensaciones abarcan siempre dos existencias.

La duquesa aumentaba así el sentimiento natural que liga un hijo a su madre por las ternuras de un amor resucitado. La endebles de Esteban hizo que prosiguiera varios años a los cuidados destinados a la infancia: ella venía a vestirle, y le acostaba; ella peinaba, alisaba, rizaba y perfumaba la cabellera de su hijo. Aquel tocado era una caricia continua; daba a aquella querida cabeza tantos besos como veces pasaba el peine con ligera mano. Del mismo modo que las mujeres gustan de convertirse casi en madres para sus amantes, prestándoles algunos cuidados domésticos, así la madre hacía de su hijo un simulacro de amante; le encontraba una vaga semejanza con el primo amado más allá de la tumba. Esteban era como el fantasma de Jorge entrevisto en la lejanía de un espejo mágico; ella se decía que era más gentilhomme que eclesiástico.

—Si alguna mujer tan amante como yo quisiera infundirle la vida del amor, podría ser muy feliz —pensaba a menudo.

Mas los terribles intereses que exigían la tonsura en la cabeza de Esteban le volvían a la memoria, y ella besaba, depositando en ellos sus lágrimas, los cabellos que serían cortados por las tijeras de la Iglesia. A pesar del injusto pacto establecido con el duque, ella no veía en Esteban al sacerdote ni al cardenal, en aquellos claros abiertos por su mirada de madre a través de las densas tinieblas del futuro. El profundo olvido del padre le permitió no inducir a su pobre hijo a su entrada en las órdenes.

—¡Siempre habrá tiempo para ello! —se decía.

Luego, sin confesarse un pensamiento sumido en su corazón, inculcaba a Esteban los bellos modales de los cortesanos, lo veía amable y gentil como Jorge de Chaverny. Reducida a algunas mezquinas economías por la ambición del duque, que regentaba en persona los bienes de su casa, empleando todas las rentas en su engrandecimiento o en su tren de vida, ella había adoptado para sí el más sencillo atavío, no gastando nada para su persona, a fin de poder dar a su hijo capas de terciopelo, botas de las llamadas de embudo, guarnecidas de encajes, y jubones de finos paños acuchillados. Sus privaciones personales hacía que experimentase los mismos goces producidos por los sacrificios que uno se complace en ocultar a las personas queridas. Ella celebraba festejos secretos pensando, cuando bordaba una gorguera, en el día en que el cuello de su hijo sería adornado con su labor. Ella sola cuidaba de la ropa, los perfumes y los tocados de Esteban; además no se engalanaba sino para él, pues gustaba que la encontrase bella. Tantas solicitudes, acompañadas de un sentimiento que penetraba la carne de su hijo y la vivificaba, tuvieron su recompensa. Un día, Beauvouloir, aquel hombre divino cuyas lecciones habían despertado el amor del hijo maldito, y cuyos servicios no eran ignorados de Esteban; aquel médico cuya mirada inquieta hacía temblar a la duquesa cada vez que examinaba a su frágil ídolo, declaró que Esteban podía vivir largos años, en caso de que ningún sentimiento violento agitara con demasiada brusquedad su delicado cuerpo. Esteban tenía entonces dieciséis años.

A esta edad, la estatura de Esteban había alcanzado cinco pies, medida que no sobrepasaría; pero también Jorge de Chaverny era de mediana estatura. Su piel, transparente y satinada como la de una niña, traslucía los delicados ramales de sus venas azules. Su blancura era la de la porcelana. Sus ojos, de límpido azul e impregnados de inefable dulzura, imploraban la protección de los hombres y de las mujeres; las irresistibles suavidades de la oración se escapaban de su mirada y seducían antes que las melodías de su voz consumaran el ensalmo. La más auténtica modestia se revelaba en todos sus rasgos. Largos cabellos castaños, lisos y finos, se partían en dos sobre su frente, ondulándose en sus extremidades. Sus mejillas pálidas y hundidas, la pureza de su frente, surcada ya por algunas arrugas, expresaban un sufrimiento nativo que dañaba el ver. Su boca, graciosa y ornada de blanquísima dentadura, conservaba esa especie de sonrisa que se fija en los labios de los moribundos. Sus manos, diáfanas como las de una mujer, eran extraordinariamente

bellas. Semejante a una planta ahilada, sus prolongadas meditaciones le habían acostumbrado a inclinar la cabeza, y aquella actitud sentaba bien a su persona: era como el último toque que un gran artista da a un retrato para hacer destacar todo el pensamiento. Creeríase ver una cabeza de doncella enferma, colocada sobre un cuerpo de hombre débil y contrahecho.

La estudiosa poesía cuyas ricas meditaciones nos hacen recorrer como un botánico los vastos campos del pensamiento, la fecunda comparación de las ideas humanas, la exaltación que nos proporciona la inteligencia perfecta de las obras geniales, se habían convertido en las inagotables y tranquilas dichas de su vida ensoñadora y solitaria. Las flores, admirables creaciones cuyo destino tanto se asemejaba al suyo, tuvieron todo su amor. Feliz por ver en su hijo inocentes pasiones que le preservaban del rudo contacto de la vida, como la más hermosa dorada del Océano no habría soportado sobre la arena una mirada del sol, la condesa había alentado los gustos de Esteban llevándole *romanceros* españoles, *motetes* italianos, libros, sonetos, poemas... La biblioteca del cardenal de Hérouville la había heredado Esteban, y la lectura debía colmar su vida. Cada mañana, su hijo hallaba su soledad poblada de belleza, plantas de magníficos colores y suaves perfumes. Así, sus lecturas, a las cuales su frágil salud no le permitía entregarse durante mucho tiempo, y sus ejercicios en medio de las rocas, eran interrumpidos por ingenuas meditaciones que le hacían permanecer horas enteras ante sus rientes y polícromas flores, sus dulces compañeras, o agazapado en la concavidad de alguna roca, en presencia de un alga, un musgo, o una hierba marina, estudiando sus misterios. Buscaba una rima en el seno de las corolas, al igual que la abeja habría libado en ellas su miel. Admiraba, a menudo sin ningún propósito concreto, y sin querer explicarse su placer, las deliciosas mallas estampadas sobre los pétalos en colores oscuros, la delicadeza de las ricas túnicas de oro o de azur, verdes o violáceas, los recortes tan profusamente bellos de los cálices, de los pétalos o de las hojas, sus texturas mates o aterciopeladas que se desgarraban como debía hacerlo su alma al menor esfuerzo. Más tarde, tan pensador como poeta, debía sorprender la razón de aquellas innúmeras diferencias de una misma naturaleza,\* descubriendo en ella el indicio de preciosas facultades; ya que, de día en día, hizo progresos en la interpretación del Verbo divino escrito en cada cosa de este mundo. Esas investigaciones obstinadas y secretas, efectuadas en el mundo oculto, prestaban a su vida la aparente somnolencia de los genios meditativos. Esteban permanecía durante jornadas enteras tendido sobre la arena, feliz, poeta sin saberlo. La súbita irrupción de un dorado insecto, los reflejos del sol en el océano, los temblores del vasto y límpido espejo de las aguas, un marisco, una araña de mar, todo se convertía en acontecimiento y en deleite para aquella alma ingenua. Ver venir a su madre, oír de lejos el crujir de su vestido, esperarla, besarla, hablarla, escucharla, le producían sensaciones tan vivas, que a menudo un retraso o el más leve temor le producía una voraz fiebre. No había sino un alma en él, y, para que el cuerpo débil y siempre endeble no fuese destruido por las emociones de esa alma le resultaba

imprescindible el silencio, las caricias, la paz en el paisaje, y el amor de una mujer. Por el momento, su madre le prodigaba el amor y las caricias; las rocas estaban silenciosas; las flores y los libros encantaban su soledad; en fin, su pequeño reino de arena y de conchas, de algas y de verdura, le parecía un mundo siempre lozano y nuevo.

Esteban disfrutó de todos los beneficios de esa vida física e inocente, y de esa vida moral tan poéticamente amplia. Niño por la forma, hombre por la inteligencia, era igualmente angélico en los dos aspectos. Por voluntad de su madre, sus estudios habían transportado sus emociones a la región de las ideas. La acción de su vida se cumplió entonces en el orden moral, lejos del mundo social que podía matarle u ocasionarle sufrimientos. Vivió por el alma y por la inteligencia. Tras haber conocido los pensamientos humanos mediante la lectura, se elevó hasta los que mueven la materia, los sintió en los aires, e incluso los leyó escritos en el cielo. En fin, alcanzó temprano la etérea cima en la que se encontraba el delicado alimento propio de su alma, manjar embriagador, pero que le predestinaba a la desgracia el día en que aquellos tesoros acumulados se uniesen a las riquezas que una pasión vuelca súbitamente en el corazón. Si a veces Juana de Saint-Savin temía esa tormenta, se consolaba pronto en un pensamiento inspirado por el triste destino de su hijo; pues aquella pobre madre no hallaba más remedio a una desgracia que otra desdicha menor; así, todos sus goces estaban plenos de amargura.

—Será cardenal —se decía—. Vivirá por el sentimiento de las artes, en cuyo protector se convertirá. Amará el arte en vez de amar a una mujer, y el arte no le traicionará jamás.

Los placeres de esta amorosa maternidad estuvieron, pues, alterados sin cesar por sombríos pensamientos que nacían de la singular situación en que Esteban se encontraba en el seno de su familia. Ambos hermanos habían rebasado la adolescencia sin conocerse todavía, sin haberse visto, sin sospechar su existencia rival. La duquesa había esperado durante mucho tiempo poder, durante una de las ausencias de su marido, unir a los dos hermanos por alguna solemne escena en la que contaba envolverles con su alma. Se lisonjeara en interesar Maximiliano a Esteban, diciendo al benjamín cuánta protección y cariño debía a su primogénito doliente, a cambio de los renunciamentos a que había sido sometido, y a los que sería fiel, aunque forzado. Tal esperanza durante tiempo acariciada, se había desvanecido. Lejos de querer ocasionar un reconocimiento entre los hermanos temía más un encuentro entre Esteban y Maximiliano, que entre Esteban y su padre. Maximiliano, que no creía sino en el mal, hubiese temido que Esteban no reivindicase algún día sus derechos negados, y lo habría arrojado al mar con una piedra atada al cuello. Jamás hijo alguno sintió menos respeto por su madre. En cuanto tuvo uso de razón, se percató de la poca estima que el duque tenía por su mujer. Si el viejo gobernador mantenía algunas formas en sus modales con la duquesa, Maximiliano, poco contenido por su padre, causaba mil disgustos y pesares a su madre. Así, Beltrán

velaba incesantemente para que jamás viera Maximiliano a Esteban, cuyo nacimiento, por lo demás, le había sido cuidadosamente ocultado. Todas las gentes del castillo odiaban cordialmente al marqués de San Severo, título que llevaba Maximiliano, y quienes sabían de la existencia del primogénito, lo consideraban como un vengador que Dios tenía en reserva. El futuro de Esteban era dudoso; probablemente sería perseguido por su padre. La pobre duquesa no tenía parientes a los que confiar la vida y los intereses de su hijo querido; ¿no acusaría Esteban a su madre, cuando, bajo la púrpura romana, deseara ser padre como ella había sido madre? Estos pensamientos, su vida melancólica y llena de dolores secretos eran como una larga dolencia temperada por un suave régimen. Su corazón exigía los más hábiles miramientos, y quienes la rodeaban eran cruelmente inexpertos en dulzuras. ¿Qué corazón de madre no habría sido lastimado constantemente viendo a su primogénito, hombre de cerebro y de corazón, en quien se revelaba un magnífico genio, desposeído de sus derechos, mientras que el segundón, un malvado digno racimo de la horca, sin talento alguno, ni siquiera militar, era el encargado de llevar la corona ducal y de perpetuar la familia? La casa de Hérouville renegaba de su gloria.

Incapaz de maldecir, la dulce Juana de Saint-Savin no sabía sino bendecir y llorar; mas a menudo alzaba los ojos al cielo para pedirle una justificación de aquella singular sentencia. Sus ojos se llenaban de lágrimas cuando pensaba que a su muerte su hijo quedaría completamente huérfano, teniendo que soportar las brutalidades de un hermano sin fe ni ley. Tantas sensaciones reprimidas, un primer amor inolvidable, tantos dolores incomprensidos, pues ella ocultaba sus más vivos sufrimientos a su hijo querido, sus alegrías siempre turbadas, y sus incesantes pesares, habían debilitado los principios de la vida y desarrollado en ella una dolencia de languidez apática que, lejos de atenuarse, cobraba cada día nueva agudeza. Finalmente, un último golpe activó la consunción de la duquesa: intentó esclarecer al duque sobre lo errado de la educación de Maximiliano, y fue rechazada; no pudo llevar remedio alguno a las detestables simientes que germinaban en el alma de aquel hijo. Así entró en un período de marchitamiento tan visible, que su dolencia requirió la promoción de Beauvouloir al cargo de médico de la casa de Hérouville y del gobierno de Normandía. En consecuencia, el antiguo curandero pasó a habitar en el castillo. En aquel tiempo estos puestos pertenecían a sabios, que hallaban en ellos los necesarios ocios para la realización de sus trabajos, y los honorarios indispensables para su vida estudiosa. Beauvouloir anhelaba desde hacía algún tiempo esa posición, ya que su saber y su fortuna le habían creado numerosos y encarnizados enemigos. No obstante gozar de la protección de una gran familia a la cual había prestado servicios, había sido recientemente implicado en un proceso criminal y solo la intervención del gobernador de Normandía, solicitada por la duquesa, detuvo el procesamiento.

El duque no hubo de arrepentirse de la protección que tan a las claras había dispensado al antiguo curandero: Beauvouloir salvó al marqués de San Severo de una enfermedad tan peligrosa que cualquier otro médico hubiese fracasado. Mas la herida

de la duquesa databa de hacía demasiado para que pudiera curarla, sobre todo cuando volvía a ser constantemente abierta en su hogar. Así, cuando los sufrimientos hicieron entrever un próximo fin a aquel ángel al que tantos dolores disponían a mejores destinos, la muerte tuvo un vehículo en las sombrías previsiones del futuro.

—¿Qué será de mi pobre hijo si le faltó yo? —Era un pensamiento que cada momento traía como una ola amarga.

Finalmente, cuando tuvo que permanecer en el lecho, la duquesa se inclinó rápidamente hacia la tumba: pues entonces se vio privada de su hijo adorado, al que le estaba prohibido el acceso a su cabecera, por el pacto a cuya observancia debía la vida. El dolor del hijo fue igual al de la madre. Inspirado por el genio particular a los sentimientos aherrojados, Esteban se creó el más místico de los lenguajes para poder hablar con su madre. Estudió los recursos de su voz como lo hubiera hecho la más hábil de las cantantes e iba a cantar con melancólico acento bajo las ventanas de su madre, cuando una señal de Beauvouloir le indicaba que estaba sola. Antaño, en pañales, había consolado a su madre por inteligentes sonrisas; convertido en poeta, la acariciaba con las más suaves melodías.

—¡Esas canciones me hacen vivir! —decía la duquesa a Beauvouloir, aspirando el aire animado por la voz de Esteban.

Finalmente llegó el momento en que debía comenzar un largo duelo para el hijo maldito. Varias veces ya, había hallado misteriosas correspondencias entre sus emociones y los movimientos del océano. La adivinación de los pensamientos de la materia, de que le había dotado su ciencia oculta, hacia a aquel fenómeno más elocuente para él que para cualquier otra persona. Durante el atardecer fatal en que fue a comunicarse con su madre por vez última, el océano se agitó con uno de esos movimientos que le parecieron extraordinarios. Era un remover de aguas que mostraba al mar fermentado intestinamente; se hinchaba con enormes olas que iban a morir con raídos lúgubres y semejantes a los aullidos de los perros angustiados. Esteban se sorprendió diciéndose a sí mismo:

—¿Qué quiere ella de mí? Se estremece y se queja como una criatura viviente. Mi madre me ha contado a menudo que el océano fue presa de horribles convulsiones durante la noche en que yo nací. ¿Qué va a sucederme?

Este pensamiento le hizo quedarse en pie ante la ventana de su cabaña, con los ojos ora posados en la de la habitación de su madre, en donde temblaba una luz, ora en el océano, que continuaba gimiendo. De pronto, Beauvouloir llamó suavemente a la puerta, la abrió y apareció mostrando en su rostro ensombrecido el reflejo de una desgracia.

—Monseñor —dijo—, la señora duquesa se encuentra en un estado tan triste que quiere veros... Se han adoptado todas las precauciones necesarias para que no os acontezca nada malo en el castillo; mas es precisa suma prudencia..., nos veremos obligados a pasar por la habitación de monseñor, en la que nacisteis.

Estas palabras hicieron afluir lágrimas a los ojos de Esteban, quien exclamó:

—¡El océano me ha hablado!

Se dejó conducir maquinalmente hacia la puerta de la torre por donde Beltrán había subido la noche en que la duquesa diera a luz al hijo maldito. El escudero se encontraba allí, con un farol en la mano. Esteban llegó a la gran biblioteca del cardenal de Hérouville, donde se vio obligado a permanecer con Beauvouloir mientras Beltrán abría las puertas para reconocer si el hijo maldito podía pasar sin peligro. El duque no se despertó. Avanzando con ligeros pasos, Esteban y Beauvouloir no oían en aquel inmenso castillo más que la débil queja de la moribunda. Así, las circunstancias que acompañaron al nacimiento de Esteban volvían a repetirse a la muerte de su madre. La misma tempestad, las mismas angustias, el mismo temor de despertar al gigante sin piedad, quien ahora dormía a pierna suelta. Para evitar todo contratiempo desgraciado, el escudero tomó a Esteban en brazos y atravesó así la habitación de su amo, decidido a decirle cualquier pretexto motivado en el estado de la duquesa, caso de que fueran sorprendidos. Esteban sintió el corazón horriblemente estrujado por el temor que manifestaban aquellos dos fieles servidores; mas aquella emoción le preparó, por decirlo así, al espectáculo ofrecido a sus ojos por aquella habitación señorial, de la que le había proscrito la maldición paterna. Sobre aquel gran lecho al que la felicidad no se acercó jamás, buscó a su bienamada y no la halló sin esfuerzo, a tal punto había enflaquecido. Blanca como sus encajes, no teniendo más que un último soplo para exhalar, reunió sus fuerzas para tomar las manos de Esteban, y quiso darle toda su alma en una larga mirada, como antaño Chaverny le legara a ella toda su vida en un adiós. Beauvouloir y Beltrán, el hijo y la madre, y el duque dormido, se encontraban reunidos de nuevo. El mismo lugar, la misma escena, los mismos actores; mas ahora era el dolor fúnebre en vez de las alegrías de la maternidad, la noche de la muerte en vez del día de la vida. En aquel momento, el huracán anunciado desde la puesta del sol por lúgubres aullidos del mar, se desató súbitamente.

—Querida flor de mi vida —dijo Juana de Saint-Savin besando a su hijo en la frente—; tú fuiste separado de mi seno en medio de una tempestad, y es por una tempestad que me separo de ti. Entre estas dos tormentas, todo me fue tormenta, aparte de las horas que te he visto. He aquí mi última alegría, que se mezcla a mi último dolor. ¡Adiós, mi único amor! ¡Adiós, bella imagen de dos almas que pronto se reunirán! ¡Adiós, mi único gozo, gozo puro! ¡Adiós, mi bienamado!

—¡Déjame seguirte! —dijo Esteban, que se había tendido en el lecho de su madre.

—¡Ese sería un destino mejor! —respondió ella, desprendiéndose dos lágrimas sobre sus lívidas mejillas, pues como en otro tiempo, su mirada pareció leer en el futuro—. ¿No le ha visto nadie? —preguntó a sus dos servidores.

En aquel momento, el duque se removió en su cama y todos se estremecieron.

—¡Hasta mi postrera alegría ha de ser turbada! —dijo la duquesa—. ¡Lleváoslo! ¡Lleváoslo!

—¡Madre mía, prefiero verte un momento más y morir luego! —exclamó el pobre hijo, desmayándose sobre el lecho.

A una señal de la duquesa, Beltrán tomó a Esteban en brazos y, dejándole ver por última vez a la madre, quien le besaba con mirada también postrera, se dispuso a llevarlo, esperando una nueva orden de la moribunda.

—Queredle mucho —dijo ella al escudero y al curandero—, pues no veo para él otra protección que la que le proporcionarán ustedes y el cielo...

Advertida por un instinto que jamás engaña a las madres, ella se había percatado de la profunda piedad que al escudero inspiraba el mayorazgo de la poderosa casa a la cual dedicaba un sentimiento de veneración comparable a la que sienten los judíos por la ciudad santa. En cuanto a Beauvouloir, el pacto entre la duquesa y él estaba firmado hacía ya mucho tiempo.

Aquellos dos servidores, conmovidos viendo a su ama obligada a legarles a su noble hijo, prometieron con un gesto sagrado, ser la providencia de su joven señor, y la madre dio fe a aquel gesto.

La duquesa murió al amanecer, pocas horas después, y fue llorada hasta por los últimos servidores, quienes, por todo discurso, dijeron, sobre su tumba, que había sido una *gentil dama caída del paraíso*.

Esteban fue presa del más intenso y duradero de los dolores, dolor mudo, por lo demás. No corrió ya por las rocas ni sintió más el deseo de leer ni de cantar. Le faltaban las fuerzas para todo. Permanecía días enteros agazapado en la cavidad de una roca, indiferente a la intemperie, inmóvil, como pegado al granito, semejante a uno de los musgos que en él brotaban, llorando muy raramente, mas abismado en un solo pensamiento, inmenso, infinito como el océano; y, como el océano también, aquel pensamiento adoptaba mil formas, se tornaba terrible, tempestuoso y sereno. Fue más que un dolor, fue una vida nueva, un irrevocable destino formado a aquella criatura que no debía sonreír ya más. Hay penas que, semejantes a la sangre vertida en el agua corriente, tiñen momentáneamente las ondas, las cuales, renovándose, restauran la pureza de su lámina; pero, en Esteban, la misma fuente, el propio manantial fue adulterado; y cada onda, cada ola del tiempo le trajo la misma dosis de hiel.

En su vejez, Beltrán había conservado la intendencia de las cuadras, por no perder la costumbre de ser una autoridad en la casa. Su alojamiento se encontraba próximo a la viviendaretiro de Esteban, de manera que podía velar por él con la persistencia en el afecto y la astuta simplicidad que caracteriza a los viejos soldados. Se despojaba de toda su rudeza para hablar al pobre muchacho, e iba suavemente a recogerle en tiempo lluvioso, arrancándole a su ensueño para volverle a casa. Puso todo su amor en reemplazar a la duquesa, de manera que el hijo hallaba, si no el mismo amor, cuando menos, iguales atenciones. Aquella compasión se asemejaba a la ternura. Esteban soportó sin queja ni resistencia los cuidados del servidor; pero demasiados lazos estaban cortados entre el hijo maldito y los demás seres, para que un vivo afecto

podiera renacer en su corazón. Se dejó proteger maquinalmente, pues se convirtió en una especie de criatura intermedia entre el hombre y la planta, o acaso entre el hombre y Dios. ¿A qué se puede comparar un hombre a quien eran desconocidas las leyes sociales y los falsos sentimientos del mundo, y que conservaba una encantadora inocencia, no obedeciendo más que al instinto de su corazón? Sin embargo, a pesar de su sombría melancolía, no tardó en sentir la necesidad de amar, de tener otra madre, otra alma que le perteneciera; pero, separado de la civilización por una barrera de bronce, era difícil encontrar un ser que fuese flor como él. A fuerza de buscar un otro yo al cual poder confiar sus pensamientos, y cuya vida fuera semejante, acabó por simpatizar con el océano.

El mar se trocó para él en un ser animado, pensante. Siempre en presencia de aquella inmensa creación cuyas ocultas maravillas contrastan tanto con las de la tierra, descubrió la razón de muchos misterios. Familiarizado desde la cuna con el infinito de sus húmedas campiñas, el mar y el cielo le recitaron admirables poesías. Para él todo era vario en aquel amplio cuadro, aparentemente tan monótono. Como todos los seres en los que el alma domina al cuerpo, tenía una mirada penetrante, capaz de ver a enormes distancias, con admirable facilidad, sin fatiga, los más fugaces matices de la luz y los más efímeros temblores del agua. Aunque el mar estuviera en perfecta calma, el descubría múltiples tonalidades que, al igual de un rostro de mujer, le prestaban una fisonomía, sonrisas, ideas y caprichos: allá, verde y sombría, aquí riente en su azur, ora uniendo sus líneas brillantes con los indecisos resplandores del horizonte, ora meciéndose con dulzura bajo nubes anaranjadas. Para él existían magníficas fiestas pomposamente celebradas a la puesta del sol, cuando el astro derramaba sus colores, 'escarlatas sobre las olas, como un manto purpúreo. Para él, el mar era alegre, vivo, espiritual al mediodía, cuando parecía estremecerse repitiendo el destello de la luz en sus mil deslumbrantes facetas; le revelaba asombrosas melancolías, y le hacía llorar, cuando, resignado, tranquilo y triste, reflejaba un cielo gris preñado de nubes. Había captado así él los mudos lenguajes de aquella inmensa creación. El flujo y reflujo eran como una melodiosa respiración, en la que cada suspiro describía un sentimiento, traduciendo, comprendiendo, su íntimo sentido. Ningún marino ni sabio meteorólogo o geógrafo habría podido predecir mejor que él la menor cólera del océano, el más leve cambio de su faz. Por la manera en que la ola iba a morir a la orilla, adivinaba las marejadas, las tempestades, las turbonadas y la intensidad de las mareas. Cuando la noche extendía sus velos hacia el cielo, veía aún el mar bajo los resplandores crepusculares, y conversaba con él; participaba en su fecunda vida, experimentaba, en su alma, una verdadera tempestad cuando se enojaba, respiraba su cólera en sus agudos silbidos, corría con las enormes olas rotas contra las rocas en mil fragmentos líquidos; se sentía intrépido y terrible como él; mantenía sus taciturnos silencios e imitaba sus súbitas clemencias. En fin, se había desposado con el mar; era su confidente y su amigo. Por la mañana, cuando iba a las rocas, recorriendo las arenas finas y brillantes de la playa, reconocía el espíritu

del océano con una simple mirada; veía de pronto en él paisajes, y planeaba así sobre la gran superficie de las aguas, como un ángel venido del cielo. Si alegres, retozonas y diáfanas auras le lanzaban una fina redecilla vaporosa, como un velo en la frente de una novia, seguía sus ondulaciones y caprichos como un júbilo de amante, tan encantado por encontrarla de mañana coqueta como una mujer que aún se levanta adormilada, que un marido volviendo a ver a su joven esposa en la belleza que le ha producido sumo placer. Su pensamiento, casado con aquella gran idea divina, le consolaba en su soledad, y los mil surtidores de su alma habían poblado su reducido desierto de sublimes fantasías.

Finalmente, había terminado por adivinar en todos los movimientos del mar su íntima ligazón con los engranajes celestes, y entrevió a la naturaleza en su armonioso conjunto, desde la brizna de hierba hasta los astros errantes que buscan, como granos arrastrados por el viento, plantarse en el éter. Puro como un ángel, virgen de las ideas que degradan a los hombres, ingenuo como un niño, vivía como una gaviota, como una flor, pródigo únicamente de los tesoros de su poética imaginación, de una ciencia divina cuya fecunda magnitud contemplaba solo él. ¡Increíble mescolanza de dos creaciones! Ora se elevaba él a Dios por la plegaria, como descendía, humilde y resignado, hasta la apacible dicha del irracional. Para él, las estrellas eran las flores de la noche; el sol era un padre y los pájaros eran sus amigos. Ponía en todo el alma de su madre; a menudo la veía en las nubes, la hablaba y se comunicaban realmente por visiones celestes; algunos días, oía su voz, admiraba su sonrisa, y otros había, en fin, en que no la había perdido... Dios parecía haberle concedido el poder de los antiguos solitarios, haberle dotado de sentidos interiores perfeccionados, capaces de penetrar en el espíritu de las cosas. Inauditas fuerzas morales le permitían ir más allá que los demás hombres en los secretos de las obras inmortales.

Sus pesares y su dolor eran como lazos que le unieran al mundo de los espíritus; iba a él, armado de su amor, para buscar a su madre, consumando así por los sublimes acordes del éxtasis, la simbólica empresa de Orfeo. Se lanzaba al futuro o al cielo, como desde sus rocas volaba sobre el océano de una a otra línea del horizonte. A menudo también, cuando estaba acurrucado en el fondo de una profunda grieta caprichosamente torneada en un fragmento de granito, y cuya entrada tenía la angostura de una madriguera; cuando, suavemente iluminado por los cálidos rayos del sol que se filtraban por las hendeduras y le mostraban los graciosos musgos marinos que decoraban su refugio, verdadero nido de alguna ave acuática, allí se sentía a menudo ganado por un involuntario sueño. El sol, su soberano, era quien únicamente le decía que había dormido, al medirle el tiempo durante el cual habían desaparecido a su vista los paisajes de agua, sus arenas doradas y sus mariscos y conchas. Admiraba, a través de una tan brillante luz como la de los cielos, las inmensas ciudades de las que le hablaban sus libros; iba contemplando asombrado, pero sin envidia, las cortes, los reyes, las batallas, los hombres, los monumentos...

Este sueño en pleno día le hacía cada vez más queridas sus dulces flores, sus

nubes, su sol, sus bellos roquedos de granito. Para unirle más y mejor a su solitaria vida, un ángel parecía revelarle los abismos del mundo moral y los terribles choques de las civilizaciones. Sentía que su alma, desgarrada muy pronto a través de aquellos océanos de hombres, perecería destrozada como una perla que, a la entrada real de una princesa, cayera al fango del arroyo.

# COMO MURIÓ EL HIJO

## IV

### UN HEREDERO

En 1617, veintipico años después de la horrible noche en que Esteban fue puesto en el mundo, el duque de Hérouville, entonces de setenta y seis años de edad, decrepito y casi muerto, estaba ante la ventana ojival de su dormitorio, en el mismo sitio donde antaño la condesa vanamente reclamara, con los sonos de la bocina perdidos en el aire, los socorros de los hombres y del cielo. Parecía un auténtico residuo de sepulcro. Su enérgico rostro, despojado por el sufrimiento y por la edad de su aspecto siniestro, tenía un lívido color análogo a los largos mechones de blancos cabellos que caían en torno a su calva cabeza, cuyo cráneo amarillo parecía reblandecido. La guerra y el fanatismo brillaban aún en los amarillos ojos, aunque templados por un Sentimiento religioso. La devoción ponía un tono monacal en aquel rostro, antaño tan duro y ahora marcado por matices que dulcificaban su expresión. Los reflejos del sol poniente coloreaban con suave resplandor rojo aquella cabeza aún vigorosa. El debilitado cuerpo, envuelto en pardas vestiduras, acababa, por su pesada postura y por la privación de todo movimiento, de pintar la monótona existencia, el terrible reposo de aquel hombre, antaño tan emprendedor, tan rencoroso y vengativo, y tan lleno de actividad.

—Basta —dijo a su capellán.

Este viejo venerable leía el evangelio manteniéndose en pie ante el duque en respetuosa actitud. En cuanto al noble señor, semejante a esos fatigados leones de las casas de fieras, cuya decrepitud se conserva plena de majestad, se volvió hacia otro hombre de cabellos asimismo blancos, y le tendió un brazo descarnado, cubierto de raro vello, nervioso aún, pero sin vigor.

—¡A ti te toca ahora, curandero! —dijo el duque—. Mira cómo me encuentro hoy.

—Todo va bien, monseñor, y la fiebre ha cesado. Viviréis aún muchos años.

—Quisiera ver a Maximiliano aquí —manifestó el duque, dejando escapar una sonrisa de satisfacción—. ¡Qué bravo mozo! Manda ya una compañía de arcabuceros del rey. El mariscal de Ancre ha cuidado de mi hijo, y nuestra graciosa reina María piensa en emparentarlo bien, ahora que ha sido nombrado duque de Nivron. ¡Mi nombre será, pues, dignamente continuado! El mozo ha hecho prodigios de valor en el ataque...

En este momento apareció Beltrán portando una carta.

—¿Qué es eso? —dijo vivamente el viejo duque.

—Un despacho traído por un correo que os envía el rey —respondió el escudero.

—¡El rey y no la reina madre! —exclamó el duque—. ¿Qué sucederá? ¿Acaso los hugonotes han vuelto a alzarse en armas? ¡Por la cabeza de Dios llena de reliquias! —añadió irguiéndose y lanzando una fulgurante mirada sobre los tres ancianos—. Si así fuera, armaría aún a mis soldados y, con Maximiliano a mi lado, Normandía...

—Sentaos, mi buen señor —recomendó el curandero, inquieto al ver librarse al duque a una bravata peligrosa en un convaleciente.

—Leed, mosén Corbineau —dijo el noble señor tendiendo a su confesor el despacho.

Aquellos cuatro personajes formaban un cuadro lleno de enseñanzas para la vida humana. El escudero, el sacerdote y el médico, blanqueados por los años, los tres en pie ante su amo sentado en su sillón, y sin lanzarse más que desvaídas miradas mutuamente, traducían cada cual una de las ideas que acaban por apoderarse del hombre al borde de la tumba. Iluminados intensamente por un último rayo del sol poniente, aquellos hombres, silenciosos, constituían un cuadro sublime de melancolía, fértil de contrastes. La estancia sombría y solemne, en la que nada había cambiado desde hacía veinticinco años, enmarcaba bien esta página poética, repleta de pasiones extinguidas, entristecida por la muerte, colmada por la religión.

—El mariscal de Ancre ha sido muerto en el puente del Louvre por orden del rey; después... ¡oh, Dios mío!

—¡Acabad! —ordenó perentorio el duque.

—Monseñor el duque de Nivron...

—¿Qué hay de él?

—¡... ha muerto!

El viejo señor inclinó la cabeza sobre su pecho, lanzó un gran suspiro y quedóse mudo. Ante aquel anuncio y este suspiro, los tres viejos se miraron. Les pareció que la ilustre y opulenta casa de Hérouville desaparecía ante ellos como un navío que zozobra.

—¡El soberano de lo alto —prosiguió el duque, lanzando una terrible mirada al cielo— se muestra bien ingrato conmigo! ¡No se acuerda de cuánto he tenido que hacer por su santa causa!

—Dios se venga —dijo el sacerdote con voz grave.

—¡Meted a ese hombre en el calabozo! —exclamó iracundo el señor.

—Podéis hacerme callar más fácilmente que acallar vuestra conciencia.

El duque de Hérouville tornose pensativo.

—¡Morir mi hijo; extinguirse mi casa! ¡Quiero casarme, tener un hijo! —dijo tras larga pausa.

Por espantosa que fuese la expresión de desesperación pintada sobre el rostro del duque de Hérouville, el curandero no pudo evitar sonreír. En aquel momento, un canto límpido como el aire del atardecer, tan puro como el despejado cielo, y tan diáfano como el color del océano, dominó el murmullo del mar y se elevó para encantar la naturaleza. La melancolía de aquella voz, la melodía de las palabras,

derramaron en el alma como un perfume. La armonía subía por nubes, llenaba los aires, vertía bálsamo en todos los dolores, o más bien los consolaba expresándolos. La voz se unía al murmullo de las olas con tan rara perfección, que parecía salir del seno de ellas. Aquel canto fue más dulce para los viejos, que lo habría sido la más tierna palabra de amor para una doncella: aportaba tantas esperanzas religiosas que resonó en el corazón como una voz brotada del cielo.

—¿Qué es eso? —preguntó el duque.

—El pequeño ruiseñor canta —dijo Beltrán—. No todo está perdido, ni para él, ni para usted.

—¿A qué llamas tú un ruiseñor?

—Es el nombre que hemos dado al primogénito de monseñor —respondió Beltrán.

—¡Mi hijo! —exclamó el anciano—. ¡Tengo, pues, un hijo, algo en fin que lleva mi nombre y que puede perpetuarlo!

Se irguió, y poniéndose en pie, púsose a andar por la estancia con paso alternativamente lento y precipitado; luego hizo un gesto imperativo, despidiendo a los presentes, excepto al sacerdote.

A la mañana siguiente, el duque, apoyado en su viejo escudero, iba a lo largo de la playa, a través de las rocas, buscando al hijo que antaño maldijera; lo divisó de lejos, en una hendidura del granito, indolentemente tendido al sol, con la cabeza posada sobre una brazada de finas yerbas y los pies graciosamente plegados. Esteban parecía una golondrina en reposo. En cuanto el gran viejo se mostró sobre el borde del mar, y que el ruido de sus pasos, ensordecido por la arena, resonó débilmente mezclado con el de las olas, Esteban volvió la cabeza, lanzó un grito de pájaro sorprendido y desapareció en el mismo granito, como un ratón que entra tan prestamente en su agujero, que se acaba por dudar de haberlo visto.

—¡Por la cabeza de Dios llena de reliquias! ¿Dónde diablos se ha metido ese...? —vociferó el señor al llegar a la roca en la cual se había agazapado su hijo.

—Está ahí —dijo Beltrán, señalando una grieta angosta, cuyos bordes habían sido pulidos, desgastados por el repetido asalto de las mareas altas.

—¡Esteban, mi hijo bienamado! —llamó el viejo.

El hijo maldito no respondió. Durante una parte de la mañana, el viejo duque suplicó, amenazó, riñó, imploró, alternativamente, sin obtener respuesta alguna. A veces se callaba, aplicaba la oreja a la grieta, y todo cuanto su fino oído le permitía escuchar era el sordo latido del corazón de Esteban, cuyas precipitadas pulsaciones repercutían bajo la sonora bóveda.

—Por lo menos, ese vive —dijo el viejo, con desgarrador acento de voz.

A mediodía, el padre, desesperado ya, recurrió a la imploración.

—¡Esteban —le decía—, mi querido Esteban, Dios me ha castigado por haberte negado..., me ha privado de tu hermano! Hoy tú eres mi solo y único hijo. Te amo más que a mí mismo. He reconocido mi error, sé que verdaderamente tienes en tus

venas mi sangre y la de tu madre, cuya desgracia ha sido obra mía. Ven, intentaré hacerte olvidar mis yerros queriéndote por todo lo que he perdido. Esteban, tú eres ya duque de Nivron, y después de mí serás duque de Hérrouville, par de Francia, caballero de la Orden del Toisón de Oro, capitán de cien hombres de armas, gran bailío de Bessin, gobernador de Normandía para el rey, señor de veintisiete dominios, en los que se cuentan sesenta campanarios, y marqués de San Severo. Tendrás por esposa a la hija de un príncipe. Serás el jefe de la casa de Hérrouville... ¿Es que quieres matarme de dolor? Ven, ven, o me quedo arrodillado aquí, ante tu refugio, hasta que te haya visto. Tu anciano padre te ruega, y se humilla ante su hijo como si fueses el mismo Dios...

El hijo maldito no entendía aquel lenguaje erizado de ideas sociales, de vanidades que no comprendía, y entreveía en su alma impresiones de terror invencibles. Permaneció mudo, entregado a espantosas angustias. Hacia el atardecer, el viejo señor, tras haber agotado todas las fórmulas del lenguaje, todos los recursos de la súplica y todos los acentos del arrepentimiento, fue asaltado por una especie de contrición religiosa. Arrodillose en la arena e hizo este voto:

—¡Juro erigir una capilla a San Juan y a San Esteban, patronos de mi mujer y de mi hijo, y fundar en ella cien misas en honor de la Virgen, si Dios y los santos me devuelven el afecto del duque de Nivron, mi hijo, aquí presente!

Permaneció profundamente humilde, arrodillado, con las manos juntas, y oró. Mas, no viendo aparecer a su hijo, la esperanza de su nombre, gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron a lo largo de sus marchitas mejillas. En aquel momento, Esteban, que no oía ya nada más, se deslizó al borde de su gruta como una culebra hambrienta de sol, vio las lágrimas de aquel anciano postrado, reconoció el lenguaje del dolor, asió la mano de su padre y le abrazó diciendo con angélica voz:

—¡Perdón, madre mía!

## GABRIELA

Febril de felicidad, el gobernador de Normandía llevó en brazos a su enclenque heredero, quien temblaba como una doncella raptada; y sintiéndole palpitar, se esforzó por tranquilizarle, besándole con las precauciones que hubiera adoptado para manipular una flor, y halló para él dulces palabras que jamás había pronunciado.

—¡Santo Dios, cómo te pareces a mi pobre Juana, querido hijo! —le decía—. Dime todo lo que te gusta, que yo te daré cuanto desees. ¡Sé fuerte! ¡Goza de buena salud! Te enseñaré a montar a caballo en una yegua dulce y gentil como tú. Nada te contrariará. ¡Por la cabeza de Dios llena de reliquias...! En tomo a ti todo se plegará como rosales al viento. Voy a darte un poder sin límites. Yo mismo te obedeceré como al dios de la familia...

El padre entró luego con su hijo en la señorial estancia donde había transcurrido la triste vida de su madre. Esteban fue de pronto a apoyarse al lado de aquella ventana donde había comenzado a vivir, y desde la cual su madre le hacía señales para anunciarle la partida de su perseguidor, que ahora, y sin que él supiera aún por qué, se convertía en su esclavo y semejava uno de esos gigantescos seres que el mágico poder de un hada ponía a las órdenes de un príncipe. Aquel hada era el feudalismo. Al ver nuevamente la melancólica habitación donde sus ojos se habían habituado a contemplar el océano, las lágrimas afluyeron a los ojos de Esteban; los recuerdos de su gran desgracia, mezclados a las melodiosas añoranzas de los deleites que había saboreado en el único amor que le fuera permitido, el amor materno, todo se fundió a la vez en su corazón, y se desarrolló en él como un poema delicioso y terrible a la vez. Las emociones de aquel ser acostumbrado a vivir en las contemplaciones del éxtasis, como otros se entregan a las agitaciones del mundo, no se asemejaban a ninguna de las habituales emociones de los hombres.

—'¿Vivirá? —preguntó el viejo, asombrado de la debilidad de su heredero, sobre quien se sorprendió reteniendo su aliento.

—Yo no podría vivir sino aquí —respondió simplemente Esteban, que le había entendido.

—Pues bien, esta habitación será la tuya, hijo mío.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven de Hérouville, al oír a invitados del castillo que llegaban a la sala de guardia, donde les había convocado el duque para presentarles a su hijo, no dudando del éxito.

—Ven —le respondió su padre, tomándole de la mano y conduciéndole a la gran sala.

En aquella época, un duque y par, en tenencia como lo estaba el de Hérouville, con sus cargos y gobiernos, llevaba en Francia el tren de vida de un príncipe; los

segundones de nobles familias no desdeñaban servirle; tenía una mansión palaciega con su personal: el primer teniente de su compañía de ordenanza, era en su casa lo que hoy son los edecanes con un mariscal. Algunos años más tarde, el cardenal de Richelieu tuvo sus «guardias de corps». Varios príncipes aliados a la casa real, los Guisa, los Condé, los Nevers, los Vendôme, tenían pajes que eran vástagos de las mejores casas, última costumbre de la caballería ya extinguida. Su fortuna y la antigüedad de su raza normanda, indicada por su nombre (*herus villa*, casa del jefe), habían permitido al duque de Hérouville imitar la magnificencia de linajes que le eran inferiores, tales como los de Epernon, los Luynes, los Balagny, los Zamet, considerados en la época como arribistas, y que sin embargo vivían también principescamente. Fue, pues, un importante espectáculo para el pobre Esteban el ver la asamblea de gentes ligadas al servicio de su padre. El duque subió a un sitial colocado bajo uno de esos *solium* o doseles de madera tallada, guarnecido de un estrado elevado provisto de una pequeña escalinata, y desde el cual, en algunas provincias, ciertos señores dictaban aún sentencias a sus vasallos, raros vestigios de feudalismo que desaparecieron bajo el gobierno de Richelieu. Esas especies de tronos, semejantes a los escaños de honor de las iglesias, se han convertido en objetos curiosos. Cuando Esteban se encontró allí al lado de su anciano padre, se estremeció al verse blanco de la mirada de todos los circunstantes.

—No tiembles —le dijo el duque, bajando su calva cabeza hasta el oído de su hijo —, pues toda esta gente es nuestra.

A través de las tinieblas, iluminadas a medias por el sol crepuscular, cuyos últimos resplandores enrojecían las ventanas de aquella sala, Esteban distinguió al bailío, a los capitanes y tenientes armados, acompañados de algunos soldados, a los escuderos, al capellán, los secretarios, el médico, el mayordomo, los escribanos, ministriles y ujieres, el intendente, los piqueros, los guardabosques, toda la servidumbre de librea y los criados. Aunque todo el mundo se mantuviera en una respetuosa actitud impuesta por el terror que inspiraba el viejo, incluso a las personas más considerables que vivían bajo su dominio y en su provincia, se produjo un sordo murmullo provocado por la expectante curiosidad. Aquel rumor oprimió el corazón de Esteban, quien por primera vez respiró la densa atmósfera de una sala abarrotada de personas; sus sentidos, acostumbrados al aire puro y sano, fueron desazonados con gran rapidez debido a la perfección de sus órganos. Una horrible palpitación, producida por algún defecto en la constitución de su corazón, le agitó con sus precipitados golpes, cuando su padre, obligado a mostrarse majestuoso como un viejo león, pronunció con solemne voz el siguiente discurso:

—Amigos míos, he aquí a mi hijo Esteban, mi primogénito, mi presunto heredero, el duque de Nivron, a quien el rey confirmará sin duda en todos los cargos de su difunto hermano; os lo presento, a fin de que lo reconozcáis y le obedezcáis como si fuera yo. Os prevengo que si uno de vosotros, o si alguien en la provincia cuyo gobierno tengo, desplaziera al joven duque o le ofendiera o molestara en lo que

fuese, valdría más que el tal no hubiese salido nunca del vientre de su madre... ¿Me habéis oído bien? Volved todos a vuestras ocupaciones, y que Dios os guíe... Los funerales de Maximiliano de Hérouville se celebrarán aquí, cuando sea trasladado su cuerpo. La casa mantendrá duelo durante ocho días. Más tarde, festejaremos el advenimiento de mi hijo Esteban.

—¡Viva monseñor! ¡Vivan los de Hérouville! —aclamaron con tal entusiasmo que hicieron retemblar el castillo.

Los criados trajeron antorchas para alumbrar la sala. Aquel vítor, aquella luz y las sensaciones que produjeron a Esteban el discurso de su padre, unidas a las que ya había experimentado, le causaron un completo desfallecimiento, y desplomose en su sitio, dejando su mano femenina en la ancha de su progenitor. Y cuando el duque, que había hecho una seña al teniente de su compañía para que se aproximara, le dijo: «¡Bien, barón de Artagnon, soy feliz por poder reparar mi pérdida; venid a ver a mi hijo!», sintió en su mano otra fría, miró al duque de Nivron, lo creyó muerto, y lanzó un grito de terror que espantó a la asamblea.

Beauvouloir abrió el estrado, tomó al joven en brazos y se lo llevó, diciendo:

—Vos lo habéis matado por no haberlo preparado para esta ceremonia...

—¿No podrá entonces tener descendencia? —clamó el duque, siguiendo a Beauvouloir a la cámara señorial, a donde fue a acostar el médico al joven heredero.

—Bueno, dime lo que haya... —preguntó el padre, con ansiedad.

—Esto no será nada —respondió el curandero, señalando a su señor a Esteban, quien se había reanimado con un cordial administrado en gotas en un terrón de azúcar, una nueva y preciosa substancia vendida por los boticarios a peso de oro.

—¡Toma, viejo bribón —dijo el duque tendiendo su bolsa a Beauvouloir— y cuídalo como si fuese el hijo de un rey! Si muriese por tu culpa, yo mismo te asaría a la parrilla...

—Si continuáis mostrándoos violento, seréis vos el responsable de que muera el duque de Nivron —replicó brutalmente el médico a su señor—. Ahora dejadle, pues va a dormir.

—Buenas noches, querido mío —dijo el terrible viejo, besando en la frente a su hijo.

—Buenas noches, padre mío —respondió el joven, cuya voz hizo estremecerse al duque, quien por vez primera se oía llamar por Esteban con el nombre de padre.

El duque tomó a Beauvouloir de un brazo, le condujo a una sala contigua y le llevó hasta el alféizar de una ventana, diciéndole:

—¡Y ahora, viejo bribón, de ti para mí!

Esta expresión, que era la ocurrencia favorita del duque, hizo sonreír al médico, quien desde hacía tiempo había abandonado sus ensalmos de curandería.

—Tú sabes —prosiguió el duque— que no te quiero mal. Tías asistido a dos partos de mi pobre Juana, has curado a mi hijo Maximiliano de una enfermedad, en fin, formas parte de mi casa. ¡Pobre hijo, lo vengaré, me encargo de quien le ha

matado! Todo el futuro de la casa de Hérouville está, pues, entre tus manos. Quiero desposar a este hijo sin tardanza. Tú solo puedes saber si hay probabilidad de hallar en este aborto sustancia para hacer Hérouvilles... Ya me comprendes. ¿Qué opinas?

—Su vida, a orillas del mar, ha sido tan casta y pura, que la naturaleza es en él más fuerte que lo habría sido de haber vivido en vuestro mundo. Pero un cuerpo tan delicado es el muy humilde servidor del alma. Monseñor Esteban debe escoger por sí mismo su mujer, ya que todo en él será obra de la naturaleza, y no de vuestra voluntad. Amará ingenuamente, y hará, por deseo de su corazón, lo que deseáis vos que haga por vuestro nombre. Dad a este hijo una gran dama que sea como una panacea, e irá a esconderse en sus rocas. Además, si algún vivo terror lo mataría a buen seguro, creo que una felicidad demasiado súbita le fulminaría igualmente. Para evitar esa desgracia, aconsejo que se deje a Esteban que se comprometa por sí mismo, y a su gusto, en la senda de sus amores. Escuchad, monseñor, aun cuando vos seáis un gran y poderoso príncipe, no comprendéis nada en esta clase de cosas. Otorgadme vuestra entera confianza, sin límites, y tendréis un nieto.

—Si obtengo ese nieto por cualquier sortilegio que sea, te hago ennoblecer. Sí, aunque sea difícil, de viejo bribón te convertirás en hombre de pro: serás Beauvouloir, barón de Forcalier. Emplea lo crudo y lo seco, la magiá blanca y negra, las novenas a la iglesia y las citas del aquelarre; con tal de que yo tenga descendencia masculina, todo me parece bien.

—Sé —repuso Beauvouloir— de una serie de brujos capaces de echarlo a rodar todo; ese aquelarre no es otro que usted mismo, monseñor. Le conozco. Desea una descendencia a toda costa hoy; mañana querréis determinar las condiciones en que ha de venir la misma y atormentaréis a vuestro hijo...

—¡Dios me guarde!

—Pues bien, id a la corte, donde la muerte del mariscal y la emancipación del rey han debido ponerlo todo patas arriba, y donde tendréis que hacer, aunque no fuese más que para que os den el bastón de mariscal que se os ha prometido. Dejadme a mí gobernar a monseñor Esteban. Mas habéis de darme vuestra palabra de gentilhombre que me aprobaréis cuanto haga...

El duque golpeó en la mano del viejo curandero en muestra de entera adhesión, y se retiró a su aposento.

Cuando los días de un alto y poderoso señor están contados, el médico se convierte en un personaje importante en su casa. Por ende, no es asombroso ver a un antiguo curandero tratar tan familiarmente con el duque de Hérouville. Aparte de los lazos ilegítimos con los que su casamiento le había ligado a aquella gran casa, y que militaban en su favor, el duque había tenido tan a menudo ocasión de percatarse del buen sentido del sabio, que lo había convertido en uno de sus consejeros favoritos. Beauvouloir era el Coyctier de este Luis XI. Pero, por valiosa que fuese su ciencia, el médico no tenía sobre el gobernador de Normandía, en quien respiraba siempre la ferocidad de las guerras religiosas, tanta influencia como el feudalismo. Así, el

servidor había adivinado que los prejuicios del noble perjudicaban a los deseos del padre. Como gran médico que era, Beauvouloir comprendió que, en un ser de constitución orgánica tan delicada como la de Esteban, el matrimonio debía ser una lenta y suave inspiración que le comunicara nuevas fuerzas animándole con la brasa del amor. Como había dicho, imponer una mujer a Esteban, era matarle. Debíase evitar, sobre todo, que aquel joven solitario se espantara del himeneo, del que nada sabía, y que conociera la finalidad que preocupaba a su padre. Aquel poeta desconocido no admitía sino la noble y bella pasión de Petrarca por Laura, de Dante por Beatriz. Como su madre, era todo puro amor y todo alma; era preciso darle la ocasión de amar, esperar el acontecimiento, sin imponerlo; una orden habría secado en él las fuentes de la vida.

Maese Antonio Beauvouloir era padre, y tenía una hija educada en condiciones idóneas para ser la mujer de Esteban. Resultaba tan difícil prever los acontecimientos que convertirían a un ser destinado por su padre al cardenalato en presunto heredero de la casa de Hérouville, que Beauvouloir no se había dado cuenta nunca de la semejanza de los destinos de Esteban y Gabriela. Fue una idea repentina, inspirada por su afecto a aquellas dos criaturas, más bien que por su ambición. A pesar de su pericia, su mujer había muerto en el parto al darle una hija, cuya salud fue tan débil, que pensó que la madre había debido legar a su fruto gérmenes de muerte. Beauvouloir amó a su Gabriela como todos los viejos quieren a su único hijo. Su ciencia y sus constantes cuidados prestaron una vida ficticia a aquella frágil criatura, a la que cultivó como un floricultor lo hace con una planta exótica. La había sustraído a todas las miradas en su dominio de Forcalier, donde ella estuvo protegida contra las desgracias de la época por la benevolencia general destinada a un hombre al que casi todos debían un cirio, y cuya autoridad científica inspiraba un respetuoso terror. Al unirse a la casa de Hérouville, el antiguo curandero y actual médico, había aumentado la inmunidad de que gozaba en la provincia, desbaratando las persecuciones de sus enemigos por su formidable posición junto al gobernador; pero se había guardado bien, al trasladarse al castillo, de llevar consigo la flor que tenía oculta en Forcalier, dominio más importante por las tierras que dependían de él que por la vivienda, y con el cual contaba para hallar a su hija un establecimiento conforme a sus ideas. Al prometer al viejo duque la continuación de su linaje, arrancándole la promesa de que aprobaría su conducta, pensó de pronto en Gabriela, en aquella dulce criatura cuya madre había sido olvidada por el duque, del mismo modo que había olvidado a su hijo Esteban. Esperó la partida de su señor antes de poner en ejecución su plan, previendo que si el duque tuviera conocimiento de él, las enormes dificultades que de buenas a primeras podrían alzarse contra un resultado favorable, resultarían irremontables.

La casa de maese Beauvouloir estaba situada al mediodía, sobre la ladera de una de esas suaves colinas que rodean los valles normandos; un tupido bosque la envolvía al norte; elevados muros y cercas normandas de profundos fosos la convertían en

impenetrable recinto. El jardín descendía, en blanda pendiente, hasta el río que regaba los herbajes del valle, al que un elevado talud de doble valla formaba en aquel paraje un malecón natural. En esta valla serpenteaba una avenida secreta, trazada por las sinuosidades de las aguas, y que los sauces, las hayas y las encinas hacían tan espesa como un sendero de bosque. Desde la casa hasta esta especie de muralla se extendían las masas de la verdura típicas de este rico país, bello manto sombreado por un orillado de raros árboles, cuyos matices semejaban un tapiz de acertada policromía; allí los tonos argentados de un pino se destacaban sobre el verde oscuro de algunos abedules; aquí, ante un grupo de viejas encinas, un esbelto álamo impelía su palma, siempre agitada; más lejos, los sauces llorones pendían sus pálidos follajes entre dos nogales de redonda copa. Aquel orillado permitía descender, a cualquier hora, de la casa a la valla, sin temer a los rayos del sol. La fachada, ante la cual se desplegaba la amarilla cinta de una terraza enarenada, estaba sombreada por una galería de madera en torno a la cual se enroscaban y enmarañaban plantas trepadoras que, en el mes de mayo, lanzaban sus flores hasta las ventanas del primer piso. Sin ser vasto, aquel jardín parecía inmenso, por su disposición; y sus perspectivas, hábilmente situadas en las alturas del terreno, armonizaban con las de la aldea, de donde la vista se paseaba libremente. Según los instintos de su pensamiento, Gabriela podía, o bien entrar en la soledad de un estrecho espacio, sin percibir más que un espeso césped y el azul del cielo entre las cimas de los árboles, o planear sobre las más magníficas perspectivas, siguiendo los matices de las verdes ringleras y luego sus primeros planos tan refulgentes, hasta el fondo puro del horizonte en que iban a perderse, o en el azul océano del aire, o en las montañas de nubes que flotaban en él.

Cuidada por su abuela y servida por su nodriza, Gabriela Beauvouloir no salía de aquella modesta casa sino para ir a la parroquia, cuyo campanario se veía sobre la colina, y a donde la acompañaban siempre su abuela, su nodriza y el criado de su padre. Había cumplido diecisiete años en la suave ignorancia que la casi ausencia de libros permitía conservar a una muchacha, esto no tenía nada de extraordinario en una época en que las mujeres instruidas eran raros fenómenos. Aquella casa había sido como un convento para ella, aparte de la libertad en más, en menos la oración ordenada, y en el que había vivido bajo la mirada de una vieja familia piadosa y la protección de su padre, el único hombre que jamás había tratado. Aquella profunda soledad, exigida desde su nacimiento por la aparente debilidad de su constitución, había sido cuidadosamente mantenida por Beauvouloir. A medida que Gabriela crecía, los cuidados que se le prodigaron y la influencia del aire puro, habían realmente fortificado su enclenque juventud. No obstante, el sabio médico no podía engañarse al ver los tonos nacarados que cercaban los ojos de su hija ponerse pardos o lívidos o inflamados, según sus emociones: la debilidad del cuerpo y la fuerza del alma se mostraban allí por indicios que su larga práctica le permitía reconocer; luego, la celeste belleza de Gabriela le había hecho temer los proyectos tan corrientes en una época de violencia y de sedición. Mil razones habían, pues, aconsejado a aquel buen

padre a densificar la sombra y aumentar la soledad en torno a su hija, cuya excesiva sensibilidad le espantaba: una pasión, un rapto, un asalto cualquiera la hubiese herido de muerte. Aun cuando su hija mereciera raramente reproches, una palabra pronunciada para reprenderla la trastornaba; la mantenía en el fondo de su corazón, donde penetraba y engendraba una mediatunda melancolía; iba a llorar y lloraba largo rato. Con Gabriela, pues, la educación moral no había requerido menos cuidado que la educación física.

El viejo médico había debido renunciar a contar a su hija las historias que encantan a los niños, pues le impresionaban excesivamente. Por lo tanto, este hombre, al que una larga práctica hiciera tan sabio, se dedicó preferentemente a desarrollar el cuerpo de su hija, a fin de amortiguar los golpes que un alma tan vigorosa le asestaba. Como Gabriela era toda su vida, su amor, su única heredera, no había vacilado nunca en procurarse las cosas más convenientes para obtener el resultado deseado. Apartó cuidadosamente los libros, los cuadros, la música, todas las creaciones de las artes que pudieran despertar el pensamiento. Ayudado por su madre, interesaba a Gabriela en labores manuales. La tapicería, la costura, el encaje, el cultivo de las flores, las faenas de la casa, la recolección de frutos, todas las ocupaciones más materiales, en fin, de la vida, constituida el pasto espiritual de aquella encantadora criatura; Beauvouloir le llevaba bellas rucacas, armarios bien tallados, ricos tapices, loza de Bernardo de Palissy, mesas, reclinatorios, sillas esculpidas y guarnecidas de preciosos tejidos, lencería bordada y recamada, y joyas. Con el instinto que da la paternidad, el viejo escogía siempre\* sus regalos entre los trabajos cuyos ornamentos pertenecen a ese género fantástico denominado arabescos, y el cual, no hablando ni a los sentidos ni al alma, se dirigen únicamente al espíritu por las creaciones de la fantasía pura. Así, ¡cosa extraña!, la vida impuesta a Esteban de Hérouville por el odio de su padre, el amor paterno había aconsejado a Beauvouloir imponérsela a Gabriela. Tanto en uno como en otro de los dos hijos, el alma debía matar al cuerpo; y, sin una profunda soledad ordenada por el destino en Esteban, y determinada por la ciencia en Gabriela, ambos podían sucumbir, aquel al terror y esta bajo el peso de una emoción amorosa excesivamente viva. Pero ¡ay!, en vez de nacer en el seno de una naturaleza seca, de formas tajantes y duras, que todos los grandes pintores han dado como fondo a sus Vírgenes, Gabriela vivía en el seno de un graso y ubérrimo valle. Beauvouloir no había podido destruir la armoniosa disposición de los boscajes naturales, la graciosa composición de las floridas matas, la lozana suavidad del verde césped, el amor expresado por el entrelazamiento de las plantas trepadoras...

Aquellas vivaces poesías tenían su lenguaje, más oído que comprendido por Gabriela, que se abandonaba a confusos ensueños bajo las umbrías. A través de las ideas nebulosas que le sugerían sus admiraciones bajo un bello cielo despejado, y las prolongadas contemplaciones de aquel paisaje observado y estudiado en todos los aspectos que le imprimían las estaciones y las variaciones de una atmósfera marina en

la que van a morir las brumas de Inglaterra, y donde comienzan las claridades de Francia, se elevaba en su espíritu una luz lejana, un resplandor, una aurora que taladraba las tinieblas en las que la mantenía su padre.

Beauvouloir no había sustraído tampoco a Gabriela a la influencia del amor divino: ella unía a la admiración de la naturaleza la adoración del Creador, habiéndose lanzado a la primera senda abierta en sus sentimientos femeninos: amaba a Dios, amaba a Jesús, a la Virgen y a los santos, y a la Iglesia y sus pompas; era católica a la manera de Santa Teresa, que veía en Jesús un esposo infalible, un desposorio continuo, perenne. Pero Gabriela se libraba a esta pasión de las almas fuertes con tan conmovedora simplicidad, que habría desarmado a la seducción más intensa y brutal por la infantil ingenuidad de su lenguaje.

¿Adonde conducía a Gabriela aquella vida de inocencia? ¿Cómo instruir a una inteligencia tan pura como las aguas de un tranquilo lago que solamente hubieran reflejado el azur del cielo? ¿Qué imágenes diseñar sobre esta blanca tela? ¿En torno a qué árbol rodear las núblicas campanillas abiertas en esta corregüela? Jamás se había hecho tales preguntas el padre sin experimentar un escalofrío interior.

En aquel momento, el buen viejo sabio iba lentamente a horcajadas de su muía, como si hubiese querido hacer eterno el camino que llevaba de Hérouville a Ourscamp, nombre de la aldea en cuyos alrededores se encontraba su dominio de Forcalier. El infinito amor que consagraba a su hija le había hecho concebir un proyecto tan osado... Un solo hombre podía hacerla feliz, y este hombre era Esteban. Ciertamente, el angélico hijo de Juana de Saint-Savin y la cándida hija de Gertrudis Maraña eran dos criaturas gemelas. Cualquiera otra mujer que no fuese Gabriela debía espantar y matar al presunto heredero de la casa de Hérouville; asimismo le parecía a Beauvouloir que Gabriela perecería si fuera poseída por un hombre cuyos sentimientos y formas exteriores no tuviesen la virginal delicadeza de Esteban. El pobre médico no había pensado nunca en ello, pero el azar se había complacido en este acercamiento, y lo ordenaba. Mas, bajo el reinado de Luis XIII, atreverse a inducir al duque de Hérouville a desposar su único hijo con la hija de un curandero normando... era en verdad tamaña osadía. Y sin embargo, únicamente de aquel enlace podría resultar la descendencia que tan imperiosamente quería el viejo duque. La naturaleza había destinado a aquellos bellos seres uno al otro. Dios los había acercado por una increíble disposición de acontecimiento, mientras que las ideas humanas, las leyes, ponían entre ellos infranqueables abismos.

Aunque el viejo curandero creyese ver en ello la mano de Dios, y a pesar de la palabra que había arrancado al duque, fue asaltado por tales aprensiones, pensando en las violencias de aquel indómito carácter, que mudó de parecer cuando, llegado a lo alto de la colina opuesta a la de Ourscamp, divisó el humo que se elevaba de su tejado entre los árboles del cercado. Le decidió su parentesco ilegítimo, consideración que podía influir en el espíritu de su señor. Luego, una vez decidido, Beauvouloir tuvo confianza en los avatares de la vida... era posible que el fallecimiento del duque

acaeciese antes de celebrar la boda; y además, contaba con ejemplos: una dama del Delfinado, Francisca Mignot, acababa de desposarse con el mariscal de Hôpital, y el hijo del condestable de Montmorency lo había hecho con Diana, hija de Enrique II y de una dama piamentesa llamada Felipa Duc.

Durante esta deliberación, en la que el amor paterno sopesaba todas las probabilidades, discutiendo tanto las buenas como las malas, e intentaba entrever el porvenir valorando los elementos, Gabriela se paseaba en el jardín escogiendo flores para ornar los jarrones del ilustre alfarero que hizo con el esmalte lo que Benvenuto Cellini hiciera con los metales, Gabriela había puesto sobre una mesa, en el centro de la sala, un jarrón, paramentado de animales en relieve, y lo llenaba de flores para alegrar a su abuela, y acaso también para dar una forma a sus propios pensamientos. El gran jarrón de porcelana de la llamada de Limoges, estaba colmado; colocólo sobre el magnífico tapete de la mesa, y Gabriela decía: «¡Mira, abuelita!», cuando entró Beauvouloir. La hija corrió a lanzarse a los brazos de su padre. Tras las primeras efusiones de cariño, Gabriela deseó que el viejo admirase el hermoso ramillete; mas, tras haberlo mirado, Beauvouloir lanzó a su hija una profunda mirada que la hizo ruborizarse.

—¡Ya es hora! —se dijo, comprendiendo el lenguaje de las flores, cada una de las cuales había sido sin duda estudiada en su forma y en su color, a tal punto se hallaban cada una en su lugar, donde producía un magnífico efecto en el conjunto.

Gabriela permaneció de pie, sin pensar en el bordado comenzado en su bastidor. Ante el aspecto de su hija, una lágrima rodó en los ojos de Beauvouloir, surcó sus mejillas, contraídas aún por seria expresión, y cayó sobre su camisa que, según la moda de la época, permanecía abierta sobre el vientre desnudo dejando ver la cintura de sus gregüescos. Seguidamente lanzó su chambergo ornado de una vieja pluma para poder acariciar con la mano su pelada cabeza. Al contemplar de nuevo a su hija, quien bajo las pardas vigas de aquella sala tapizada de cuero y paramentada de muebles de ébano, de cortinones de grueso tejido de seda y de una alta chimenea, y a la cual iluminaba una suave claridad, era aún bien suya, el pobre padre sintió lágrimas en sus ojos y las enjugó. Un padre que ama a su hijo, quisiera conservarlo siempre niño; en cuanto al que puede ver sin profundo dolor a su hija sometida a la dominación de otro hombre, no se remonta hacia los mundos superiores, desciende a los espacios ínfimos.

—¿Qué te sucede, hijo mío? —preguntó la anciana madre, quitándose las gafas y buscando en la actitud por lo general alegre del bonachón de su hijo, el motivo de un silencio que la sorprendía.

El viejo médico señaló con el dedo su hija a la abuela, al par que meneaba la cabeza con aire satisfecho, como diciendo: «¡Qué linda es!».

¿Quién no hubiese experimentado la misma emoción de Beauvouloir viendo a la muchacha como la dibujaban el vestir de la época y el fresco clima de Normandía? Gabriela portaba ese justillo en punta por delante y cuadrado por detrás, con que casi

todos los pintores italianos han revestido a sus santas y sus Vírgenes. Aquel elegante coselete, de terciopelo azul cielo, tan galano como el de una libélula, envolvía el busto con un camisolín, comprimiéndolo de manera que le modelaba finamente las formas, a las que parecía aplanar; moldeaba los hombros, la espalda y el talle con la nitidez de un dibujo trazado por el más hábil artista, rematándose en torno a la garganta por un escote oblongo ornado de ligero bordado de color carmelita, que permitía ver tanto desnudo como se precisaba para mostrar la belleza de la mujer, pero no lo bastante para despertar el deseo. Una falda, asimismo de color carmelita, y que continuaba el trazo de las líneas acusadas por el corpiño de terciopelo, caía hasta los pies, formando pliegues tenues y como aplanados. El talle era tan esbelto, que Gabriela parecía alta. Su brazo menudo pendía con la inercia que un pensamiento profundo imprime a la actitud. En aquella postura, constituía un modelo viviente de las ingenuas obras maestras de la escultura contemporánea, y que despierta la admiración por la suavidad de sus líneas rectas' sin rigidez y por la firmeza de un diseño provisto de vitalidad.

Jamás perfil de golondrina ofreció al rasar una ventana al atardecer, formas más elegantemente recortadas. El rostro de Gabriela era delgado sin ser aplastado; en su cuello y en su frente discurrían redecillas azulencas que reflejaban tonalidades semejantes a las de la ágata, mostrando la delicadeza de una tez tan transparente, que hubiérase creído fluir la sangre en las venas. Aquella excesiva y blanca diafanidad estaba débilmente teñida de rosa en las mejillas. Ocultos bajo un pequeño bonete de terciopelo azul recamado de perlas, sus cabellos, de un rubio igual, brotaban como dos arroyos de oro deslizándose a lo largo de las sienes, y retozaban en anillos sobre sus hombros, a los que no cubrían. El cálido color de aquella sedosa cabellera animaba la deslumbrante albura del cuello, y purificaba aún con sus reflejos los contornos del rostro, ya tan puro. Los ojos, grandes, rasgados y como estrujados entre carnosos párpados, estaban en armonía con la finura del cuerpo y de la cabeza; el gris perla tenía en ellos un brillo sin vivacidad y el candor velaba la pasión. La línea de la nariz hubiese parecido fría como una hoja de acero, sin sus dos aterciopeladas y rosáceas ventanas, cuyos movimientos parecían en desacuerdo con la castidad de una frente ensoñadora, a menudo asombrada, risueña a veces, y siempre de una augusta serenidad. En fin, pequeñas orejas alertas atraían la mirada, mostrando bajo el bonete, entre dos mechones de cabellos, un rubí cuyo color se destacaba vivazmente sobre la láctea refulgencia del cuello. No era ni la belleza normanda, en la que abunda la carne; ni la meridional, en la que la pasión aumenta la materia; ni la francesa, tan diluida y fugaz como sus expresiones; ni la del norte, melancólica y fría; era la profunda y seráfica belleza de la Iglesia católica, al par grácil, mórbida y rígida, severa y tierna.

—¿Dónde se hallaría una duquesa más hermosa? —se dijo Beauvouloir, complaciéndose y recreándose en la contemplación de Gabriela, quien, levemente inclinada, tendiendo el cuello para seguir en el exterior el vuelo de un pájaro, no

podía compararse más que a una gacela que se detiene para escuchar el murmullo del agua donde va a abrevarse.

—Ven a sentarte aquí —dijo Beauvouloir golpeándose el muslo y haciendo a Gabriela una indicación reveladora de una confidencia.

Gabriela comprendió y fue. Posose en las rodillas de su padre con la ligereza de una gacela, y rodeó con su brazo el cuello de Beauvouloir, cuya gorguera fue bruscamente arrugada.

—¿En quién pensabas mientras recogías esas flores? Nunca las has dispuesto tan galanamente... —dijo el padre.

—En muchas cosas —respondió ella—. Al admirarlas, pareciéndome creadas expresamente para nosotros, me preguntaba por qué hemos sido creados también nosotros: quiénes son los seres que nos miran. Vos sois mi padre, y puedo deciros cuánto pasa en mí; sois inteligente y daréis explicación a todo. Siento en mí como una fuerza que quiere manifestarse, lucho contra algo. Cuando el cielo está gris, yo estoy contenta a medias, triste, pero tranquila. Cuando hace buen tiempo, las flores huelen bien y estoy allá abajo sentada en mi banco, bajo las madre selvas y los jazmines, siento como si en mi interior se elevasen olas que se rompen contra mi inmovilidad. Y me asaltan ideas que se escapan, que huyen, como los pájaros al atardecer en nuestras ventanas, sin que pueda retenerlas. Luego, cuando hago un ramillete en el que los colores están matizados como en una tapicería, donde el rojo se encaja en el blanco, y el verde y el pardo se cruzan, cuando todo abunda en él, que las flores se besan, que hay una mescolanza de perfumes y de cálices entrechocados, me siento como feliz, reconociendo lo que acontece en mí misma. Cuando en la iglesia el órgano suena y responden los sacerdotes, que hay dos cantos distintos que se hablan, las voces humanas y la música, pues bien, me siento contenta, pues aquella armonía resuena en mi pecho, y rezo con un ardor que me anima la sangre...

Escuchando a su hija, Beauvouloir la examinó con mirada sagaz, mirada que habría parecido estúpida por la misma fuerza de los pensamientos que irradiaba, de igual modo que el agua de una cascada parece inmóvil. Alzaba el velo de carne que le ocultaba el funcionamiento secreto por el cual el alma reacciona sobre el cuerpo, estudiaba los diversos síntomas que su prolongada experiencia había sorprendido en todas las personas confiadas a sus cuidados, y los comparaba a los contenidos en aquel frágil cuerpo, cuyos huesos le espantaban por su delicadeza, y la leve consistencia de su láctea tez le asustaba. Así, unía las enseñanzas de su ciencia con el futuro de aquella angélica criatura, pero procurándole un vértigo cual si se hallara al borde de un abismo: la voz demasiado vibrante y la soberanía del lindo pecho de Gabriela le producían desazón y se interrogaba a sí mismo tras haberla interrogado:

—¡Tú sufres aquí! —exclamó finalmente, impulsado por un último pensamiento que resumía su meditación.

Ella inclinó la cabeza con gracioso mohín.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el anciano, exhalando un suspiro—. Te llevaré

al castillo Hérouville, donde podrás tomar baños de mar que te fortificarán.

—¿De veras, padre mío? ¿No os burláis de vuestra Gabriela? ¡Tanto como deseaba ver el castillo, los hombres de armas, los capitanes y a monseñor!

—Sí, hija mía. Tu nodriza y Juan te acompañarán.

—¿Iremos pronto?

—Mañana mismo —contestó el anciano, precipitándose al jardín para ocultar su agitación a su madre y a su hija.

—Dios es testigo —exclamó— de que no me mueve ningún pensamiento ambicioso. Únicamente me impulsa el deseo de salvar a mi hija y hacer dichoso al pobrecito Esteban.

Si él se interrogaba de este modo, lo hacía porque sentía en el fondo de su conciencia una inextinguible satisfacción al saber que, si triunfaba su proyecto, Gabriela sería un día duquesa de Hérouville. En un padre hay siempre un hombre. Se paseó largo rato, volvió para cenar, y durante toda la velada se complació contemplando a su hija, en el seno de la dulce y crepuscular poesía a la que él la había acostumbrado.

Cuando antes de acostarse, la abuela, la nodriza, el médico y Gabriela se arrodillaron para rezar unidos, él dijo:

—Roguemos todos a Dios que bendiga mi empresa.

La abuela, concedora de los designios de su hijo, tenía los ojos humedecidos por las lágrimas que le restaban. La curiosa Gabriela tenía el rostro rojo de felicidad.

—Al fin y al cabo, no te asustes, Antonio —le dijo su madre—. ¡El duque no matará a su nieta!

—No —replicó él—. Pero puede obligarla a desposarse con algún soldadote de barón que la maltrataría.

## VI

### AMOR

A la mañana siguiente, Gabriela, montada en un asno y seguida de la nodriza a pie, de su padre sobre la muía, acompañada por el criado que conducía dos caballos cargados de equipajes, se puso en camino hacia el castillo de Hérouville, a donde la caravana no llegó hasta la caída del día. A fin de poder mantener secreto este viaje, Beauvouloir se había dirigido por apartados caminos saliendo a primerísima hora de la mañana, llevando consigo provisiones para comer en el trayecto, evitando así mostrarse en cualquier mesón. Beauvouloir entró, pues, por la noche, sin ser advertido por la gente del castillo, en la vivienda ocupada durante tanto tiempo por el hijo maldito, y en la que le esperaba Beltrán, la única persona a la cual se confiara. El viejo escudero ayudó al médico, a la nodriza y al criado a descargar los caballos, a transportar los equipajes y a establecer a la hija de Beauvouloir en la cabaña de Esteban. Cuando Beltrán vio a Gabriela, quedóse asombrado.

—¡Me parece ver a la señora! —exclamó—. Es grácil y delicada como ella; tiene su tez pálida y sus rubios cabellos; el viejo duque la querrá.

—¡Dios lo haga! —dijo Beauvouloir—. ¿Pero reconocerá su sangre a través de la mía?

—No creo pueda renegarla —respondió Beltrán—. A menudo he ido yo a buscarle a la puerta de la Bella Romana, que vivía en la calle de Santa Catalina. El cardenal de Lorena se la cedió a la fuerza a monseñor, de vergüenza por haber sido maltratado al salir de casa de ella. Monseñor, que en aquel tiempo andaba por sus veinte años, debe acordarse bien de la emboscada; era ya de lo más intrépido y trataba a la baqueta a los descarados.

—El no piensa ahora en todo eso —dijo Beauvouloir—. Sabe que mi mujer ha muerto, pero desconoce la existencia de una hija.

—Dos viejos reitres como nosotros llevaremos la barca a buen puerto —manifestó Beltrán—. Después de todo, si el duque se enfada y pagan el pato nuestras pellejas, ellas ya han cumplido bastante.

Antes de su partida, el duque de Hérouville había prohibido, bajo los más severos castigos, a todas las gentes del castillo, el ir a la playa en la que Esteban había pasado su vida hasta entonces, a menos que el duque de Nivron los acompañase. Esta orden, sugerida por Beauvouloir, quien había demostrado la necesidad de dejar a Esteban dueño de conservar sus costumbres, garantizaba a Gabriela y a su nodriza la inviolabilidad del territorio del que el médico les prohibió terminantemente salir sin su permiso.

Esteban había permanecido durante aquellos dos días en la habitación señorial, donde le retenía el ensalmo de sus dolorosos recuerdos. Aquel lecho había sido el de

su madre; a dos pasos había sufrido ella la terrible escena del alumbramiento en el que Beauvouloir había salvado dos existencias; ella había confiado sus pensamientos a aquellas paredes, a aquellos muebles, y su mirada había errado muchas veces por aquellos frisos; ¡cuántas veces no había ido a aquella ventana para llamar, con un grito, con una señal, a su pobre hijo maldecido, ahora dueño soberano del castillo! Solo en aquella habitación, a la que la última vez no había ido sino a escondidas, llevado por Beauvouloir, para dar un último beso a su madre moribunda, la hacía revivir, la hablaba y él escuchaba; se saciaba en ese manantial que jamás se agota, y del que brotan tantos cánticos semejantes al *Super flumina Babylonis*.

El día siguiente de su regreso, Beauvouloir fue a ver a su señor y le reprendió suavemente por haber permanecido en su habitación sin salir, haciéndole observar que no había que sustituir la vida al aire libre por la de un prisionero.

—Esto es bastante amplio —respondió Esteban—, y aquí está el alma de mi madre.

Sin embargo el médico consiguió, mediante la dulce influencia del afecto, que Esteban se paseara todos los días, bien fuese a la orilla del mar, o por las campiñas circundantes, desconocidas para él. No obstante también, Esteban, siempre embargado por sus recuerdos, se pasó el día siguiente en la ventana hasta el anochecer, contemplando el mar, que le ofrecía tan múltiples aspectos, que se figuró que jamás lo había visto tan hermoso. Mezcló sus contemplaciones con la lectura de Petrarca, uno de sus autores favoritos, cuya poesía era la que más directa y hondamente le penetraba el corazón, por la constancia y unidad de su amor. Esteban no tenía capacidad para varias pasiones; no podía amar más que de una sola manera, una sola vez. Si ese amor debía ser profundo, como todo lo que es único, debía ser también sereno en sus manifestaciones, suave y puro como los sonetos del poeta italiano. A la puesta del sol, el hijo de la soledad se puso a cantar con aquella voz maravillosa que había penetrado, como una esperanza, en el oído más sordo a la música, el de su padre. Expresó su melancolía variando una misma aria, modulándola varias veces como el ruiseñor. Atribuida esa composición al finado rey Enrique IV, no era el aria de *Gabriela*, sino muy superior como factura, como melodía, como expresión de ternura, y que los admiradores de la antigua época reconocerán, en su letra, igualmente compuesta por el gran monarca; el aria fue sin duda tomada a los estribillos que habían mecido su infancia en las montañas del Bearn:

*¡Ven, aurora!*  
*Yo te imploro,*  
*Soy feliz cuando te veo;*  
*La pastora que yo adoro*  
*Es dorada como tú;*  
*Aun regada de rocío*  
*La rosa no ha tu frescor;*

*El armiño tan divino no es tan fino  
Ni el lirio tiene tu albor.*

Tras haberse descrito ingenuamente el pensamiento de su corazón con sus cantos, Esteban contempló el mar, diciéndose:

—¡He ahí mi prometida y mi único amor!  
Luego cantó otra estrofa de su cantinela:

*¡Su blondo tan singular  
Bajo el cielo no ha par!*

Y la repitió expresando la poesía solicitante que superabunda en un joven tímido, atrevido solamente en la soledad. Había ensueños y añoranzas en aquel canto ondulante, repetido, interrumpido, vuelto a comenzar y perdido luego en una última modulación cuyos tonos se debilitaron como las vibraciones de una campana. En aquel momento, una voz que estuvo tentado de atribuir a alguna sirena salida del mar, una voz de mujer repitió el aria que él acababa de cantar, pero con todas las vacilaciones de una persona a la cual se revela por primera vez la música; él reconoció el balbuceo de un corazón que nacía a la poesía de los recuerdos. Solo Esteban, a quien largos estudios y ensayos de su propia voz habían enseñado el lenguaje de los sonidos, donde el alma encuentra tantos recursos como en la palabra para expresar sus pensamientos, podía adivinar todo lo que aquellas pruebas revelaban de tímida sorpresa. ¡Con qué religiosa y sutil admiración había escuchado! La calma del aire le permitía oírlo todo, y se estremeció ante el crujido de los flotantes pliegues de un vestido; se asombró, él a quien las emociones producidas por el terror llevaban siempre a dos dedos de la muerte, de sentir en sí mismo la balsámica sensación experimentada antaño por la llegada de su madre.

—Vamos, Gabriela, hija mía —dijo Beauvouloir—. Ya sabes que te he prohibido quedarte después de la puesta del sol en esos arenales. Entra, hija mía.

—¡Gabriela! —se dijo Esteban—. ¡Qué nombre tan lindo!

No tardó en aparecer Beauvouloir, despertando a su señor de una de esas meditaciones semejantes a ensueños. Era ya noche, y la luna se alzaba.

—Monseñor —dijo el médico—, no habéis salido aún hoy, y eso no es juicioso.

—¿Es que yo puedo ir a la playa después de la puesta del sol? —respondió Esteban.

El sobrentendido de la pregunta, que revelaba la dulce malicia de un primer deseo, hizo sonreír al viejo.

—¿Tienes una hija, Beauvouloir?

—Sí, monseñor, la ilusión de mi vejez, mi hija adorada. Monseñor el duque, vuestro ilustre padre, me ha recomendado con tanto ahínco el velar por vuestros

preciosos días, que, no pudiendo, debido a esto, visitar a mi hija en Forcalier, donde estaba, la he hecho salir de allí, con gran pesar, y, a fin de sustraerla a todas las miradas, la he instalado en la cabaña donde antes se alojaba monseñor. Es tan delicada, que temo todo por ella, incluso un sentimiento excesivamente vivo; por eso no le he hecho aprender tampoco nada, pues se habría matado con el esfuerzo y acaso la incompreensión.

—¿Así que no sabe nada? —dijo Esteban sorprendido.

—¡Oh!, tiene todo el talento de una buena ama de casa, pero ha vivido al igual que una planta. La ignorancia, monseñor, es cosa tan santa como la ciencia, constituyendo, tanto la ciencia como la ignorancia, para las criaturas humanas, dos maneras de ser; una y otra conservan el alma como en un sudario: la ciencia hace vivir; la ignorancia salvará a mi hija. Las perlas bien ocultas escapan al buceador y viven felices. Puedo comparar mi Gabriela con una perla, cuyo oriente tiene su tez, su alma la suave dulzura y, hasta ahora, mi dominio de Forcalier le ha servido de concha.

—Ven conmigo —dijo Esteban, poniéndose una capa—. Quiero ir a la orilla del mar; la temperatura es benigna.

Beauvouloir y su señor caminaron en silencio hasta que una luz salida de entre las persianas de la casa del pescador rieló en el mar con áureo resplandor.

—No sabría explicar —exclamó el tímido heredero dirigiéndose al médico— las sensaciones que me despiertan la vista de una luz proyectada sobre el mar. A menudo he contemplado la ventana de esa habitación hasta que su luz se apagaba... —añadió, señalando al aposento de su madre.

—Por delicada que sea Gabriela —respondió jovialmente Beauvouloir—, puede venir a pasearse con nosotros; la noche es cálida y el aire no contiene ningún vapor; voy a buscarla. Mas sed prudente, monseñor...

Esteban era demasiado tímido como para proponer a Beauvouloir el acompañarle a la casa del pescador; además, se encontraba en ese estado torpe producido por la afluencia de ideas y sensaciones engendradas por la aurora de la pasión. Mas libre al encontrarse solo, al ver el mar iluminado por la luna, exclamó:

—¡El océano ha pasado a mi alma!

El aspecto de la linda estatuilla animada que venía hacia él, y que la luna plateaba envolviéndola con su luz, redobló las palpitations del corazón de Esteban, pero sin hacerle sufrir.

—Hija mía —dijo Beauvouloir—, he aquí a monseñor.

En aquel momento, el pobre Esteban deseó haber tenido la colosal estatura de su padre; habría deseado aparecer fuerte y no enclenque. Todas las vanidades del amor y del hombre le penetraron a la vez en el corazón como otras tantas flechas, y permaneció melancólicamente silencioso al calibrar, por vez primera, la magnitud de sus imperfecciones. Confuso primero por el saludo de la muchacha, se lo devolvió torpemente y permaneció junto a Beauvouloir, con quien habló mientras se paseaban

a la orilla del mar; pero la compostura tímida y respetuosa de Gabriela le alentó, y hasta se atrevió a dirigirle la palabra. La circunstancia del canto había sido casual; el médico no había querido preparar nada, pensando que en dos seres cuyo corazón había sido mantenido puro por la soledad, el amor brotaría de la manera más sencilla. La repetición del aria por Gabriela fue, pues, tema de conversación de lo más procedente. Durante aquel paseo, Esteban sintió esa especie de ligereza corporal que todos los hombres han experimentado en el momento en que el primer amor traslada el principio de su vida a otra criatura. El pobre joven era tan feliz por poder mostrarse a los ojos de aquella muchacha investido de una superioridad cualquiera, que se estremeció de satisfacción y gozo cuando ella aceptó. En aquel momento, la luz de la luna daba de lleno a Gabriela, reconociendo así Esteban los puntos de vaga semejanza que tenía con la finada duquesa. Como Juana de Saint-Savin, la hija de Beauvouloir era cenecía y delicada; en ella, como en la duquesa, el sufrimiento y la melancolía producían una misteriosa gracia. Tenía la nobleza particular de las almas que no han sido alteradas por los usos y maneras sociales, en las que todo es bello, porque es natural. Pero además, en Gabriela se hallaba la sangre de la Bella Romana, que había rebrotado a la segunda generación, y que formaba a esta muchacha un corazón de arrebatada cortesana en un alma pura; de ahí procedía una exaltación que le inflamaba la mirada, que la purificaba la frente, y que le hacía exhalar como un resplandor, comunicando como las crepitaciones de una llama a sus movimientos. Beauvouloir se estremeció cuando observó tal fenómeno, que hoy podría denominarse la fosforescencia del pensamiento, y que para la observación del médico fue como una promesa de muerte.

Esteban sorprendió a la muchacha tendiendo el cuello con movimiento de tímido pájaro que mira en torno a su nido. Ocultada por su padre, Gabriela quería ver a su gusto a Esteban, y su mirada expresaba tanta curiosidad como agrado, tanto afecto como ingenua intrepidez. Para ella, Esteban no era débil, sino delicado; lo hallaba tan parecido a sí misma, que nada la espantaba en aquel soberano señor; la tez doliente de Esteban, sus bellas manos, su melancólica sonrisa enfermiza, sus cabellos partidos en dos bandas y expandidos en bucles sobre el encaje de su plegada gorguera, la noble frente surcada de precoces arrugas, aquellos contrastes de lujo y de miseria, de poder y de pequeñez, la complacían; ¿no halagaban los deseos de protección maternal que se hallan en germen en el amor? ¿No estimulaban ya la necesidad que fermenta en toda mujer de encontrar distinciones a quien ella quiere amar? En ambos jóvenes, nuevas ideas y nuevas sensaciones se elevaban con una fuerza, con una abundancia, que les ensanchaba el alma; uno y otro estaban como asombrados, y silenciosos, pues la expresión de los sentimientos es tanto menos demostrativa cuanto más profundos son. Todo amor duradero comienza por ensoñadoras meditaciones. Convenía acaso a estos dos seres verse por vez primera a la luz atenuada de la luna, para no ser repentinamente cegados por los esplendores del amor; debían encontrarse a la orilla del mar que les ofrecía una imagen de la inmensidad de sus sentimientos. Y al

despedirse, estaban llenos el uno del otro, temiendo ambos no haberse gustado.

Desde su ventana, Esteban contempló la luz de la casa en la que estaba Gabriela. Durante aquel largo rato de esperanza mezclada de aprensiones, el joven poeta halló huevos significados a los sonetos de Petrarca. Había entrevisto a Laura, una fina y deliciosa figura, pura y dorada como un rayo de sol, inteligente como el ángel, débil como la mujer. Sus veinte años de estudios tuvieron un nexo; comprendió la mística alianza de todas las bellezas; reconoció cuanto de la mujer había en las poesías que adoraba; amaba, en fin, desde hacía tanto tiempo, sin saberlo, que todo su pasado se fundió en las emociones de aquella bella noche. El parecido de Gabriela con su madre se le presentó como una orden divinamente dada. No traicionaba a su dolor amando; el amor le continuaba la maternidad. Contemplaba imaginativamente, de noche, a la criatura acostada en aquella cabaña, con los mismos sentimientos que experimentaba su madre cuando iba allí a verle a él. Aún existía otra similitud que encadenaba su presente al pasado. En las nubes de sus recuerdos, le apareció la dolorida figura de Juana de Saint-Savin; la volvió a ver con su débil sonrisa, oyó su dulce parla, y ella inclinó la cabeza y lloró. La luz de la cabaña se apagó. Esteban cantó con nueva expresión la linda cantinela de Enrique IV. Los ensayos de Gabriela le respondieron de lejos. La muchacha hacía también su primer viaje a las encantadas regiones del éxtasis amoroso. Aquella respuesta henchió de gozo el corazón de Esteban; fluyendo en sus venas, la sangre expandió en ellas una fuerza que jamás había sentido, el amor le hacía potente. Solo los seres débiles pueden conocer la voluptuosidad de esta nueva creación en medio de la vida. Los pobres, los que sufren, los maltratados, tienen goces inefables; el universo es poca cosa para ellos. Esteban se hallaba enlazado con mil ligaduras al pueblo de la Ciudad Doliente. Su reciente grandeza no le causaba solo terror, pues el amor le vertía el bálsamo creador de la fuerza; amaba al amor.

El día siguiente se levantó muy temprano para ir a su antigua casa, donde Gabriela, animada por la curiosidad y acuciada también por una impaciencia que no se confesaba, se había peinado y ondulado los cabellos de buena mañana asimismo, vistiéndose su traje más encantador. Ambos estaban deseosos de volver a verse, y ambos igualmente temían los efectos de aquella nueva entrevista. En cuanto a él, habíase ataviado con sus encajes más finos, su capa mejor ornada y sus gregüescos de terciopelo morado; habíase endosado, en fin, el bello atuendo que evoca a todas las memorias la pálida figura de Luis XIII, figura oprimida en el seno de la grandeza, como Esteban lo fuera hasta entonces. El tal atavío no era el único punto de semejanza que existía entre el monarca y el súbdito. Mil sensibilidades se hallaban tanto en Esteban como en Luis XIII: la castidad, la melancolía, los vagos pero reales sufrimientos, las timideces caballerescas, el temor de no poder expresar el sentimiento en su pureza, el de ser llevado demasiado aprisa a la felicidad que las almas grandes gustan de diferir, la pesadez del poder, esa inclinación a la obediencia que se halla en los caracteres indiferentes a los intereses, pero henchidos de amor por

lo que un gran genio religioso ha denominado *lo astral*.

Aunque muy inexperta del mundo, Gabriela había pensado que la hija de un humilde curandero habitante de Forcalier se hallaba a demasiada distancia de monseñor Esteban, duque de Nivron, heredero de la casa de Hérouville, para que fuesen iguales; ella era incapaz de adivinar el ennoblecimiento del amor. La ingenua criatura no había visto allí motivo para ambicionar un puesto que cualquier otra muchacha hubiese envidiado ocupar, sino solamente obstáculos. Amando ya, sin saber lo que era amar, se encontraba lejos de su anhelo y quería acercarse a él, como un niño ansia el dorado racimo que no puede alcanzar por hallarse demasiado alto. Para una muchacha emocionada ante la belleza de una flor, y que vislumbraba el amor en los cánticos de la liturgia, ¡cuán dulces e intensos no habían sido los sentimientos experimentados la víspera, ante aquella debilidad señorial que sosegaba a la suya propia! Pero Esteban se había engrandecido durante aquella noche, y lo había convertido en una esperanza, en un poder; lo había colocado tan alto, que se desesperaba por llegar hasta él.

—¿Me permitís venir algunas veces a vuestro lado? —preguntó el duque, bajando los ojos.

Al verle tan pusilánime, tan humilde, ya que también él había divinizado a la hija de Beauvouloir, Gabriela se sintió turbada por el cetro que él la entregaba, pero al par profundamente conmovida y halagada por aquella sumisión. Solo las mujeres saben cuántas seducciones engendra el respeto que las dedica un dueño. Sin embargo, tuvo miedo de engañarse y, tan curiosa como la misma Eva, quiso cerciorarse.

—¿No me habéis prometido ayer enseñarme música? —respondió, esperando que la música sería un buen pretexto para verse con él.

De haber conocido la vida de Esteban, la pobre muchacha se habría guardado bien de expresar una duda. Para él, la palabra era un resonar del alma, y aquella frase le causó el más profundo dolor. ¡Llegaba con el corazón henchido, temiendo hasta una oscuridad en su luz, y hallaba una duda! Su alegría se apagó, volvió a sumirse en su desierto, y no encontró ya en él las flores con que lo había embellecido. Esclarecida por la presencia de los dolores que advierte el ángel encargado de mitigarlos, y que sin duda es la caridad del cielo, Gabriela adivinó la pena que acababa de producir. Y le conmovió tanto su falta, que deseó el poder de Dios para abrir su corazón a Esteban, pues había experimentado la cruel convulsión que causaban un reproche, una severa mirada; y le expuso ingenuamente las nubes que formaban como lenguas de oro en el alba de su amor. Una lágrima de Gabriela trocó en placer el dolor de Esteban, acusándose entonces de tiranía. Fue una dicha que en el mismo comienzo conocieran ambos así el diapasón de sus corazones, evitando por ende mil choques que les hubieran lastimado. De pronto, Esteban, impaciente por escudarse tras una ocupación, condujo a Gabriela a una mesa, ante la pequeña ventana donde él había sufrido y donde ahora iba a admirar una flor más bella que todas cuantas contemplara. Seguidamente abrió un libro, sobre el cual ambos

inclinaron sus cabezas, rozándose sus cabellos.

Estos dos seres, tan fuertes de corazón y tan delicados de cuerpo, pero embellecidos por las gracias del sufrimiento, formaban un cuadro conmovedor. Gabriela ignoraba la coquetería: una mirada era otorgada al punto de solicitada, y los suaves rayos de los ojos de ambos no cesaban de confundirse sino por pudor: ella sintió el placer de decir a Esteban lo muchísimo que le gustaba oír su voz; olvidaba el significado de las palabras cuando él la explicaba la posición de las notas o su valor; le escuchaba, dejando a la melodía por el instrumento y a la idea por la forma; ingenioso halago, el primero que encuentra el verdadero amor. Gabriela encontraba guapo a Esteban; quería manosear el terciopelo de la capa y tocar el encaje de la gorguera. En cuanto a Esteban, se transformaba bajo la mirada creadora de aquellos dulces ojos; le infundían una fecundante savia que destellaba en los suyos, relucía en su frente y le bañaba interiormente, no sufriendo en absoluto de ese nuevo funcionamiento de sus facultades, sino que, por el contrario, ellas le fortalecían. La felicidad era para él como la leche sustentadora de su nueva vida.

Como nada podía distraerles de sí mismos, permanecieron juntos no solamente aquellas jornadas, sino todas las demás, ya que se pertenecieron desde el primer día, pasándose uno a otro el cetro, jugando y disfrutando consigo mismos como el niño lo hace con la vida. Sentados y dichosos sobre la dorada arena, se contaban su pasado, doloroso en él, mas lleno de ensueños; ensoñador en ella, mas colmado de dolientes placeres.

—Yo no he tenido madre —decía Gabriela—, pero mi padre ha sido tan bueno como Dios.

—Yo no he tenido padre —respondía el hijo maldito—, pero mi madre ha sido todo un cielo.

Esteban contaba su infancia y su adolescencia, el amor por su madre y su afición a las flores. Gabriela lanzaba entonces una exclamación, y al ser preguntada, no quería responder: luego, cuando una sombra pasaba sobre aquella frente que la muerte parecía rozar con su ala, sobre aquella alma visible en la que aparecían las menores emociones de Esteban, decía:

—Es que yo también amo las flores...

¿No era una declaración, tal como las vírgenes saben hacerla, el creerse unida, hasta en el pasado, por la concordancia de los gustos? El amor quiere siempre envejecer; es la coquetería de los niños.

Esteban llevó flores el día siguiente, ordenando que le buscasen las más bellas y singulares, como su madre lo hizo para él. ¿Se sabe la profundidad a la que llegan en un ser solitario las raíces de un sentimiento que recuperaba así las tradiciones de la maternidad, prodigando a una mujer las acariciadoras atenciones con las que su madre había hechizado su vida? ¡Qué grandeza para él en esas naderías en que se fusionaban sus dos únicos afectos! Las flores y la música se convirtieron en el lenguaje de su amor. Gabriela respondió con otros ramilletes a los de Esteban,

aquellos ramilletes de los cuales uno solo había hecho adivinar al viejo curandero que su hija sabía ya demasiado. La ignorancia material de los dos enamorados formaba como un fondo negro sobre el cual se destacaban los menores rasgos de su trato por entero espiritual, con exquisita gracia, como los perfiles rojos y tan puros de las figuras etruscas. Sus menores palabras aportaban raudales de ideas, pues eran fruto de sus meditaciones. Incapaces de inventar el atrevimiento, para ellos todo comienzo les parecía un fin. Aunque siempre libres, estaban aprisionados en una ingenuidad que habría sido desesperante, caso de que cualquiera de ambos hubiese podido dar un sentido a sus confusos deseos. Eran al par los poetas y la poesía. La música, la más sensual de las artes para las almas enamoradas, fue la traductora de sus ideas, y sentían delectación en repetir una misma frase, difundiendo la pasión en aquellas bellas ondas de sonidos en donde sus almas vibraban sin trabas.

Muchos amores proceden por oposición: son querellas y reconciliaciones, riñas y paces..., el vulgar combate del espíritu y la materia. Mas el primer aleteo del verdadero amor le pone ya bien lejos de esas luchas; no distingue ya dos naturalezas allí donde todo es la misma esencia; semejante al genio en su más elevada expresión, puede mantenerse a la más intensa luz, la sostiene y la engrandece, y no precisa de sombra para obtener su relieve. Gabriela, porque era mujer, y Esteban, porque había sufrido mucho y meditado mucho también, recorrieron rápidamente el espacio del que se apoderan las pasiones vulgares, y fueron mucho más allá. Como todas las naturalezas débiles, fueron penetrados más pronto por la fe, por esa celeste púrpura que duplica la fuerza duplicando el alma. Para ellos, el sol estuvo siempre en su mediodía. Y luego, sin tardanza, tuvieron esa divina creencia en sí mismos, que no tolera ni celos ni torturas; tuvieron siempre presta la abnegación, y la admiración constante. En esas condiciones, el amor era sin dolor. Iguales por su debilidad, fuertes por su unión, si el noble tenía cierta superioridad de ciencia o alguna grandeza convencional, la hija del médico las eclipsaba por su belleza, por la elevación del sentimiento, por la delicadeza que imprimía a los goces. Así, de pronto, estas dos albas palomas vuelan con el mismo batir de alas bajo un cielo puro: Esteban ama, es amado, el presente es sereno, el futuro sin nubes, él es soberano, el castillo le pertenece, y el mar a los dos; ninguna inquietud turba el armonioso concierto de su doble cántico; la virginidad de los sentidos y del espíritu les engrandece el mundo, y sus pensamientos se deducen sin esfuerzo; el deseo, cuyas satisfacciones marchitan tantas cosas, el deseo, esa culpa del amor terrestre, no les alcanza aún. Como dos Céfiros posados sobre la misma rama de sauce, se sienten en el colmo de la dicha contemplando su imagen en el espejo de las límpidas aguas; la inmensidad les basta, y admiran el océano sin pensar en deslizarse por él en la barca de las blancas velas y de los cordajes floridos, que conduce la esperanza.

Hay en el amor un momento en el que se basta a sí mismo, se siente uno feliz por existir. Durante esta primavera en que todo es brote y capullo, el enamorado se oculta a veces de la mujer amada, para mayor disfrute, para verla mejor; pero ni Esteban ni

Gabriela se sumieron juntos en las delicias de esta hora infantil: tan pronto eran dos hermanos por la gracia de las confidencias, como dos hermanos por el atrevimiento de las indagaciones. Por lo general, el amor quiere un esclavo y un dios, mas ellos calmaron el delicioso sueño de Platón, constituyendo no más que un ser divinizado. Se protegían alternativamente. Las caricias llegaron, lentamente, una a una, pero castas como los ojos tan traviosos, tan alegres, tan coquetuelos de jóvenes animalitos que ensayan la vida. El sentimiento que les inducía a trasladar sus almas a un apasionado cantar, les condujo al amor por las mil transformaciones de una misma felicidad. Sus goces no les causaban ni delirio ni insomnios. Fue la infancia del placer creciendo sin conocer las bellas flores rojas que coronarán su tallo. Se entregaban el uno al otro sin sospechar peligro alguno, se abandonaban mutuamente en una palabra como en una mirada, en un beso como en la larga presión de sus manos entrelazadas. Se alababan con mutua ingenuidad sus bellezas respectivas, y derrochaban en aquellos secretos idilios tesoros de lenguaje, ingeniando las más dulces exageraciones, los más soberbios diminutivos hallados por la musa antigua de los Tíbulo y repetidos por la poesía italiana. En sus labios y en sus corazones era un constante retomo de las líquidas ondas del mar a la fina arena de la playa, todas parecidas y todas desiguales. ¡Alegre, jubilosa, eterna fidelidad!

De precisar contarse los días, aquel tiempo duró cinco meses; de haber de contarse las innúmeras sensaciones, los pensamientos, los ensueños, las miradas, las flores abiertas, las esperanzas realizadas, las deleitosas alegrías sin fin, la cabellera deshecha y minuciosamente desparramada, para luego volver a ser compuesta ornada de flores, los diálogos y discursos interrumpidos, reanudados, abandonados, las retozonas risas, los pies bañados en el mar, las pueriles cazas a mariscos ocultos en las rocas, los besos, las sorpresas, los abrazos, poned toda una vida, pues la muerte se encargará de justificar lo dicho. Hay existencias siempre sombrías, que se desarrollan o se consumen bajo grises cielos; mas suponed un hermoso día en que el sol inflama un aire azul..., tal fue el mayo de su tierno cariño, durante el cual Esteban había suspendido todos sus pasados dolores al corazón de Gabriela, y la muchacha había enlazado sus alegrías y goces futuros a los de su señor. Esteban no había tenido más que un dolor en su vida, la muerte de su madre; y no debía tener más que un solo amor, Gabriela.

## VII

### LA PERLA ROTA

La grosera rivalidad de un ambicioso precipitó el curso de aquella vida de miel. El duque de Hérouville, viejo guerrero experto en astucias, político rudo pero hábil, oyó elevarse en sí mismo la voz del recelo tras haber dado la palabra que le pidiera su médico.

El barón de Artagnon, teniente de su compañía de ordenanza, gozaba de toda su confianza en política. El barón era hombre como gustaban al duque de Hérouville, una especie de matarife, de recia talla, grande, de rostro viril, acerbo y frío, el valiente en fin al servicio del trono, rudo en sus modales, de una voluntad de bronce en la ejecución, dócil y obediente a las órdenes recibidas; noble además, ambicioso con la probidad del soldado y la astucia del político. Brusco de maneras, como decimos, su palabra era breve, concisa y tajante.

Así, el gobernador había encargado a su teniente que vigilara la conducta que seguía el médico con su nuevo presunto heredero. A pesar del secreto que rodeaba a Gabriela, resultaba difícil engañar al teniente de una compañía de ordenanza, quien oyó el canto de dos voces, vio luz al anochecer en la casa situada a la orilla del mar y, en consecuencia, adivinó que todos los cuidados de Esteban, las flores pedidas y sus órdenes multiplicadas concernían a una mujer; luego, sorprendió a la nodriza de Gabriela por los caminos, yendo a buscar algunos objetos a Forcaber, y volviendo con ropa, un bastidor de labores y otras prendas pertenecientes a la muchacha. Y así el soldadote quiso ver, y vio, a la hija del curandero, y quedó cautivado. Beauvouloir era rico. El duque iba a ponerse furioso por la audacia del buen hombre.

El barón de Artagnon basó en estos acontecimientos el edificio de su fortuna. El duque, al saber que su hijo estaba enamorado, querría darle una mujer de gran casa, heredera de algunos dominios; y, para apartar a Esteban de su amor, bastaría hacer a Gabriela infiel, casándola a un noble cuyas tierras estuviesen empeñadas a algún lombardo. El barón no tenía tierras. Tales cálculos habrían sido excelentes con los caracteres que comúnmente existen en el mundo, mas debían fracasar con Esteban y Gabriela. El azar había, no obstante, servido ya bien al barón de Artagnon.

Durante su estancia en París, el duque había vengado la muerte de Maximiliano matando al adversario de su hijo, y había preparado para Esteban una inesperada alianza con la heredera de los dominios de una rama de la casa de Grandlieu, una persona talluda, bella y desdeñosa, pero a la que le halagó la esperanza de poder portar un día el título de duquesa de Hérouville. El duque esperaba, pues, casar a su hijo con la señorita de Grandlieu. Al saber que Esteban amaba a la hija de un miserable médico, quiso lo que esperaba. Para él, aquel cambio era indudable. ¡Ya sabéis como este hombre de política brutal comprendía brutalmente el amor, hasta el

punto de dejar morir a su lado a la madre de Esteban, sin haber entendido ni uno solo de sus suspiros! Acaso jamás en su vida había experimentado cólera más violenta que cuando el último comunicado del barón le informó de la rapidez con que marchaban los designios de Beauvouloir, al que el capitán atribuyó la ambición más audaz. El duque ordenó al punto que preparasen sus carruajes, y fue de París a Ruán conduciendo a su castillo a la condesa de Grandlieu, a su hermana la marquesa de Noirmoutier, y a la señorita de Grandlieu, so pretexto de mostrarles la provincia de Normandía. Algunos días antes de la llegada, y sin que se supiera cómo, el rumor se difundía por la comarca, no hablándose de otra cosa, desde Hérouville a Ruán, que de la pasión del joven duque de Nivron por Gabriela de Beauvouloir, la hija del célebre curandero. Personas de Ruán hablaron del particular al viejo duque precisamente en medio del banquete que le fue ofrecido, ya que los invitados estaban encantados de disponer de una ocasión para pinchar al déspota de Normandía. Esta circunstancia llevó al colmo la cólera del gobernador, y escribió al barón que mantuviera en el mayor secreto su ida a Hérouville, dándole órdenes para cortar por lo sano lo que consideraba como una desgracia.

En tales circunstancias, Esteban y Gabriela habían devanado todo el hilo de su ovillo en el inmenso laberinto del amor, y ambos, poco inquietos por salir, querían vivir en él.

Un día habían permanecido junto a la ventana donde tantas cosas sucedieron. Las horas, colmadas al principio por dulces pláticas, habían desembocado en algunos meditativos silencios. Comenzaban a sentir en sí mismos los indecisos deseos de una posesión completa: empezaban a confiarse sus confusas ideas, reflejos de una bella imagen en dos almas puras. Durante aquellas horas serenas, a veces los ojos de Esteban se llenaban de lágrimas mientras tenía la mano de Gabriela pegada a sus labios». Como su madre, pero más feliz en aquel instante en su amor de lo que ella lo había sido, el hijo maldito contemplaba el mar, entonces de áureo color en la arena, negro en el horizonte, cortada aquí y allá por esas olas de plata anunciadoras de una tempestad. Gabriela, conformada a la actitud de su amigo, miraba asimismo el espectáculo, callada. Una sola mirada, una de esas con las cuales las almas se apoyan mutuamente, les bastaba para comunicarse sus pensamientos. El último abandono no era para Gabriela un sacrificio, ni para Esteban una exigencia. Cada uno de ellos amaba con ese amor tan divinamente semejante a sí mismo en todos los instantes de su eternidad, que ignora la entrega y no teme ni las decepciones ni los retrasos. Solo que tanto Esteban como Gabriela se hallaban en una absoluta ignorancia de las satisfacciones cuyo deseo agujijoneaba su alma. Cuando las débiles tonalidades del crepúsculo tendieron un velo sobre el mar, y el silencio solamente fue interrumpido por la respiración del flujo y reflujo en la playa, Esteban se levantó y Gabriela imitó su movimiento con vago temor, pues él había soltado su mano. Esteban rodeó a Gabriela con uno de sus brazos, estrechándola contra él con movimiento de tierna cohesión; y ella, comprendiendo su deseo, le hizo sentir el peso de su cuerpo lo

bastante para darle la certidumbre que era suya, y no tanto como para fatigarle. El amante posó su cabeza demasiado pesada sobre el hombro de su amiga, su boca se apoyó sobre el seno tumultuoso, y sus cabellos afluyeron sobre la blanca espalda acariciando el cuello de Gabriela. La muchacha, ingenuamente amorosa, inclinó la cabeza para dejar más sitio a Esteban, pasando su brazo alrededor de su cuello, para tener un punto de apoyo. Permanecieron así sin decirse una palabra, hasta la llegada de la noche. Los grillos cantaron entonces en sus agujeros, y los dos amantes escucharon aquella música como para concentrar todos sus sentidos en uno solo. Ciertamente que no podían ser comparados entonces más a un ángel que, con los pies posados sobre la tierra, espera la hora de emprender nuevo vuelo al cielo. Habían cumplido ese hermoso sueño del genio místico de Platón y de todos cuantos buscan un sentido a la humanidad; no formaban más que una sola alma, constituían en verdad de manera perfecta esa misteriosa perla destinada a ornar la frente de cualquier astro ignoto, la esperanza de todos nosotros...

—¿Me acompañarás? —dijo Gabriela, saliendo la primera de aquella deliciosa calma.

—¿Por qué despedimos? —respondió Esteban.

—Deberíamos estar siempre juntos —dijo ella.

—Quédate.

—Sí.

En la sala contigua se oyeron los pesados pasos del viejo Beauvouloir. El médico encontró a los dos jóvenes separados, habiéndolos visto abrazados en la ventana. Aun el más puro amor gusta del misterio.

—No está nada bien, hija mía —dijo a Gabriela—, quedarse tan tarde aquí, sin luz...

—¿Por qué? —respondió ella—. Ya sabes, padre mío, que nos amamos, y que él es el dueño del castillo.

—Hijos míos —replicó Beauvouloir—, si os amáis, vuestra felicidad exige que os desposéis para pasar vuestra vida juntos; pero vuestro matrimonio depende de la voluntad de monseñor el duque...

—¡Mi padre me ha prometido satisfacer todos mis deseos! —exclamó con vehemencia Esteban, interrumpiendo a Beauvouloir.

—Escribidle, pues, monseñor —respondió el médico—, expresadle vuestro deseo, y dadme vuestra carta para que la una a la que yo acabo de escribir. Beltrán partirá al instante para entregar ambas misivas en persona a monseñor. Acabo de saber que está en Ruán; viene acompañado de la heredera de la casa de Grandlieu, y no pienso que sea para él... Si hiciera caso a mis presentimientos, me llevaría a Gabriela esta misma noche.

—¡Sepáramos! —exclamó Esteban, desfalleciendo de dolor y apoyándose en su amiga.

—¡Padre mío!

—Gabriela —dijo el médico, tendiéndole un frasquito que fue a tomar de una mesa, y que ella hizo respirar a Esteban—, Gabriela, mi conciencia me ha dicho que la naturaleza os había destinado, el uno al otro... Mas quisiera preparar a monseñor el duque a un casamiento que choca con todas sus ideas, y el demonio le ha prevenido contra nosotros... El es monseñor el duque de Nivron —añadió—, y tú eres la hija de un pobre médico.

—Mi padre me ha jurado no contrariarme en nada —dijo con calma Esteban.

—También me ha jurado a mí consentir en cuanto hiciera para buscaros una esposa —respondió el médico—. Pero ¿y si no cumple sus promesas?

Esteban se sentó como fulminado.

—El mar estaba sombrío esta tarde —dijo tras un momento de silencio.

—Si supieseis montar a caballo, monseñor —dijo el médico—, os diría que huyeseis con Gabriela esta misma noche: os conozco a ambos, y sé que cualquier otra unión os será funesta. A buen seguro que el duque haría que me encerrasen en una mazmorra y me dejaría en ella para el resto de mi vida; mas yo moriría contento si mi muerte asegurase vuestra felicidad. ¡Pero ay, montar a caballo sería arriesgar vuestra vida y la de Gabriela! Es preciso afrontar aquí la cólera del gobernador.

—¡Aquí! —repitió el pobre Esteban.

—Hemos sido traicionados por alguien del castillo, quien ha enfurecido a vuestro padre —replicó Beauvouloir.

—¡Arrojémonos juntos al mar! —dijo Esteban a Gabriela, inclinándose al oído de la muchacha, quien se había puesto de rodillas junto a su amante.

Ella inclinó la cabeza. Beauvouloir lo adivinó todo.

—Monseñor —dijo—, vuestro saber, tanto como vuestro espíritu, os ha hecho elocuente, y el amor debe haceros irresistible: declarad vuestro amor a monseñor el duque, confirmaréis mi carta, que es bastante concluyente. Creo que aún no está todo perdido. Amo a mi hija tanto como vos y quiero defenderla.

Esteban meneó la cabeza.

—¡Qué sombrío estaba el mar esta tarde! —repitió.

—Era como una lámina de oro a nuestros pies —respondió Gabriela con melodiosa voz.

Esteban pidió una bujía y se puso a la mesa para escribir a su padre. A un lado de su silla estaba Gabriela, arrodillada, silenciosa, mirando la escritura sin leerla, pues lo leía todo en la frente de Esteban. Al otro lado estaba el viejo Beauvouloir, cuyo jovial rostro se mostraba profundamente triste, tan triste como aquella habitación en la que murió la madre de Esteban. Una secreta voz decía al médico: «¡Tendrá el mismo destino que su madre!».

Acabada la carta, Esteban se la tendió al viejo, quien se apresuró a dársela a Beltrán. El caballo del viejo escudero estaba ensillado y su jinete dispuesto; partió y encontró al duque a cuatro leguas de Hérouville.

—Condúceme hasta la puerta de la torre —dijo Gabriela a su amigo, cuando

estuvieron solos.

Ambos pasaron por la biblioteca del cardenal, y descendieron por la torre donde se encontraba la puerta cuya llave había dado Esteban a Gabriela. Aturdido por la aprensión de la desgracia, el pobre joven dejó en la torre la antorcha que le servía para alumbrar el camino a su bienamada, y la condujo a su casa. A algunos pasos del jardinillo que festoneaba con sus flores a esta humilde vivienda, los dos amantes se detuvieron. Enardecidos por el vago temor que les agitaba, se dieron en la sombra y el silencio ese primer beso en el que los sentidos y el alma se unen para producir un placer revelador. Esteban comprendió el amor en su doble expresión y Gabriela huyó por miedo a ser arrastrada por la voluptuosidad, ¿pero a qué...? No sabía nada.

En el momento en que el duque de Nivron subía los peldaños de la escalera, tras haber cerrado la puerta de la torre, resonó en sus oídos, con la vivacidad del rayo hiriendo nuestra mirada, un grito de terror lanzado por Gabriela. Esteban atravesó los aposentos del castillo, descendió por la gran escalinata, llegó a la playa y corrió a la cabaña de Gabriela, en la que vio luz encendida. Llegando al jardinillo, y al resplandor de la tea que iluminaba la rueca de su nodriza, Gabriela había percibido sentado en la silla, en el lugar de aquella buena mujer, a un hombre. Al ruido de los pasos de la muchacha, aquel hombre había avanzado hacia ella, asustándola. El aspecto del barón de Artagnon justificaba con creces el miedo que inspiraba a Gabriela.

—¿Sois la hija de Beauvouloir, el médico de monseñor? —le dijo el teniente de la compañía de ordenanza, una vez se hubo Gabriela repuesto de su espanto.

—Sí, monseñor.

—Tengo cosas de la mayor importancia que comunicaros. Yo soy el barón de Artagnon, teniente de la compañía de ordenanza que comanda monseñor el duque de Hérrouville.

Dadas las circunstancias en que se encontraban los dos enamorados, a Gabriela le impresionaron estas palabras y el tono de franqueza con que las pronunció el soldado.

—Vuestra nodriza está aquí y puede oírnos..., venid —dijo el barón.

Salió y Gabriela le siguió. Ambos fueron a la playa que estaba detrás de la casa.

—No temáis nada —tranquilizó el barón a la muchacha.

Tal advertencia habría espantado a una persona que no fuese ignorante; pero una muchacha sencilla y que ama, no se cree nunca en peligro.

—Querida niña —le dijo el barón, esforzándose por prestar un tono meloso a su voz—, usted y su padre se hallan al borde de un abismo, en el que vais a precipitaros mañana; soy incapaz de ver esto sin advertiroslo. Monseñor está furioso contra su padre y contra usted, sospechando que habéis seducido a su hijo, y prefiere verlo muerto antes que vuestro esposo. Esto en cuanto a su hijo concierne. En cuanto a vuestro padre, he aquí la resolución que ha tomado monseñor. Hace nueve años, vuestro padre estuvo implicado en un asunto delictivo; se trataba de un fraude de una criatura noble en el momento del alumbramiento de la madre, al que asistió.

Monseñor, sabedor de la inocencia de vuestro padre, le garantizó de las persecuciones de la justicia; pero ahora va a hacer que lo detengan para procesarle. Vuestro padre será tronchado vivo; mas en atención a los servicios prestados a su señor, puede que no sea colgado. Ignoro lo que monseñor ha decidido sobre usted, pero sé que podéis salvar a su hijo de la cólera de su padre, salvar a Beauvoulair del horrible suplicio que le espera, y salvarse usted misma.

—¿Qué hay que hacer para ello? —preguntó Gabriela.

—Ir a arrojarnos a los pies de monseñor, declararle que vuestro hijo os ama a vuestro pesar y decirle que vos no le amáis. Y en prueba de ello, le ofrezcáis desposaros con el hombre que le plazca designaros por marido. Es generoso y os establecerá espléndidamente.

—Puedo hacerlo todo excepto renegar mi amor.

—¿Mas si lo hacéis para salvar a vuestro padre, a usted misma y a monseñor de Nivron?

—¡En ese caso, Esteban morirá, y yo también!

—Monseñor de Nivron se sentirá muy triste por perderos, pero él vivirá por el honor de su casa; os resignaréis a no ser más que la esposa de un barón, y vuestro padre vivirá —respondió el hombre positivo.

En aquel momento Esteban llegaba a la casa, y, al no ver en ella a Gabriela, lanzó un grito penetrante.

—¡Ahí está él! —exclamó la muchacha—. ¡Dejad que vaya a tranquilizarle!

—Vendré a saber vuestra respuesta mañana por la mañana —dijo el barón.

—Consultaré con mi padre —respondió ella.

—¡Ya no lo veréis! Acabo de recibir orden de detenerlo y enviarle a Ruán, bajo escolta y encadenado —dijo, dejando a Gabriela afligida por el terror.

La muchacha se abalanzó luego a su casa, encontrando en ella a Esteban espantado por el silencio con el que la nodriza había respondido a su primera pregunta:

—¿Dónde está Gabriela?

—¡Aquí estoy! —exclamó la muchacha con voz helada, desaparecidos los colores de su rostro, su andar pesado.

—¿De dónde vienes? —preguntó Esteban—. ¿Has gritado?

—Sí, he tropezado con...

—No, amor mío —dijo Esteban—. He oído los pasos de un hombre.

Esteban y Gabriela se arrodillaron en el reclinatorio, y la nodriza recitó el rosario.

—¡Dios mío! —dijo la muchacha en un impulso que le hizo franquear los espacios terrestres—. Si no hemos pecado contra vuestros santos mandamientos, si no hemos ofendido ni a la Iglesia ni al rey, no formando nosotros más que una sola y misma persona en la que el amor reluce con la claridad que habéis puesto en una perla marina, concédenos la gracia de no separarnos ni en este mundo ni en el otro!

—Querida madre mía —añadió Esteban—, tú que estás en el cielo, obtén de la

Virgen santa que, si no podemos ser felices Gabriela y yo, muramos al menos juntos, sin sufrir. ¡Llámanos e iremos a ti!

Luego, habiendo rezado sus plegarias de la noche, Gabriela contó a Esteban su entrevista con el barón de Artagnon.

—Gabriela —dijo el joven, extrayendo valor de su desesperado amor—, yo sabré resistir a mi padre.

Luego la besó en la frente y no en los labios, y regresó al castillo, resuelto a afrontar a aquel hombre terrible que tanto pesaba en su vida. No sabía que la vivienda de Gabriela iba a ser custodiada por soldados en cuanto él la dejara.

Al día siguiente Esteban se sintió abrumado de dolor cuando, al ir ver a Gabriela, la encontró prisionera; pero la muchacha envió a su nodriza a decirle que moriría antes que traicionarle; que, además, había encontrado el medio de burlar la vigilancia de los guardianes, y que se refugiaría en la biblioteca del cardenal, donde nadie podría sospechar estuviera; pero ignoraba cuando podría realizar su designio. Esteban se encerró en su habitación, donde las fuerzas de su corazón se desgastaron en penosa espera.

A las tres entraron en el castillo los carruajes del duque y sus acompañantes. A la caída del día, la condesa de Grandlieu, a quien daba el brazo su hija, y el duque y la marquesa de Noirmoutier subían la gran escalinata en profundo silencio, pues la ceñuda frente y severa faz de su amo había espantado a todos los servidores. Aunque el barón de Artagnon conocía la evasión de Gabriela, había afirmado que estaba a buen recaudo, custodiada; mas temblaba al ver comprometido el logro de su plan particular, caso que el duque viese sus propósitos contrariados por esta huida. Aquellas dos terribles figuras tenían una expresión feroz mal disfrazada por el aire agradable que les imponía la cortés galantería. El duque había ordenado a su hijo que se encontrara presente en el salón. En cuanto entró la compañía, el barón de Artagnon reconoció en la abatida fisonomía de Esteban, que ignoraba todavía la evasión de Gabriela.

—He aquí a mi señor hijo —dijo el duque, tomando de la mano a Esteban y presentándolo a las damas.

Esteban las saludó sin decir palabra. La condesa y la señorita de Grandlieu intercambiaron una mirada que no escapó al viejo duque.

—Vuestra hija sale perjudicada —dijo en voz baja—. ¿No es ese vuestro pensamiento?

—Pienso todo lo contrario, mi querido duque —respondió la madre, sonriendo.

La marquesa de Noirmoutier, que acompañaba a su hermana, se rio discretamente. Aquella risa atravesó el corazón de Esteban, a quien la vista de la talluda señorita había aterrorizado.

—Bien, señor duque, —le dijo su padre en voz baja y jovialmente—. ¿No os he encontrado un hermoso molde? ¿Qué dices de esa brizna de muchacha, mi querido querubín?

El viejo duque no ponía en duda la obediencia de su hijo; Esteban era para él el vástago de su madre, la misma pasta dócil al dedo.

—¡Que tenga un descendiente y que reviente, poco me importa! —pensaba el viejo.

—Padre mío, —dijo el joven con voz dulce— no os comprendo.

—Sígueme a tu habitación, que tengo que decirte dos palabras —dijo el duque, pasando a la habitación de honor.

Esteban siguió a su padre. Las tres damas, movidas por una curiosidad que compartió el barón de Artagnon, se pasearon por el salón, agrupándose en la puerta de la cámara de honor que había sido dejada entornada por el duque.

—Querido benjamín, —dijo el duque, dulcificando primero su voz— te he escogido por esposa a esa grande y bella señorita; es la heredera de los dominios de una rama segunda de la casa de Grandlieu, buena y antigua nobleza del ducado de Bretaña. Sé un gentil compañero, y recuerda las más lindas cosas de tus libros para decirle galanterías antes de hacérselas.

—¿No es, padre mío, el primer deber de un gentil hombre el mantenimiento de su palabra? —respondió Esteban.

—En efecto.

—Pues bien, cuando os he perdonado la muerte de mi madre, fallecida debido a su matrimonio con vos, ¿no me prometisteis no contrariar jamás mis deseos? *¡Yo mismo te obedeceré como al dios de la familia!*, dijisteis. Yo no intento nada contra vos; no pido más que disponer de mi libre albedrío en un asunto del que depende mi vida, y que únicamente a mí concierne mi casamiento.

—Entiendo, —dijo el viejo, sintiendo afluir a su rostro toda su sangre— que no te opondrás a la continuación de nuestra nobleza raza.

—Vos no me fijásteis condición alguna —replicó Esteban—. Yo ignoro lo que el amor tiene de común con una raza, pero lo que sí bien sé, es que amo a la hija de vuestro viejo amigo Beauvouloir, nieta de vuestra amiga la Bella Romana.

—¡Ha muerto ya! —respondió el viejo coloso, con aire al par sombrío y zumbón, que revelaba la intención que tenía de hacerla desaparecer.

Hubo un momento de profundo silencio.

El viejo duque percibió a las tres damas y al barón de Artagnon. En aquel instante, Esteban, cuyo sentido del oído era sumamente fino, oyó en la biblioteca a la pobre Gabriela, quien queriendo hacer saber a su amigo que estaba encerrada allí, cantaba aquella estrofa de la antigua aria:

*El armiño tan divino  
no es tan fino  
Ni el lirio tiene albor.*

El hijo maldito, al que las horribles palabras de su padre habían sumido en los

abismos de la muerte, retornó a la superficie de la vida en alas de esta poesía. Aunque ya su impresión de terror, tan rápidamente borrada, le hubiese destrozado el corazón, reunió sus fuerzas, alzó la cabeza, miró a su padre cara a cara por primera vez en su vida, cambió desprecio por desprecio y dijo con odio:

—¡Un gentilhomme no debe mentir!

Y seguidamente, de un brinco, saltó hacia la puerta opuesta del salón y gritó:

—¡Gabriela!

De pronto, la dulce criatura apareció en la sombra como un lirio entre hojas, y tembló ante aquel grupo de mujeres burlonas, conocedoras de los amores de Esteban. Semejante a esas nubes que albergan el rayo, el viejo duque, llegado a un grado de rabia cuyo paroxismo no puede describirse, se destacaba sobre el fondo brillante que creaban los suntuosos atavíos de aquellas tres damas de la corte. Entre la prolongación de su raza y un casamiento desigual, cualquier otro hombre habría vacilado; mas en aquel viejo indómito volvió a manifestarse la ferocidad que hasta entonces había zanjado todas las dificultades humanas, sacando a troche y moche la espada, como el único remedio para resolver los nudos gordianos de la vida. En esta circunstancia, en que se hallaba al colmo el trastorno de sus ideas, debía triunfar su natural. Dos veces atrapado en flagrante delito de mentira por un ser aborrecido, por su hijo mil veces maldito, y más que nunca maldito en el momento en que su despreciada debilidad, y para él la más despreciable, triunfaba de una omnipotencia hasta entonces infalible, ya no hubo ni padre ni hombre, saliendo el tigre del antro en el que se ocultaba. El viejo, a quien la venganza tomó joven, lanzó sobre la más encantadora pareja de ángeles que osó posar sus pies en la tierra, una mirada preñada de odio y que asesinaba ya.

—¡Pues bien, reventad todos!... Tú, sucio aborto, la prueba de mi vergüenza... ¡Y tú, miserable ramera de lengua de víbora, que ha emponzoñado mi casa!

Estas palabras llevaron al corazón de los dos jóvenes el terror de que estaban cargadas. Y en el momento en que Esteban vio la ancha mano de su padre, armada con el homicida acero,alzada sobre Gabriela, murió como fulminado y Gabriela cayó muerta al querer retenerle.

El viejo duque cerró la puerta con rabia, y dijo a la señorita de Grandlieu:

—¡Yo os desposaré, yo!

—Y sois aún hartos lozanos y galantes para tener una bella descendencia —dijo la condesa al oído de aquel anciano, que había servido bajo siete reyes de Francia.

París, 1831-1836



**ADIÓS**



AL PRÍNCIPE FEDERICO DE SCHWARZENBERG

—Vamos, diputado del centro, ¡adelante! Es preciso acelerar si queremos sentarnos a la mesa al mismo tiempo que los demás. ¡Arriba la pierna! ¡Salta, marqués! Esto es. ¡Muy bien! Saltas los surcos como un auténtico ciervo.

Estas palabras fueron pronunciadas por un cazador, tranquilamente sentado en la linde del bosque de la Isle-Adam, mientras terminaba de fumar un cigarro de la Habana esperando a su compañero, que sin duda se había extraviado entre la maraña del bosque. A su lado, cuatro perros jadeantes, miraban, como él, al personaje al que se dirigía. Para hacerse cargo de lo divertidas que eran aquellas locuciones, repetidas a inténalos, hay que decir que el cazador era un hombre gordo y bajo, cuyo abdomen prominente acusaba un perfil típicamente ministerial. Salvaba con dificultad los desniveles de un campo recién segado, en que las matas entorpecían considerablemente su marcha; además, para colmo de desdichas, el oblicuo proyectarse del sol sobre su rostro lo hacía sudar copiosamente. Preocupado por mantener el equilibrio, oscilaba hacia adelante y hacia atrás, imitando así los sobresaltos de un carruaje zarandeado. Era un día del mes de septiembre en el que los rayos de un sol ecuatorial acababan de madurar las uvas. El tiempo presagiaba tormenta. Aunque el horizonte mostrase todavía grandes espacios azules en medio del cielo encapotado, podían observarse en el cielo unas nubes de color marrón que avanzaban con una impresionante rapidez, extendiendo, de oeste a este, una tenue cortina grisácea. No había viento más que en las capas altas de la atmósfera, y esta comprimía, hacia las hondonadas, los quemantes vapores de la tierra. Rodeado de altas colinas que le privaban de recibir las corrientes de aire, el valle que atravesaba el cazador tenía la temperatura de un horno. Ardiente y silencioso, el bosque parecía sediento. Los pájaros y los insectos estaban mudos; las copas de los árboles se inclinaban, agobiadas por el calor. Las personas en las cuales queda algún recuerdo del verano de 1819, deberán pues compartir las calamidades del desdichado ministerial, sudando sangre y agua para poderse reunir con su burlón compañero. Mientras fumaba su cigarro, este había calculado, por la posición del sol, que serían aproximadamente las cinco de la tarde.

—¿Dónde diablos estamos? —interrogó el obeso cazador secándose la frente y apoyándose contra un árbol, casi delante de su amigo, sintiéndose sin las suficientes fuerzas para saltar el ancho foso que los separaba.

—¿Y me lo preguntas a mí? —le respondió, riendo, el cazador tendido entre las altas hierbas amarillentas que coronaban el talud.

Tiró la colilla de su cigarro al foso, exclamando:

—Juro por San Huberto, que nunca más me aventuraré por una región desconocida con un magistrado, aunque este sea como tú, mi querido D'Albon, un antiguo camarada de colegio.

—Pero, Felipe, ¿es que ya no entiendes el francés? Con seguridad tu alma se quedó en Siberia —replicó el hombre gordo, lanzando una mirada dolorosamente cómica hacia un poste que se hallaba a unos cien pasos de allí.

—Comprendo —respondió Felipe que, cogiendo su fusil, se puso en pie rápidamente, y se lanzó al campo corriendo hacia el poste—. Por aquí, D’Albon, ¡por aquí! —le gritó a su compañero, indicándole con un gesto una ancha carretera adoquinada—. *¡Camino de Baillet a la Isle-Adam!* —prosiguió— siguiendo esta carretera, encontraremos, en aquella dirección, la de Cassan, que enlaza con la de la Isle-Adam.

—Justamente, mi coronel —dijo el señor D’Albon, volviendo a colocar sobre su cabeza un gorro que se había quitado para abanicarse.

—Adelante pues, mi respetable Consejero —respondió el coronel Felipe silbando a los perros, que parecían obedecerle más a él que a su dueño, el magistrado.

—¿Sabe usted, señor marqués —continuó el guasón militar— que tenemos todavía que andar más de dos leguas? Aquel pueblo que se distingue a lo lejos, debe ser Baillet.

—¡Gran Dios! —exclamó el marqués D’Albon—. Vete a Cassan si te resulta agradable, pero irás solo. Yo prefiero quedarme aquí, a pesar de la tormenta que se avecina, esperando a que tú me envíes un caballo desde el castillo. Te has burlado de mí, Sucy. Nosotros debíamos haber hecho una partida de caza sin alejarnos de Cassan, por tierras conocidas. Y en lugar de pasar un rato agradable, me has estado haciendo correr desde las cuatro de la madrugada, tomando por todo alimento dos tazas de leche. Te prometo que si alguna vez tienes algún pleito en el tribunal, haré que lo pierdas, aunque tuvieras cien veces la razón...

El descorazonado cazador se sentó en uno de los peldaños que sostenían el poste, tiró su fusil y, quitándose el morral vacío, lanzó un prolongado suspiro.

—¡Oh Francia, estos son tus diputados! —exclamó riendo, el coronel De Sucy—. ¡Ah!, mi pobre D’Albon, qué sería de ti si permanecieras, como yo, seis años en el fondo de Siberia...

Dejando la frase incompleta, levantó los ojos al cielo, como si sus desventuras fuesen un secreto entre Dios y él.

—¡Venga, andando! ¡En marcha! Si te quedas aquí, estás perdido.

—Qué quieres, Felipe, es una vieja costumbre de magistrado. Te doy mi palabra de honor, que no puedo más. ¡Si por lo menos hubiese matado una liebre!...

Los dos cazadores ofrecían un extraño contraste. El ministerial tendría unos cuarenta y dos años de edad, pero no parecía tener más de treinta, mientras que el militar, que tenía treinta, parecía tener, por lo menos, cuarenta. Los dos iban condecorados con una roseta roja, atributo de los oficiales de la Legión de Honor. Por debajo de la gorra del coronel salían algunos mechones en los que se mezclaban los cabellos negros y blancos, como las alas de las urracas; las sienes del magistrado se adornaban con hermosos rizos rubios. Uno era de elevada estatura, delgado, enjuto, y las profundas arrugas de su pálido rostro, revelaban terribles pasiones o espantosos sufrimientos; el otro tenía una cara rebotante de salud, jovial, digna de un epicúreo. Los dos estaban intensamente bronceados por el sol, y sus polainas de cuero color



antiguamente en los monumentos monásticos—. ¡Estos pillastres de monjes sabían elegir el emplazamiento!

Esta nueva exclamación era expresión de la estupefacción que le causaba al magistrado la poética ermita que se ofrecía ante su vista. La casa estaba situada de medio lado en la falda de la montaña sobre cuya cima se asentaba la aldea de Nerville. Los altos robles centenarios del bosque, que describían un inmenso círculo alrededor de aquella construcción, la hacían realmente solitaria. El cuerpo de edificio, en otro tiempo destinado a los monjes, estaba orientado al mediodía. El parque parecía tener unas cuarenta arpentas. Cerca de la casa se extendía un verde prado, deliciosamente cortado por varios arroyuelos cristalinos y manchas de agua graciosamente distribuidas sin artificio aparente. Por todas partes crecían verdes árboles de formas elegantes y variado follaje. Grutas hábilmente repartidas, macizas terrazas, con sus peldaños desgastados, barandales enmohecidos, imprimían una fisonomía particular a aquella selvática Tebaida. El arte había completado los más pintorescos efectos de la naturaleza. Daba la impresión de que las pasiones humanas tenían que morir al pie de aquellos grandes árboles que defendían los accesos a aquel refugio del mundanal ruido, del mismo modo que del fuego del sol.

—¡Qué desorden! —se dijo el señor D'Albon después de haberse gozado con la sombría expresión que las ruinas daban a este paisaje, que parecía alcanzado por una maldición.

Parecía un lugar funesto, abandonado por los hombres. La yedra había extendido por todas partes sus nervios tortuosos y su rico manto. El musgo pardo, verdoso, amarillo o rojo, extendía sus tonos románticos por los árboles, por los bancos, por los tejados, por las piedras. Las ventanas, enmohecidas, estaban desgastadas por la lluvia y por el paso del tiempo; los balcones, medio derruidos; las terrazas, demolidas. Algunas persianas se aguantaban únicamente por uno de sus goznes. Las puertas, desvencijadas, parecían no poder resistir a ningún asaltante. Cargadas de hojas relucientes de muérdago, las descuidadas ramas de los árboles frutales se extendían hasta la lejanía, sin dar fruto. Altas hierbas crecían por las avenidas. Aquellos escombros producían en el alma del espectador, efectos de una encantadora poesía y despertaban pensamientos maravillosos. Un poeta se habría sumido, ante su visión, en mía larga melancolía, admirando aquel desorden lleno de armonía, aquella destrucción que no dejaba de tener su encanto. En aquel momento, unos rayos de sol se abrieron paso a través de las nubes, iluminando con mil colores aquel escenario semi salvaje. Resplandecieron las pardas tejas, brillaron los musgos, y sombras fantásticas se agitaron por los prados y bajo los árboles; colores que estaban muertos cobraron vida, intensos contrastes se entremezclaron, y el follaje resplandeció con la claridad. Súbitamente, la luz desapareció. Aquel paisaje, que parecía haber hablado, se calló, recobrando su aspecto triste, o por mejor decir, suave como el más suave tono de un crepúsculo otoñal.

—Debe ser el palacio de la Bella Durmiente —se dijo el Consejero, que veía

aquella casa con ojos de propietario—. ¿A quién pertenecerá? Hay que ser muy estúpido para no vivir en una propiedad tan hermosa.

En aquel instante, una mujer salió corriendo desde un nogal que crecía a la derecha de la verja, sin hacer ningún ruido, pasó por delante del consejero tan rápidamente como la sombra de una nube; aquella visión le dejó muy sorprendido.

—¿Qué tienes, D'Albon? —le preguntó el coronel.

—Me estoy frotando los ojos para saber si duermo o estoy despierto —respondió el magistrado, subiéndose a la verja para intentar volver a ver al fantasma—. Probablemente está debajo de aquella higuera —dijo a Felipe indicándole el ramaje de un árbol que se elevaba por encima de la pared, a la izquierda de la verja.

—¿Quién es ella?

—¡Qué sé yo! —respondió el señor D'Albon—. Acaba de pasar ante mí —añadió en voz baja— una extraña mujer; me ha parecido que más bien pertenecía al mundo de las sombras que al de los vivos. Es tan esbelta, tan ligera, tan vaporosa, que debe ser diáfana. Su cara es tan blanca como la leche. Sus vestidos, sus cabellos y sus ojos, son negros. Al pasar, me ha dirigido una mirada, y aunque nada tengo de miedoso su mirada fría e inmóvil ha detenido la sangre en mis venas.

—¿Es hermosa? —preguntó Felipe.

—No lo sé. Solo he podido verle los ojos.

—¡Al diablo la comida de Cassan! —exclamó el coronel—. Quedémonos aquí. Siento unos deseos infantiles de penetrar en esta singular propiedad. ¿No ves estos postigos de las ventanas pintados con color rojo y estos adornos también rojos en las molduras de las puertas? ¿No crees que podría ser la casa del diablo? Tal vez este la haya heredado de los monjes. Vamos, corramos tras la dama blanca y negra. ¡Adelante! —exclamó Felipe, con ficticia alegría.

En aquel momento, los dos cazadores oyeron un grito muy parecido al que lanza un pájaro cuando es atrapado en una trampa. Aguzaron el oído. El follaje de algunos arbustos produjo un murmullo semejante a una ola agitada; pero aunque aguzaron el oído para captar cualquier sonido nuevo, la tierra siguió silenciosa, guardando el secreto de los pasos de la desconocida, si es que esta había andado.

—¡Qué singular! —exclamó Felipe, siguiendo el muro del parque.

Al cabo de poco tiempo, los dos amigos llegaron a un camino del bosque que conducía a la aldea de Chauvry. Después de haber subido por aquel camino en dirección a la carretera de París, se encontraron ante una gran verja, desde la que vieron la fachada principal de aquella misteriosa mansión. Por aquel lado, el desorden llegaba al colmo. Inmensas grietas surcaban las paredes de tres cuerpos de edificio, contruidos en forma de escuadra. Restos de tejas y de pizarras que cubrían el suelo, los techos medio hundidos, revelaban la más completa incuria. Algunas frutas se habían desprendido de los árboles y se estaban pudriendo sin que nadie las recogiera. Una vaca pacía por el césped, pisando las flores con sus patas, mientras una cabra comía los racimos verdes y los pámpanos de una parra.

—Aquí, todo es armonía, y el desorden es algo..., como diría, organizado —dijo el coronel tirando de la cadena de una campana.

Pero la campana carecía de badajo. Los dos cazadores no oyeron otra cosa que el chirrido, singularmente agudo, de un resorte enmohecido. Casi completamente destrozada, la puerta practicada en el muro resistió a todos sus empeños por abrirla.

—Todo esto es sumamente curioso —dijo Felipe a su compañero.

—Si no fuera magistrado —respondió el señor D'Albon— creería que la mujer negra es una bruja.

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, la vaca se acercó a la verja y les presentó su cálido hocico, como si sintiera la necesidad de ver criaturas humanas. Entonces, una mujer, si es que este nombre puede aplicarse al ser indefinible que apareció de detrás de una mata de arbustos, tiró de la cuerda que sujetaba a la vaca. Aquella mujer llevaba sobre la cabeza un pañuelo rojo, del que se escapaban unos mechones de cabello rubio, semejantes a la estopa de una mazorca de maíz. No llevaba pañoleta. Una falda de lana basta, a rayas alternativamente negras y grises, tan corta que permitía ver sus piernas. Parecía pertenecer a una de las tribus de pieles rojas hechas célebres por Cooper, ya que sus piernas, su cuello y sus desnudos brazos, parecían teñidos con pintura amarilla. Ni un rayo de inteligencia animaba aquel rostro vulgar. Sus ojos azules carecían de calor y eran mates. En lugar de pestañas tenía unos cuantos pelos blancos ralos. Por último, su boca, estaba formada de tal manera, que dejaba al descubierto unos dientes mal formados, pero tan blancos como los de un perro.

—¡Eh! mujer —gritó el señor de Sucey.

Se acercó, lentamente, hasta la verja, contemplando con aire indiferente a los dos cazadores, dejando escapar, cuando se halló casi junto a ellos, una sonrisa penosa y forzada.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esta casa? ¿A quién pertenece? ¿Quién es usted? ¿Es usted de aquí?

A todas aquellas preguntas y a una serie de otras que le fueron dirigiendo, sucesivamente, los dos amigos, ella no contestó más que con unos gruñidos guturales, que más parecían salir de la garganta de un animal que de una criatura humana.

—¿No te das cuenta que es sordomuda? —dijo el magistrado.

—¡*Buenos Hombres!* —pudo articular la aldeana.

—Debe tener razón. Esto bien podría ser el antiguo convento de los Buenos Hombres —dijo el señor D'Albon.

Le hicieron nuevas preguntas. Pero, al igual que un niño caprichoso, la aldeana enrojeció, movió sus zuecos, recogió la cuerda de la vaca, que había vuelto a pacer, miró a los dos cazadores, y examinó todas las partes de su vestido; chilló, gruñó u cloqueó, pero no habló.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Felipe, mirándola fijamente como si quisiera hipnotizarla.

—Genoveva —dijo, riendo con una risa estúpida.

—Hasta ahora, el ser más inteligente que hemos encontrado aquí ha sido la vaca —comentó el magistrado—. Voy a hacer un disparo, para lograr que venga alguien.

En el instante en que D'Albon cogía su arma, el coronel le detuvo con un gesto, y le mostró con otro a la desconocida que tan profundamente había excitado su curiosidad. Aquella mujer parecía sumida en profundas meditaciones, venía con paso lento por una avenida bastante lejana, de modo que los dos amigos tuvieron tiempo suficiente para examinarla. Iba vestida con un traje de tela negra, muy gastada. Sus cabellos caían en abundantes mechones sobre su frente, sobre sus espaldas, y descendían casi hasta el talle, haciendo las veces de pañolón. Sin duda habituada a aquel desorden, solo muy de vez en cuando separaba su cabellera a ambos lados de la cabeza; pero entonces, la sacudía con movimiento brusco, y ya no volvía a preocuparse de descubrir su frente y sus ojos de aquel espeso velo. Su gesto tenía, por otra parte, como el de un animal, aquella admirable seguridad de mecanismo cuya presteza podía ser considerada, en una mujer, como un auténtico prodigio. Los dos cazadores, atónitos, la vieron saltar sobre la rama de un manzano y sentarse en ella con la ligereza de un pájaro. Cogió unos frutos, los comió y después se dejó caer al suelo con la admirable agilidad de las ardillas. Sus miembros poseían una elasticidad que daba a sus menores movimientos la apariencia de ser realizados con el mínimo esfuerzo. Fue saltando por la hierba y corriendo como una niña; después, de repente, se sentó, extendió brazos y piernas, y quedó tumbada sobre la hierba con abandono, con la gracia, con la naturalidad de una gatita dormida al sol. Al oír el lejano retumbar del trueno se incorporó súbitamente, y se puso de cuatro patas, con la maravillosa rapidez de un perro cuando siente que se acerca una persona extraña. Por efecto de esta bizarra actitud, su negra cabellera se separó en dos largos mechones, cayendo a ambos lados de la cara, y permitió a los dos espectadores de aquella singular escena admirar sus blancos hombros, la blanca piel brillante como margaritas en un prado, un cuello cuya perfección hacía suponer la de todo su cuerpo.

Dejó escapar un grito de dolor, levantándose rápidamente. Sus movimientos se sucedieron con tanta gracia, se ejecutaron tan rápidamente que parecía no ser una criatura humana, sino una de las hijas del aire, celebradas por las poesías de Ossian. Se dirigió hacia un pequeño estanque, sacudió ligeramente una de sus piernas para desembarazarse de su zapato y pareció divertirse metiendo su pie, blanco como el alabastro, en el agua, admirando sin duda las ondas que en ella producía. Después se arrodilló a la orilla del estanque, divirtiéndose, como una niña, en hundir en el agua sus largas trenzas y sacarlas bruscamente para contemplar como caía de ella, gota a gota, el agua de que estaban embebidas, y que, atravesadas por los rayos de luz, formaban como un rosario de perlas.

—¡Esta mujer está loca! —exclamó el consejero.

Un grito ronco, lanzado por Genoveva, se oyó, pareciendo dirigido a la desconocida, que se puso en pie rápidamente, separando sus cabellos a ambos lados

de la cara. En aquel instante, el coronel y D'Albon pudieron ver, distintamente, los rasgos de aquella mujer, quien al darse cuenta de la presencia de los dos amigos, corrió con la ligereza de una cervatilla hacia la verja.

—¡Adiós! —dijo con voz suave y armoniosa, pero sin que esta melodía, impacientemente esperada por los cazadores, pareciese revelar el menor sentimiento o la menor idea.

El señor D'Albon admiró las largas pestañas, sus cejas negras perfectamente arqueadas, la blancura de su piel resplandeciente y sin el más ligero enrojecimiento. Únicamente unas diminutas venas azules surcaban aquella blanca tez. Cuando el consejero se volvió hacia su amigo para hacerle partícipe de la estupefacción que le producía la presencia de aquella mujer, le halló tendido sobre la hierba, como muerto. El señor D'Albon descargó su fusil para atraer la presencia de gente, y gritó: «¡Socorro!», intentando incorporar al coronel. Al ruido de la detonación, la desconocida, que había permanecido inmóvil, echó a correr con la rapidez de una flecha, lanzando gritos de espanto como un animal herido, y dio vueltas por la pradera dando muestras evidentes de profundo terror. El señor D'Albon oyó el ruido de una calesa por la carretera de la Isle-Adam, e imploró la ayuda de los paseantes, agitando un pañuelo. Acto seguido, el coche se dirigió hacia los Buenos Hombres y el señor D'Albon reconoció, en sus ocupantes, al señor y a la señora de Granville, sus vecinos, que se apresuraron a descender del coche, ofreciéndoselo al magistrado. La señora de Granville llevaba consigo, por casualidad, un frasco de sales, que hicieron respirar al señor de Sucey. Cuando el coronel abrió los ojos los volvió hacia el prado en el que la desconocida dejaba de correr gritando, y dejó escapar una exclamación indistinta, pero que revelaba un sentimiento de horror; después cerró de nuevo los ojos, haciendo un gesto a su amigo como para indicarle le alejara de aquel espectáculo. El señor y la señora de Granville dejaron el coche a la libre disposición del consejero, diciéndole atentamente que pensaban continuar su paseo a pie.

—¿Quién es esta mujer? —preguntó el magistrado señalando a la desconocida.

—Se presume que procede de Moulins —respondió el señor de Granville—. Es la condesa de Vandières; se dice que está loca, pero, como que solo hace dos meses que está aquí, no podría asegurarle la veracidad de cuanto se afirma sobre ella.

El señor D'Albon dio las gracias al señor y a la señora de Granville y partió para Cassan.

—¡Es ella! —exclamó Felipe al recobrar los sentidos.

—¿Quién es ella? —preguntó D'Albon.

—Estefanía... ¡muerta y viva, viva y loca!... Creí que me iba a morir.

El prudente magistrado, que apreció la gravedad de la crisis por la que atravesaba su amigo, se guardó mucho de interrogarle o de excitarle; ansiaba ardientemente llegar al castillo, ya que el cambio que se había operado en las facciones del coronel le hacían temer que la condesa no le hubiese contagiado su terrible dolencia. En cuanto el coche hubo llegado a la avenida de la Isle-Adam, D'Albon mandó al lacayo

a casa del médico del pueblo; de modo que cuando el coronel fue acostado el doctor se hallaba a su cabecera.

—Si el señor coronel no hubiese estado casi en ayunas —dijo el cirujano— habría muerto. El cansancio le ha salvado.

Después de haber indicado las primeras precauciones a adoptar, el doctor salió de la estancia para ir a preparar, personalmente, una poción calmante. Al día siguiente por la mañana, el señor de Sucey se encontraba mejor; pero el médico había querido velarle él mismo.

—Debo de confesarle, señor marqués —dijo el doctor al señor D'Albon— que en un principio temí una lesión cerebral. El señor de Sucey ha recibido una violenta impresión. Sus pasiones son intensas; pero en él, una vez pasada la primera conmoción, pierden intensidad; probablemente mañana estará fuera de peligro.

El médico no se engañaba, y al día siguiente permitió que el magistrado hablara con su amigo.

—Mi querido D'Albon —dijo Felipe estrechándole la mano—, espero de ti un favor más. Corre rápido a los Buenos Hombres. Infórmate de todo lo referente a la señora que allí vimos y regresa inmediatamente pues yo contaré los minutos.

El señor D'Albon montó a caballo y galopó hasta la antigua abadía. Al llegar a ella, pudo ver, ante la reja, a un hombre alto y delgado, con cara poco acogedora y que le respondió afirmativamente cuando el magistrado le preguntó si vivía en aquella casa arruinada. El señor D'Albon le explicó los motivos de su visita.

—Vaya, señor —exclamó el desconocido—, ¿fue usted quien hizo aquel disparo fatal? Por poco mata a mi pobre enferma.

—Pero, señor, si yo disparé al aire.

—Le habría hecho menos daño a la señora condesa si su bala la hubiese alcanzado.

—Entonces, nada tenemos que reprochamos uno al otro, ya que el ver a su condesa casi mata a mi amigo, el señor de Sucey.

—¿Se refiere al barón Felipe de Sucey? —exclamó el médico juntando las manos—. ¿Estuvo en Rusia, en el paso del Beresina?

—Sí —respondió D'Albon—. Fue capturado por los cosacos y conducido como prisionero a Siberia de donde ha regresado hace, aproximadamente, unos once meses.

—Entre usted, señor —dijo el desconocido acompañando al magistrado hasta un salón situado en la planta baja del edificio, en el que todo llevaba señales de una caprichosa devastación.

Al lado de un reloj de péndulo estaban los restos de jarrones de porcelana. Las cortinas de seda de las ventanas estaban desgarradas, mientras que una cortina doble de muselina permanecía intacta.

—Ya ve usted —dijo al señor D'Albon al entrar—, los destrozos ocasionados por esta encantadora criatura a la cual me he consagrado. Es sobrina mía; y, a pesar de la impotencia de mi arte, espero, algún día, devolverle la razón, ensayando un método

que solamente lo pueden seguir las personas muy ricas.

Después, como todas las personas que viven en soledad presas de un dolor constantemente reavivado, contó detalladamente al magistrado la siguiente aventura, cuya narración ha sido coordinada y expurgada de numerosas digresiones hechas tanto por el narrador como por el consejero.

Al abandonar, sobre las nueve de la noche, las alturas de Studzianka, que había defendido durante toda la jornada del 28 de noviembre de 1812, el mariscal Víctor dejó en ellas un millar de hombres encargados de proteger, hasta el último momento, el único puente que se mantenía en pie sobre el Beresina. Aquella retaguardia tenía por misión intentar salvar a una espantosa multitud de rezagados atontados por el frío, que se obstinaban en negarse a abandonar el tren del ejército. El heroísmo de aquella generosa tropa estaba destinada a ser inútil. Los soldados que afluían en masa sobre las orillas del Beresina, encontraban en ellas, para su desgracia, una inmensa cantidad de coches, de furgones y muebles de todo género, que el ejército se había visto obligado a abandonar al efectuar el paso del río durante los días 27 y 28 de noviembre. Herederos de inesperadas riquezas, aquellos desgraciados, embrutecidos por el frío, se instalaban en vivacs vacíos, destrozaban el material del ejército para construir una choza, hacían fuego con todo lo que les caía en las manos, y despedazaban los caballos para comer; arrancaban las telas y las velas de los furgones para taparse, se ponían a dormir en vez de continuar su camino y poder cruzar tranquilamente, durante la noche, aquel Beresina al que la fatalidad lo había hecho funesto para el ejército. La apatía de aquellos pobres soldados no puede ser comprendida más que por los que recuerden haber atravesado aquellos vastos desiertos de nieve, sin otra bebida que la nieve, sin otra cama que la nieve, sin otra perspectiva que un horizonte de nieve, y sin otro alimento que nieve o algunas zanahorias heladas, un puñado de harina o carne de caballo. Muriéndose de hambre, de sed, de cansancio y de sueño, aquellos infortunados llegaban a una playa en la que descubrían madera, fuego, víveres, innumerables equipajes abandonados, y en fin, toda una población abandonada. El pueblo de Studzianka había sido totalmente despedazado, repartido, transportado, desde las alturas hasta el llano. Por *maldita* y peligrosa que hubiera sido aquella ciudad, sus miserias y sus peligros sonreían a aquellos hombres que veían ante sus ojos los sobrecogedores desiertos rusos. Es decir aquello constituía un amplio hospital que no tenía veinte horas de existencia. El cansancio de vivir, o el sentimiento de un inesperado bienestar, hacían que aquella masa de hombres no admitiera otro pensamiento que el de descansar. Aunque la artillería del ala izquierda de los rusos tiraba incesantemente sobre aquella masa, que se destacaba como una gran mancha, a veces negra, a veces llameante, en medio de la nieve, aquellas infatigables granadas no eran consideradas por la multitud más que una incomodidad a añadir a las demás. Era como una tormenta cuyos rayos eran despreciados por todo el mundo porque solamente podían alcanzar a moribundos, a heridos o a cadáveres. A cada momento, los rezagados llegaban por grupos. Esta

especie de cadáveres ambulantes se dividían inmediatamente e iban a mendigar, de hoguera en hoguera, un lugar cerca de la lumbre; después, al ser generalmente rechazados, volvían a reagruparse para intentar conseguir violentamente una hospitalidad que se les negaba. Sordos a la voz de algunos oficiales que les pronosticaban la muerte para el día siguiente, malgastaban la cantidad de valor necesaria para cruzar el río en construirse un asilo para una noche, en hacer una comida funesta; aquella muerte que decían les esperaba, no era considerada por ellos como un mal, ya que les permitía una hora de sueño. Solo calificaban de *mal* al hambre, a la sed, al frío. Cuando se terminó la madera, los fuegos, la tela y los cobijos, se produjeron terribles luchas entre los que sobrevivían desprovistos de todo y los ricos que poseían algo. Los más débiles, perecieron. Finalmente, llegó un momento en que un grupo de hombres, perseguido por los rusos, no tuvieron por vivac más que la nieve y se acostaron sobre ella para no levantarse más. Insensiblemente, aquella masa de seres aniquilados fue haciéndose tan compacta, tan sorda, tan estúpida, o quizá tan feliz, que el mariscal Víctor, que había resistido heroicamente defendiéndose de veinte mil rusos mandados por Wittgenstein, se vio obligado a abrirse paso, a viva fuerza, a través de aquella selva humana para conseguir que cruzaran el Beresina aquellos cinco mil valientes que le llevaban al emperador. Aquellos desdichados se dejaban aplastar antes que moverse, pereciendo en silencio, sonriendo a sus apagados fuegos, sin pensar en Francia ni en nada...

A las diez de la noche el duque de Bellune se encontraba en la otra orilla del río. Antes de lanzarse sobre los puentes que conducían a Zembin, confió la suerte de la retaguardia de Studzianka a Eblé, el salvador de todos los que sobrevivieron a las calamidades del Beresina. Hacia medianoche, aquel gran general, seguido de un valeroso oficial, salió de la pequeña choza que ocupaba cerca del puente y se puso a contemplar el espectáculo que presentaba el campamento situado entre la orilla del Beresina y el camino de Borizof a Studzianka. El cañón ruso había cesado de tronar; innumerables fogatas, que en medio de aquella extensión de nieve palidecían y parecían no desprender calor, iluminaban por todas partes unos rostros que nada tenían de humano. Estaban allí desventurados, aproximadamente treinta mil, pertenecientes a todas las nacionalidades, lanzados por Napoleón sobre Rusia, jugándose la vida con brutal indiferencia.

—Librémonos de todo esto —dijo el general al oficial—. Mañana por la mañana los rusos serán dueños de Studzianka. Será preciso, pues, quemar el puente en el momento en que aparezcan; así, amigo mío, ¡valor! Llégate hasta la altura. Dile al general Fournier que en cuanto disponga de tiempo para evacuar su posición lo haga, aunque tenga que pasar por encima de toda esta gente, y que cruce el puente. En cuanto veas que se pone en marcha, le seguirás. Ayudado por algunos hombres válidos, quemarás sin piedad los vivacs, los furgones, los coches, todo lo que encuentres. Empújales, como puedas, a todos hacia el puente. Obliga a todo lo que tenga dos patas a que se refugie en la otra orilla. El incendio es ahora nuestro último

recurso de salvación. Si Berthier me hubiese dejado quemar estos malditos convoyes este río no se hubiera tragado a nadie más que mis pobres pontoneros, esos cincuenta héroes que han salvado al ejército y a los que dentro de poco todos habrán olvidado.

El general se llevó la mano a la frente, y quedó silencioso. Presentía que Polonia sería su tumba, y que ni una sola voz se alzaría en favor de aquellos hombres sublimes que se echaron al agua, ¡al agua del Beresina!, para hundir los caballetes que sostenían los puentes. Uno solo de ellos vive aún, o, para ser más exacto, sufre en una aldea, ignorado. El ayuda de campo se marchó. Apenas aquel generoso oficial había recorrido cien pasos en dirección a Studzianka, cuando el general Eblé despertó a varios de sus sufridos pontoneros, y empezó su caritativa obra de quemar los vivacs montados alrededor del puente, obligando así a los que dormían allí a cruzar el Beresina. Mientras, el joven edecán había llegado, no sin dificultades, a la única casa de madera que había quedado en pie en Studzianka.

—¿Esta barraca está llena, camarada? —preguntó a un hombre que estaba fuera.

—Si entráis en ella, seréis un excelente soldado —respondió el oficial sin volverse, y sin parar de demoler, con su sable, la madera de la casa.

—¿Eres tú, Felipe? —preguntó el ayuda de campo al reconocer la voz de uno de sus amigos.

—Sí..., eres tú, viejo —replicó el señor de Sucey, mirando al ayuda de campo, que contaba, como él, veintitrés años—. Te creía al otro lado de este condenado río. ¿Qué haces aquí? ¿Vienes a traernos dulces y golosinas para nuestros postres? Si es así, serás bien recibido —añadió terminando de descortezar un tronco, cuya corteza dio como pienso a su caballo.

—Estoy buscando a tu comandante para avisarle, de parte del general Eblé, que se dirija hacia Zemblin. Tenéis muy poco tiempo, el justo para atravesar esta masa de cadáveres, que voy a incendiar inmediatamente, a ver si así les obligo a andar...

—¡Casi que me das calor con solo oírte! Lo que me dices, me hace sudar. Tengo que salvar a dos amigos. ¡Ah!, sin estas dos marmotas, viejo, ya hace horas que estaría muerto. Es por ellos, por lo que cuido a mi caballo, y por lo que yo no como. Por favor, ¿tienes algún pedazo de pan? Hace treinta y seis horas que no he metido nada en el saco y he combatido como un endemoniado para poder conservar el poco calor y valor que me queda.

—¡Pobre Felipe, no tengo nada!..., ¡nada!... Pero ¿está ahí tu general?...

—¡No intentes entrar! En esta granja están nuestros heridos. Sube, más arriba encontrarás, a la derecha, una especie de corral de cerdos; el general está allí. ¡Adiós, valiente! Si alguna vez podemos volver a bailar en un salón de París...

No pudo terminar, la brisa sopló en aquel instante con tal perfidia, que el ayuda de campo se fue para no quedar helado e impedir que los labios del comandante se helaran también. Pronto se hizo el silencio por todas partes. No era interrumpido más que por los lamentos que salían de aquella casa y por el ruido sordo que hacía el caballo del señor de Sucey al piafar de hambre y de rabia, mientras mascaba la corteza

helada de los troncos con los que aquella casa estaba construida. El comandante volvió a meter su sable dentro de la vaina, cogió bruscamente la brida de aquel precioso animal que había conservado, y lo arrancó, casi violentamente, a pesar de su resistencia, del deplorable pasto que estaba comiendo.

—¡En marcha, *Gacelal!*, ¡en marcha! Solo tú puedes salvar a Estefanía. Vamos, más tarde tal vez podamos descansar o morir.

Felipe, envuelto en un capote al que debía su conservación y su energía, se puso a andar pisando fuerte sobre la nieve dura, para conservar el calor del cuerpo. Apenas el comandante había recorrido quinientos pasos, cuando pudo ver que una hoguera de más que regulares dimensiones se levantaba en el mismo lugar en el cual, por la mañana, había dejado su coche, custodiado por un veterano. Una horrible inquietud se apoderó de él. Como todos los que, durante esta derrota, fueron dominados por sentimientos poderosos, halló, para socorrer a sus amigos, fuerzas que no habría tenido para salvarse a sí mismo. Llegó pronto a pocos pasos de un pliegue de terreno, al fondo del cual había dejado, al abrigo de las granadas enemigas, a una joven, su compañera de infancia y su más querido bien.

A pocos pasos del coche, una treintena de rezagados se habían reunido ante una inmensa hoguera que mantenían arrojando tablones, ruedas y puertas de vehículos. Aquellos soldados eran, sin duda, de los últimos llegados de todos los que, desde la amplia depresión descrita por el terreno desde la parte baja de Studzianka, hasta el río fatal, formaban como un océano de cabezas, de fuegos, de cabañas, un mar viviente sacudido por movimientos casi insensibles, y del que salía un sordo rumor, mezclado a veces con terribles imprecaciones. Impulsados por el hambre y la desesperación, aquellos desdichados habían probablemente registrado el coche por la fuerza. El anciano general y la joven que habían encontrado durmiendo sobre los asientos, envueltos en capotes y pellizas, se hallaban en aquel momento acurrucados ante el fuego. Una de las portezuelas del coche estaba destrozada. En cuanto los hombres que rodeaban la fogata oyeron los pasos del caballo y los del comandante, se levantó de entre ellos un aullido de rabia, inspirado por el hambre.

—¡Un caballo!, ¡un caballo!...

Formaba una sola voz.

—¡Apartaos! ¡Váyase! —gritaron dos o tres soldados, lanzándose sobre el caballo.

Felipe se colocó delante de su montura y dijo:

—¡Miserables! Voy a echaros a todos dentro de vuestra hoguera. Allí arriba hay varios caballos muertos; ¡id a buscarlos!

—¡Este oficial miente...! A la una, a las dos, ¿no quieres apartarte? —replicó un colosal granadero—. ¿No? Pues bien, ¡tú lo has querido!

Un grito lanzado por una mujer dominó la detonación. Por fortuna, Felipe no fue alcanzado por la bala; pero *Gacela*, que había caído, se debatía contra la muerte; tres hombres se lanzaron sobre ella y la remataron a bayonetazos.

—'¡Caníbales! Dejad que recoja la manta y las pistolas —dijo Felipe, desesperado.

—Ve a buscar tus pistolas —replicó el granadero—. En cuanto a la manta, ahí hay un soldado de línea que hace dos días que no *ha metido nada en el saco*, y que está temblando bajo su maldito uniforme de color de vinagre. Es nuestro general...

Felipe guardó silencio al ver a un hombre con los zapatos destrozados y la ropa hecha jirones, llevando sobre su cabeza únicamente el gorro de cuartel cubierto de nieve. Se apresuró a recoger sus pistolas. Cinco hombres llevaron al caballo delante de la hoguera y se pusieron a despedazarlo con tanta habilidad como los matarifes de París. Los pedazos de carne eran milagrosamente arrancados del cadáver y tirados sobre las ascuas. El comandante fue a situarse al lado de la mujer que había lanzado un grito al reconocerle; la halló inmóvil, sentada en uno de los cojines del coche, calentándose; le miró silenciosamente, sin sonreírle. Felipe observó entonces, a su lado, al soldado a quien había confiado la defensa del coche; el pobre hombre estaba herido. Agobiado por el número, había tenido que ceder ante el rezagado que le había atacado, ayudado por muchos otros; pero, como el perro que hasta el último instante ha defendido la comida de su amo, había tomado parte en el saqueo y se había hecho un capote con una tela blanca. En aquel momento estaba ocupado en asar un trozo de carne de caballo y el comandante pudo ver, en su cara, la alegría producida por los preparativos del festín. El conde de Vandières, vuelto, desde hacía unos días, a la infancia, estaba también sentado en un cojín, al lado de su mujer y contemplándola con la mirada fija en las llamas cuyo color comenzaba a disipar su anonadamiento. No había experimentado la menor emoción por el peligro pasado por Felipe ni por la llegada de este, como tampoco por la lucha que se había entablado cuando su coche había sido pillado y saqueado. En el primer momento, Sucky cogió la mano de la joven condesa, para darle un testimonio de afecto y expresarle el dolor que sentía al verla reducida a la mayor miseria; pero quedó silencioso, cerca de ella, sentado sobre un montón de nieve que se iba licuando, y cedió a su vez al deseo de calentarse, olvidándose del peligro y de todo. Su rostro se contrajo, a pesar suyo, en una expresión de alegría casi estúpida y esperó, tranquilamente, a que el pedazo de carne de caballo que habían dado al soldado estuviera asada. El olor de aquella carne carbonizada excitaba su apetito y su hambre imponía silencio al corazón, a su valor y a su amor. Contempló, sin indignarse, los resultados del pillaje de su coche. Los hombres que rodeaban la hoguera se habían repartido los toldos, los cojines, las pellizas, los vestidos de hombre y de mujer, pertenecientes al conde, a la condesa y al comandante. Felipe se volvió para comprobar si todavía podía sacar algún partido de la caja. A la luz de las llamas pudo ver tirados por el suelo sin que nadie se preocupara en recogerlo, el oro, la vajilla de plata y los diamantes. Todos y cada uno de los individuos reunidos alrededor de aquella hoguera, guardaban un silencio que tenía algo de horrible, y no hacía nada que no juzgara necesario a su propio bienestar. Aquella miseria resultaba grotesca. Las caras, desfiguradas por el frío, estaban

recubiertas por una capa de barro sobre la cual las lágrimas trazaban, desde los ojos hasta la parte inferior de las mejillas, un surco que atestiguaba el espesor de aquella máscara. Las largas barbas daban a los soldados una apariencia más miserable de la que en realidad tenían. Unos iban envueltos en manteletas de mujer; otros, se tapaban con mantas de caballo, con telas recubiertas por una costra de lodo, con harapos que la escarcha no dejaba ver; algunos calzaban un pie en una bota y otro en una zapato; en fin, no había nadie cuyo vestido no presentase una risible singularidad. En presencia de cosas exteriormente divertidas, aquellos hombres permanecían tristes y pensativos. El silencio no era interrumpido más que por el crepitar de la madera, de las llamas, por el lejano murmullo del campamento y por los sablazos que los más hambrientos daban al cadáver de la pobre *Gacela* para arrancar de él los mejores pedazos. Algunos desdichados, más cansados que los demás, dormían, y si uno de ellos iba a parar, rodando, hasta la hoguera, nadie se preocupaba por él. Aquellos lógicos severos, pensaban que si no estaba muerto, las quemaduras se encargarían de advertirle que fuera a colocarse en un lugar menos incómodo. Si el desgraciado se despertaba en medio de la hoguera y allí moría, nadie le compadecía. Algunos soldados se miraban unos a otros, como para justificar su propia indiferencia por los demás. La misma condesa contempló, por dos veces, aquel espectáculo y siguió muda. En cuanto los distintos pedazos de carne que se habían colocado sobre las ascuas estuvieron asados, cada uno satisfizo su hambre, con una glotonería que, comparada con la de los animales, nos parece deprimente.

—Esta será la primera vez en que se habrán visto a treinta soldados de infantería sobre un caballo —exclamó el granadero que había tumbado al caballo.

Fue aquella la única broma que se pronunció, y que hacía honor al espíritu nacional.

Inmediatamente, la mayor parte de aquellos pobres soldados se arrebujaron en sus vestimentas, se tumbaron sobre unas planchas, sobre todo para preservarse del contacto de la nieve, y se durmieron, despreocupados del mañana. Cuando el comandante se sintió reanimado y hubo satisfecho su hambre, una invencible necesidad de dormir le cerró los párpados. Durante el breve tiempo que duró su combate contra el sueño, estuvo contemplando a aquella joven que, habiendo vuelto la cara hacia él fuego para dormir, dejaba ver sus ojos cerrados y una parte de la frente; estaba arropada en una pelliza forrada y con un amplio capote; descansaba su cabeza sobre una almohada manchada de sangre; su gorro de astracán sujeto por un pañuelo al mentón, le preservaba el rostro del frío en lo posible; tenía escondidos los pies debajo del capote. ¿Era la última de las cantineras? ¿Era esta una hermosa mujer, la gloria de un amante, la reina de los bailes de París? ¡Ay! Incluso la mirada del amigo más devoto y apasionado no encontraría nada de femenino en aquel amasijo de ropas y de harapos. El amor había sucumbido bajo el frío en el corazón de una mujer. A través del velo espeso que el más irresistible de los sueños extendía sobre los ojos del comandante, solo veía al marido y a la mujer como dos puntos. Las llamas de la

hoguera, aquellos cuerpos tendidos en el suelo, aquel frío espantoso que rugía a tres pasos de un calor fugitivo, todo era un sueño. Un pensamiento inoportuno aterroriza a Felipe:

—Si me duermo, vamos a morir todos. No quiero dormirme —se dijo.

Pero se durmió. Un clamor terrible y una explosión despertaron al señor de Sucy al cabo de una hora de sueño. El sentido del deber, el peligro que podía correr su amiga retumbaron fuertemente sobre su corazón. Lanzó un grito parecido a un rugido. El y su soldado eran los únicos que se habían despertado. Vieron un mar de fuego que destacaba ante ellos, en las sombras de la noche, una multitud de hombres, devorando vivacs y cabañas; oyeron gritos de desesperación, aullidos; vieron millares de figuras humanas desoladas y rostros furiosos. En medio de aquel infierno, una columna de soldados se abría paso hacia el puente, entre dos hileras de cadáveres.

—Es la retirada de nuestra retaguardia —exclamó el comandante—. No hay esperanza.

—He respetado tu coche, Felipe —dijo una voz amiga.

Al volverse, Sucy reconoció a la luz de las llamas al joven ayuda de campo.

—Todo está perdido —respondió el comandante—. Se han comido mi caballo... Por otra parte, ¿cómo podría hacer andar a este estúpido general y a su mujer?

—¡Coge un tizón, Felipe, y amenázalos!

—Amenazar a la condesa...

—Adiós —dijo el ayuda de campo—. Tengo el tiempo justo para cruzar este maldito río. En Francia, me espera una madre... ¡Qué noche! Esta multitud prefiere permanecer tumbada sobre la nieve, y la mayoría de estos desdichados se dejan abrasar antes que levantarse... ¡Son las cuatro, Felipe! Dentro de dos horas, los rusos empezarán a dar señales de vida. Te aseguro que una vez más verás el Beresina lleno de cadáveres. ¡Felipe, piensa en ti! No tienes caballo, no puedes llevarte a la condesa; de modo que vamos, vente conmigo —dijo cogiéndolo por el brazo.

—Amigo mío, ¡abandonar a Estefanía!...

El comandante cogió a la condesa, la sacudió con la rudeza de un hombre desesperado y la obligó a despertarse; ella le miró con un ojo fijo y muerto.

—Es preciso andar, Estefanía, de lo contrario, todos moriremos aquí.

Por toda respuesta, la condesa intentó dejarse caer nuevamente al suelo para seguir durmiendo. El ayuda de campo cogió un tizón y lo agitó ante la cara de Estefanía.

—¡Salvémosla aunque no quiera! —exclamó Felipe levantando a la condesa y llevándola al coche.

Regresó para implorar ayuda a su amigo. Entre los dos, cogieron al anciano general, sin saber exactamente si estaba vivo o muerto, y lo colocaron al lado de su esposa. El comandante hizo girar con el pie a cada uno de los hombres que seguían durmiendo en el suelo, les quitó lo que antes habían pillado, amontonó sobre los dos esposos todas las coberturas que pudo recoger y tiró en un rincón de su coche unos

restos de carne asada de su caballo.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —le preguntó el ayuda de campo.

—Arrastrarlo —le respondió el comandante.

—¡Estás loco!

—¡Es cierto! exclamó Felipe —cruzándose de brazos.

De repente, apareció como sobrecogido por un pensamiento desesperado.

—Tú —dijo cogiendo por el brazo útil a su soldado—, te la confío por una hora. Piensa en que debes morir antes de consentir que nadie, sea quien sea, se acerque a este coche.

El comandante recogió los diamantes de la condesa, los guardó en una mano, desenvainó con la otra el sable y se puso a golpear con él para despertar, entre los que dormían, a los que creía más intrépidos, consiguiendo espabilar al colosal granadero y a otros dos hombres, cuya graduación le fue imposible reconocer.

—¡Estamos fritos! —les dijo.

—Lo sé perfectamente —respondió el granadero— pero me da lo mismo.

—Pues bien, muerto por muerto ¿no vale más perder la vida por una mujer hermosa y arriesgarse para regresar a ver a Francia?

—Prefiero dormir —dijo un hombre, volviendo a tumbarse sobre la nieve—, y si vuelves a molestarme, comandante, te prometo que te meto un palmo de bayoneta en el vientre.

—¿De qué se trata, mi comandante? —prosiguió el granadero—. Este hombre está borracho. Es un parisién, a estos les gusta estar cómodos.

—Todo ésto será tuyo, bravo granadero; —exclamó el comandante, enseñándole un río de brillantes—, si me sigues y combates como un endemoniado. Los rusos se hallan a diez minutos de aquí; ellos tienen caballos; vamos a caer sobre la primera batería y a quitarles un par de jamelgos.

—Pero ¿y los centinelas, comandante?

—Uno de nosotros tres... —dijo al soldado.

Se interrumpió, mirando al ayuda de campo:

—¿Vendrás con nosotros, Hipólito?

Hipólito contestó con una inclinación de cabeza.

—Uno de nosotros —prosiguió el comandante—, se encargará del centinela. Por otra parte, es posible que estos rusos también duerman de vez en cuando, los malditos...

—¡Andando, comandante, eres un valiente! Pero ¿luego me meterás en tu cacharro? —dijo el granadero.

—Sí, si no dejas la piel allí arriba. Si yo cayera —dijo el comandante— ¿me prometéis tú, Hipólito, y tú, granadero, hacer todo lo posible para salvar a la condesa?

—Prometido —dijo el granadero.

Se dirigieron hacia las líneas rusas, contra las baterías que tan cruelmente habían machacado a la masa de desgraciados que se apelotonaba en la orilla del río. Poco

después de su partida, el galope de dos caballos resonó sobre la nieve y la batería alertada lanzaba granadas que pasaban por encima de la cabeza de los que dormían; el galopar de los caballos era precipitado, se hubiese dicho que eran forjadores batiendo hierro. El generoso ayuda de campo había caído en la empresa... El atlético granadero estaba sano y salvo. Felipe, al querer defender a su amigo, había recibido un bayonetazo en la espalda; no obstante, se asía a la crin del caballo y se apretaba contra él con las piernas, de modo que el animal se encontraba preso como en un cepo.

—¡Dios sea alabado! —exclamó el comandante al encontrar a su soldado inmóvil y al coche en el sitio donde lo había dejado.

—Si es usted justo, mi comandante, hará que me concedan la Cruz. Hemos tocado alegremente el flautín y el tamboril, ¿no es así?

—‘¡Todavía no hemos hecho nada! Enganchemos los caballos. Ve a buscar cuerdas.

—Aquí no habrá bastantes.

—Pues bien, granadero, mételes mano a estos dormilones, quítales las bufandas, la ropa, lo que sea...

—Mire, este está muerto, ¡el muy tunante! —exclamó el granadero, despojando al primero a quien se dirigió—. ¡Ah!, vaya comedia, ¡todos están muertos!

—¿Todos?

—¡Sí, todos! Parece que el caballo es indigesto cuando se come en la nieve.

Aquellas palabras hicieron estremecer a Felipe. El frío había redoblado su intensidad.

—¡Dios!, ¡perder a una mujer a la que ya he salvado una veintena de veces!

El comandante sacudió a la condesa, gritando:

—¡Estefanía! ¡Estefanía!

La joven abrió los ojos.

—¡Señora, estamos salvados!

—¡Salvados! —repitió ella, volviendo a caer dormida.

Los caballos fueron enganchados de cualquier manera. El comandante, sosteniendo el sable con su mano útil, tenía las riendas cogidas con la otra, armado con sus pistolas, montó sobre uno de los caballos y el granadero sobre el otro. El veterano soldado, cuyos pies estaban helados, había sido metido atravesado en el coche, sobre el general y la condesa. Excitados a sablazos, los caballos arrastraron el carruaje con una especie de furia a través de la blancura, donde innumerables dificultades esperaban al comandante. Pronto le fue imposible seguir avanzando sin aplastar a algún hombre, mujeres e incluso niños dormidos, que se negaban a despertarse cuando el granadero lo intentaba. En vano el señor de Sucey buscó el camino que se había abierto la retaguardia por en medio de aquella masa de hombres; había quedado borrado como el paso de un navío por el mar; solo podían marchar al paso, a menudo detenidos por soldados que les amenazaban con matar los caballos.

—¿Quieres llegar? —le preguntó el granadero.

—¡Al precio de toda mi sangre! ¡Al precio del mundo entero! —le respondió el comandante.

—¡Pues andando!... No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos.

Y el granadero de la guardia lanzó los caballos contra los hombres, ensangrentó las ruedas, tiró por los suelos los vivacs, trazando un doble surco de cadáveres por aquel campo de cabezas. Pero hagámosles la justicia de decir que ni un solo momento dejó de gritar con voz estentórea:

—¡Paso, carroña!

—¡Desgraciados! —exclamó el comandante.

—¡Bah! Esto o el frío, esto o el cañón —dijo el granadero animando a los caballos y pinchándolos con la punta de su bayoneta.

Una catástrofe, que tarde o temprano tenía que sucederles, y que un fabuloso azar les había preservado de ella hasta aquel momento, vino, repentinamente, a detenerles en su carrera. El coche volcó.

—Ya me lo esperaba —dijo el imperturbable granadero—. El camarada está muerto.

—¡Pobre Laurent! —dijo el comandante.

—¿Laurent? No será el Laurent del 5.º de coraceros.

—Sí, él es.

—Es mi primo... ¡Bah!, esta perra vida no es lo bastante amable para que uno se entristezca por abandonarla, con el tiempo que hace.

El coche no podía ser levantado y los caballos no podían ser desenganchados más que con una inmensa pérdida de tiempo, irreparable. El choque había sido tan violento, que la joven condesa, despertada y sacada de su letargo por la conmoción, se quitó las mantas que tenía encima y se levantó.

—Felipe ¿dónde estamos? —exclamó con voz dulce, mirando a su alrededor.

—A quinientos pasos del puente. Vamos a pasar el Beresina. Cuando lleguemos al otro lado del río, Estefanía, dejaré de atormentarte, te dejaré dormir; allí estaremos seguros; podremos llegar tranquilamente a Vilna. ¡Dios quiera que jamás llegues a saber lo que ha costado tu vida!

—¿Estás herido?

—No es nada.

Había llegado la hora de la catástrofe. El cañón de los rusos anunció el amanecer. Dueños de Studzianka, fulminaron toda la llanura; y, con las primeras luces del día, el comandante observó el movimiento de sus columnas y su formación en las alturas. Un grito de alarma se levantó de la multitud, que en un momento se puso en pie. Cada uno comprendió, instintivamente, el peligro que corría, y todos se dirigieron hacia el puente con un movimiento parecido al de la marea. Los rusos descendían con la rapidez del incendio. Hombres, mujeres, niños, caballos, todo se puso en marcha en dirección al puente. Por suerte, el comandante y la condesa se hallaban todavía

lejos de la orilla. El general Eblé acababa de prender fuego a los caballetes del otro lado. A pesar de las advertencias dadas a los que invadían aquella tabla de salvación, nadie quiso retroceder. No solamente el puente se hundió cargado de personas, sino que la impetuosidad de la riada de hombres lanzados contra aquella fatal corriente fue tan furiosa, que una masa humana se precipitó en las aguas como una cascada. No se oyó ni un solo grito, sino como el sordo ruido de una enorme piedra cuando cae en el agua; después el Beresina quedó cubierto de cadáveres. El movimiento retrógrado de los que retrocedían hacia el llano para escapar a esta muerte fue tan violento que un gran número de personas perecieron asfixiadas. El conde y la condesa de Vandières debieron su vida al coche. Los caballos, después de haber destrozado, aplastado, una masa de moribundos, murieron destrozados, aplastados, por una tromba humana que se lanzó contra la orilla. El comandante y el granadero hallaron su salvación en su fuerza. Mataron para no morir. Aquel huracán de rostros humanos, aquel flujo y reflujos de cuerpos animados por un mismo movimiento tuvo por resultado el dejar, durante unos momentos, desierta la orilla del Beresina. La multitud había sido rechazada hacia la llanura. Si algunos hombres se lanzaron al río desde lo alto del puente, fue menos con la esperanza de alcanzar la otra orilla, que para ellos significaba Francia, que para evitar los desiertos de Siberia. La desesperación fue la salida para algunos hombres decididos. Un oficial fue saltando de témpano en témpano, hasta la otra orilla; un soldado pudo arrastrarse milagrosamente por encima de un montón de cadáveres y de témpanos. Aquella inmensa población, terminó por comprender que los rusos no matarían a veinte mil hombres sin armas, embrutecidos, estúpidos, incapaces de defenderse, y que cada uno de ellos esperaba su suerte con horrible resignación. Entonces, el comandante, el granadero, el anciano general y su esposa quedaron solos, a pocos pasos del lugar donde había estado el puente. Allí estaban los cuatro, de pie, los ojos secos, silenciosos, rodeados por una masa de muertos. Algunos soldados que aún podían valerse, algunos oficiales a los cuales la circunstancia había vuelto toda su energía, se hallaban también con ellos. Aquel grupo, bastante numeroso, se componía, aproximadamente, de unos cincuenta hombres. El comandante distinguió, a doscientos pasos de allí, los restos del puente hecho con vehículos y que se había hundido la víspera.

—¡Construyamos una balsa! —exclamó.

Apenas había acabado de pronunciar aquella palabra, cuando el grupo entero corrió hacia aquellos restos. Una multitud de hombres se puso a recoger ganchos de hierro, a buscar tablas de madera, cuerdas, en fin, todos los materiales necesarios para la construcción de una balsa, una veintena de oficiales y soldados armados formaron una guardia mandada por el comandante, para proteger a los trabajadores de los ataques desesperados que podía intentar la multitud al adivinar su propósito. El sentimiento de libertad que anima a todo prisionero y le inspira verdaderos milagros, no tiene punto de comparación con el que animaba en estos momentos a aquellos desdichados franceses.

—¡Vienen los rusos! ¡Vienen los rusos! —gritaban a los trabajadores los que les estaban defendiendo.

Y las maderas chirriaban, la tabla crecía en anchura, en altura, en grosor. Generales, coroneles, soldados, todos se encorvaban bajo el peso de las ruedas, de los hierros, de las cuerdas, de las tablas; era una imagen, hecha realidad, de lo que debió ser la construcción del Arca de Noé. La joven condesa, sentada al lado de su marido, contemplaba este espectáculo lamentando no poder contribuir con nada a aquel trabajo; no obstante ayudó a hacer los nudos para asegurar el cordaje. Finalmente, la balsa quedó terminada. Cuarenta hombres la lanzaron en las aguas del río, mientras diez soldados sostenían las cuerdas que servían para mantenerla amarrada al ribazo. En cuanto los constructores vieron su embarcación flotando en el Beresina se lanzaron encima de ella con horrible egoísmo. El comandante, temiendo el furor de aquel primer impulso, tenía cogidos a Estefanía y al general por la mano; pero se puso a temblar cuando vio la embarcación negra de gente y a los hombres apretujados sobre ella como los espectadores en el gallinero de un teatro.

—¡Salvajes! —les gritó—, fui yo quien os ha dado la idea de construir esta balsa; yo soy vuestro salvador, y me negáis un sitio.

Un rumor confuso fue la respuesta. Los hombres subidos a bordo de la balsa, armados de pértigas que apoyaban en el ribazo, impulsaban con violencia aquellas planchas de madera, para hacerle pasar por entre los témpanos y los cadáveres.

—¡Rayo de Dios! Os echo a todos al agua si no admitís a bordo al comandante y a sus dos compañeros —exclamó el granadero, que desenvainando el sable, impidió la partida e hizo apretujarse todavía más a los ocupantes de la balsa, lanzando horribles juramentos.

—¡Estoy a punto de caerme!... ¡Me caigo! —gritaban sus compañeros—. ¡Partamos! ¡Adelante!

El comandante miraba con ojos secos a su amante, que alzaba, sus ojos al cielo por un sentimiento de sublime resignación.

—¡Morir a tu lado! —dijo ella.

Había algo de cómico en la situación de los que estaban sobre la balsa. Aunque todos lanzaban aullidos espantosos, ninguno se atrevía a resistirse al granadero; ya que estaban tan apretados uno contra el otro, que bastaba un empujón dado a uno solo de aquellos hombres, para que todos cayeran al agua. Considerando aquel peligro, un capitán intentó desembarazarse del soldado, que, viendo el movimiento hostil del oficial, le cogió y le precipitó en el agua, diciéndole:

—¡Al agua patos! ¿Quieres agua? ¡Pues a beber!... Ahora hay dos plazas más —gritó—. Vamos, comandante, pásenos a esta mujercita, y venga usted también. ¡Abandone al viejo carcamal, que mañana estará tieso!

—¡Dense prisa! —gritó una voz compuesta por cien voces.

—¡Vamos, comandante! Que estos están impacientes, y ahora tienen razón.

El conde de Vandières se despojó de sus abrigo y mostró a todos en su uniforme

de general.

—Salvemos al conde —exclamó Felipe.

Estefanía estrechó la mano de su amigo, y se lanzó sobre él, abrazándole en apasionado abrazo.

—¡Adiós! —le dijo.

Se habían comprendido. El conde de Vandières había recobrado su vigor y presencia de espíritu para saltar en la embarcación, en la que Estefanía le siguió, después de haber lanzado una última mirada a Felipe.

—Comandante ¿quiere usted mi plaza? Me río de la vida —exclamó el granadero—, no tengo ni mujer, ni hijos, ni madre...

—Te los confío —le gritó el comandante señalando al conde y a la esposa de este.

—Esté usted tranquilo, cuidaré de ellos como de mis propios ojos.

La balsa fue lanzada con tanta violencia hacia la orilla opuesta a la que Felipe seguía de pie, inmóvil, que, al tocar tierra, quedó destrozada. El conde, que estaba en uno de los bordes, cayó al agua. En el momento en que caía, un témpano le seccionó la cabeza y la lanzó a lo lejos, como una granada de cañón.

—¡Eh!, comandante —gritó el granadero.

—¡Adiós! —gritó una voz de mujer.

Felipe de Sucey cayó helado de horror, agobiado por el frío, por el dolor y por la fatiga.

—Mi pobre sobrina se volvió loca —añadió el médico después de un momento de silencio—. ¡Ah!, señor —prosiguió cogiendo una mano del señor D'Albon—, ¡cuán espantosa ha sido la vida de esta mujercita, tan joven, tan delicada! Después de haber sido, por una mala suerte inaudita, separada de aquel granadero de la guardia, apellidado Fleuriot, siguió al ejército, víctima de una pandilla de miserables. Andaba, según me han contado, con los pies descalzos, sin vestidos, pasando meses enteros sin recibir cuidado alguno, sin alimentos, unas temporadas encerrada en un hospital, otras perseguida como un animal salvaje. Únicamente Dios conoce las desdichas a las que ha sobrevivido esta infeliz mujer. Estaba en una pequeña ciudad de Alemania, encerrada con los locos, mientras sus parientes, creyéndola muerta, se repartían aquí su herencia. En 1816 el granadero Fleuriot la reconoció en una posada de Strasbourg, a donde acababa de llegar después de evadirse de su prisión. Unos campesinos contaron al granadero que la condesa había pasado un mes entero en el bosque y que había intentando capturarla, sin conseguirlo. Yo me hallaba entonces, a pocas leguas de Strasbourg. Cuando oí hablar de una mujer salvaje, sentí deseos de comprobar aquellos hechos extraordinarios, que daban materia para ridículas fábulas. ¿Qué me ocurrió cuando reconocí a la condesa? Fleuriot me contó todo cuanto sabía de aquella deplorable historia. Llevé a este pobre hombre, junto con mi sobrina, a Auvernia, donde tuve la desgracia de perderle. Tenía un algo de autoridad sobre la señora de Vandières. Solo él fue capaz de conseguir que se vistiera. ¡Adiós!, esta palabra, que, para ella, constituye todo su idioma, antes la pronunciaba raramente. Fleuriot había

intentado despertar en ella algunos sentimientos; pero fracasó y lo único que ganó, fue el hacer que pronunciara un poco más a menudo esta triste palabra. El granadero sabía distraerla, ocupándose en jugar con ella, y, por él, esperaba; pero...

El tío de Estefanía se calló durante unos momentos.

—Aquí —prosiguió— ha encontrado a otra criatura con la que parece entenderse. Es una campesina idiota, que, a pesar de su fealdad y de su estupidez, ha tenido amores con un albañil. Dicho albañil quería casarse con ella, porque posee algunos terrenos. La pobre Genoveva fue, durante un año, el ser más feliz que hubo en el mundo. Se engalanaba, y los domingos iba a bailar con Dallot; comprendía el amor; en su corazón o en su alma, había sitio para un sentimiento. Pero Dallot empezó a reflexionar. Encontró a otra muchacha que, además de estar en su sano juicio, poseía más propiedades que Genoveva. En consecuencia, Dallot dejó plantada a esta. La pobre muchacha perdió la poca inteligencia que el amor había hecho nacer en ella, y ahora no sabe hacer otra cosa que guardar vacas y recoger un poco de hierba. Mi sobrina y esta muchacha están, en cierto modo, unidas por la cadena invisible de su común destino y por el sentimiento que fue causa de su locura. ¡Mire, vea! —dijo el tío de Estefanía conduciendo al marqués D'Albon a la ventana.

El magistrado percibió, en efecto, a la hermosa condesa sentada en el suelo entre las piernas de Genoveva. La aldeana, armada con un enorme peine de hueso, ponía su máxima atención en cuidar la larga cabellera negra de Estefanía, que la dejaba hacer, lanzando gritos ahogados cuyo acento revelaba un placer instintivamente sentido. El señor D'Albon se estremeció al comprobar el abandono del cuerpo, y la indiferencia animal que demostraba la total ausencia de alma de la condesa.

—¡Felipe! ¡Felipe! —exclamó—, las calamidades pasadas, no son nada. Entonces ¿no hay ninguna esperanza? —preguntó.

El anciano médico alzó los ojos al cielo.

—Adiós, señor —dijo D'Albon, estrechando la mano del anciano—. Mi amigo me está esperando; no tardará usted en verle.

—¿Entonces es ella? —exclamó Sucky en cuanto hubo escuchado las primeras palabras del marqués D'Albon—. ¡Ah!, todavía estaba dudando —añadió dejando que de sus ojos negros salieran algunas lágrimas.

—Sí, es la condesa de Vandières —respondió el magistrado.

El coronel se levantó bruscamente y empezó a vestirse.

—¿Qué te sucede, Felipe? —dijo el magistrado, atónito—, ¿es que tú también te has vuelto loco?

—Pero yo ya no sufro —respondió el coronel, con sencillez—. Lo que me has contado ha calmado todo mi dolor, ¿qué mal podría yo experimentar, cuando estoy pensando en Estefanía? Voy a la abadía a verla, a hablarle, a curarla. Ahora es libre: pues bien, la felicidad nos sonreirá o es que no hay Providencia. ¿Es que crees que esta pobre mujer podrá escucharme sin recobrar la razón?

—Ya te ha visto una vez y no te ha reconocido —replicó suavemente el

magistrado el cual, dándose cuenta de la esperanza exaltada de su amigo, intentaba inspirarle alguna duda saludable.

El coronel se estremeció; pero luego se sonrió, dejando escapar un ligero gesto de incredulidad. Nadie se atrevió a ponerse al designio del coronel. Al cabo de pocas horas se hallaba instalado en el viejo priorato junto con el anciano médico, y la condesa de Vandières.

—¿Dónde está? —preguntó al llegar.

—¡Chist! —le respondió el señor Fanjat, tío de Estefanía—. Está durmiendo. Mire, allí está.

Felipe vio a la pobre loca acurrucada sobre un banco, al sol. Su cabeza estaba protegida contra los ardores del aire por un bosque de cabellos que le caían sobre la cara; sus brazos pendían con gracia hasta el suelo; su cuerpo yacía elegantemente, como el de una cierva: sus pies estaban recogidos debajo del cuerpo, sin que la posición le resultara violenta; su seno se agitaba a intervalos regulares; su piel, su tez, tenía aquella blancura de porcelana que tanto nos hace admirar las caritas de los niños. Inmóvil a su lado, Genoveva sostenía en la mano una rama que seguramente Estefanía había arrancado de lo alto de la copa de un álamo, y la idiota agitaba suavemente aquellas hojas sobre su dormida compañera para espantar a las moscas y refrescar la atmósfera. La campesina miró al señor Fanjat y al coronel; después, como un animal que reconoce a su dueño, volvió lentamente la cabeza hacia la condesa, y continuó velándola, sin haber dado el menor signo de estupefacción o de inteligencia. El aire quemaba. El banco de piedra parecía brillar, el prado lanzaba hacia el cielo aquellos duendes vaporosos que dan vueltas y flamean sobre las hierbas como un polvo de oro; pero Genoveva parecía no notar aquel calor abrasador. El coronel estrechó violentamente las manos del doctor entre las suyas. Las lágrimas escapadas de los ojos del militar resbalaron a lo largo de sus varoniles mejillas y cayeron sobre el césped, a los pies de Estefanía.

—Señor —dijo el tío—, son ya dos años que mi corazón se destroza cada día. Pronto le sucederá a usted lo mismo que a mí. Si deja de llorar, no por ésto dejará de experimentar la misma pena.

—¡Usted la ha cuidado! —dijo el coronel, cuyos ojos expresaron tanto agradecimiento como envidia.

Aquellos dos hombres se entendían; y de nuevo, se estrecharon las manos, quedaron inmóviles, contemplando la admirable calma que el sueño expandía sobre aquella encantadora criatura. De vez en cuando, Estefanía lanzaba un suspiro, y aquel suspiro, que tenía todas las apariencias de la sensibilidad, hacía estremecer al infortunado coronel.

—¡Ay! —le dijo suavemente el señor Fanjat—, no se engañe usted, en estos momentos la veis en pleno uso de su razón.

Los que han pasado con delicia horas enteras ocupados en ver dormir a la persona amada, cuyos ojos le sonreirán al despertar, sin duda comprenderán el sentimiento

dulce y terrible que agitaba al coronel. Para él, aquel sueño era una ilusión; el despertar debía ser una muerte, la más horrible de todas las muertes. De súbito, un cervatillo llegó, en tres saltos, hasta junto al banco, olfateó a Estefanía, y aquel ruido la despertó; se puso ágilmente en pie, sin que aquel movimiento espantase al animal; pero cuando vio a Felipe, echó a correr, seguida de su cuadrúpedo compañero, hasta un grupo de árboles; después, lanzó al aire aquel chillido de pájaro asustado que ya había oído el coronel junto a la verja cuando el señor D'Albon vio por primera vez a la condesa. Finalmente, se subió a un pequeño ébano, y se puso a mirar al *extraño* con la misma atención que pudiera hacerlo el más curioso de los ruiseñores del bosque.

—¡Adiós!, ¡adiós!, ¡adiós! —repetía sin que el alma comunicase una sola inflexión sensible a esta palabra.

Era la impasibilidad del pájaro silbando su tonada.

—¡No me ha reconocido! —exclamó el coronel, desesperado—. Estefanía, soy Felipe, tu Felipe... ¡Felipe!

Y el pobre militar avanzó en dirección al ébano; pero cuando se halló a tres pasos del árbol, la condesa le miró, como para ponerle en guardia, aunque en su mirada no existía ninguna expresión, de temor; después, de un solo salto, bajó del ébano, y se subió a una acacia, y de allí, saltó a un abeto del norte, desde donde fue saltando, de rama en rama, con inaudita agilidad.

—Deje de perseguirla —le dijo el señor Fanjat al coronel—. Pondría entre usted y ella una aversión que podría devenir irremontable; le ayudaré a que le reconozca y a tranquilizarla. Venga a aquel banco. Si deja de prestar atención a esta pobre loca, no tardará en acercarse a usted para examinarle.

—¡Ella! ¡No reconocerme y huyendo! —repetía el coronel, sentándose de espaldas contra un árbol cuyo follaje sombreaba un banco rústico.

Y su cabeza se inclinó sobre el pecho. El doctor guardó silencio. Pronto la condesa descendió de lo alto de su abeto, agitándose y moviéndose como un fuego fatuo, dejándose llevar, en ocasiones, por las ondulaciones que el viento imprimía a los árboles. Se detenía en cada rama para contemplar al extranjero; pero, al verle inmóvil, terminó por saltar sobre la hierba y fue acercándosele, con paso lento, a través del prado. Cuando se halló al pie de un árbol que crecía a unos diez pies del banco, el señor Fanjat dijo, en voz baja, al coronel:

—Coja disimuladamente de mi bolsillo unos terrones de azúcar y enséñelos; al verlos, vendrá; yo renunciaré, en favor de usted, al placer de darle unas golosinas. Con ayuda del azúcar, que le gusta con pasión, podrá acostumbrarla a que se acerque a usted y a que le reconozca.

—Cuando era una mujer —dijo tristemente Felipe— no sentía ningún interés por los dulces y caramelos.

Cuando el coronel mostró a Estefanía el terrón de azúcar que sostenía el pulgar y el índice de la mano derecha, lanzó ella de nuevo su grito salvaje y echó a correr

hacia Felipe; después, se detuvo, combatiendo el miedo instintivo que le inspiraba; miraba al azúcar y volvía la cabeza, alternativamente, como aquellos infortunados perros a quienes sus dueños prohíben tocar nada de comida antes de pronunciar la última letra del abecedario, que le recitan lentamente. En fin, la pasión bestial triunfó sobre el miedo: Estefanía se precipitó sobre Felipe, avanzó tímidamente su linda mano morena para coger su presa, rozó los dedos de su amante, cogió el terrón de azúcar y desapareció corriendo en el bosque. Aquella terrible escena acabó de anonadar al coronel, que se puso a llorar, corriendo a refugiarse en el salón.

—¿Es que el amor tiene menos coraje que la amistad? —le dijo el señor Fanjat—. Tengo esperanza, señor barón.

Mi pobre sobrina se hallaba en un estado más deplorable aún, cuando la encontré.

—¿Es esto posible? —exclamó Felipe.

—Sí, iba desnuda —prosiguió el médico.

El coronel hizo un gesto de horror y empalideció; el doctor creyó ver en aquella palidez algunos síntomas significativos, le tomó el pulso, y comprobó que se hallaba presa de una violenta fiebre; a fuerza de insistir, consiguió hacer que se metiera en la cama y le preparó una ligera dosis de opio para proporcionarle un tranquilo sueño.

Pasaron, aproximadamente, unos ocho días, durante los cuales el barón de Sucy fue a menudo presa de mortales angustias; así, pronto sus ojos no tuvieron lágrimas para llorar. Su corazón, a menudo desgarrado, no podía acostumbrarse al espectáculo que le ofrecía la locura de la condesa; pero se fue acostumbrando, por decirlo así, a aquella cruel situación, encontrando paliativos a su dolor. Su heroísmo no conoció límites. Tuvo el valor de domesticar a Estefanía, dándole golosinas; puso tanto esmero en llevarle este alimento, supo tan bien moderar aquellas modestas conquistas que quería hacer sobre el instinto de su amante, aquel su resto de inteligencia, que llegó a hacerla más *enajenada* de lo que había sido jamás. El coronel bajaba todos los días al parque; y si al cabo de un rato de haber estado buscando a la condesa le era imposible adivinar en qué árbol se había subido, en qué rincón se había metido para jugar con los pájaros, en qué techo se había encaramado, silbaba la célebre tonada de *Partiendo para Siria*, evocadora de una escena de sus amores. Inmediatamente la condesa acudía con la ligereza de un cervatillo. Se había acostumbrado de tal modo a ver al coronel, que ya no la espantaba su presencia. No pasó mucho tiempo sin que se acostumbrara a sentarse cerca de él y a rodearle con su brazo delgado y ágil. En aquella actitud, tan querida para unos amantes, Felipe iba entregando, poco a poco, golosinas a la condesa. Cuando se las había comido todas, Estefanía solía registrar los bolsillos de su amigo, con gestos que poseían la agilidad mecánica de los movimientos del simio. Cuando estaba bien segura de que ya no quedaba nada, miraba a Felipe con mirada clara, sin ideas, sin reconocimiento; entonces, se ponía a jugar con él; intentaba sacarle las botas para verle los pies, le quitaba los guantes, se ponía su sombrero; pero le dejaba pasar la mano por su cabellera, le permitía abrazarla, y recibía, sin placer evidente, sus ardientes besos; por último, le miraba

silenciosamente cuando él vertía lágrimas; comprendía perfectamente el *Partiendo para Siria*; pero le fue imposible hacerle pronunciar la palabra *Estefanía*. Felipe se sentía alentado, en su horrible empresa, por la esperanza, que no le abandonaba jamás. Si, en una hermosa mañana de otoño, veía a la condesa apaciblemente sentada en un banco, bajo un álamo de hojas amarillentas, el pobre enamorado se sentaba a sus pies y la miraba a los ojos todo el tiempo que ella le permitía contemplarla, esperando que la luz que emanaba de ellos la hiciera inteligente; a veces, se hacía esta, ilusión, creía haber visto en sus ojos aquellos rayos duros e inmóviles, vibrando de nuevo, suavizados, vividos, y exclamaba:

—¡Estefanía! ¡Estefanía! ¡Tú me entiendes, tú me ves!

Pero ella oía el sonido de aquella voz como si oyera un ruido, como el rumor del viento que agita las hojas de los árboles, como el mugido de la vaca sobre la cual se montaba; y el coronel se retorció las manos de desesperación, desesperación constantemente renovada. El tiempo pasado en aquellas vanas pruebas no hacía otra cosa que aumentar su dolor. Una tarde, bajo un cielo suave, en medio de la paz y del silencio de aquel asilo campestre, el señor Fanjat pudo ver, de lejos, como el barón cargaba una pistola. El anciano médico comprendió que Felipe había abandonado toda esperanza; sintió que la sangre afluía a su corazón, y si pudo resistir el vértigo que se apoderaba de él era porque prefería ver a su sobrina viva y loca, que muerta. Corrió hacia él.

—¿Qué hace usted? —le preguntó.

—Esta es para mí —respondió el coronel, mostrando sobre un banco una pistola cargada— y esta es para ella —añadió terminando de meter una bala en el arma.

La condesa estaba en el suelo y jugaba con las balas.

—Entonces ¿no sabe usted —prosiguió el médico con serenidad y disimulando su terror— que esta noche, mientras dormía, ha pronunciado la palabra *Felipe*?

—¡Ha pronunciado mi nombre! —exclamó el barón, dejando caer la pistola, que Estefanía recogió; pero él se la arrancó de las manos, recogió la que había sobre el banco y se alejó de allí.

—¡Pobre pequeña! —exclamó el médico, feliz por el éxito de su superchería.

Apretó a la loca contra su pecho y dijo, a continuación:

—¡Te habría matado, el muy egoísta! Quiere matarte, porque está sufriendo. No sabe lo que es amarte por ti misma, hija mía. Pero le perdonamos, ¿no es así? El es un insensato, y tú no eres más que una pobre loca. ¡Vamos! Solo Dios tiene derecho a llamarte junto a El. No debemos creerte desdichada por el solo hecho de que tú no participes de nuestras miserias, ¡estúpidos que somos...! Pero —prosiguió, sentándola sobre sus rodillas—, tú eres feliz, nada te preocupa; vives como un pájaro, como los gamos...

Ella se lanzó sobre una joven garza que saltaba a pocos pasos de donde estaban, la cogió lanzando un chillido de alegría, la ahogó, la miró ya muerta y la dejó al pie de un árbol, sin pensar más en ello.

Al día siguiente, en cuanto se hizo de día, el coronel bajó al jardín, buscó a Estefanía, creyendo en la felicidad; al no encontrarla, silbó. Cuando su amante llegó, la tomó por el brazo; y, caminando juntos por primera vez llegaron hasta un grupo de árboles marchitos, cuyas hojas iban cayendo por influjo de la brisa matinal. El coronel se sentó y Estefanía se posó, por su propio impulso, a su lado. Felipe temblaba de felicidad.

—Amor mío —le dijo besando con ardor las manos de la condesa—, yo soy Felipe...

Ella le miró con curiosidad.

—Ven —añadió apretándola contra sí—. ¿Sientes latir mi corazón? Únicamente ha latido para ti. Te sigo amando como siempre te he amado. Felipe no ha muerto, está aquí, junto a ti. ¡Tú eres mi Estefanía, yo soy tu Felipe!

—Adiós —dijo ella—, adiós.

El coronel se estremeció, pues creyó percibir que su excitación se comunicaba a su amante. Aquel grito desgarrador, excitado por la esperanza, aquel último esfuerzo de un amor eterno, de una pasión delirante, estaba despertando la razón de su amiga.

—¡Ah, Estefanía, aún podemos ser felices!

Ella dejó escapar un chillido de satisfacción, y sus ojos mostraron un vago rayo de inteligencia.

—Me reconoces... ¡Estefanía...!

El coronel sintió que su corazón se dilataba y sus párpados se humedecieron. Pero de repente, vio a la condesa que le enseñaba un terrón de azúcar que había encontrado en sus bolsillos, al registrárselos mientras hablaban. Había tomado por un pensamiento humano lo que no era más que una astucia de simio... Felipe perdió el conocimiento. El señor Fanjat encontró a la condesa sentada sobre el cuerpo del coronel. Estaba mordiendo el terrón de azúcar con una zalamería que habrían sido admiradas si cuando estaba en el uso de su razón, hubiese querido imitar, por broma, a su perrita o a su gata.

—¡Ah! amigo mío —dijo Felipe recobrando el sentido—, cada día, cada instante, me siento morir. ¡Amo demasiado! Todo lo soportaría, todo, si aun dentro de su locura hubiese conservado algo del carácter femenino. Pero el verla siempre como una bestia salvaje, desprovista incluso de pudor; verla...

—Lo que usted quiere es una loca de ópera —dijo agriamente el doctor—, y se ve que todo el amor que dice sentir, se halla sujeto a prejuicios. Mire, señor, yo he renunciado, en favor de usted, al triste placer de dar de comer a mi sobrina, le he permitido a usted jugar con ella, solo me he reservado las más pesadas cargas... Mientras usted duerme, yo velo a su lado, yo... Vamos, señor, déjela. Abandone este refugio. Yo sé cómo vivir con esta querida criatura; yo comprendo su locura, vigilo sus gestos, conozco sus secretos. Un día me dará usted las gracias por este consejo.

El coronel abandonó los Buenos Hombres, para no regresar más que una vez. El doctor quedó horrorizado por el efecto que había producido en su huésped, ya que

empezaba a amarle igual que a su sobrina. Si de los dos amantes había uno que fuese digno de lástima, este era, sin duda, Felipe: ¿no soportaba él solo el peso de un espantoso dolor? El médico pidió informes sobre el coronel, enterándose de que se había retirado a una propiedad que tenía en los alrededores de Saint-Germain. El barón había, como en un sueño, concebido el proyecto de devolver la razón a la condesa. A escondidas del doctor, empleó el resto del otoño en preparar aquella ardua empresa. Un pequeño río corría por su parque, en el que inundaba, en invierno, un pequeño pantano que recordaba el que se extendía a lo largo de la orilla derecha del Beresina. La aldea de Satout, situada en lo alto de una colina, acababa de encuadrar aquella escena de horror, del mismo modo que Studzianka envolvía la llanura del Beresina. El coronel contrató obreros para que construyeran un canal que representase el devorador río en el que se habían perdido los tesoros de Francia, Napoleón y todo el ejército. Ayudado por sus recuerdos, Felipe consiguió reproducir, en su parque, la orilla en la cual el general Eblé había construido los puentes. Plantó caballetes y los quemó, de manera que simulasen los tizones apagados o medio consumidos que, a cada una de las orillas del río, habían demostrado a los rezagados que la ruta de Francia estaba cortada. El coronel hizo traer restos parecidos a los que habían servido a sus compañeros de infortunio para construir su embarcación. Taló su parque para completar la ilusión en la cual fundaba su última esperanza. Encargó la compra de uniformes y de ropa vieja para vestir con ellos a unos centenares de campesinos. Construyó cabañas, vivacs y baterías, que incendió. Por último, no olvidó nada de lo que podía reproducir la más horrible de las escenas, y esperó el momento. Hacia los primeros días del mes de diciembre, cuando la nieve cubrió la tierra de un espeso manto blanco, creyó hallarse de nuevo ante el Beresina. Esta falsa Rusia tenía tal aspecto de autenticidad, que varios de sus antiguos compañeros de armas reconocieron en ella la escena de sus pasadas miserias. El señor de Sucy guardó el secreto de aquella trágica representación, de la cual, en esta época, todavía en algunos círculos se habla de ella como de una verdadera locura.

A principios del mes de enero de 1820, el coronel subió a un coche parecido al que había conducido al señor y a la señora de Vandières desde Moscú a Studzianka y se dirigió al bosque de la Isle-Adam. Era tirado por caballos también parecidos a los que había ido a buscar, con peligro de su propia vida, en las líneas rusas. Llevaba el mismo uniforme y las deterioradas vestiduras que vistió aquel 29 de noviembre de 1812. Se había, incluso, dejado crecer la barba y los cabellos para que nada faltara a aquella espantosa realidad.

—He adivinado su propósito —dijo el señor Fanjat al ver al coronel descender de su vehículo—. Si desea que su proyecto tenga éxito, procure que ella no le vea. Esta noche le haré tomar a mi sobrina un poco de opio. Durante su sueño, la vestiremos como iba vestida en Studzianka, y la meteremos en este coche. Yo les seguiré en una berlina.

A las dos de la madrugada, la joven condesa fue colocada dentro del coche, sobre

el asiento, envuelta en una grosera manta. Unos aldeanos iluminaban aquel extraño raptó. De repente, un penetrante grito resonó en el silencio de la noche. Felipe y el doctor se volvieron y vieron que Genoveva salía medio desnuda de la habitación en la que dormía.

—¡Adiós! ¡Adiós! ¡Ya todo ha terminado! ¡Adiós! —gritaba llorando y vertiendo abundantes lágrimas.

—¿Qué te pasa, Genoveva? —le preguntó el doctor Fanjat.

Genoveva sacudió la cabeza con un movimiento de desesperación, levantó los brazos hacia el cielo, miró el coche, lanzó un prolongado gruñido, mostró visibles signos de un profundo terror y regresó a la casa, en silencio.

—Esto es de buen augurio —exclamó el coronel—. Esta muchacha lamenta el quedarse sin compañera. Quizá vea que Estefanía va a recobrar la razón.

—Dios quiera que sea así —respondió el doctor Fanjat, que pareció afectado por aquel incidente.

Desde que se había preocupado por las cosas referentes a la locura, había encontrado varios ejemplos del espíritu profético y del don de segunda vista del que han dado repetidas pruebas los alienados, y que se pueden ver, al decir de numerosos viajeros, también en los salvajes.

Tal como lo había calculado el coronel, Estefanía atravesó la falsa llanura del Beresina aproximadamente a las nueve de la mañana, siendo despertada por un cohete disparado a un centenar de pasos del sitio en el que tenía lugar la escena. Era una señal. Un millar de campesinos dejaron oír un espantoso clamor, parecido a los hurras de desesperación que llegaron a espantar a los rusos, cuando veinte mil rezagados se vieron entregados, por su propia culpa, a la muerte o a la esclavitud. Ante aquel aullido, ante aquel cañonazo, la condesa saltó fuera del coche, corrió con una delirante angustia sobre la nieve, vio los vivacs quemados y la balsa fatal que nadaba por las aguas de aquel helado Beresina. El comandante Felipe estaba allí, blandiendo su sable contra la multitud. La señora de Vandières lanzó un grito que heló todos los corazones, y se colocó delante del coronel, que estaba temblando. Se concentró, mirando, primero, aquel extraño cuadro. Durante un instante, con la rapidez del rayo, sus ojos mostraron la lucidez desprovista de inteligencia que admiramos en los brillantes ojos de los pájaros; después, se pasó la mano por la frente con el gesto típico de una persona que medita, contempló aquel viviente recuerdo, aquellos momentos de su vida pasada, reproducidos delante de ella, volvió la cabeza hacia donde estaba Felipe, y ¡le vio! En medio de la multitud, reinaba un pavoroso silencio. El coronel jadeaba, sin atreverse a hablar; el doctor lloraba. El hermoso rostro de Estefanía se sonrojó ligeramente; después, de color en color, terminó por aparecer como una muchacha resplandeciente de frescor. Su cara era de un delicioso color púrpura. La vida y la felicidad, animadas por una llameante inteligencia, iban ganando rápidamente terreno, como un incendio. Un estremecimiento convulsivo se extendió desde sus pies al corazón. Luego, estos fenómenos que estallan en un

instante, tuvieron un lazo común cuando los ojos de Estefanía lanzaron una mirada celestial, una llama con vida. ¡Vivía! ¡Pensaba! Se estremeció nuevamente. ¿De terror quizá? Dios desataba por segunda vez aquella lengua muerta, y ponía de nuevo fuego en aquella alma apagada. La voluntad humana llegó con sus torrentes eléctricos, y vivificó el cuerpo del que había estado ausente tanto tiempo.

—¡Estefanía! —gritó el coronel.

—¡Oh! ¡Es Felipe! —dijo la pobre condesa.

Se precipitó entre los temblorosos brazos que el coronel le tendía, y el abrazo de los dos amantes asustó a los espectadores. Estefanía tenía el rostro inundado de lágrimas. De repente, sus ojos se secaron, y se cadaverizó como alcanzada por un rayo y, con un sonido débil de voz, dijo:

—¡Adiós, Felipe...! Te amo... ¡Adiós!

—¡Oh! ¡Está muerta! —exclamó el coronel, abriendo los brazos.

El anciano médico recibió el cuerpo inanimado de su sobrina, la abrazó como hubiera hecho un hombre joven, se lo llevó, y se sentó junto a él, en una linde del bosque. Miraba a la condesa mientras le ponía en el corazón una mano débil y convulsivamente agitada. El corazón había dejado de latir.

—¿Entonces, es cierto? —dijo contemplando alternativamente al coronel inmóvil y el rostro de Estefanía, sobre el cual la muerte había extendido una hermosura resplandeciente, fugitiva aureola, anticipo tal vez de un brillante porvenir...—. Sí, ha muerto.

—¡Ah! ¡Esta sonrisa! —exclamó Felipe—. ¡Mire esta sonrisa! ¿Es posible?

—¡Está ya fría...! —respondió el señor Fanjat.

El señor de Sucey dio algunos pasos para sustraerse a aquel espectáculo, pero de repente se detuvo, silbó la tonada que la loca entendía, y, al ver que su amante no acudía, se alejó de allí con paso tambaleante, como el de un borracho, silbando siempre, para no retornar más...

El general Felipe de Sucey era considerado en sociedad como un hombre extraordinariamente amable y, sobre todo, muy alegre. No hace mucho tiempo, una dama le elogiaba su buen humor y la igualdad de su carácter.

—¡Ay, señora! —le respondió—. Cuando estoy solo pago mis bromas muy caras.

—¿Está alguna vez solo...?

—No —le contestó sonriendo.

Si algún juicioso observador de la naturaleza humana hubiese podido ver, en aquel momento, la expresión de la cara de Sucey, sin duda se hubiera estremecido.

—¿Por qué no se casa usted? —prosiguió aquella señora, que tenía varias hijas en un pensionado—. Es usted rico, tiene un título, pertenece a la más rancia nobleza, tiene talento, porvenir, todo le sonrío.

—Sí, pero es una sonrisa que me mata... —le respondió.

Al día siguiente, aquella señora se enteró, con gran estupefacción, que el señor de Sucey se había pegado un tiro en la cabeza aquella misma noche. La alta sociedad

comentó de forma diversa este acontecimiento extraordinario, y cada uno buscó la causa. Según los gustos de cada razonador, el juego, el amor, la ambición u ocultos desórdenes explicaban esta catástrofe, última escena de un drama que había empezado en 1812. Únicamente dos hombres, un magistrado y un médico anciano, sabían que el señor conde de Sucy era uno de aquellos hombres fuertes a los que Dios da, desgraciadamente, el poder de salir todos los días triunfantes de un horrible combate que libran contra un monstruo desconocido... Y que cuando, por un momento, Dios les retira su poderosa mano, sucumben.

París, marzo de 1830.



## LAS MARAÑA



A LA SEÑORA CONDESA MERLIN

A pesar de la disciplina que el mariscal Suchet había impuesto en su cuerpo de ejército, no pudo evitar un primer momento de turbación y desorden en la toma de Tarragona. En opinión de algunos militares de buena fe, aquella embriaguez de victoria tuvo un extraño parecido con el pillaje, que el mariscal supo reprimir rápidamente. Una vez restablecido el orden, cada regimiento en su cuartel, nombrado un jefe de la plaza, llegaron los administradores militares. La ciudad tomó entonces un aspecto mestizo. Si bien todo quedó organizado a la francesa, se dejó a los españoles en libertad de persistir, *in petto*, en sus gustos nacionales. Este primer momento de pillaje, que duró un período de tiempo difícil de determinar, tuvo, como todos los acontecimientos sublunares, una causa fácil de determinar. Había en el ejército del mariscal un regimiento cuyos componentes eran, en su mayor parte, italianos, y mandado por un tal coronel Eugenio, hombre de extraordinaria bravura, un segundo Murat, quien por haber entrado demasiado tarde en campaña no había conseguido el gran ducado de Berg, ni un reino de Nápoles, ni los balazos del Pizzo. Si bien no había obtenido una corona, por lo menos estuvo lo bastante bien situado para recibir los balazos, y nada extraño sería el que, efectivamente, los hubiera recibido. Aquel regimiento tenía, como elemento básico, los restos de la legión italiana. Dicha legión era, para Italia, lo que para Francia son los regimientos coloniales. Su depósito, establecido en la isla de Elba, había sido utilizado como lugar donde deportar, honorablemente, a los hijos de familia cuyo futuro inspiraba serios temores, y a los grandes hombres fracasados a los que la sociedad marca, por anticipado, con hierros candentes, que son conocidos por *malos sujetos*. Gente incomprendida en su mayor parte, cuya existencia puede ser algo hermoso si una sonrisa femenina los aparta de su brillante rutina, o espantosa al final de una orgía por la influencia perniciosa de ideas insufladas por sus compañeros de embriaguez. Napoleón había incorporado a aquellos hombres enérgicos en el 6.º de línea, esperando metamorfosarse en generales a la mayor parte, salvo las bajas ocasionadas por las balas; pero la justeza de los cálculos del emperador no fueron relativamente justos más que en lo referente a las muertes. Aquel regimiento, a menudo diezmado, adquirió una gran reputación de valeroso en el campo militar, y la más detestable de todas en los asuntos privados. En el sitio de Tarragona, los italianos perdieron a su célebre capitán Bianchi, el mismo que durante la campaña había apostado comerse el corazón de un centinela español, y se lo había comido. Esta broma de campamento ha sido ya narrada en otro lugar (ESCENAS DE LA VIDA PARISIÉN), donde pueden encontrarse otros detalles sobre ella y sobre el 6.º de línea, que confirman cuanto se dice aquí. Aunque Bianchi fue el príncipe de aquellos demonios encarnados a los cuales el regimiento debía su doble reputación, poseía, no obstante, aquella especie de honor caballeresco, que, en el ejército, hace disculpar los mayores excesos. Para decirlo con una sola palabra, hubiera sido, en otro siglo, un admirable filibustero. Pocos días antes, se había distinguido notablemente en una acción, y el mariscal había querido recompensarle. Pero Bianchi se negó a aceptar el ascenso, la pensión,

una nueva condecoración, y cuanto se le ofrecía, solicitando a cambio, el favor de ser el primero en asaltar las defensas de Tarragona. El mariscal concedió lo que le pedía, y se olvidó de su ofrecimiento; pero Bianchi supo hacer que se acordara de Bianchi. El enfurecido capitán fue el primero en plantar la bandera francesa en la muralla de la ciudad y fue muerto por un fraile.

Esta digresión histórica es necesaria para explicar cómo el 6.º de línea fue el primero en entrar en Tarragona, y por qué el desorden, bastante comprensible cuando una ciudad es tomada a viva fuerza, degeneró, tan rápidamente, en un ligero pillaje.

En aquel regimiento había dos oficiales poco destacables entre aquellos hombres de hierro, pero que desempeñarán en esta historia un papel bastante importante.

El primero de ellos, capitán encargado del vestuario, era un oficial mitad militar mitad civil, y se decía de él, en el estilo soldadesco, que *hacía negocio*. Se las daba de valiente, se vanagloriaba, en sociedad, de pertenecer al 6.º de línea y sabía retorcerse el mostacho como hombre dispuesto a todo; pero no gozaba de la estimación de sus camaradas. Su fortuna le hacía ser prudente. Así, y por dos razones, le habían apodado *el capitán de los cuervos*. En primer lugar, porque olía la pólvora a una legua de distancia, y huía de los disparos como alma que lleva el diablo. Y en segundo, porque aquel apodo confirmaba un inocente juego de palabras militar, que, por otra parte, merecía, y del que cualquier otro hubiera hecho un timbre de gloria. El capitán Montefiore, de la ilustre familia de los Montefiore de Milán, pero a quien las leyes del reino de Italia prohibían usar su título, era uno de los hombres más guapos del ejército. Aquella belleza podía ser una de las ocultas razones de su prudencia en los días de batalla. Si una herida hubiese deformado su nariz, cortado su frente, o dejadas marcadas sus mejillas, había destruido uno de los más hermosos rostros italianos soñados por una mujer. Su cara, que recordaba el tipo que representó el papel de joven turco moribundo en el cuadro *La Revuelta de El Cairo*, de Girodet, era una de aquellas caras melancólicas en cuya trampa acostumbran a caer la mayoría de las mujeres. El capitán Montefiore poseía bienes sustituidos, pues tenía hipotecados todos sus ingresos durante un cierto número de años, para poder pagar una serie de locuras totalmente inconcebibles en París. Se había arruinado sosteniendo un teatro de Milán para imponer al público una mediocre cantante, que, según él, le amaba con locura. El capitán Montefiore tenía, pues, un brillante porvenir, que no le importaba jugárselo contra un miserable pedazo de cinta roja. Si no era un valiente por lo menos era un filósofo, y de su forma de ser había, si es que se nos permite emplear términos parlamentarios, precedentes. ¿No juró Felipe II, después de la batalla de San Quintín, no hallarse nunca más en el fuego, a no ser el de la Inquisición?; ¿y no corroboraba el duque de Alba su actitud, al manifestar que nada había de más absurdo que el ruido producido por una bala de plomo al chocar contra una corona de oro? Por ello, Montefiore, en su calidad de marqués, era filipista, y filipista en su calidad de hombre guapo, mostrándose así tan profundo político como pudo ser Felipe II. Se consolaba de su remoquete y del desprecio con que le distinguía el regimiento, pensando que

sus camaradas no eran más que un hato de ganapanes, cuya opinión, en el futuro, gozaría seguramente de poco crédito, si es que por casualidad sobrevivían a aquella guerra de exterminio. Además, su rostro y apostura eran una garantía; se veía nombrado coronel, ya fuera merced a algún fenómeno de favor femenino, ya por una hábil metamorfosis del capitán de vestuario en capitán de ordenanza, y de oficial de ordenanza en ayuda de campo de algún complaciente mariscal. Para él, la gloria, era una simple cuestión de uniforme. Entonces, un día, un periódico cualquiera hablaría de él, diciendo: *el bravo coronel Montefiore*, etc. Entonces tendría en su poder cien mil *scudi* de renta, se casaría con una muchacha de la alta sociedad, y nadie se atrevería a poner en duda su valor, ni comprobaría sus heridas. Finalmente, el capitán Montefiore tenía un amigo en la persona del cuartelmaestre, provenzal nacido en los alrededores de Niza, apellidado Diard.

Un amigo, ya sea en la cárcel, ya sea en una buhardilla de artista, consuela de muchas penas. Y Montefiore y Diard eran dos filósofos que se consolaban de la vida con los vicios, del mismo modo que dos artistas adormecen los dolores de su vida con las esperanzas de la gloria. Los dos veían, en la guerra, sus resultados, no su acción, y daban a los muertos el calificativo de tontos. La casualidad los había hecho soldados, cuando su verdadero lugar estaba en los tapices verdes del congreso. La naturaleza había hecho a Montefiore con el molde de los Rizzio, y a Diard en el crisol de los diplomáticos. Ambos estaban dotados de un organismo febril, agitado, semi femenino, igualmente poderoso para el bien que para el mal, y del cual puede surgir, según el capricho de estos temperamentos singulares, un crimen o una acción generosa, un acto de grandeza de alma o una cobardía. Su suerte depende, en todo momento, de la presión más o menos intensa que sus pasiones violentas y fugaces ejercen sobre su sistema nervioso. Diard era un contable bastante competente, pero ningún soldado le hubiese confiado su peculio ni su testamento, quizá debido a la antipatía que los militares sienten por los burócratas. El cuartelmaestre no carecía de valor ni de una generosidad juvenil, sentimientos de los cuales se despojan ciertos hombres al envejecer, al razonar, o al calcular. Tornadizo como pudiera serlo la belleza de una mujer rubia, Diard era vanidoso, charlatán, y hablaba de todo. Se decía artista, e iba recogiendo obras de arte, a imitación de dos célebres generales, únicamente, según afirmaba, para que no se perdieran para la posteridad. Sus camaradas se hubieran visto en un compromiso si se les hubiera obligado a emitir un juicio sobre él. Muchos de ellos, acostumbrados a recurrir a su bolsa, le creían rico; pero era jugador, y los jugadores no tienen nunca nada suyo. Era tan jugador como pudieran serlo Montefiore y los demás oficiales: porque, para vergüenza de los hombres, no es raro ver alrededor de un tapete verde a personas que no se tienen ninguna simpatía, y que, una vez terminada la partida, no se saludan. Montefiore había sido el adversario de Bianchi en la apuesta referente al corazón del español.

Montefiore y Diard se hallaban en las últimas filas en el momento del asalto, pero iban delante en cuanto la ciudad fue tomada. Solamente los dos amigos estaban

acostumbrados a esto. Animándose uno al otro, se lanzaron valientemente, a través de un laberinto de calles estrechas y oscuras, yendo los dos a sus asuntos, es decir, uno buscando madonas pintadas; el otro, madonas vivas.

En un lugar indeterminado de Tarragona, Diard reconoció por la arquitectura del pórtico un convento cuya puerta había sido derribada, entrando en el claustro para detener el furor de los soldados. Llegó muy a propósito, ya que impidió a dos parisinos fusilar a una Virgen del Al baño, que les compró, a pesar de los bigotes que la habían pintado los dos granaderos, por puro fanatismo militar. Montefiore, al quedarse solo vio, frente al convento, la casa de un comerciante en telas de la que partió un disparo dirigido contra él, en el momento en que, al mirarla de abajo arriba, se sentía petrificado por una fulgurante mirada que le lanzaba una curiosa muchacha, cuyo rostro aparecía en la esquina de una celosía. Tarragona, tomada al asalto; Tarragona encolerizada, hacía fuego desde todas las esquinas y ventanas; Tarragona violada, desmelenada, medio desnuda, con sus calles llameantes, inundadas de soldados franceses muertos o matando, bien valía una mirada, la mirada de una española intrépida. ¿No era aquello como una corrida de toros, pero mayores proporciones? Montefiore se olvidó del pillaje, y dejó de oír, durante unos momentos, los gritos, el crepitar de la fusilería, y el tronar de la artillería. El perfil de aquella española era lo más delicioso que había visto en su vida, él, el libertino de Italia, él, que cansado ya de las italianas, cansado de todas las mujeres, y que soñaba con una mujer imposible, precisamente porque estaba cansado de todas ellas. Le fue posible estremecerse, él, el frívolo, que había derrochado su fortuna cometiéndolo mil locuras, las mil pasiones de un joven con título nobiliario. Cuando Diard salió del convento, Montefiore no le dijo nada sobre su descubrimiento, y recorrió, en su compañía, la ciudad. Pero, al día siguiente, el capitán italiano fue militarmente alojado en casa del comerciante de telas. ¿No era el alojamiento más adecuado para un oficial de vestuario?

La casa de aquel buen español se componía, en la planta baja, de una tienda oscura, exteriormente protegida con gruesos barrotes de hierro, como lo están en París los viejos almacenes de la calle de Lombardos. La tienda comunicaba con una estancia que recibía la luz de un patio interior, una gran sala en la que se respiraba todo el espíritu de la Edad Media: viejos cuadros de tonos sombríos, antiguos tapices, un antiguo *brasero*, sombreros con pluma colgados de clavos, el fusil de las guerrillas, y la capa de Bartolo. La cocina se hallaba al lado de aquel lugar de reunión, en el que se comía, en la que se calentaban sus moradores al sordo resplandor del brasero, fumando cigarros y discutiendo para avivar el odio de los corazones contra los franceses. Unas jarras de plata y una vajilla preciosa, adornaban un aparador de estilo antiguo. Pero la luz, parsimoniosamente distribuida, no permitía brillar a los rutilantes objetos, y como en un cuadro de la escuela holandesa, en aquel interior todo era de color pardo, incluso los rostros. Entre la tienda y aquella sala, tan hermosa de color y de vida patriarcal, había una escalera, bastante oscura, que

conducía a un almacén, en el que unas ventanas, hábilmente practicadas, permitían examinar las telas. Más arriba se hallaban las habitaciones del mercader y su esposa. Y por último, las habitaciones del aprendiz y de una criada, en una buhardilla bajo un techo que sobresalía por encima de la calle, sostenido por unos arcobotantes que prestaban a aquella morada una singular fisonomía; pero estas últimas habitaciones fue ron ocupadas por el mercader y su esposa, que abandonaron al oficial su propio apartamento, sin duda para evitar toda querella.

Montefiore se hizo pasar por un antiguo súbdito español, perseguido por Napoleón, a quien servía contra su voluntad. Aquellas semi-mentiras tuvieron el éxito que él esperaba. Fue invitado a participar en las comidas de la familia, como lo requería su apellido, su cuna y su título. Montefiore tenía sus propias razones cuando intentaba granjearse la benevolencia del comerciante: olía a su madona como el ogro olía la carne fresca del pequeño Pulgarcito y de sus hermanos. A pesar de la confianza que supo inspirar al mercader, este guardó el más profundo secreto sobre aquella madona; y no solamente el capitán no descubrió traza alguna de la muchacha durante el primer día que pasó bajo el techo de aquel honrado español, sino que tampoco oyó ningún ruido, ni captó indicio alguno, revelador de su presencia en aquella antigua morada. No obstante, todo resonaba con tal perfección dentro de los tabiques de aquella construcción, casi toda de madera, que durante el silencio de las primeras horas de la noche, Montefiore confiaba adivinar el lugar en el que se escondía la desconocida joven. Creyendo que se trataba de la hija única de aquellos ancianos, consideró que debían de haberla recluido en la buhardilla, en la que debía permanecer durante todo el tiempo que durase la ocupación. Pero nada reveló el escondrijo de aquel preciado tesoro. El oficial permaneció mucho rato con la cara pegada a los pequeños cristales en forma de rombo sostenidos por tiras de plomo de la ventana que daba al patio interior, oscuro recinto rodeado de altos, muros; pero no pudo distinguir ni una sola luz, a no ser la que proyectaban las ventanas de la habitación que ocupaban los dos viejos esposos, que tosían, iban, venían y charlaban. De la joven, ni una sombra. Montefiore era demasiado astuto para arriesgar el futuro de su pasión aventurándose a sondear, por la noche, la mansión, o ir por las puertas llamando suavemente. De ser descubierto por aquel ardiente patriota, suspicaz como debe serlo un español, padre y comerciante, se hubiese perdido irremisiblemente. El capitán resolvió, pues, esperar pacientemente, confiándolo todo al tiempo y a la imperfección humana, que hacen que los atolondrados, y con más razón los prudentes, terminen por olvidar las precauciones. Al día siguiente, descubrió el lugar donde dormía la criada, al ver, en la cocina, una especie de hamaca. En cuanto al aprendiz, dormía encima de los mostradores de la tienda. Durante el segundo día de estancia en aquella casa, a la hora de la cena, Montefiore, maldiciendo a Napoleón, consiguió hacer desarrugar el ceño de su anfitrión, español grave y serio, de rostro moreno, parecido a los que antiguamente se esculpían en el asta de los rabeles; y su esposa halló una alegre sonrisa de odio en los pliegues de su arrugada cara. La

lámpara y los reflejos del *brasero* iluminaban fantásticamente aquella noble estancia. La dueña de la casa acababa de ofrecer un *cigarrillo* a su medio compatriota. En aquel instante, Montefiore oyó el roce de unas telas y la caída de una silla, detrás de los cortinajes.

—Vaya —dijo la mujer palideciendo—, que todos los santos nos asistan, y que no le haya ocurrido nada malo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó el italiano sin mostrar signos de emoción.

El mercader dejó escapar una frase injuriosa contra las muchachas. Alarmada, su mujer abrió una puerta secreta y volvió acompañando a la madona del italiano, medio muerta, a la cual aquel furioso enamorado aparentó no prestar atención alguna. Únicamente, y para evitar afectación, miró a la joven, se volvió hacia el dueño de la casa, y le dijo en su lengua materna:

—¿Es hija suya, señor?

Pérez de Lagunia, tal era el nombre del mercader, había tenido intensas relaciones comerciales con Génova, Florencia y Livorno; hablaba correctamente el italiano, y le contestó en este idioma.

—No, de haber sido hija mía, hubiese adoptado menos precauciones. Esta muchacha nos ha sido confiada a nuestra custodia, y preferiría morir antes que le suceda algo malo. ¡Pero quién puede esperar prudencia de una muchacha de dieciocho años!

—Es muy hermosa —comentó Montefiore con frialdad, que no miró más a la muchacha.

—La belleza de su madre es célebre —respondió el mercader.

Y continuaron fumando, observándose el uno al otro. Aunque Montefiore se había impuesto la dura obligación de no dirigir la menor mirada capaz de comprometer su aparente indiferencia, no obstante, en un momento en que Pérez volvió la cabeza para escupir, se permitió dirigir a la muchacha una mirada de soslayo, que se clavó en los chispeantes ojos de esta. Y entonces, con esta ciencia visionaria que da a un libertino, al igual que a un escultor, el fatal poder de desnudar, por así decirlo, a una mujer, de adivinar sus formas por deducciones rápidas y sagaces, vio una de aquellas obras maestras donde la creación pone toda la felicidad del amor. Era un rostro blanco en el que el cielo de España había puesto unos tonos de bistro que colaboraban en la expresión de seráfica tranquilidad y de un apasionado orgullo, brillo difuso bajo aquella tez diáfana, debido quizá a una buena dosis de sangre mora, que lo vivificaba y coloreaba. Alzados sobre la cabeza, sus cabellos caían a ambos lados de la cara, rodeando con sus reflejos de azabache unas orejas transparentes, y dibujando las líneas del contorno de su cuello y los labios rojos de una boca perfectamente arqueada. La basquiña regional daba realce a la flexibilidad de un talle capaz de doblarse como la rama de un sauce. Era, no la Virgen de Italia, sino la de España, la de Murillo, el único artista que ha sido lo bastante osado para pintarla ebria de felicidad por la concepción de Cristo, imagen delirante del más

atrevido, del más apasionado de los pintores. Se hallaban en aquella muchacha reunidas tres cualidades, y una sola de ellas bastaba para divinizar a una mujer: la pureza de la perla reposando en la profundidad del mar, la sublime exaltación de Santa Teresa, la santa española, y la voluptuosidad ignorada. Su presencia tuvo la virtud de un talismán. Montefiore no vio ya, a su alrededor, nada antiguo o viejo: la muchacha había tenido la virtud de rejuvenecerlo todo. Si bien su aparición fue algo delicioso, su duración fue corta. La desconocida fue acompañada de nuevo a su habitación, a la que la criada le llevaba ostensiblemente luz y comida.

—Hace usted bien en mantenerla oculta —dijo Montefiore en italiano—. Yo guardaré su secreto. ¡Diantre!, hay entre nosotros más de un general capaz de llevársela militarmente.

El apasionamiento de Montefiore llegó hasta el extremo de pensar, seriamente, en casarse con aquella muchacha desconocida. Entonces se atrevió a pedir ciertos informes al dueño de la casa. Pérez le explicó, de buen grado, la aventura a la cual debía la presencia de su pupila, viéndose el anciano constreñido a aquella confidencia, tanto por el apellido ilustre de los Montefiore, del cual había oído hablar mucho en Italia, como para poner de relieve lo resistentes que eran las barras que separaban a la muchacha de una posible seducción. Aunque el hombre manifestó cierta tendencia a la elocuencia patriarcal, en armonía con sus sencillas costumbres y conforme al disparo hecho contra Montefiore, sus explicaciones ganarán resumiéndolas.

En los tiempos en los que la Revolución francesa cambiaba las costumbres de los países que servían de teatro a sus guerras, llegó a Tarragona una hermosa muchacha, huida de Venecia, al conquistar los franceses dicha ciudad. La vida de aquella mujer había sido un entretejido de aventuras novelescas y de extrañas vicisitudes. A ella le había sucedido, más que a ninguna otra mujer en el mundo, encontrarse, gracias a algún caballero prendado de su extraordinaria belleza, cargada de oro, de joyas, y rodeada de las mil cosas deliciosas que proporciona la riqueza. Flores, carrozas, pajes, camareras, palacios, cuadros, insolencia, y viajes como los que realizaba Catalina II; en fin, una vida de reina absoluta en sus caprichos y cuyos deseos, aún los más disparatados, eran obedecidos sin la menor objeción. Después, sin que jamás ella ni nadie, ni sabio, ni físico, ni químico, pudiesen averiguar la forma por la que había desaparecido todo aquel oro, volvía a hallarse en la mitad de la calle, pobre, desprovista de todo, conservando únicamente su todopoderosa hermosura, viviendo sin ninguna preocupación por el pasado, ni por el presente, ni por el porvenir. Tirada, mantenida en la miseria por algún oficial jugador de bigotillo del cual se había enamorado, se pegaba a él como un perro a su dueño, compartiendo únicamente la peor parte de aquella vida militar de la cual ella le consolaba; estando acostumbrada a todo, dormía con la misma alegría en un granero que entre la más brillante seda de los cortinajes. Italiana y española de una sola pieza, observaba con suma escrupulosidad sus prácticas religiosas y más de una vez había respondido al amor: “Vuelve mañana,

hoy pertenezco a Dios”. Pero aquel barro moldeado con oro y perfumes, aquella absoluta despreocupación por todo lo demás, aquellas furiosas pasiones, aquellas creencias religiosas tiradas en el alma como un brillante en medio del fango, aquella vida surgida y terminada en el hospital, aquellos lances de jugador transportados al alma, a la existencia entera, y por último, aquella alta alquimia en la que el vicio atizaba el fuego del crisol fundidor de las más redondeadas fortunas, en el que se fluidificaban los escudos de los antepasados y el honor de los grandes apellidos, todo aquello, procedía de un genio particular, fielmente transmitido de madre a hija desde la Edad Media. Aquella mujer se llamaba LA MARAÑA. En su familia, puramente femenina desde el siglo XIII, la idea, la persona, el apellido y la potestad de un padre habían sido cosas totalmente desconocidas. El apellido *Maraña*, era, para ella, lo mismo que *Stuard* para la célebre raza real escocesa; un apellido honorífico que había sustituido al patronímico por herencia constante de la misma carga infeudada de la familia.

Antiguamente, en Francia, en España y en Italia, durante los siglos XIV y XV, en los que intereses comunes las unieron o separaron por una guerra continua, la palabra *Maraña* servía para designar, en su más amplia expresión, a una mujer de vida alegre. En aquella época, esta clase de mujeres gozaban, en la sociedad, de un cierto rango del cual actualmente nada puede dar una idea exacta. Únicamente puede decirse que Ninon de Lénelos y Marión Delorme han desempeñado en Francia el mismo papel que en otros tiempos desempeñaron las Imperia, las Catalinas y las Marañas, que en siglos precedentes reunieron a su alrededor a la sotana, a la toga y a la espada. En un arrebato de arrepentimiento, una Imperia hizo construir en Roma una iglesia, del mismo modo que Ródope había hecho construir, en Egipto, una pirámide. Dicho mote, con el cual se había conocido a aquella curiosa familia que aquí es objeto de estudio, primero como un insulto, terminó por convertirse en su propio apellido, ennobleciendo en ella, por la incontestable antigüedad del vicio, al mismo vicio. Un día, la Maraña del siglo XIX, un día de opulencia o miseria, esto no se sabe, ya que este problema constituye un secreto entre ella y Dios, pero sí fue, con seguridad, en momentos de melancolía o de religiosidad, aquella mujer se encontró metida en un cenagal con la cabeza en los cielos. Maldijo entonces la sangre de sus venas, se maldijo a sí misma, tembló al saber que podría tener una hija, y juró, como juran esta clase de mujeres, con la honradez, con la probidad, con la más firme voluntad, con la más exacta determinación que pueda existir bajo la capa del cielo, juró ante un altar, creyendo firmemente en el altar, que si tenía una hija esta sería virtuosa y santa, para poder dar a aquella ininterrumpida serie de crímenes amorosos y mujeres perdidas, un ángel que velase por ellas en el Cielo. Una vez hecho el voto, habló la sangre de la Maraña, la cortesana volvió a lanzarse en el tumulto de su vida aventurera, pero ya con un pensamiento más en su corazón. Finalmente, se enamoró perdidamente, con el violento amor de las prostitutas, como Henriette Wilson amó a lord Ponsomby, como la señorita Depuis amó a lord Bolingbroke, como la marquesa de Pescara amó a su

marido; pero no, no se enamoró, sino que adoró a uno de aquellos tipos de rubios cabellos, a un hombre medio afeminado, al cual concedió cualidades que realmente no poseía, deseando conservar para ella sola cuanto pudiera parecer o ser vicio. De aquel matrimonio insensato, de aquel hombre débil, de aquella boda jamás bendecida por Dios ni por los hombres, que únicamente puede ser justificada con la felicidad, nació una hija, una hija a quien salvar, una hija para la cual deseó la mejor de las vidas, y, sobre todo, el pudor que a ella le faltaba. Desde entonces, tanto si su vida era fastuosa como miserable, si era opulenta o pobre, llevó en el corazón el sentimiento puro, el más bello de todos los sentimientos humanos, porque es también el más desinteresado de todos ellos. El amor comporta un buen grado de egoísmo, pero el amor maternal está libre de él. La Maraña fue madre, como no ha habido otra madre; porque en su eterno naufragio, la maternidad podía ser una tabla de salvación. El realizar santamente una parte de su trabajo en la tierra mandando un ángel al Paraíso, ¿no era algo mejor que un tardío arrepentimiento? ¿No era aquella la única oración pura que se le había permitido elevar hasta Dios? Así, cuando la niña, su adorada María, Juana, Pepita (ella hubiera querido darle por patrona a todas las santas del Santoral); cuando aquella niña le fue concedida, tuvo una tan alta idea de la majestad de una madre, que suplicó al vicio le concediera una tregua. Se hizo virtuosa, y vivió sola. Se acabaron las fiestas, las turbulentas noches, los amores. Toda su fortuna, toda su alegría, se hallaban en la frágil cuna de su hija. Los acentos de su voz infantil formaban como un oasis en las ardientes arenas de su vida. Aquel sentimiento no podía compararse con ningún otro. ¿No estaban incluidos en él todos los sentimientos humanos y todas las esperanzas celestiales? ¿La Maraña no quería que su hija estuviera manchada por otro pecado que no fuese el original e intentó bautizarla con todas las virtudes sociales? por ello, exigió del joven padre una fortuna y un apellido. Aquella niña no fue ya, pues, una Juana Maraña, sino Juana de Mancini. Más adelante, cuando al cabo de siete años de alegría y de besos, de embriaguez y de felicidad, la pobre Maraña tuvo que privarse de aquel ídolo, para que este no tuviera que bajar la frente por el peso de la vergüenza hereditaria, aquella madre tuvo el valor suficiente de renunciar a su hija, en favor de su hija, y le procuró, no sin horribles penas, otra madre, una familia, unas costumbres que aprender, y santos ejemplos que imitar. La abdicación de los goces de madre es un acto espantoso o sublime; en este caso, ¿no fue, ciertamente, sublime?

En Tarragona, por una venturosa casualidad, conoció a los Laguna en una ocasión en circunstancias en las que pudo comprobar la probidad del español y las altas virtudes de su mujer. Para ellos llegó como un ángel libertador. La fortuna y el honor del comerciante se hallaban momentáneamente comprometidos, y necesitaban ayuda urgente y reservada; la Maraña les entregó la cantidad reservada para dotar a Juana, no pidiéndoles ni agradecimiento ni intereses. En su jurisprudencia particular, un contrato era algo que pertenecía al corazón; un puñal, la justicia del débil; y Dios, el Tribunal Supremo. Después de haber confesado las penas de su corazón a la señora

Lagunia, confió su hija y su fortuna al rancio honor español que se respiraba puro y sin mácula en aquella antigua morada. La señora Lagunia no había tenido hijos, y se sintió plenamente feliz al tener a una hija adoptiva que educar. La cortesana se separó de su querida Juana, segura de haberle proporcionado un porvenir y encontrado una madre, una madre que haría de ella una Mancini y no una Maraña. Al abandonar la modesta y sencilla mansión del comerciante, en la que moraban las virtudes burguesas de la familia, en la que podían respirarse las virtudes familiares, religiosas, la santidad de sentimientos y el honor, la infeliz mujer de vida airada, madre desheredada de su hija, pudo resistir la pena que sentía al ver a Juana virgen, esposa y madre, madre feliz durante una dilatada vida. La cortesana dejó caer en el dintel de aquella casa una de las lágrimas que recogen los ángeles. Después de aquel día de duelo y de esperanza, la Maraña, arrastrada por invencibles presentimientos, había vuelto tres veces para ver a su hija. La primera vez, Juana se hallaba en la cama, víctima de una peligrosa enfermedad.

—¡Lo sabía! —dijo a Pérez al llegar a casa de este.

En sueños, y a gran distancia, había visto a Juana moribunda. La cuidó, la veló; después, una mañana, mientras su hija dormía ya en franca convalecencia, la besó en la frente, y partió sin haberse traicionado. La madre había dejado aparte a la cortesana. La segunda vez fue en la iglesia, cuando Juana tomó su primera comunión. Vestida con sencillez, oscura, escondida en un rincón, la madre proscrita vio en su hija lo que ella misma había sido un día, celestial rostro de ángel, pura como la nieve caída aquella misma mañana sobre una roca. Cortesana aún en su intensa maternidad, experimentó hacia ella unos celos mucho más intensos que los que había experimentado en todos sus apasionados amores juntos, y salió de la iglesia, incapaz de resistir por más tiempo el deseo de matar a la señora de Lagunia al ver a esta allí, con la cara resplandeciente, como si fuera la verdadera madre. Por último, tuvo lugar un tercer encuentro entre la madre y la hija, en Milán, a donde el comerciante y su mujer habían tenido que desplazarse. La Maraña paseaba por el Corso con todo el aparato de una soberana. Se apareció a la vista de su hija rápidamente, como un rayo, pero no fue reconocida. ¡Espantosa angustia! A aquella Maraña cubierta de besos solo le faltaba uno, uno solo, por el cual hubiese vendido todos los demás: el beso fresco y alegre que una hija da a su madre, a su honrada madre, a la madre en la que resplandecen todas las virtudes domésticas. Aunque Juana estaba bien viva, era como si estuviera muerta para ella. Un pensamiento reanimó a la cortesana, a la que decía el duque de Lina en aquellos momentos: “¿Qué te sucede, amor mío?” ¡Delicioso pensamiento! Juana estaba salvada. Tal vez se convertirla en la más humilde de las mujeres, pero no sería jamás una infame cortesana a la que todos los hombres tendrían derecho a decir: “¿Qué te sucede, amor mío?”. Por último hay que decir que el comerciante y su esposa habían cumplido todos sus deberes con rigurosa integridad. La fortuna de Juana, que se había convertido en la suya propia, se había multiplicado por diez. Pérez de Lagunia, el más acaudalado comerciante de la

provincia, tenía hacia su hija un sentimiento rayano en lo supersticioso. Después de haber preservado a su casa de una ruina deshonrosa, la presencia de aquella celestial criatura, ¿no le había traído insospechada prosperidad? Su mujer, corazón de oro, henchido de delicadeza, había hecho de ella una muchacha religiosa, tan pura como hermosa. Juana podía convertirse, el día de mañana, en la esposa de algún rico señor o comerciante, ya que no carecía de ninguna de las virtudes necesarias para su brillante porvenir; sin los acontecimientos, Pérez, que soñaba con trasladarse a Madrid, la hubiese podido casar con algún Grande de España.

—Ignoro dónde pueda encontrarse hoy en día la Maraña —dijo Pérez poniendo punto final a su explicación—, pero en cualquier lugar del mundo en que esté, cuando se entere de la ocupación de nuestra provincia por vuestros ejércitos, y del sitio de Tarragona, se pondrá inmediatamente en camino, si no lo está ya, para venir aquí a velar por su hija.

Aquella explicación cambió totalmente la determinación del capitán italiano; ya no estaba interesado en hacer de Juana Mancini la marquesa de Montefiore. Reconoció la sangre de las Marañas en la mirada que la joven le había lanzado a través de la celosía, en la treta que acababa de poner en práctica para satisfacer su curiosidad, y en la última mirada que le había dirigido. Aquel libertino deseaba, como compañera, á una mujer virtuosa. Aquella aventurera estaba llena de peligros, pero los peligros eran de los que no espantan jamás al hombre menos valeroso, ya que tienen como compensación el amor y los placeres que este proporciona. El aprendiz durmiendo sobre el mostrador, la criada en la cocina, Pérez y su mujer que solo debían dormir con el sueño de los ancianos, la sonoridad de la casa, la vigilancia digna de un dragón que se ejercía durante el día, todo eran obstáculos, todo hacía de aquel amor algo imposible. Pero Montefiore tenía a su favor, contra tantas desventajas, la sangre de las Marañas que afluía al corazón de aquella extraña española, italiana por sus costumbres, prácticamente virgen, impaciente por amar. La pasión, la muchacha y Montefiore, podían entre los tres desafiar al universo entero.

Montefiore, aguijoneado tanto por el instinto de los hombres afortunados como por vagas e inexplicables esperanzas a las que denominamos presentimientos, expresión de rara autenticidad, pasó las primeras horas de aquella noche junto a su ventana, mirando debajo de él, hacia el supuesto escondrijo en el cual los dos esposos habían encerrado el amor y la alegría de su vejez. El almacén del entresuelo, para emplear una expresión francesa que hará comprender, más fácilmente, la situación de las habitaciones, era lo único que separaba a los dos jóvenes. El capitán, pues, se hallaba imposibilitado de recurrir a golpes significativos en la pared, lenguaje artificial que los amantes saben idear en parecidas ocasiones. Pero la casualidad fue en su ayuda, o quizá la misma joven. En el momento en que se colocaba junto a la ventana, vio, contra la negra pared del patio, una zona de luz en el centro de la cual se destacaba la silueta de Juana. Los movimientos repetidos de sus brazos, su actitud, todo hacía presumir que se estaba preparando para acostarse.

—¿Estará sola? —se preguntó Montefiore—. Podría poner, al cabo de un hilo, una carta lastrada con alguna moneda, y golpear con ella el cristal de su ventana.

Inmediatamente escribió un billete, el billete que correspondía escribir a un oficial, a un soldado deportado por su familia a la isla de Elba, el billete de un marqués fracasado, actual oficial de vestuario. Después, con todo lo que pudo encontrar, hizo como una especie de cuerda, ató a ella el billete cargado con algunos escudos, y lo dejó deslizar, en medio del más profundo silencio, hasta el centro de aquella ventana iluminada.

—Las sombras, al proyectarse, me dirán si la madre o la criada están con ella, y si no está sola —pensó Montefiore—, puedo izar rápidamente la cuerda.

Pero cuando, después de mil fatigas fáciles de comprender, la moneda golpeó el cristal, una sola figura, el esbelto busto de Juana, se movió sobre la pared. La joven abrió el postigo suavemente, vio el billete, lo cogió, y permaneció de pie, mientras lo leía. Montefiore se presentaba, solicitando una entrevista; ofrecía, en estilo propio de una novela antigua, su corazón y su mano, a Juana de Mancini. Treta infame y vulgar, pero cuyo éxito es seguro. A la edad de Juana, la nobleza de alma, ¿no aumenta aún más los peligros de la edad? Un poeta de estos tiempos ha dicho con galanura: “La mujer solo sucumbe a sus propias fuerzas”. El amante finge dudar del amor que inspira en el momento en que es más amado; confiada y altanera, una muchacha desearía inventar sacrificios que hacer, y no conoce lo bastante a los hombres y al mundo para permanecer tranquila en el seno de las pasiones soliviantadas, agobiando con su desprecio al hombre que puede aceptar una vida ofrecida en expiación de un falaz reproche.

Desde la sublime constitución de las sociedades, las muchachas se hallan sumidas en horribles preocupaciones, causadas por los cálculos de una prudente virtud y las desdichas de una caída. A menudo considera amor al más delicioso en apariencia, al más agradable, al primero, si resiste a él; pierde un matrimonio, si es imprudente. Echando una ojeada sobre las vicisitudes de la vida social de París, es imposible negar la necesidad de una religión al saber que cada noche no hay más muchachas seducidas. Pero París se halla situado en el paralelo cuarenta y ocho de latitud norte, y Tarragona en el cuarenta y uno. La antigua cuestión del clima sigue siendo útil a los narradores para poder justificar los imprevistos apasionamientos, las imprudencias y las resistencias del amor.

Montefiore tenía la vista fija en el elegante perfil negro que se dibujaba en medio de la luz. Ni él ni Juana podían verse, ya que una malhadada cornisa, inoportunamente colocada, les privaba de los beneficios del lenguaje mudo que puede establecerse entre dos enamorados cuando se asoman a las ventanas. Por ello, el alma y la atención del capitán estaban concentradas en el círculo luminoso, en el cual, quizá involuntariamente, la muchacha podía inocentemente dejar que interpretaran sus pensamientos por medio de los gestos que se le escapaban. Pero no. Los extraños movimientos de Juana no permitían a Montefiore concebir la menor esperanza. Juana

se divertía en doblar y desdoblar el billete. La virtud, la moral, imitan, a menudo, en su desconfianza, las previsiones inspiradas por los celos a lo Bartolo de la comedia. Juana, sin tinta, sin pluma, y sin papel, respondía a tijeretazos. Pronto volvió a atar el billete a la cuerda, el oficial la izó, lo acercó a la luz de su lámpara y leyó en letras recortadas: “¡Venga!”.

—¿Ir? —se dijo—. ¿Y el veneno, y la escopeta, y la daga de Pérez? El aprendiz seguramente no se habrá dormido todavía sobre el mostrador. Ni la criada en su hamaca. Y esta casa, tan sonora como un bajo de ópera, desde aquí se oyen los ronquidos del viejo Pérez... ¡Venid! ¿Es que no tiene nada que perder?

¡Lacerante y aguda reflexión! Solamente los disipados saben ser tan lógicos, y pueden acusar a una mujer de su devoción. El hombre ha inventado a Satanás y a Lovelace; pero la virgen es un ángel al que no se le puede reprochar defecto alguno; es tan grande, tan hermosa, que no se puede embellecer ni engrandecerla: solo le ha sido dado poseer el fatal poder de marchitarla arrojándose a la vida fangosa. Montefiore esperó la hora más somnífica de la noche; después, a pesar de sus reflexiones, descendió descalzo, armado con sus pistolas, deteniéndose a cada paso para escuchar en medio del silencio, con las manos hacia delante, tanteando los peldaños, viendo en la oscuridad, siempre dispuesto a regresar a su habitación al producirse el menor incidente. El italiano se había puesto su más deslumbrante uniforme, había perfumado su negra cabellera y había dado el brillo particular que el cuidado de la persona presta a la galanura natural; en tales situaciones, la mayoría de los hombres son tan femeninos como una mujer. Montefiore pudo llegar sin dificultades a la puerta secreta de la habitación en la que había sido confiada la muchacha, escondrijo practicado en un ángulo de la casa, alargada en aquel lugar por uno de aquellos caprichosos entrantes bastante frecuentes cuando la gente se ve, por lo caro del terreno, obligada a construir los edificios unidos los unos a los otros. Aquella celda pertenecía exclusivamente a Juana, en ella pasaba el día, lejos de las miradas de los extraños. Hasta entonces había dormido al lado de su madre adoptiva; pero lo exiguo de las buhardillas en las cuales se habían refugiado los dos ancianos no les había permitido llevarse con ellos a su pupila. La señora Lagunia había dejado, pues, a la muchacha bajo la salvaguardia de la llave y de la puerta secreta, bajo la protección de las ideas religiosas más eficaces, convertidas ya en supersticiones, y bajo la defensa de un orgullo natural, de un pudor sensitivo, qué hacían de la joven Mancini una excepción en su sexo: poseía igualmente las virtudes más profundas, así como las inspiraciones más apasionadas; había sido necesaria toda la modestia, toda la santidad de aquella vida monótona para calmar y refrescar la ardiente sangre de las Marañas que burbujeaba en su corazón, y a la que su madre adoptiva llamaba tentaciones del demonio. Un leve rastro de luz, dibujado en el suelo por una rendija de la puerta, permitió a Montefiore darse cuenta de dónde se hallaba el lugar que buscaba; llamó suavemente, Juana abrió, y Montefiore entró en la habitación palpitante, observando en la reclusa una expresión de ingenua curiosidad, la

ignorancia absoluta del peligro en que se hallaba, y una especie de cándida admiración. Durante unos instantes quedó como paralizado por la santidad del cuadro que se ofrecía a su mirada.

Sobre las paredes, unos tapices de fondo gris, sembrados de flores color violeta; un pequeño cofre de ébano, un espejo antiguo, un inmenso y antiguo sillón, igualmente de ébano, ricamente tapizado; una mesa de torneadas patas; sobre el embaldosado, una rica alfombra; y cerca de la mesa, una silla: aquello era todo. Pero, sobre la mesa, había flores y un trabajo de bordado; en el fondo, una cama estrecha sobre la cual Juana debía soñar; y sobre la cama, tres cuadros: en la cabecera, un crucifijo, una pila de agua bendita y una oración escrita con letras de oro y enmarcada. Las flores exhalaban suaves perfumes, las velas expandían una dulce luz; todo era paz, pureza y santificación. Los pensamientos soñadores de Juana, pero especialmente la propia Juana, había comunicado su encanto a todas las cosas, y su alma parecía reflejarse en ellas: era como la perla en su concha de nácar. Juana, vestida de blanco, hermosa con su única beldad, abandonaba el rosario para recibir al amor, y hubiera sido capaz de inspirar respeto al propio Montefiore si el silencio, si la noche, si Juana no fueran tan amorosos; si la pequeña cama blanca no hubiese dejado entrever las sábanas medio desechas y la almohada, confidente de mil confusos deseos. Montefiore permaneció largo rato de pie, embriagado por una felicidad que hasta entonces no había conocido, quizá la misma que experimentó Satanás al contemplar el Cielo a través de un desgarrón de las nubes que lo rodean.

—En cuanto te he visto —dijo en puro acento toscano y con voz melodiosa—, me he enamorado de ti. Y mi alma y mi vida han sido desde entonces tuyas, y si lo deseas pueden serlo para siempre.

Juana escuchaba aspirando en el aire el sonido de aquellas palabras que el lenguaje del amor hacía magníficas.

—Pobre pequeña mía, ¿cómo has podido permanecer en esta oscura casa, respirando su aire, tanto tiempo, sin morir? Tú, nacida para reinar en el mundo, para habitar en el palacio de un príncipe, para vivir de fiesta en fiesta, para experimentar las delicias que tú despiertas en los demás, para tenerlo todo a tus pies, para que las mayores riquezas desaparezcan con la aparición de tu belleza sin rival, has tenido que vivir aquí, solitaria, con estos comerciantes.

Pregunta interesada. Quería saber si Juana había tenido algún amante.

—Sí —respondió ella—. Pero ¿quién te ha comunicado mis más secretos pensamientos? Desde hace unos meses, me siento morir de tristeza. Sí, preferiría mil veces estar muerta que permanecer durante más tiempo en esta casa. Mira ese bordado, no hay en él ni un solo punto que no haya sido hecho en medio de los pensamientos más espantosos. Cuántas veces no he deseado huir para tirarme al mar. Y ¿por qué? Yo no lo sé... Ridículas penas de niña, pero sumamente intensas, a pesar de su ingenuidad... A menudo, durante la noche, he abrazado a mi madre como si fuera la última vez, mientras, interiormente, me decía: “Mañana me mataré”. Pero

luego era incapaz de hacerlo. Los suicidas van al infierno, y sentía un miedo tal que me resignaba a seguir viviendo, a levantarme, a acostarme y a trabajar, siempre a la misma hora. No me aburría, pero sufría... Y, no obstante, tanto mi madre como mi padre, me adoran. ¡Qué mala soy! Se lo dije a mi confesor...

—Entonces, ¿no has salido nunca de aquí? ¿No conoces los placeres, las diversiones?

—No, siempre mi vida ha sido la misma. Hasta que cumplí los quince años, los cantos, la música y las fiestas religiosas me han proporcionado intenso placer. Era feliz al sentirme como los ángeles, sin pecado, de poder comulgar cada ocho días, en fin, amaba a Dios. Pero desde hace tres años, cada día que ha pasado, he ido cambiando. Primero, quise tener flores en mi habitación, y he tenido las más hermosas; después, quise... Pero ya no quiero nada más —añadió después de una pausa, sonriendo a Montefiore—. ¿No hace poco que has escrito que siempre me amarás?

—Sí, Juana mía —exclamó suavemente Montefiore abrazando a aquella adorable muchacha por el talle y estrechándola con fuerza contra sí—. Sí. Pero déjame que te hable como tú hablas a Dios. ¿No eres tú más hermosa que la María de los Cielos? Escúchame. Te juro —prosiguió, besándola los cabellos—, te juro, tomando tu frente como el más bello de los altares, que tú serás mi ídolo, de darte todo cuanto desees en el mundo. Para ti serán mis carrozas, para ti mi palacio de Milán, para ti todas las joyas, los brillantes de mi antigua familia; para ti, encargaré todos los días nuevas galas, para ti los mil placeres, las mil delicias del mundo.

—Sí —dijo ella—, todo esto me gusta mucho; pero siento que lo que más me gustará será el querer a mi amado esposo. *Mi ó caro sposo!* —dijo; ya que es imposible pronunciar en otro idioma la admirable ternura, la amorosa elegancia que el idioma y la pronunciación italiana dan a aquellas tres deliciosas palabras; y el italiano era la lengua materna de Juana—. Volveré a hallar —continuó, lanzando a Montefiore una mirada en la que brillaba la pureza de los querubines—, volveré a hallar mi querida religión en él. Él y Dios, Dios y él. ¿Serás tú? —preguntó—. ¡Sí, con seguridad serás tú! —exclamó después de una pausa—. Mira, ven a ver el cuadro que mi padre me trajo de Italia.

Tomó una vela, hizo un signo a Montefiore, y le enseñó un cuadro en el que aparecía un San Miguel venciendo al demonio.

—Fíjate, ¿no ves cómo tiene tus mismos ojos? Por esto, cuando te vi en la calle, me pareció haber recibido un aviso del cielo. En mis sueños, antes de ser llamada por mi madre para las oraciones de la mañana, había contemplado tantas veces a esta pintura, a este ángel, que había terminado por hacerlo mi esposo. ¡Dios mío!, te estoy hablando como me hablo a mí misma. Debo de parecerte una loca; pero no sabes la necesidad que siente una pobre reclusa de expresar los pensamientos que la ahogan. Cuando estaba sola, hablaba a las flores, a los tapices; creo que me comprendían mejor que mis padre y madre, siempre tan serios...

—Juana —dijo Montefiore cogiéndole las manos y besándoselas con una pasión que resplandecía en su mirada, en sus gestos, en el tono de su voz—, háblame como hablarías a tu esposo, a ti misma. Ya he pasado por las mismas penas que has sufrido tú. Entre nosotros deben bastar muy pocas palabras para que comprendamos nuestro pasado; pero no las habrá bastantes para expresar nuestra felicidad futura. Pon tu mano encima de mi corazón. ¿Notas como late? Prometamos ante el Dios que nos está contemplando sernos fieles el uno al otro durante toda nuestra vida. Toma, aquí tienes este anillo... Dame tú el tuyo.

—¡Darte mi anillo! —exclamó ella con espanto.

—¿Y por qué no? —preguntó Montefiore, inquieto por tanta ingenuidad.

—Porque es un regalo de nuestro Padre Santo, el Papa; me fue puesto en el dedo, en mi infancia, por una hermosa dama que me crio, me instaló en esta mansión, y me aconsejó que lo llevara siempre puesto.

—Juana, ¿no me amas?

—¡Ah! —dijo ella—, tómalo... ¿no eres mejor que yo?

Le tendió, temblando, el anillo, y lo apretaba en su mano mirando a Montefiore con una interrogante lucidez. Aquel anillo era ella misma: y se lo entregó.

—¡Juana mía! —exclamó Montefiore, estrechándola entre sus brazos—, se necesita ser un monstruo para engañarte... Siempre te querré...

Juana permaneció pensativa. Montefiore, convencido de que no debía arriesgar nada en aquella primera entrevista para no despertar sospechas en una joven tan pura, imprudente por virtud más que por deseo, se remitió al futuro, seguro del poder que ejercía su belleza, y en el inocente matrimonio del anillo, la más magnífica de las uniones, la más leve y la más fuerte a la vez de todas las ceremonias, el himeneo del corazón. Durante el resto de la noche y durante todo el día siguiente, la imaginación de Juana sería un cómplice de su pasión. Así, pues, sé esforzó en ser tan tierno como respetuoso. Pensando esto, ayudado por su pasión, y aún más por el deseo que le inspiraba Juana, se mostró acariciador y untuoso en sus palabras. Embarcó a la inocente muchacha en todos los proyectos de una vida nueva, le pintó el mundo en sus más brillantes colores, comentó aquellos detalles matrimoniales que tanto gusta escuchar a las mujeres solteras, llegó con ella a aquella clase de acuerdos discutidos, que dan derechos y realidad al amor. Luego, después de haber decidido establecer una hora determinada para sus citas nocturnas, dejó a Juana totalmente feliz, pero cambiada; la Juana pura y santa había dejado de existir: en la última mirada que le lanzó, en el gentil movimiento que hizo para poner su frente al alcance de los labios de su amante, había ya más pasión de la que le es permitido demostrar a una muchacha. La soledad, el aburrimiento de las faenas cotidianas, en oposición con la naturaleza de aquella muchacha, habían conducido a aquel cambio; para hacerla prudente y virtuosa, habría sido quizá necesario ir la acostumbrando, poco a poco, al mundo, o vedárselo para siempre.

—El día de mañana me parecerá interminable —dijo ella, recibiendo en la frente

un beso todavía casto—. Pero procura estar el mayor rato posible en la sala y hablar un poco alto para poder oír tu voz, que me llena el alma.

Montefiore, adivinando toda la vida de Juana, se sintió satisfecho de haber sabido contener sus deseos para mejor asegurar su realización. Regresó a su habitación sin incidentes. Pasaron diez días sin que ningún acontecimiento turbara la paz y tranquilidad de aquella mansión. Montefiore había desplegado con el anciano Pérez, con la señora de Laguna, con el aprendiz e incluso con la criada, toda la gama de zalamerías italianas, siendo querido y considerado por todos; pero, a pesar de la confianza que había sabido inspirarles, jamás quiso aprovecharse de ella para solicitar ver a Juana, para hacerse abrir la puerta de la deliciosa celda. La joven italiana, hambrienta por ver a su amante, se lo había pedido repetidas veces; pero él se había negado, alegando motivos de prudencia. Por otra parte, había empleado toda su ciencia y su crédito para calmar las sospechas de los ancianos esposos, les había acostumbrado a verle, a él, un militar, levantarse al mediodía. El capitán les dijo que no se encontraba muy bien de salud. Así, pues, los dos amantes solo vivían de noche, en el momento en que todo dormía en la casa. Si Montefiore no fuera uno de aquellos libertinos a los cuales la costumbre de los placeres les permite conservar su sangre fría en cualquier ocasión, durante aquellos diez días se hubieran perdido más de cien veces, pues ocasiones no faltaron para ello. Un amante joven, con el candor de su primer amor, se hubiera dejado arrastrar a encantadoras imprudencias a las cuales tan difícil es resistirse. Pero el italiano era capaz de resistir incluso a la Juana enfurruñada, a la Juana enloquecida, a la Juana que hacía de sus largos cabellos una cadena que pasaba alrededor de su cuello para retenerle. No obstante, el más perspicaz de los hombres no hubiera sido capaz de adivinar sus citas nocturnas. Sería cosa de creer que el italiano, seguro de su éxito, se había entregado a los inefables placeres de una seducción lenta, de un incendio que avanza gradualmente y que termina por quemarlo todo. Al onceavo día, mientras cenaban, juzgó necesario confiar, bajo sello de secreto, al anciano Pérez, que la causa del distanciamiento de su familia era una boda desigual. Aquella falsa confidencia era algo horrible en medio del drama nocturno que estaba representando en aquella casa. Montefiore, como actor experimentado, se preparaba con ella una salida, gozando por anticipado como artista que ama su arte. Esperaba pronto marcharse de aquella casa, sin preocuparse ni de la mansión ni de su amor. Y cuando Juana, arriesgando quizá su vida, se atreviera a preguntar a Pérez dónde estaba su huésped, tras de haberle esperado inútilmente durante unos días, Pérez le diría, sin conocer la importancia de su respuesta: “El marqués de Montefiore se ha reconciliado con su familia, que ahora consiente en recibir a su mujer, y se ha ido a Italia a presentársela”.

¿Entonces, Juana?... El italiano ni se había preocupado de lo que podría sucederle a Juana; había estudiado atentamente su nobleza, su candor, y todas sus cualidades, y estaba perfectamente seguro que guardaría silencio sobre sus relaciones.

Obtuvo una misión de no sé qué general. Dos días más tarde, durante la noche, la

noche que precedió a su partida, deseando Montefiore, como un tigre, no dejar nada de su presa, en vez de subir directamente a su habitación, entró inmediatamente después de cenar en la de Juana para que la noche de despedida fuera más larga. Juana, española auténtica, auténtica italiana, experimentando una doble pasión, se sintió muy feliz con aquel atrevimiento: ¡demostraba tanto ardor! Encontrar en el amor puro del matrimonio las crueles dichas de una relación ilícita, esconder a su esposo entre las cortinas de su lecho, engañar a medias a su padre y a su madre adoptivos, y poderles decir, en caso de ser sorprendida: “Soy la marquesa de Montefiore!”. Para una muchacha romántica, que desde hacía tres años solo soñaba en el amor envuelto en todos sus peligros, ¿no era una fiesta? La puerta se cerró tras ellos, tras sus locuras, tras su felicidad, como un velo que es inútil descorrer. Eran entonces alrededor de las nueve de la noche y el comerciante y su mujer estaban leyendo las oraciones antes de acostarse; de repente resonó en la estrecha calle un ruido de un coche tirado por varios caballos; unos golpes premiosos resonaron en toda la tienda, y la criada corrió a abrir la puerta. Inmediatamente, en dos saltos, penetró en la antigua sala una mujer deslumbrantemente vestida, aunque salía de una berlina de viaje cubierta por el barro de un millar de caminos. Su coche había atravesado Italia, Francia y España. Era la Maraña. La Maraña, que a pesar de sus treinta y seis años, a pesar de la vida que llevaba, se mostraba en todo el resplandor de una *bella folgorante*, para no desmentir aquel calificativo creado, exclusivamente para ella, en Milán por sus apasionados adoradores. La Maraña, amante de un rey, había dejado Nápoles, las fiestas de Nápoles, el cielo de Nápoles, el apogeo de su vida de oro y madrigales, de perfumes y de sedas, cuando supo, por su real amante, los acontecimientos de España y el sitio de Tarragona.

—¡A Tarragona, de prisa, antes de que sea tomada la ciudad! —había exclamado—. Quiero estar antes de diez días en Tarragona...

Y sin preocuparse de toda una corte, ni de una corona había llegado a Tarragona, provista de un pasaporte casi imperial, provista del oro suficiente para permitirle cruzar todo el imperio francés con la velocidad de un cohete y con todo el resplandor de un cohete. Para una madre no existe el espacio, y una verdadera madre lo presiente todo y puede ver a su hijo desde un polo a otro.

—¿Y mi hija? ¿Y mi hija? —preguntó, ansiosamente, la Maraña.

A esta voz, ante esta brusca invasión, ante la presencia de aquella reina, el libro, de oraciones se les cayó de las manos a Pérez y a su mujer; su voz resonaba como el trueno, y los ojos de la Maraña despedían rayos.

—Está aquí —respondió el comerciante con voz tranquila, después de una pausa para recuperarse de la emoción que le había causado aquella inopinada llegada, la voz y la mirada de la Maraña—. Está aquí —repitió, señalando la celda.

—¿Estará enferma? ¿Se encuentra...?

—Perfectamente bien —concluyó la señora Lagunia.

—¡Dios mío!, mándame al infierno por toda una eternidad, si este es tu deseo —

exclamó la Maraña dejándose caer en el sillón, agotada, medio muerta de cansancio.

La falsa coloración de sus mejillas, debida a su ansiedad, desapareció súbitamente, empalideciendo. Había tenido fuerzas suficientes para resistir el sufrimiento, pero no las tenía para soportar su alegría. La alegría era más violenta que su dolor, porque contenía los ecos del dolor y las angustias de la alegría.

—¿Cómo lo habéis hecho? Tarragona ha sido tomada al asalto.

—Sí —respondió Pérez—. Pero, viéndome vivo, ¿cómo es que me hace semejante pregunta? Le consta que sería preciso matarme para poder llegar hasta Juana.

Al escuchar aquella respuesta la cortesana cogió la callosa mano de Pérez y se la besó derramando lágrimas. Estas lágrimas era su más preciado bien, ella que jamás lloraba.

—¡Bondadoso Pérez! —dijo al fin—. ¿Pero no tienes a ningún oficial alojado en casa?

—Sí, uno solo —contestó el español—. Por suerte se trata de un hombre leal, un hombre que fue en otros tiempos español, un italiano que odia a Bonaparte, un hombre casado, un hombre frío... Se levanta muy tarde, y se acuesta temprano. En estos días está algo enfermo.

—¿Un italiano? ¿Cómo se llama?

—El capitán Montefiore...

—Entonces, no puede tratarse de otro sino del marqués de Montefiore.

—Sí, señora, de él se trata.

—¿Ha visto a Juana?

—No —dijo la señora de Lagunia.

—Te equivocas, mujer —objetó Pérez—. El marqués vio a Juana durante un corto instante, es verdad, pero me parece recordar que la vio el día en que ella entró en esta sala durante la cena.

—Quiero ver a mi hija...

—Nada más fácil —dijo Pérez—. Está durmiendo. Si ha dejado la llave en la cerradura, será preciso despertarla.

Cuando se levantaba para ir a buscar el duplicado de la llave de la puerta, la mirada del comerciante se detuvo, por casualidad, en la alta ventana. En aquel momento, en el rectángulo de luz proyectado contra la negra pared del patio interior a través de los cristales de la habitación de Juana, pudo distinguir la silueta de un grupo que ningún escultor, ni aún Canova, hubiese podido componer. El español se volvió.

—No sé dónde he dejado la llave —dijo dirigiéndose a la Maraña.

—Está usted pálido —dijo ella.

—Y voy a decirle el porqué —respondió Pérez desenvainando su puñal, con el cual golpeó furiosamente la puerta de la habitación de Juana, gritando—: ¡Juana, abre!, ¡abre!

Su acento expresaba una espantosa desesperación, que dejó heladas a las dos

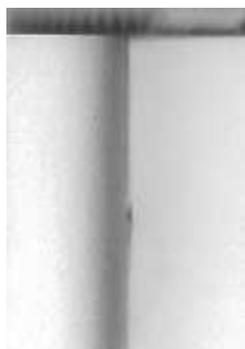
mujeres.

Pero Juana no abrió inmediatamente, porque le era necesario algún tiempo para poder esconder a Montefiore. Ignoraba todo cuanto estaba sucediendo en la sala. Las dobles puertas ahogaban las palabras.

—Señora, le estoy mintiendo al decirle que ignoro dónde he dejado la llave. Aquí está —prosiguió Pérez cogiéndola del aparador—. Pero es inútil. La de Juana está en la cerradura y la puerta está atrancada. Hemos sido engañados, mujer —dijo volviéndose hacia su esposa—, hay un hombre en la habitación de Juana.

—¡Por mi eterna salvación, esto es imposible! —exclamó la mujer.

—No lo jures, doña Lagtmia. Han matado nuestro honor y esta mujer (señaló a la Maraña que se había puesto en pie y permanecía inmóvil, aterrorizada por lo que estaba escuchando), esta mujer tiene perfecto derecho a despreciarnos. Ella nos ha salvado la vida, la fortuna y el honor, y nosotros no hemos sabido hacer otra cosa que guardarle su dinero. ¡Juana, abre —gritó— o derribo la puerta!



Y su voz, creciendo en violencia, resonó hasta los altos graneros de la mansión. Pero seguía frío y calmoso. Tenía en sus manos la vida de Montefiore, y estaba dispuesto a lavar su deshonor y sus remordimientos con la sangre del italiano.

—¡Salid, salid, salid todos! —gritó la Maraña saltando con agilidad de tigresa sobre el puñal, que arrancó de las manos del estupefacto Pérez—. Apártese, Pérez —prosiguió con más tranquilidad—, que se aparten todos, tu mujer, el aprendiz, la criada, todos. Aquí va a tener lugar un asesinato. Vosotros podríais ser inculpados y fusilados por los franceses. Desapareced de aquí, este es un asunto que solo me atañe a mí. Entre mi hija y yo únicamente puede estar Dios. En cuanto al hombre que está con ella, me pertenece. ¡Nada en el mundo podría arrancarlo de mis manos! Id, id, pues, os perdono. Ahora comprendo que esta muchacha es una Maraña. Vosotros, vuestras costumbres, vuestra religiosidad, erais demasiado débiles para luchar contra mi sangre...

Exhaló un espantoso suspiro, pero en sus ojos no había lágrimas. Lo había perdido todo, pero sabía perder, era una cortesana. La puerta se abrió. La Maraña lo olvidó todo y Pérez, haciendo un signo a su mujer, pudo permanecer en su puesto, como antiguo español inquebrantable en su honor, quería ayudar a la traicionada

madre en su venganza. Juana, suavemente iluminada, vestida de blanco, se mostró tranquila, en medio de la habitación.

—¿Qué es lo que queréis de mí? —preguntó.

La Maraña no pudo reprimir un ligero escalofrío.

—Pérez —preguntó—. ¿Esta habitación tiene otra salida?

Pérez hizo un gesto negativo; y, confiando en dicho gesto, la cortesana entró en la habitación.

—Juana, yo soy tu madre, tu juez, y te has colocado en la única situación en la cual podías obligarme a revelarte este secreto. Yo, que deseaba lo mejor para ti, hasta el Cielo, ¡has caído bien bajo...! En tu habitación escondes un amante.

—Señora, en mi habitación no puede haber otro hombre que mi esposo. Soy la marquesa de Montefiore.

—Entonces, debe haber dos marquesas de este nombre, porque el que yo conozco me dijo que estaba casado —dijo el anciano Pérez con voz grave.

—¡Montefiore, amor mío! —exclamó la muchacha, descorriendo las cortinas y mostrando al oficia—, ven, estas gentes te están calumniando.

El italiano se adelantó, pálido y demacrado, al ver un puñal brillando en la mano de la Maraña. Y él conocía la clase de mujer que era la Maraña.

De un salto intentó salir fuera de la habitación, gritando con voz potente:

—¡Socorro!, ¡socorro! ¡Quieren asesinar a un francés. Soldados del 6.º de línea, corred a buscar al capitán Diard...! ¡Socorro!

Pérez había conseguido coger al marqués, e iba a estrangularle con sus poderosas manos, cuando la cortesana le detuvo, diciéndole:

—Sujétale bien, pero déjale que grite. Abrid todas las puertas, dejadlas abiertas, y salid todos, os lo repito. En cuanto a ti —prosiguió dirigiéndose a Montefiore—, grita, pide ayuda... En cuanto oiga los pasos de tus soldados, tendrás esta hoja clavada en el corazón... ¿Estás realmente casado? ¡Contesta!

Montefiore, caído en el dintel de la puerta, a dos pasos de Juana, no veía otra cosa que la hoja del puñal, cuyos relucientes reflejos le cegaban.

—¡Entonces, me ha engañado! —dijo lentamente Juana—. Me dijo que era libre.

—A mí me dijo que estaba casado —insistió Pérez, con voz grave.

—¡Virgen santa! —exclamó la señora de Lagunia.

—¿Responderás de una vez, alma miserable? —dijo la Maraña, en voz baja, inclinándose al oído del marqués.

—Su hija... —empezó a decir Montefiore.

—Mi hija está muerta para mí, o va a morir —replicó la Maraña—. Ya no tengo ninguna hija. No pronuncie más esta palabra. Conteste, ¿está casado?

—No, señora —dijo finalmente Montefiore, deseando ganar tiempo—. Yo deseo casarme con su hija.

—¡Mi noble Montefiore! —dijo Juana, aliviada.

—Entonces, ¿por qué pedís socorro? —preguntó el español.

Juana se retorció las manos, y fue a sentarse en el sillón. En aquel momento se produjo en el exterior de la casa un tumulto, fácil de distinguir por el profundo silencio que reinaba en el interior. Un soldado del 6.º de línea, que pasaba por casualidad por la calle en el momento en que Montefiore pedía socorro, había ido a avisar a Diard. El cuartelmaestre, que por suerte se hallaba en casa, llegó acompañado de algunos compañeros.

—¿Por qué huir? —respondió Montefiore, al oír la voz de su amigo—. Porque les estaba diciendo la verdad. ¡Diard!, ¡Diard! —gritó con voz aguda.

Pero, a una indicación de su amo, que deseaba que todo fuese muerte en su casa, el aprendiz cerró la puerta, y los soldados se vieron obligados a hundirla. Antes de que pudieran entrar, la Maraña pudo dar al culpable una puñalada; pero su cólera concentrada la impidió acertar un sitio vital, y la hoja resbaló sobre la charretera de Montefiore. No obstante, dio el golpe con tanta fuerza, que el italiano fue a caer a los pies de Juana, que no se daba cuenta de nada de lo que estaba sucediendo a dos pasos de ella. La Maraña saltó sobre el marqués; y esta vez, para no fallar el golpe, lo cogió por la garganta con brazo de hierro, y le apuntó al corazón.

—¡Soy libre y quiero casarme! Lo juro ante Dios, por mi madre y por todo cuanto pueda haber sagrado en este mundo... Soy soltero y me casaré, ¡palabra de honor!

Y dio un mordisco en el brazo de la cortesana.

—¡Adelante, madre, mátales! —dijo Juana—. Es demasiado cobarde y no le quiero por marido, por muy guapo que sea.

—Ahora veo en ti a mi hija —exclamó la madre.

—¿Qué es lo que sucede aquí? —preguntó el cuartelmaestre, entrando.

—Sucede —exclamó Montefiore— que por culpa de esta muchacha me quieren asesinar. Dice que yo soy su amante, pero la verdad es que me ha tendido una trampa y quieren obligarme a que me case con ella en contra de mi voluntad...

—¿No quieres casarte con ella? —exclamó Diard, impresionado por la belleza sublime que la indignación, el desprecio y el odio, daban al rostro de Juana, ya de por sí tan hermoso—. ¡Eres un tipo bien raro! Si lo que busca es un marido, aquí estoy yo. ¡Retire el puñal!

La Maraña cogió al italiano, le ayudó a ponerse en pie, le llevó cerca de la cama de su hija y le dijo al oído:

—Si te he perdonado, puedes dar gracias a tus últimas palabras. Pero recuerda esto que te digo: si tu lengua pronuncia una sola frase sobre mi hija o simplemente su nombre, nos volveremos a ver las caras. ¿A cuánto asciende la dote de mi hija? —preguntó dirigiéndose a Pérez.

—A unas doscientas mil piastras fuertes...

—Y esto no será todo, señor —dijo la cortesana a Diard—. ¿Quién es usted? Ya puede usted marcharse —prosiguió dirigiéndose a Montefiore.

Al oír que la dote ascendía a doscientas mil piastras fuertes, el marqués se adelantó, diciendo:

—Soy realmente libre...

Una mirada de Juana, le detuvo.

—Es usted libre de marcharse de aquí —le dijo esta.

El italiano se fue.

—Señor —continuó la muchacha, dirigiéndose a Diard—, os lo agradezco con admiración. Mi esposo se halla en los Cielos, mi esposo será Jesucristo. Mañana mismo entraré en el convento de...

—¡Juana, Juana mía, cállate! —exclamó la madre, estrechándola entre sus brazos.

Y después le dijo al oído:

—No te preocupes, te encontraré otro marido.

—¿Quién es usted, señor? —repitió, mirando al provenzal.

—Solo soy el cuartelmaestre del 6.º de línea. Pero al ver una mujer como esta, uno se siente capaz de llegar a ser mariscal de Francia. Mi nombre es Pedro Francisco Diard. Mi padre fue síndico de los comerciantes; así, pues, no soy un...

—¡Ah!, usted es un hombre honrado, ¿no es así? —exclamó la Maraña—. Si la señorita Juana de Mancini no tiene inconveniente, creo que el uno puede hacer la felicidad del otro. Juana —prosiguió con tono serio—, convirtiéndote en la mujer de un hombre valiente y digno, piensa que un día u otro serás madre. Y he jurado que tú podrías besar la frente de tus hijos sin sonrojo... (Aquí su voz se alteró ligeramente). He jurado que serías una mujer virtuosa. Espera, pues, de esta vida, toda clase de penas; pero suceda lo que suceda, permanece pura, y sé fiel a tu esposo en todas las cosas; sacríficaselo todo a él, piensa que será el padre de tus hijos... ¡Un padre para tus hijos!... Vamos, entre un amante y tú, siempre encontrarás a tu madre; lo seré únicamente en los momentos en que te halles en peligro... ¿Ves el puñal de Pérez?... Forma parte de la dote —dijo cogiendo el arma y tirándola sobre la cama de Juana—, aquí lo dejo como garantía de honor, en tanto yo tenga los ojos abiertos y las manos libres. ¡Adiós! —dijo, conteniendo las lágrimas—. ¡Quiera Dios que no tengamos que volver a vernos nunca más!

Ante aquella posible idea, empezó a derramar abundantes lágrimas.

—Pobre hija, has sido muy feliz en esta celda, más de lo que crees. Haga que nunca se arrepienta de haber salido de ella —dijo dirigiéndose a su futuro yerno.

Toda esta explicación, puramente introductiva, no es el tema principal de este estudio, pero que para su inteligencia era preciso contar cosas como el porqué el capitán Diard se había casado con Juana de Mancini, o cómo se habían conocido Montefiore y Diard, o para explicar la manera de ser del corazón, la sangre, y las pasiones que animaban a la señora Diard.

Cuando el cuartelmaestre hubo realizado toda la serie de largas y lentas formalidades sin las cuales un oficial francés no puede contraer matrimonio, se había enamorado apasionadamente de Juana de Mancini. Esta había tenido tiempo suficiente para meditar sobre su destino. ¡Destino espantoso! Juana, que no sentía ni amor ni afecto por Diard, se encontraba, no obstante, atada a él por una palabra,

imprudente sin duda, pero necesaria. El provenzal no era ni guapo ni apuesto. Sus modales, desprovisto e distinción, se resentían del mal tono del ejército, las costumbres provincianas y una educación incompleta. ¿Era posible, pues, que una muchacha, toda encanto y elegancia, movida por un instintivo deseo de lujo y de buen gusto, a la que su manera de ser arrastraba hacia la esfera de las altas clases sociales, llegase a amar a un hombre como Diard? En cuanto al aprecio, le negaba — incluso— este sentimiento, y precisamente se lo negaba porque Diard se casaba con ella. Esta repulsión era natural. La mujer es una santa y hermosa criatura, casi siempre incomprendida, y casi siempre mal juzgada, porque es incomprendida. Si Juana hubiese amado a Diard, le hubiera apreciado. El amor crea, en la mujer, una mujer nueva: la de la víspera deja de existir al día siguiente. Revistiendo las ropas nupciales con la pasión en la que se entrega la vida toda, una mujer las reviste de color blanco y puro. Renaciendo virtuosa y pura, el pasado no existe para ella; todo en ella es futuro, y debe olvidarlo todo, para reiniciarlo todo. En tal sentido, el célebre verso que un poeta moderno ha colocado en boca de Marión Delorme, está templado en la más auténtica verdad, verso que, por otra parte, tiene todo el sabor corneliano:

Et l'amour m'a refait une virginité.

¿No parece este verso una reminiscencia de alguna de las tragedias de Corneille, tanto se manifiesta en él la factura sustancialmente enérgica del padre de nuestro teatro? Y no obstante, el poeta se ha visto obligado a sacrificarlo al genio esencialmente sainetero del gallinero.

Así, pues, Juana, sin amor, seguía siendo la misma Juana engañada, humillada, degradada. Juana no podía honrar a un hombre que la aceptaba de aquel modo. Sentía, en toda su consciente pureza juvenil, esta distinción, aparentemente sutil, pero de una veracidad sagrada, legal según el corazón, y que las mujeres aplican, instintivamente, a todos sus sentimientos, incluso a aquellos más irreflexivos. Juana se puso profundamente triste cuando descubrió toda la intensidad de la vida. Volvió a menudo sus ojos, llenos de lágrimas, hacia el señor y la señora Pérez de Lagunia, quienes comprendían los amargos pensamientos contenidos en aquellas lágrimas; pero se callaban. ¿Para qué reprochar nada? ¿Por qué consuelos? Cuanto más profundos y sinceros son, tanto más aumentan el dolor.

Una noche, Juana, estúpida de dolor, oyó, a través de la puerta de su celda, que los dos esposos creían cerrada, una queja que se escapaba a su madre adoptiva.

—¡La pobre niña se morirá de pena!

—Sí —replicó Pérez, con voz emocionada—. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Puedo alabar al conde de Arcos, con quien esperaba poderla casar, la casta pureza de mi pupila?

—Una falta no constituye un vicio —dijo la anciana, tan indulgente como pudiera serlo un ángel.

—Su madre ya la ha entregado —le replicó Pérez.

—Pero fue en un momento de arrebató, y sin meditarlo ni consultarla —exclamó

la señora de Laguna.

—Sabía perfectamente lo que se hacía...

—¡A qué manos irá a parar nuestra perla!

—Cállate ya, o voy a buscar pendencia a este... Diard.

—Esto sería mucho peor.

Al escuchar aquellas terribles palabras, Juana comprendió toda la dicha cuyo curso había detenido con su falta. Las horas puras y candidas pasadas en aquel dulce retiro serían recompensadas con aquella existencia deslumbrante y espléndida, con cuyas delicias había soñado, sueños que habían causado su ruina. ¡Caer desde lo alto de la grandeza en el *señor* Diard!... Juana lloró, Juana se volvió casi loca. Nadó, durante unos instantes, entre el vicio y la religión. El vicio era una solución inmediata; la religión, significaba una vida entera de sufrimientos. La meditación fue tempestuosa y solemne. El día siguiente fue un día fatal: el de la boda. Juana podía todavía seguir siendo Juana. Libre, sabía hasta dónde podía llegar su desventura; casada, ignoraba incluso hasta dónde podía llegar esta. Pero la religión triunfó. La señora Laguna fue a su lado para rezar y velar, con tanto fervor como hubiese podido rezar y velar a una moribunda.

—¡Dios lo ha querido así! —dijo a Juana.

La naturaleza da, alternativamente, a la mujer, una fuerza especial que la ayuda a sufrir y una debilidad que le aconseja resignación. Juana se resignó. Quiso obedecer el voto hecho por su madre y atravesar el desierto de la vida para alcanzar el Cielo, sabiendo que no encontraría flores en su penoso viaje. Se casó con Diard. En cuanto al cuartelmaestre, ¿quién no lo habría absuelto de que Juana no lo encontrase atractivo? La amaba con locura. La Maraña, tan hábil en presentir el amor, había notado en él el acento de la pasión, adivinado la manera de ser brusca y los impulsos generosos propios de los meridionales. En el paroxismo de su inmensa indignación, solo había percibido las buenas cualidades de Diard, y creyó ver bastantes para asegurar para siempre la felicidad de su hija.

Los primeros días de aquel matrimonio fueron felices, en apariencia; o, para expresar uno de aquellos hechos latentes en los que todas las miserias son enterradas por las mujeres en el fondo del alma, Juana no quiso perturbar la dicha de su marido. Doble papel, espantoso de jugar y que juegan, tarde o temprano, todas las mujeres mal casadas. De esta vida, el hombre solo puede conocer los hechos; únicamente los corazones femeninos adivinan los sentimientos. ¿No es esta una historia imposible de contar en toda su realidad? Juana, luchando continuamente contra su manera de ser, a la vez española e italiana, habiendo secado el manantial de sus lágrimas con llantos secretos, era una de aquellas creaciones típicas, destinadas a representar la desdicha femenina en su más amplia expresión: dolor constantemente activo, cuya descripción exigiría observaciones tan minuciosas, que, para las personas ávidas de emociones dramáticas, resultarían insípidas. Este análisis en el que cada esposa debería encontrar alguno de sus propios sufrimientos, ¿no constituiría un libro incompleto? Libro

ingrato en su naturaleza, cuyo mérito debería ser el empleo de tonos finos, suaves, matices delicados que los críticos encontrarían blandos y difusos. Por otra parte, ¿quién podría abordar, sin llevar otro corazón en el suyo, estas impresionantes alegrías que ciertas mujeres se llevan a la tumba? Melancolías incomprendidas, incluso para aquellos que las excitan; suspiros inagotables, afectos sin recompensa, por lo menos en este mundo; magníficos silencios cuya razón se desconoce; venganzas despreciadas; generosidades perpetuas y dilapidadas; placeres deseados y traicionados; caridades angelicales realizadas misteriosamente; en fin, todas sus religiones y su inextinguible amor. Juana conoció esta clase de vida, y la suerte no le dispensó de ningún sinsabor. Fue toda mujer, pero la mujer desgraciada y sufrida, la mujer continuamente ofendida y perdonando siempre, la mujer pura como un diamante sin mácula; ella, que, como este diamante, poseía la belleza, el destello; y en esta belleza, en este brillar, una venganza preparada. Ciertamente no temía mucho utilizar el puñal que formaba parte de su dote.

No obstante, animada por un verdadero amor, por una de aquellas pasiones capaces de modificar en un instante los más detestables caracteres e iluminando todo lo que hay de bueno en un alma, Diard supo comportarse como un hombre de honor. Obligó a Montefiore a dejar el regimiento, e incluso el cuerpo de ejército, para que su mujer no tuviera que encontrarse con él durante el poco tiempo que pensaba permanecer en España. Después el cuartelmaestre solicitó su traslado, y consiguió ingresar en la guardia imperial. Deseaba conseguir un título a cualquier precio, honores y consideración a tono con su gran fortuna. Imbuido de aquella idea, dio grandes muestras de valor en uno de los más sangrientos combates acaecidos en Alemania; pero fue herido demasiado gravemente para permanecer en el servicio. Amenazado con la pérdida de una pierna, se retiró, sin el título de barón y sin las recompensas que había deseado alcanzar, y que habría conseguido, si no fuera Diard. Aquel suceso, su herida, sus esperanzas derrumbadas, contribuyeron a cambiar su carácter. Su energía provenzal, exaltada durante un momento, se derrumbó estrepitosamente. No obstante, en un principio, fue alentado por su esposa, a la cual estos esfuerzos, este coraje, esta ambición hicieron que tuviera fe en su marido y que, más que cualquier otra cosa, debía mostrar lo que son las mujeres consoladoras y tiernas en las penas de la vida. Animado por algunas palabras de Juana, el jefe de batallón retirado vino a París y se decidió a conseguir, en la carrera administrativa, una alta posición que le granjease el respeto, hiciese olvidar al cuartelmaestre del 6.º de línea, y proporcionase algún día a la señora Diard algún hermoso título. Su pasión por esta seductora criatura le ayudaba a adivinar sus secretos deseos. Juana callaba, pero la comprendía; no era amado como un amante espera serlo; lo sabía, y procuraba hacerse estimar, amar, desear. Aquel hombre infeliz presentía la felicidad al hablar a su esposa, en todo momento dulce y paciente; pero esta dulzura, esta paciencia, traicionaban la resignación a la cual debía Juana. ¿La resignación, la religión, eran el amor? A menudo Diard hubiese deseado ser rechazado allí donde solo encontraba una

casta obediencia; a menudo hubiese dado su vida eterna porque Juana se dignase llorar sobre su pecho y no encubriese sus pensamientos bajo una risueña cara que mentía noblemente. Muchos hombres jóvenes, ya que a determinada edad dejamos de luchar, desean triunfar sobre su desgraciado destino, donde los nubarrones gruñen de vez en cuando en el horizonte de su vida; en los momentos en que se despeñan por los abismos de la infelicidad, hay que tener consideración de estos combates ignorados.

Como muchas otras personas, Diard lo intentó todo y todo le fue hostil. Su fortuna le permitía rodear a su mujer de todas las delicadezas del lujo parisién: tuvo una gran residencia, grandes salones y una de aquellas casas frecuentadas por los artistas, malos jueces de su naturaleza, algunos intrigantes, gentes dispuestas a divertirse en cualquier sitio y a cualquier hora, y ciertos hombres de moda, todos enamorados de Juana. Los que en París se ponen en evidencia deben dominar París o sucumbir ante París. Diard no poseía un carácter lo bastante fuerte, lo bastante compacto, lo bastante persistente para mandar en la sociedad de aquella época, porque, en aquella época, todo el mundo deseaba situarse y subir. Una vez establecidas las clasificaciones sociales, pueden ser un gran bien, incluso para el pueblo. Napoleón nos ha confiado el trabajo que le costó el imponer respeto a su corte, ya que la mayoría de los que la componían habían sido sus iguales. Pero Napoleón era corso y Diard provenzal. En igualdad de condiciones, un insular es siempre más completo que un hombre de tierra firme, y en la misma latitud, el brazo de mar que separa Córcega de Provenza es, a despecho de la ciencia humana, un océano que las convierte en dos patrias distintas.

De su falsa posición, que todavía hizo más falsa, se derivaron para Diard grandes desdichas. Tal vez de la filiación imperceptible de los hechos que engendraron el desarrollo de esta historia pueda deducirse alguna enseñanza útil. En primer lugar, los bromistas de París no dejaron de sonreír ante la vista de los cuadros con los que el ex cuartelmaestre había decorado las paredes de su casa. Las obras maestras, compradas la víspera, fueron envueltas en el mudo reproche que todos dirigían a los que habían saqueado España, y estos reproches no eran más que la venganza del amor propio ofendido por la fortuna de Diard. Juana comprendió algunas de estas frases de doble sentido en las que se distinguen los franceses. Entonces, por consejo suyo, su marido envió todos aquellos cuadros a Tarragona. Pero la gente, decidida a tomar las cosas por el peor sentido posible, comentó: “Este Diard es un vivo, ahora ha vendido sus cuadros”. Y las personas de buena fe siguieron creyendo que los cuadros que quedaron en sus salones no habían sido adquiridos legalmente. Algunas mujeres celosas preguntaban cómo era que *un Diard* se había podido casar con una mujer tan rica y tan hermosa. De ahí, una serie sin fin de comentarios y de bromas, como solo se saben hacer en París. No obstante, Juana encontraba en todas partes favorable acogida por su vida honesta y religiosa, que triunfaba de todo, incluso de las calumnias parisinas; pero este respeto quedaba reducido a ella, y no se extendía a su

marido. Su perspicacia femenina y su brillante mirada, al recorrer sus salones, no le proporcionaban otra cosa que dolores.

Esta desestimación era todavía una cosa completamente natural. Los militares, a pesar de las virtudes que la imaginación les atribuye, no perdonaban al ex cuartelmaestre del 6.º de línea, precisamente porque era rico y deseaba destacar en París. Y en París, desde la última mansión del faubourg de Saint Germain a la última casa del faubourg de Saint Lazare, desde la colina del Luxemburgo hasta la de Montmartre, todo lo que se viste y luce, se viste para salir y sale para lucirse, todo este mundo de bajos y de elevados tonos, todo este mundo vestido con impertinencia y aparentando humildad, todo lo que es dorado y desconchado, joven y viejo, noble de ayer o noble del siglo IV, todo el que se burla de un recién llegado, todo el que teme comprometerse, todo lo que desea derribar un poder, sabe adorarle si se resiste; todas estas orejas escuchan, todas estas lenguas hablan, todas estas inteligencias saben, en una sola tarde, dónde ha nacido, dónde se ha criado, lo que ha hecho y lo que no ha hecho el recién llegado que pretende honores en este mundo. Aunque no existe ningún tribunal para juzgar a la alta sociedad, esta sabe encontrar al más cruel de todos los fiscales, un ser moral, inaprensible, a la vez juez y verdugo; acusa y marca. No esperéis poderle ocultar nada, decídselo todo vosotros mismos, ya que desea saberlo todo, y, en realidad, lo sabe todo. No preguntéis dónde se halla este desconocido telégrafo que transmite, a la misma hora, en un abrir y cerrar de ojos, a todas partes, una historia, un escándalo o una noticia. Este telégrafo es un misterio social, un observador únicamente debe limitarse a comprobar sus efectos. Existen ejemplos increíbles, pero uno solo bastará. El asesinato del duque de Berry tuvo lugar en la Opera, y se supo, antes de diez minutos, en lo más profundo de la Isla de San Luis. La opinión que en el 6.º de línea se tenía sobre Diard, se filtró en la sociedad la noche misma en que dio el primer baile.

Diard no podía, pues, nada sobre el mundo. Desde aquel momento, solo su mujer estaba en situación de poder hacer algo por él. ¡Milagro de aquella singular civilización! En París, si un hombre no consigue nada por sí mismo, su esposa, cuando es joven e inteligente, puede aún ofrecerle alguna posibilidad para su elevación. Entre las mujeres, las hay de enfermas, de débiles en apariencia, que sin levantarse de su sillón, que sin salir de su habitación, pueden dominar la sociedad, tocar numerosos resortes, y colocar a sus respectivos maridos allí donde quisieran encontrarse vanidosamente situadas. Pero Juana, cuya infancia había transcurrido inocentemente en su celda de Tarragona, ignoraba los vicios, las bajezas y los resortes de la sociedad parisina: la contemplaba como una joven curiosa, no conociendo de ella más que lo que su dolor y su herido orgullo le revelaban. Por otro lado, Juana poseía el tacto de un corazón virgen que recibía las impresiones por anticipado, como les sucede a los sensitivos. La solitaria joven, convertida tan rápidamente en mujer, comprendió que si intentaba obligar a la sociedad a honrar a su marido, sería mendigar a la española, con una escopeta en la mano. Además, ¿la frecuencia y la

multiplicidad de las precauciones que debía tomar, no acusarían su necesidad? Entre el dejar de ser respetado y el ser excesivamente respetado, había, para Diard, todo un abismo. De repente, entrevió lo que era el mundo como anteriormente había entrevisto la vida, y solamente percibió la inmensa extensión de un irreparable infortunio. Después sintió el dolor de reconocer tardíamente la incapacidad de su marido, el hombre más inadecuado para dar realidad a sus pensamientos. No tenía ni la menor idea del papel que debía desempeñar en el mundo, no comprendía de él ni el conjunto ni los matices, y los matices lo eran todo. ¿No se hallaba en una de esas situaciones en las que la astucia puede fácilmente sustituir a la fuerza? Pero la astucia, que triunfa siempre, es quizá la más poderosa de todas las fuerzas.

Y muy lejos de intentar borrar la mancha de aceite formada por sus antecedentes, Diard realizó mil trabajos para extenderla. Así, sin saber comprender suficientemente la fase del Imperio en la cual vivió, quiso, aunque solo fue jefe de escuadrón, ser nombrado prefecto. Entonces casi todo el mundo creía en el genio de Napoleón, pues su suerte lo había engrandecido. Las prefecturas, esos imperios de tercer orden, no podían ser obtenidas más que por los grandes apellidos, por los chambelanes de S. M. el emperador y rey. En aquellos tiempos los prefectos se habían convertido ya en visires. Así, pues, los dispensadores de prebendas tomaron a risa la confesada ambición del jefe de escuadrón y, entonces, Diard solicitó una subprefectura. Existía un ridículo desacuerdo entre la modestia de su pretensión y la importancia de su fortuna. Tener abiertos unos salones regios, exhibir un lujo insolente, para luego dejar aquella vida de millonario para ir a enterrarse en Issoudun o en Savenay, ¿no era situarse voluntariamente por debajo de su verdadera posición? Juana, tardíamente instruida en el conocimiento de nuestras leyes, de nuestras costumbres y de nuestras normas administrativas, ilustró muy tarde a su marido. Diard, desesperado, solicita sucesivamente todos los poderes ministeriales; Diard, rechazado en todas partes, no pudo llegar a ser nada, y entonces la sociedad le juzgó como le había juzgado el Gobierno y como se juzgó él mismo. Diard había sido gravemente herido en un campo de batalla, pero Diard no había recibido ninguna condecoración. El cuartelmaestre, rico, pero sin gozar de la menor consideración social, no encontró sitio en el estado; la sociedad, naturalmente, le negó también el que pretendía en ella. Y finalmente, en su propia casa, el muy infeliz, sentía constantemente la superioridad de su mujer sobre él. Aunque usaba un tacto que podía calificarse de aterciopelado, si el calificativo no pecase de atrevido, para disimular a su marido aquella superioridad de la que ella misma era la primera en extrañarse, y por la cual se sentía humillada, Diard terminó por sentirse afectada. Necesariamente, en este juego, los hombres se derrumban, se agigantan o se vuelven malos. El valor o la pasión de aquel hombre tenían, pues, que empequeñecerse bajo los reiterados golpes que sus errores daban a su orgullo, y cometía error tras error. Efectivamente, había mucho que reprocharle, incluso sus costumbres y su carácter. Provenzal apasionado, franco y sincero, tanto en sus vicios como en sus virtudes, aquel hombre, cuyas fibras parecían cuerdas de arpa,

fue todo bondad y corazón para con sus amigos. Socorrió tanto a los desheredados de la fortuna como a los menesterosos de alto rango; en resumen, confió en todo el mundo y tendió, en su dorado salón, la mano a pobres diablos. Al ver esto el general del imperio, variedad de la especie humana de la cual pronto no existiría ningún tipo, dejó de dar el espaldarazo a Diard, y le dijo insolentemente: “¡Querido amigo!”. Allí donde los generales disimularon su insolencia bajo la capa de su campechanería soldadesca, las pocas personas pertenecientes a la auténtica buena sociedad que visitaban a Diard le dedicaron ese desprecio elegante, barnizado, contra el cual un hombre recién llegado se halla siempre indefenso. Por último, el tren de casa, sus gestos medio italianos, el acento de Diard, la manera como vestía, todo le negaba el respeto que la observación exacta de las cosas deseadas por el buen tono hace adquirir a las personas vulgares y cuyo yugo no puede ser sacudido más que por los grandes poderes. Así va el mundo.

Estos detalles pintan solo débilmente los mil suplicios sufridos por Juana, llegados uno a uno; cada naturaleza social le clavó un alfilerazo; y para un alma que prefiere las puñaladas, ¿había sufrimientos más atroces en esta lucha en la que Diard recibía las afrentas sin sentirlas, y en las que Juana las sentía sin recibirlas? Después llegó un momento, momento terrible, en el que tuvo del mundo una percepción lúcida y experimentó, de una sola vez, todos los dolores y penas que, por anticipado, se amontonaban sobre ella. Juzgó a su marido totalmente incapaz para subir los peldaños del orden social, y adivinó hasta dónde tendría que descender el día que su corazón le fallara. En aquel momento, Juana sintió piedad por Diard. El porvenir se presentaba terriblemente sombrío para aquella mujer. Vivía constantemente con la aprehensión de una desgracia, sin saber de dónde le podía llegar el infortunio. Aquel sentimiento se hallaba en su alma como el contagio se halla en el aire; pero sabía encontrar fuerzas suficientes para disimular sus angustias bajo sonrisas. Había llegado a borrarla de su pensamiento. Juana empleó toda su influencia para hacer que Diard abdicara de todas sus pretensiones y para mostrarle, como asilo, la vida dulce y benévola del hogar doméstico. Si los males procedían del mundo, ¿no era lógico deshacerse del mundo? En su casa, Diard podía encontrar la paz, el respeto; podría reinar en ella. Se sentía con bastantes fuerzas para emprender la tarea de hacerle feliz, a él, que estaba descontento de sí mismo. Su energía había ido en aumento con las dificultades de la vida, tuvo todo el secreto heroísmo necesario a su situación, inspirado por los religiosos deseos que sostienen al ángel encargado de proteger a un alma cristiana: supersticiosa poesía, imágenes alegóricas de nuestras dos naturalezas.

Diard abandonó sus proyectos, cerró su casa, y empezó a vivir en el interior de ella, si nos es permitido el emplear una expresión tan familiar. Pero allí estaba el obstáculo. El pobre militar poseía una de estas almas completamente excéntricas que necesitan el movimiento continuo. Diard era uno de aquellos hombres que se sienten instintivamente forzados a marcharse cuando tan solo acaban de llegar, cuya finalidad en la vida parece ser ir y venir, como las ruedas citadas por las Sagradas Escrituras.

Por otra parte, quizá con ello intentaba huir de sí mismo. Sin cansarse de Juana, sin poder acusar a Juana de nada, su pasión por ella, calmada por la posesión, le hizo volver a su primitivo carácter. A partir de entonces, sus ratos de abatimiento fueron más frecuentes, y se entregó a menudo a sus vivacidades meridionales. Cuanto más virtuosa es una mujer, y cuanto más irreprochable, más desea un hombre encontrarla en falta, aunque no sea más que para ejercer un acto de superioridad legal; pero si por casualidad ella es imponente, él siente la necesidad de forjarle faltas. En tales ocasiones, y entre esposos, las naderías van aumentando de volumen hasta convertirse en montañas. Pero Juana, paciente sin orgullo, dulce sin la amargura que las mujeres suelen poner en sus actos de sumisión, no dejaba ninguna fisura a las maldades calculadas, las peores de todas las maldades. Además, era una de esas nobles criaturas a las cuales es imposible faltar; su mirada, en la cual resplandecía la vida, santa y pura, su mirada de mártir, tenía todo el peso de una fascinación. Diard, molesto primero, después ofendido, acabó considerando aquella virtud como un yugo para él. La prudencia de su esposa no le proporcionaba ninguna emoción violenta y lo que él deseaba eran emociones. Pueden encontrarse millares de escenas representadas en el fondo de las almas, bajo estas frías deducciones de una existencia en apariencia sencilla y vulgar. Entre todos estos pequeños dramas, de corta duración, pero que entran profundamente en la vida, constituyendo casi siempre presagios de un gran infortunio escrito en la mayoría de los matrimonios, es difícil elegir un ejemplo. No obstante, existe una escena que sirve más particularmente para establecer el momento en el que, en esta vida entre dos personas, comienza la incompreensión. Quizá pueda servir para explicar el desenlace de esta historia.

Juana tenía dos hijos, dos niños, felizmente para ella. El primero había nacido siete meses después de su boda. Se llamaba Juan y se parecía a su madre. Dos años después de su llegada a París, había tenido el segundo. Este se parecía a Diard y a Juana, pero mucho más a Diard, del cual llevaba los nombres. Desde los cinco años, Francisco era objeto, por parte de Juana, de los más tiernos cuidados. Constantemente la madre se preocupaba por aquel niño: para él eran las más delicadas caricias, para él los juguetes, pero, sobre todo, eran para él las penetrantes miradas de su madre; Juana le había vigilado desde la cuna, había estudiado sus gritos, sus movimientos; quería adivinar su carácter para poder dirigir, el día de mañana, su educación. Parecía como si Juana solo hubiese tenido aquel hijo. El provenzal, viendo a Juan despreciado, le tomó bajo su protección; y sin explicarse si aquel pequeño era el hijo del efímero amor gracias al cual se había casado con Juana, aquel marido, por una especie de adulación admirable, lo hizo su Benjamín. De todos los sentimientos debidos a la sangre de sus antepasadas, y que la devoraban, la señora Diard solo aceptó el amor maternal. Pero ella amaba a sus hijos con la sublime violencia cuyo ejemplo nos ha dado la Maraña en las primeras páginas de esta historia, y con gracioso pudor, con la comprensión delicada de las virtudes sociales cuya práctica era la gloria de su vida y su íntima recompensa. El pensamiento secreto, la concienzuda maternidad, que

habían impreso a la vida de la Maraña un sello de ruda poesía, eran para Juana una vida de dedicación, un consuelo para todas las horas del día. Su madre había sido virtuosa del mismo modo que otras mujeres son criminales, a escondidas; había robado su tácita felicidad, no había podido gozar de ella. Pero Juana, desgraciada por la virtud, como su madre lo había sido por el vicio, halló a todas horas las inefables delicias que su madre siempre había deseado, y de las cuales ella se había visto privada. Para ella, como para la Maraña, la maternidad comprendía todos los sentimientos terrestres. Una y otra, por causas contrarias, no tuvieron otro consuelo en su miseria. Quizá Juana amó más, porque, privada de amor, suplió todos los placeres que le faltaban con el de sus hijos, pues existen pasiones nobles como hay también vicios nobles: cuanto más se satisfacen, más aumentan. La madre y el jugador son insaciables. Cuando Juana vio el generoso perdón impuesto cada día en la frente de Juan por el afecto paternal de Diard, se estremeció; y desde el día en que los dos esposos cambiaron de papel, la española sintió por Diard aquel interés profundo y auténtico del cual había ella dado tantas pruebas, solamente por deber. Si este hombre hubiese sido más consecuente en su vida, si no hubiese destruido por la inconstancia y la movilidad de su carácter, los destellos de una sensibilidad verdadera aunque nerviosa, Juana habría llegado a amarle. Desgraciadamente pertenecía a aquel tipo de meridionales espirituales, pero sin consecuencias en sus actos; capaces de grandes cosas la víspera, no hacen nada al día siguiente; a menudo víctimas de sus propias virtudes, y a menudo felices con sus perversas pasiones: hombres admirables, por otra parte, cuando sus buenas cualidades muestran una energía constante por el lazo común. Desde hacía dos años Diard se hallaba atado al hogar por las más dulces de las cadenas. Vivía, casi a pesar suyo, bajo la influencia de una mujer que se había vuelto alegre, divertida para él; que empleaba todos los recursos de la genialidad femenina para seducirle en nombre de la virtud, pero cuya habilidad no llegaba hasta el grado sumo de poder simular el amor.

En este momento, todo París hablaba sobre un capitán de infantería del antiguo ejército que, en un paroxismo de libertinaje, había asesinado a una mujer. Diard, al regresar a su casa para cenar, enteró a Juana de la muerte de aquel oficial. Se había suicidado para evitarse el deshonor de su proceso y la muerte innoble en un cadalso. Juana, en un principio, no comprendió toda la lógica de su conducta, y su marido se vio obligado a explicarle toda la jurisprudencia de las leyes francesas que impiden se per siga judicialmente a los muertos.

—Pero, papá, ¿no nos decías el otro día que el rey podía conceder su gracia? —preguntó Francisco.

—El rey, lo único que puede conceder, es la vida —le respondió Juan medio enfadado.

Diard y Juana, espectadores de aquella escena, se sintieron diversamente afectados por ella. La mirada húmeda de alegría que su mujer lanzó sobre el mayor reveló, fatalmente, al marido, los secretos del corazón que hasta entonces había sido

impenetrable para él. El mayor era todo de Juana; al mayor Juana le conocía; estaba segura de su corazón, de su porvenir; le adoraba y su ardiente amor hacia él, era un secreto entre su hijo, ella y Dios. Juan gozaba instintivamente de los juegos de su madre, que le estrechaba contra sí hasta ahogarle cuando estaban solos, y que parecía ignorarle cuando estaban en presencia de su hermano y de su padre. Francisco era de Diard, y los cuidados que Juana le profesaba, revelaban el deseo de combatir en el hijo los vicios del padre, y de hacer resallar sus virtudes. Juana, ignorando que su mirada había hablado, cogió a Francisco, lo sentó sobre sus rodillas y le dio, con voz dulce y suave, pero emocionada aún por el placer que le había proporcionado la respuesta de Juan, una lección apropiada para su inteligencia.

—Su carácter exige grandes cuidados —dijo el padre a Juana.

—Sí —respondió ella con sencillez.

—¡Pero, Juan!

La señora Diard, asustada por el acento con que fueron pronunciadas aquellas palabras, miró a su marido.

—Juan nació perfecto —añadió este.

Después de dicho lo que antecede, se sentó con aire sombrío; pero al ver que su mujer estaba silenciosa, prosiguió:

—A uno de *tus* hijos le quieres más que al otro.

—Sabes perfectamente que así es —dijo ella.

—No —replicó Diard—, hasta hoy había ignorado cuál de los dos era tu preferido.

—Pero si ninguno de los dos me ha dado ningún disgusto —respondió ella con viveza.

—Sí, esto es cierto, ¿pero cuál de los dos te ha dado más alegrías? —preguntó él, con más viveza todavía.

—La verdad es que no las he contado.

—¡Todas las mujeres sois unas falsas! —exclamó Diard—. ¿Te atreverías a jurar que Juan no es tu hijo preferido?

—Y si así fuera —contestó Juana con nobleza—, ¿sería una desgracia?

—¡Tú nunca me has amado! Si tú hubieses querido, por ti hubiese podido conquistar reinos. Tú sabes lo que he intentado, alentado únicamente por el deseo de complacerte. ¡Ah!, si tú me hubieses amado...

—Una mujer que ama, vive en la soledad y apartada del mundo. ¿No es esto lo que hago?

—Me consta, Juana, que tú nunca me has engañado...

Aquellas palabras fueron pronunciadas con una gran amargura, y arrojó frío entre ambos para el resto de su vida.

Al día siguiente de aquella velada fatal Diard fue a casa de uno de sus antiguos camaradas de armas y volvió a distraerse jugando. Para su desgracia, ganó mucho dinero y volvió a jugar. Después, lanzado ya por una insensible pendiente, reanudó la

vida disipada que había llevado en otros tiempos. Muy pronto dejó de ir a su casa a cenar. Habiendo transcurrido algunos meses disfrutando de la felicidad que proporcionaba la independencia, quiso conservar su libertad, y se separó de su mujer; le dejó para ella los espaciosos apartamentos y se refugió en el entresuelo. Al cabo de un año, Diard y Juana solo se veían por las mañanas, a la hora del almuerzo. Por último, como todos los jugadores, tuvo alternativas pérdidas y ganancias. Y no queriendo echar mano del capital familiar, deseó sustraer al control de su mujer los gastos de la casa; un día, pues, le retiró la parte que le correspondía a ella en el gobierno de la misma. A una confianza ilimitada sucedieron las mayores precauciones. Además, en lo que se refería a las finanzas domésticas, en otro tiempo comunes a los dos, adoptó para las necesidades de su mujer el método de pensión mensual, cuya cuantía fue fijada en común: la conversación que con tal motivo sostuvieron, fue la última que tuvo tono íntimo, que es uno de los encantos más atractivos de la vida matrimonial. El silencio entre dos almas constituye un auténtico divorcio consumado el día en que el pronombre *nosotros* deja de pronunciarse. Juana comprendió que a partir de aquel día solamente era madre y se sintió dichosa, sin entretenerse en buscar las causas de aquella suerte. Fue un grave error. Los hijos hacen que los padres sientan la solidaridad de sus vidas, y la vida secreta de su marido no debía ser para Juana únicamente una fuente de melancolía y de angustia. Diard, emancipado, pronto se acostumbró a ganar y a perder sumas inmensas. Buen jugador y gran jugador, se hizo célebre por su manera de jugar. La consideración que no había podido granjearse en tiempos del imperio la adquirió durante la Restauración por su fortuna capitalizada que rodaba sobre el tapete verde, y se hizo célebre su habilidad en toda clase de juegos. Los embajadores, los más importantes banqueros, las personas ricas, y en general todos los hombres que, por haber tenido ocupada su vida, acuden al juego para exigirle emociones no disfrutadas antes, admitieron a Diard en sus clubs, raramente en sus propias casas, y todos accedieron a jugar en su mesa. Diard se puso de moda. Por puro orgullo, una vez o dos durante el invierno, daba una fiesta para devolver las atenciones que había recibido. En aquellas ocasiones, Juana volvía a ver el mundo, a través de los festines, de los bailes, del lujo y de las luces; pero era para ella como una especie de impuesto establecido sobre la felicidad de su aislamiento. Aparecía, ella, la reina de aquella clase de solemnidades, como caída de un mundo desconocido. Su ingenuidad, que nada había podido corromper, la hermosa virginidad de su alma, que las nuevas costumbres de su nueva vida le devolvían, su hermosura, su modestia verdadera, hizo que le rindieran justificados homenajes. Pero, viendo pocas mujeres en sus salones, comprendió que su marido seguía, sin habérselo comunicado, un nuevo plan de conducta, y que todavía no había ganado nada en la estimación de la sociedad.

Diard no siempre estuvo de suerte; en tres años disipó tres cuartas partes de su fortuna; pero su pasión le dio la energía necesaria para satisfacerla. Había iniciado amistades con mucha gente, especialmente con personas relacionadas con la Bolsa,

con hombres que desde la Revolución han erigido el principio de que un robo, realizado en gran escala, no es más que una *operación financiera*. Diard se convirtió en hombre de negocios y se metió en asuntos de los llamados *turbios* en la jerga del palacio de justicia. Se dedicó a comprar a pobres diablos, que nada sabían de contabilidades ni registros, eternas liquidaciones, cuyos beneficios repartía, a partes iguales, con los liquidadores. Después, cuando empezaron a escasear las deudas líquidas, las buscó flotantes, y desterró a cualquier estado europeo, americano o berberisco, las reclamaciones que había hecho revivir. Cuando la Restauración tuvo que extinguir las deudas de los príncipes, de la República y del Imperio, se hizo otorgar comisiones sobre los empréstitos, sobre los canales, sobre toda clase de empresas. En fin, se dedicó a practicar el robo decente, robo al que se dedicaban tantos hombres escondidos por los corredores de los teatros de la política; robo que, si se cometiera en plena calle, a la luz de los faroles, mandaría al desdichado que lo cometiera a presidio, pero que sanciona el oro de las molduras y de los candelabros. Diard acaparaba y vendía azúcar, vendía empleos, tuvo la gloria de inventar al *hombre de paja* para los empleos lucrativos que era preciso conservar durante algún tiempo antes de obtener otro. Meditaba en las primas, estudiaba los fallos posibles de las leyes, y realizaba una especie de contrabando legal. Para poder hacerse una idea de lo que constituía aquel importante negocio, bastará decir que en cierta ocasión *exigió un tanto por ciento* sobre la compra de quince votos legislativos que, en una sola noche, se pasaron de los bancos de la izquierda a los de la derecha. Estos actos no constituyen crímenes ni robos: son simplemente cosas de la política comanditar una industria, ser un cerebro financiero. Diard fue sentado por la gente en el banquillo de la infamia, en el cual estaba también sentado más de un hombre hábil. En él puede encontrarse a toda la aristocracia del mal. Es la Cámara Alta de todos los pillos elegantes. Diard dejó, pues, de ser un vulgar jugador, el que los dramas representan como un ser innoble que termina mendigando. Este tipo de jugador no existe en la sociedad cuando nos remontamos a una cierta altitud topográfica. Hoy en día esta clase de osados tunantes mueren brillantemente adornados con todos los arneses de la fortuna. Corren a levantarse la tapa de los sesos en carroza y se llevan al otro mundo todo el crédito y prestigio de que se han recubierto. Por lo menos, Diard tuvo suficiente inteligencia para no comprar sus remordimientos a bajo precio, y se convirtió en uno de aquellos hombres privilegiados. Concedor de todos los procedimientos de gobierno, de todas las pasiones y de todos los secretos de las personas de elevada posición política, supo mantenerse en su propia esfera dentro del horno ardiente en el que se había metido. La señora Diard ignoraba la vida infernal que llevaba su marido. Contenta con el abandono en que este la dejaba, no se extrañó de nada, porque sus horas estaban plenamente ocupadas. Había consagrado todo su dinero a la educación de sus hijos, a pagar los servicios de un competente preceptor y todos los maestros que hicieran falta para una enseñanza completa; deseaba hacer de ellos dos hombres, darles una recta norma de conducta en la vida, sin agostar su

imaginación. No sintiendo nada que no se refiriera a ellos, no sufría por la descolorida vida que llevaba; eran, para ella, lo que acostumbran a ser los hijos para la mayoría de las madres: una especie de prolongación de su propia existencia. Diard no era más que un accidente en ella; y desde que Diard había dejado de ser padre y jefe de familia, Juana no se sentía ligada a él más que por los lazos sociales impuestos a los esposos. No obstante, criaba a sus hijos en el más alto respeto hacia el poder paterno, por imaginario que pudiera ser para ellos; pero en todo momento se vio altamente secundada por la continua ausencia de su marido. De haber seguido en la casa Diard habría destruido todo el trabajo de Juana. Sus hijos poseían el suficiente tacto y agudeza para no juzgar a su padre. El juzgar a un padre constituye una especie de parricidio moral. No obstante, con el tiempo, la indiferencia de Juana para con su marido fue desapareciendo. Aquel sentimiento primitivo se convirtió, paulatinamente, en terror. Un día comprendió que la conducta de un padre puede gravitar, durante mucho tiempo, sobre el futuro de sus hijos, y su ternura maternal le fue revelando poco a poco, aunque incompletamente, toda la verdad. De día en día, la aprensión de esta desgracia desconocida, pero inevitable, en la que estaba constantemente viviendo, se hizo más intensa y apasionada. Así, durante los raros instantes en que Juana veía a Diard, lanzaba sobre su rostro demacrado, pálido por las noches pasadas en vela, arrugado por las emociones, una mirada penetrante cuya nitidez hacía estremecer a Diard. Entonces la jovialidad fingida mostrada por su marido, la asustaba aún más que las sombrías expresiones de su inquietud cuando, por casualidad, se olvidaba de su papel de hombre alegre. Temía a su mujer como el criminal teme al verdugo. Juana veía en él a la vergüenza de sus hijos; y Diard temía de ella la venganza tranquila, una especie de justicia de frente serena, con el brazo siempre levantado, siempre armado.

Al cabo de quince años de matrimonio, Diard se encontró un día sin recursos. Debía cien mil escudos, y poseía cien mil francos. Su casa, único bien visible, estaba gravada con una serie de hipotecas que sobrepasaban su valor. Quedaban solo unos días para que el prestigio con que le había revestido la opulencia se desvaneciera. Después de aquellos días de gracia, no le sería tendida ni una mano, no le sería abierta ninguna bolsa. Luego, a menos de que sucediera un milagro, iría a hundirse en el cenagal del menosprecio, más bajo quizá de lo que le correspondía, precisamente por haberse elevado a una altura indebida. Por casualidad se enteró de que, durante la estación termal, podría encontrar en algunas localidades balnearias de los Pirineos a numerosos extranjeros distinguidos, a diplomáticos, que se entregaban a la pasión del juego de manera infernal, y sin duda provistos de cuantiosas sumas. Decidió, inmediatamente, partir hacia los Pirineos. Pero no consintió en dejar en París a su mujer, a la cual algunos acreedores podían revelar el espantoso misterio de su verdadera situación económica, y se la llevó con sus dos hijos, negándose a que les acompañara el preceptor. No llevó consigo más que un simple criado, y solo autorizó a su mujer la compañía de una doncella. Su tono se había vuelto cortante, imperioso,

y parecía haber recobrado su energía. Aquel viaje repentino, cuyos motivos escapaban a su comprensión, dejó helada a Juana con un secreto terror. Su marido hizo alegremente el recorrido; y reunidos a la fuerza en la berlina, el padre se mostró cada día más atento con los niños y más amable con su mujer. No obstante, cada hora que transcurría llevaba a Juana siniestros presentimientos, los presentimientos de las madres, que las hacen temblar sin razón aparente, pero que raramente se equivocan cuando tiemblan así. Para ellas, el velo del futuro parece mucho más tenue.

En Burdeos, Diard alquiló, en una calle tranquila, una casa convenientemente amueblada e instaló en ella a su mujer. Aquella casa estaba situada casualmente en una de las esquinas de la calle y tenía un gran jardín. No colindando más que por uno de sus lados con la casa vecina, era visible y accesible por los otros tres. Diard pagó el alquiler, y entregó a Juana el dinero estrictamente necesario para sus gastos durante tres meses: apenas le dio cincuenta lises. La señora Diard no se permitió ni la más leve observación sobre aquella mezquindad desacostumbrada. Cuando su marido le dijo que se iba a tomar las aguas y que ella debía quedarse en Burdeos, Juana puso en práctica el proyecto de enseñar a sus hijos el español, el italiano y de hacerles leer las principales obras maestras de estos idiomas. Se proponía, pues, llevar una vida retirada, sencilla y, naturalmente, económica. Para ahorrarse las molestias de la vida material llegó a un acuerdo, al día siguiente de la marcha de Diard, con un proveedor para todo lo referente a la alimentación. Para su servicio le bastaba con la doncella, y aunque se encontraba sin dinero estaba provista de todo hasta el regreso de su marido. Sus diversiones debían consistir en realizar algunos paseos con sus hijos. Contaba entonces treinta y tres años. Su belleza, ampliamente desarrollada, brillaba en todo su esplendor. Así, en cuanto apareció en público, no se habló en todo Burdeos de otra cosa que de la hermosa española. A la primera carta de amor que recibió, Juana dejó de salir a la calle, y se limitó a pasearse por el jardín. Diard, en el balneario, y durante los primeros días de su estancia en él, consiguió ganar una fortuna; ganó cien mil francos en dos meses, y ni se acordó de mandar dinero a su mujer, pues deseaba conservar todo el ganado para jugar a lo grande. Cuando llevaba cosa de un mes en la estación termal, llegó a ella el marqués de Montefiore, precedido por la celebridad de su fortuna, de su hermoso rostro, y de su afortunada boda con una ilustre inglesa, así como por su afición al juego. Diard, su antiguo camarada, quiso esperarle con la intención de unir sus despojos a los conseguidos de los demás. Un jugador que se halla en posesión de cerca de cuatrocientos mil francos, está situado en una altura desde la cual domina la vida, y Diard, confiando en su buena suerte, reanudó el trato con Montefiore: este le recibió fríamente, pero jugaron, y Diard perdió todo lo que previamente había ganado.

—Mi querido Montefiore —dijo el antiguo cuartelmaestre, después de haber dado una vuelta por el salón, cuando acabó de arruinarse—, te debo doscientos mil francos; pero tengo el dinero en Burdeos, donde he dejado a mi mujer y a mis hijos.

Diard tenía los cien billetes de banco en el bolsillo; pero con el aplomo y el golpe

de vista rápido del hombre acostumbrado a sacar partido de todo, confiaba aún en los indefinibles caprichos del juego. Montefiore había expresado su deseo de visitar Burdeos. Al despedirse, Diard no tenía más dinero y no podía desquitarse. Un desquite compensa, a veces, de todas las pérdidas precedentes. No obstante, toda aquella ardiente esperanza dependía de la contestación del marqués.

—Espera, amigo mío —le dijo Montefiore—, iremos juntos a Burdeos. En conciencia, soy lo bastante rico en el momento actual para no desear ganarle más dinero a un antiguo camarada.

Tres días más tarde Diard y el italiano estaban en Burdeos. El uno ofreció el desquite al otro. Y, durante una noche, en la cual Diard empezó por pagar los cien mil francos que debía, perdió otros doscientos mil, empeñando su palabra en devolverlos. El provenzal se mostraba alegre como si estuviera acostumbrado a bañarse en oro. Acababan de dar las once, el cielo estaba maravilloso, y Montefiore sentía tanto como Diard el deseo de respirar el aire fresco de la noche y dar un paseo para recuperarse de las emociones; este le propuso ir a recoger el dinero y a tomar una taza de té en su casa.

—¿Pero que dirá la señora Diard? —preguntó Montefiore.

—¡Bah! —exclamó el provenzal.

Descendieron; pero, antes de recoger su sombrero, Diard entró en el comedor de la casa en que estaban, y pidió un vaso de agua; mientras se lo traían, se paseó arriba y abajo de la estancia, y pudo, sin ser visto, apoderarse de uno de aquellos cuchillos de pequeñas dimensiones, puntiagudos y de mango de nácar, que se usan para mondar fruta en los postres y que no habían sido todavía recogidos.

—¿Dónde vives? —le preguntó Montefiore ya en el patio—. Mandaré el coche a tu puerta.

Diard indicó detalladamente las señas de su casa.

—Debes comprender que mientras esté en tu compañía —le dijo Montefiore en voz baja— nada tengo que temer; pero si regreso solo, y me encuentro con algún maleante, sería una buena presa.

—¿Llevas mucho dinero encima?

—¡Oh!, poca cosa —dijo el desdeñoso italiano—. Únicamente mis ganancias de esta noche. No obstante, ellas constituirían un buen botín para un bribón y constituiría un buen certificado de honradez para el resto de sus días.

Diard condujo al italiano por una calle desierta en donde había observado una casa cuya puerta se abría al final de una especie de avenida con árboles, y bordeada por altas murallas muy sombrías. Al llegar a aquel lugar, tuvo la audacia de rogar a Montefiore, militarmente, que fuera delante. Montefiore comprendió a Diard y quiso hacerle compañía. Entonces, en cuanto ambos hubieron entrado en aquella avenida, Diard, con una agilidad de tigre, derribó al marqués con una zancadilla, le puso el pie en el cuello, y le hundió repetidas veces el cuchillo en el corazón, hasta que la hoja se rompió. Luego, registró a Montefiore, y le quitó la cartera, el dinero suelto, todo lo

que llevaba encima de valor. Aunque Diard había actuado con una rabia lúcida, con una rapidez de linces; aunque había sorprendido totalmente al italiano, Montefiore había tenido tiempo de gritar: “¡Al asesino! ¡Al asesino!”, con voz clara y penetrante que había llegado hasta las entrañas de las personas dormidas. Sus últimos suspiros fueron gritos horribles. Diard ignoraba que en el momento en que él y su víctima entraban en la avenida un grupo de personas que salían de los teatros en los que la función acababa de terminar, la enfilaban por el otro extremo, y que habían oído los últimos gritos del moribundo, aunque el provenzal intentaba ahogar su voz, apretando todavía con más fuerza su pie contra el cuello del yacente Montefiore, con lo que gradualmente fue ahogando sus estertores. Estas gentes empezaron a correr hacia la avenida, en cuyas altas murallas repercutían los gritos, indicándoles el lugar preciso en que se había cometido el crimen. Sus pasos resonaron en el cerebro de Diard. Pero, sin perder todavía la cabeza, el asesino salió de la avenida y embocó una calle, caminando despacio, como un curioso que se había dado cuenta de la inutilidad del socorro. Incluso se volvió para estimar la distancia que le separaba de los que llegaban, viéndoles cómo se precipitaban por la avenida, excepción de uno de ellos, que, por una precaución natural, se puso a observar a Diard.

—¡Ha sido él!, ¡ha sido él! —empezaron a gritar las personas llegadas a la avenida al ver a Montefiore tendido en el suelo, la puerta de la casa cerrada, y después de haber registrado los alrededores sin encontrar al asesino.

En cuanto oyó resonar aquel clamor, Diard, sintiéndose con ventaja, halló en sí la energía del león, y con saltos de gamo, echó a correr, o, mejor, a volar. Al otro extremo de la calle vio, o creyó ver, una masa de gente, y entonces se lanzó por una calle transversal. Pero ya empezaban a abrirse todas las ventanas, en cada ventana se asomaban rostros; de cada puerta salían voces y luces. Y Diard siguió corriendo en medio de las luces y del tumulto, pero sus piernas eran tan extraordinariamente ágiles, que se adelantaba al tumulto, sin que no obstante pudiera sustraerse a las miradas que abarcaba aún más distancia de la que podía recorrer en su alocada carrera. Ciudadanos, soldados, gendarmes, el barrio entero estaba conmocionado. Unos oficiosos fueron a despertar a los comisarios, otros se quedaron guardando el cadáver. El tumulto llegaba hasta el fugitivo que lo arrastraba tras de sí como la llama de un incendio, y hacia el centro de la ciudad donde estaban los magistrados. Diard experimentaba todas las sensaciones de una pesadilla, oyendo todos los rumores de una ciudad rugiente, presurosa, estremecida. No obstante, conservaba todavía sus ideas y su presencia de espíritu, y se secaba las manos en las paredes de las casas. Por fin, llegó a la del jardín de su Casa. Creyendo haber despistado a sus perseguidores, se encontró en un lugar totalmente silencioso, en el que no obstante, seguía escuchándose el lejano zumbido de la ciudad, parecido al rumor del mar. Viendo un montón de ladrillos procedentes de un derribo, obedeciendo a uno de aquellos vagos pensamientos que se les presentan a los criminales en el momento en que, no hallándose en condiciones para juzgar el conjunto de sus actos, y se dan prisa en

establecer su inocencia en alguna falta de pruebas, escondió en él su tesoro. Una vez hecho esto, intentó adoptar un aspecto sosegado y plácido, procuró sonreír, llamando suavemente a la puerta de su casa, esperando no haber sido visto por nadie. Levantó los ojos y percibió, a través de las persianas, la luz de las velas que iluminaban la habitación de su mujer. Entonces, en medio de su turbación, la imagen de la dulce vida de Juana, sentada entre sus hijos, le golpeó el cráneo como si hubiese recibido un martillazo. La doncella abrió la puerta que Diard cerró vivamente de una patada. En aquel momento pudo respirar; pero entonces se dio cuenta de que estaba cubierto de sudor, se quedó en las sombras, y mandó a la criada al lado de Juana. Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo, se arregló el vestido como un vanidoso que se alisa el traje antes de entrar en casa de una mujer hermosa; después volvió a la luz de la luna para examinar sus manos y tantearse la cara: experimentó una sensación de alegría al comprobar que no había rastro de sangre; sin duda había corrido únicamente sobre el cuerpo de la víctima. Pero aquel arreglo del aspecto del criminal le tomó un cierto tiempo. Cuando subió a las habitaciones de Juana, su aspecto era tranquilo, seguro, como el de un hombre que regresa de su espectáculo. Mientras subía los peldaños de la escalera, se permitió reflexionar sobre su situación, y la resumió en dos frases: salir, y ganar el puerto. Aquellas ideas no llegó ni a pensarlas, las veía escritas con letras de fuego en la oscuridad. Una vez en el puerto, podría esconderse allí durante un día, y regresar a casa para recoger su tesoro; después podría introducirse furtivamente, como una rata, en el fondo de la cala de algún buque, y zarpar sin que nadie se diera cuenta de que se hallaba en el barco. Para aquello necesitaba, ante todo, dinero. Y no tenía nada. La doncella volvió para alumbrarle.

—Felicia —le dijo—, ¿no oyes ruidos en la calle? Ve a saber la causa, y luego me la dirás.

Vestida con las blancas ropas de noche, su mujer estaba sentada en una mesa, y hacía leer a Francisco y a Juan un libro de Cervantes en español; mientras los dos muchachos seguían el texto, ella leía en alta voz. Los tres se detuvieron y miraron a Diard, que permanecía de pie, con las manos en los bolsillos, extrañado de hallarse en medio de aquella escena tan tranquila, en una luz tan suave, embellecida por los rostros de su mujer y de sus dos hijos. Era un cuadro viviente de la Virgen con su Hijo y San Juan.

—Juana, tengo algo que decirte.

—¿Qué sucede? —preguntó ella, adivinando bajo la amarillenta palidez de su esposo la desgracia que había esperado cada día.

—No sucede nada, pero desearía hablar contigo... contigo... a solas.

Y dirigió una mirada a sus dos hijos.

—Mis queridos niños —les dijo Juana—, iros a la habitación y meteros en la cama solitos. Decid vuestras oraciones sin mí.

Los dos hijos salieron de la habitación en silencio, con la respetuosa obediencia

que muestran hacia sus padres los niños bien educados.

—Mi querida Juana —prosiguió Diard con voz acariciadora—, te he dejado muy poco dinero y ahora estoy desolado por ello. Escucha, desde que te ahorré las preocupaciones del sostenimiento de la casa dándote una pensión, ¿has hecho, como todas las mujeres, alguna economía?

—No —respondió Juana—, no tengo ni un franco. No tuviste en cuenta los gastos que comporta la educación de los niños. No es que te lo reproche, amigo mío, y si te recuerdo esta omisión es únicamente para explicarte esta falta de dinero. Todo lo que me has venido dando ha servido para pagar a los profesores, y...

—¡Basta ya! —exclamó Diard con brusquedad—, ¡Dios del Cielo! El tiempo apremia. ¿No tienes joyas?

—Sabes perfectamente que nunca las he tenido.

—¡Entonces, aquí no hay ni un sueldo! —exclamó Diard con frenesí.

—¿Por qué gritas así? —le preguntó ella.

—Juana —contestó él—, ¡acabo de matar a un hombre!

Juana salió corriendo hacia la habitación de los hijos y regresó de ella después de cerrar cuidadosamente todas las puertas.

—Que tus hijos no lo oigan —dijo ella—. Pero ¿con quién te has batido?

—Con Montefiore —respondió.

—¡Ah! —dijo ella, dejando se le escapara un suspiro—, era él único hombre al que tenías derecho a matar...

—Existían muchas razones para que muriera en mis manos. Pero no perdamos el tiempo. ¡Dinero, dinero, por amor de Dios! Probablemente me persiguen. Nos hemos desafiado, y yo le he... le he... matado.

—¡Matado! —exclamó ella—. ¿Y cómo ha sido?...

—Pues como se mata a la gente; me había robado toda mi fortuna en el juego; yo se la he vuelto a quitar. Deberías, Juana, mientras todo siga tranquilo, ya que no tenemos dinero en casa, ir a buscar el mío que he escondido entre aquellas piedras y ladrillos que ya sabes, en el montón que hay al final de la calle.

—Entonces, le has robado.

—¿Y esto qué te importa? ¿No debo marcharme de todos modos? ¿Tienes dinero? ... ¡Me siguen los pasos!

—¿Quiénes?

—¡Los jueces!

Juana salió, y regresó rápidamente.

—Toma —le dijo tendiéndole a distancia una joya—, aquí tienes la cruz que me dio la señora Lagunia. Hay en ella cuatro rubís de gran valor. Vamos, vete, vete, ¡vete de una vez!

—Felicia no vuelve —dijo con estupor—. ¿Habrás sido detenida?

Juana dejó la cruz en el borde de la mesa y corrió hacia las ventanas que daban a la calle. Pudo ver, a la luz de la luna, a unos soldados que se alineaban, en medio del

más profundo silencio, a lo largo de las paredes. Regresó al centro de la habitación, afectando tranquilidad, y dijo a su marido:

—No tienes un minuto que perder, tienes que huir por el jardín. Aquí tienes la llave de la puerta.

Por un resto de prudencia fue, personalmente, a echar una ojeada al jardín. En la oscuridad, bajo los árboles, vio entonces el brillo producido por los galones plateados de los sombreros de los gendarmes. Oyó, incluso, el vago rumor de la multitud atraída por la curiosidad, pero a la que un centinela contenía en las diferentes entradas de las calles por la que afluía. En efecto, Diard había sido visto por las personas que se habían asomado a la ventana. Inmediatamente, a indicaciones suyas, con los datos facilitados por su criada, primero asustada, y después detenida, las tropas y el populacho habían cortado las dos calles en el ángulo de las cuales estaba situada la casa. Una docena de gendarmes procedentes de los teatros la habían rodeado, otros habían escalado los muros del jardín, y lo registraban, autorizados por lo flagrante del crimen.

—No te será posible salir —le dijo Juana—, toda la ciudad está aquí.

Diard corrió a las ventanas con la loca actividad de un pájaro enjaulado. No dejó de moverse de un lado para otro. Juana permaneció de pie, pensativa.

—¿Dónde podría esconderme? —dijo él.

Dirigió una mirada a la chimenea, mientras Juana fijaba la suya en las dos sillas desocupadas. Para ella, desde hacía un instante, sus dos hijos estaban allí. En aquel momento se abrió la puerta de la calle y un ruido de pasos resonó en el patio.

—Juana, mi querida Juana, dame, por caridad, un buen consejo.

—Voy a darte uno —le respondió su esposa— que puede salvarte.

—¡Ah!, siempre has sido mi ángel bueno.

Juana salió y regresó al cabo de un instante, entregó a Diard una de sus pistolas, y volvió la cabeza. Diard no cogió la pistola. Juana oía el ruido del patio, donde se depositaba el cadáver del marqués para confrontarlo con el asesino. Se volvió, y vio a Diard que estaba pálido y demacrado. Aquel hombre se sentía desfallecer y quería sentarse.

—Tus hijos te lo exigen —le dijo ella, poniéndole la pistola entre las manos.

—Pero, mi buena Juana, mi pequeña Juana, ¿tú crees que...? Juana, ¿hay mucha prisa? Desearía abrazarte...

Los gendarmes estaban subiendo ya los peldaños de la escalera. Juana cogió entonces la pistola, apuntó con ella a Diard, le sostuvo, a pesar de sus gritos, cogido por la garganta, le saltó la tapa de los sesos, y tiró el arma al suelo.

En aquel momento se abrió bruscamente la puerta. El procurador del rey, seguido por un juez, un médico, un escribano, varios gendarmes, y, en fin, todo el aparato de la justicia humana, hicieron su entrada en la habitación.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó Juana.

—¿Es este el señor Diard? —respondió el procurador del rey señalando el cuerpo

doblado en dos.

—Sí, señor.

—Su vestido está cubierto de sangre, señora...

—¿Y no comprende por qué? —preguntó Juana.

Fue a sentarse junto a la mesita, de encima la cual cogió el volumen de Cervantes, y quedó allí pálida, en una agitación nerviosa interior, que intentó contener.

—Salid —dijo el magistrado a los gendarmes.

Después hizo un signo al juez de instrucción y al módico, que se quedaron en la habitación.

—Señora, en esta ocasión, no podemos por menos que felicitarla por el fallecimiento de su marido. Al menos, si ha sido ofuscado por las pasiones, ha muerto como un soldado, y hace inútil la acción de la Justicia. Pero, por muy acentuado que sea nuestro deseo de no molestarla en momentos como este, la ley nos obliga a investigar toda muerte violenta. Permítame que cumpla con mi deber.

—¿Puedo ir a cambiarme de ropa? —preguntó ella, dejando el volumen.

—Sí, señora, pero haga el favor de traerla nuevamente aquí. Seguramente el doctor la necesitará...

—Sería muy penoso para la señora el verme y oírme trabajar —dijo el médico que comprendió las sospechas del magistrado—. Caballeros, permítanme permanecer en la habitación vecina.

Los magistrados aprobaron la petición del caritativo médico, y entonces Felicia fue a ponerse a las órdenes de su dueña. El juez y el procurador del rey iniciaron una conversación en voz baja. Los magistrados son personas muy desdichadas, pues se ven obligadas a sospechar de todos y de todo. A fuerza de sospechar malas intenciones y de comprenderlas todas para poder alcanzar el conocimiento de verdades ocultas bajo los actos más contradictorios, es imposible que el ejercicio de su espantoso sacerdocio no seque, a la larga, la fuente de las emociones generosas que se ven obligados a poner en duda. Si los sentidos del cirujano que investiga los misterios del cuerpo humano terminan por insensibilizarse, ¿qué no sucederá con la conciencia del juez obligado a investigar en los rincones más recónditos del alma? Primeros mártires de su misión, los magistrados andan siempre enlutados con sus ilusiones perdidas, y el crimen no pesa sobre ellos más que los criminales. Un anciano sentado en un tribunal, es algo sublime, pero un juez joven, ¿no hace estremecer? Y aquel juez de instrucción era joven y se sintió obligado a decir al procurador del rey:

—¿Cree usted que la mujer pueda ser cómplice de su esposo? ¿Hay que interrogarla? ¿Hay que tomar alguna medida contra ella?

El procurador del rey contestó con un encogimiento de hombros, que revelaba su indiferencia.

—Montefiore y Diard —prosiguió—, eran dos conocidas malas personas. La doncella nada sabía del crimen. Dejémoslo así.

El médico estaba actuando, haciendo la autopsia a Diard, mientras dictaba su declaración al escribano. De repente se lanzó hacia la habitación de la señora Diard.

—Señora...

Juana, que se había quitado ya su ensangrentada ropa de noche, acudió ante el doctor.

—¿Ha sido usted, señora, la que ha matado a su marido? —le preguntó inclinándose al oído de la hermosa española.

—... y de este conjunto de hechos... —continuó el médico dictando— resulta que, para nosotros, el llamado Diard se ha dado muerte voluntariamente y por su propia mano. ¿Ha terminado usted? —preguntó al escribano después de una pausa.

—Sí —dijo aquel.

El médico firmó la declaración. Juana le dirigió una mirada, conteniendo con dificultad las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—Caballeros —dijo dirigiéndose al procurador del rey—, yo soy extranjera, española. Ignoro las leyes y no conozco a nadie en Burdeos, y reclamo de ustedes un favor. Hagan que me sea extendido un pasaporte para España.

—¡Un momento! —exclamó el juez de instrucción—. Señora, ¿qué se ha hecho de la suma robada al marqués de Montefiore?

—El señor Diard —respondió ella—, me habló vagamente de un montón de piedras y ladrillos, bajo el cual la había escondido.

—¿Dónde está este montón de piedras?

—En la calle.

Los dos magistrados se miraron. Juana dejó escapar un gesto sublime, y llamó al médico.

—Caballero —le dijo al oído—, ¿seré sospechosa de haber cometido alguna infamia? El montón de piedras debe hallarse al otro lado de mi jardín. Vaya usted personalmente, se lo pido por favor. Vaya, registre, encuentre ese dinero.

El médico salió llevándose con él al juez de instrucción y encontraron la cartera de Montefiore.

Al día siguiente, Juana vendió su cruz de oro para poder sufragar los gastos de viaje. Cuando se dirigía con sus dos hijos para tornar la diligencia que la conduciría hasta la frontera de España, oyó que la llamaban por la calle. Su madre, moribunda, era conducida al hospital; y por una rendija de la ropa que, sobre unas parihuelas, la cubría, la había visto. Juana hizo que las parihuelas entraran en una puerta cochera. Allí tuvo lugar la última entrevista entre la madre y la hija. Aunque las dos hablaban en voz baja, Juan pudo oír estas palabras de despedida:

—¡Puedes morir en paz, madre mía, que yo he sufrido por todas vosotras!

París, noviembre de 1832.



## **EL RECLUTA**



*A mi querido*  
*ALBERTO MARCHAND DE LA RIBELLERIE*

*Tours, 1836*

«Ya ellos veían, por un fenómeno de visión o de locomoción, abolir el espacio en sus dos modos de tiempo y de distancia, uno de los cuales es intelectual y el otro físico».

*Hist. intel. de Luis Lambert*

Cierta tarde del mes de noviembre de 1793 se encontraban los principales personajes de Carentan en el salón de la señora de Dey, en cuya morada se celebraba todos los días la *asamblea*. Algunas circunstancias que no hubiesen llamado la atención en una gran ciudad, pero que debían preocupar poderosamente a una pequeña, prestaban a aquella habitual reunión un desusado interés. La antevíspera, la señora de Dey había cerrado su puerta a su sociedad, a la que se había dispensado de recibir la víspera, pretextando una indisposición. En tiempos normales estos dos acontecimientos hubiesen producido en Carentan el mismo efecto que en París el cierre de todos los teatros. En esos días la existencia es, en cierto modo, incompleta. Pero, en 1793, la conducta de la señora de Dey podía tener los más funestos resultados. El menor paso aventurado se convertía entonces casi siempre, para los nobles, en cuestión de vida o muerte. Para comprender bien la viva curiosidad y las finas sutilezas que animaron las fisonomías normandas de todos aquellos personajes durante aquella velada, mas sobre todo para compartir las secretas perplejidades de la señora de Dey, es necesario explicar el papel que ella desempeñaba en Carentan. Habiendo sido sin duda la crítica posición en que se encontraba en aquel momento la de muchas personas durante la Revolución, las simpatías de más de un lector acabarán de colorear este relato.

La señora de Dey, viuda de un teniente general, caballero de las Ordenes, había abandonado la corte en el comienzo de la emigración. Poseyendo bienes considerables en los alrededores de Carentan, se había refugiado allí, esperando que en aquellos parajes se haría sentir poco la influencia del terror. Tal cálculo, fundado en un exacto conocimiento del país, era acertado. La Revolución causó pocos estragos en la baja Normandía. Aunque la señora de Dey no vio más que a familias nobles del país cuando venía a visitar sus propiedades, había, por política, abierto su casa a los principales burgueses de la villa y a las nuevas autoridades, esforzándose para que se sintieran orgullosos de su conquista, sin despertar en ellos ni odio ni envidia. Graciosa y buena, dotada de esa indecible dulzura que sabe agradar sin recurrir al rebajamiento o a la súplica, había logrado conciliarse la estima general por un exquisito tacto cuyos sensatos consejos la permitían mantenerse en la delicada línea donde podía satisfacer las exigencias de aquella sociedad mezclada, sin humillar el susceptible amor propio de los arribistas, ni chocar con el de sus antiguas amistades.

De unos treinta y ocho años de edad, conservaba todavía no esa belleza lozana y algo llena que distingue a las hijas de la baja Normandía, sino una belleza delicada y, por así decirlo, aristocrática. Sus facciones eran finas y delicadas; su talle, grácil y flexible. Cuando hablaba, su pálido rostro parecía iluminarse y cobrar vida. Sus

grandes ojos negros estaban llenos de afabilidad, pero su expresión serena y religiosa parecía indicar que no se encontraba ya en los comienzos de su existencia. Casada en la flor de la edad con un militar viejo y celoso, la falsedad de su posición en medio de una corte galante contribuyó mucho, sin duda, a extender un velo de grave melancolía sobre un rostro en el que otrora debieron brillar los encantos y la vivacidad del amor. Obligada a reprimir sin cesar los movimientos ingenuos, las emociones de la mujer cuando aún siente en lugar de reflexionar, la pasión había permanecido virgen en el fondo de su corazón. Así, su principal atractivo provenía de esa íntima juventud que, en momentos, revelaba su fisonomía, prestando a sus ideas una inocente expresión de deseo. Su aspecto imponía el comedimiento, mas siempre había en su porte, en su voz, impulsos hacia un futuro desconocido, como en una muchacha joven; pronto el hombre más insensible se enamoraba de ella, mas conservaba sin embargo una especie de temor respetuoso, por sus corteses modales, que imponían. Su alma, naturalmente grande, pero fortalecida por crueles luchas, parecía situada demasiado lejos de lo vulgar, y los hombres se hacían justicia. Esta alma sentía necesidad de una gran pasión. Así, los afectos de la señora de Dey se habían concentrado en un solo sentimiento, el de la maternidad. La dicha y los placeres de que había estado privada su vida de mujer, los hallaba en el extremo amor que dedicaba a su hijo. No lo amaba solamente con la pura y profunda abnegación de una madre, sino con la coquetería de una amante y con los celos de una esposa. Lejos de él, ella se sentía desgraciada, inquieta durante sus ausencias, no viéndole jamás bastante, no viviendo sino por él y para él. A fin de hacer comprender a los hombres la fuerza de ese sentimiento, bastará añadir que aquel hijo era no solo el único de la señora de Dey, sino su último pariente, el único ser a quien poder confiar los temores, las esperanzas y las alegrías de su vida. El finado conde de Dey fue el último vástago de su familia, como ella se encontraba única heredera de la suya. Los cálculos y los intereses humanos se habían, pues, acordado con las más nobles necesidades del alma, para exaltar en el corazón de la condesa un sentimiento ya de por sí tan fuerte en las mujeres. No había criado a su hijo sino con infinitas penas, que habían aumentado su cariño hacia él; veinte veces le presagiaron los médicos su pérdida; mas, confiando en sus presentimientos, en sus esperanzas, tuvo una inexplicable alegría al verle atravesar felizmente los peligros de la infancia y admirar los progresos de su constitución, a pesar de los funestos pronósticos de la ciencia.

Gracias a constantes desvelos, aquel hijo había crecido y desarrolládose tan agraciadamente, que a los veinte años pasaba por uno de los más cumplidos caballeros de Versalles. En fin, por una felicidad que no siempre corona los esfuerzos de todas las madres, su hijo la adoraba; sus almas se entendían por fraternales simpatías. De no haberse ligado ya por la imposición de la naturaleza, instintivamente habrían experimentado mutuamente esa amistad de ser a ser, tan rara de encontrar en la vida. Nombrado subteniente de dragones a los dieciocho años, el joven conde había obedecido al puntillo de honor de la época, siguiendo a los príncipes a su emigración.

Así, la señora de Dey, noble, rica y madre de un emigrado, no disimulaba en absoluto los peligros de su cruel situación. No teniendo más deseo que el de conservar a su hijo una gran fortuna, había renunciado a la dicha de acompañarle; mas, leyendo las rigurosas leyes en virtud de las cuales la República confiscaba cada día los bienes de los emigrados en Carentan, se aplaudía por aquel acto de valor. ¿No conservaba los tesoros de su hijo con peligro de sus días? Luego, al saber de las terribles ejecuciones ordenadas por la Convención, dormía feliz por ver su riqueza segura, lejos de los peligros, lejos de los cadalsos. Se complacía en creer que había adoptado el mejor partido para salvar a la vez toda su fortuna. Otorgando a este secreto pensamiento las concesiones requeridas por la desgracia de los tiempos que corrían, sin comprometer ni su dignidad de mujer ni sus creencias aristocráticas, envolvía sus dolores en un frío misterio. Había comprendido las dificultades que la esperaban en Carentan. ¿Llegar y ocupar él primer puesto no era un desafío constante al patíbulo? Mas, sostenida por un valor de madre, supo conquistar el afecto de los pobres aliviando indistintamente todas las miserias, y se hizo necesaria a los ricos velando por sus placeres. Recibía al procurador de la comuna, al alcalde, al presidente del distrito, al acusador público e incluso a los jueces del tribunal revolucionario. Los cuatro primeros de estos personajes no estaban casados, por lo que la cortejaban con esperanzas matrimoniales, asustándola con el mal que podrían causarla, ya ofreciéndola su protección. El acusador público, antiguo procurador en Caen, en otro tiempo encargado de los intereses de la condesa, intentaba inspirarle amor mediante una conducta llena de abnegación y de generosidad; ¡peligrosa fineza! Era el más temible de todos los pretendientes. Únicamente él conocía a fondo el estado de la considerable fortuna de su antigua cliente. Su pasión debía incrementarse con todos los deseos de una avaricia que se apoyaba sobre un poder inmenso, sobre el derecho de vida o de muerte en el distrito. Este hombre, joven aún, ponía tanta nobleza en su proceder, que la señora de Dey no había podido juzgarle aún. Pero, despreciando el peligro que había en competir en destreza con los normandos, empleaba el espíritu inventivo y la astucia que la naturaleza ha dotado a las mujeres, para oponer unas a otras aquellas rivalidades. Ganando así tiempo, esperaba llegar sana y salva al final de sus desazones y de los trastornos de la época. En esta época los realistas del interior se jactaban cada día de que la Revolución terminaría al siguiente; esta convicción fue la pérdida de muchos de ellos...

A pesar de esos obstáculos, la condesa había mantenido hábilmente su independencia hasta el día en que, por una inexplicable imprudencia, se le ocurrió cerrar su puerta. Inspiraba un interés tan profundo y tan verdadero, que las personas que esa tarde acudieron a su casa, concibieron vivas inquietudes al anunciárseles que no podía recibirlos; luego, con ese desenfado curioso impreso en las costumbres provincianas, inquirieron la desgracia, el pesar, o la dolencia que debía afligir a la señora de Dey. A estas preguntas una vieja ama de llaves llamada Brígida, respondía que su ama se había recluido y no quería ver a nadie, ni siquiera a la servidumbre de

la casa. La existencia en cierto modo claustral que llevan los habitantes de una pequeña ciudad, crea en ellos un hábito tan naturalmente invencible de analizar y de explicar las acciones del prójimo, que tras haber compadecido a la señora de Dey, sin saber si ella era realmente feliz o estaba acongojada, cada cual se puso a indagar las causas de su súbito retiro.

—De estar enferma —dijo el primer curioso— hubiese enviado a buscar al médico; pero el doctor ha estado todo el día en mi casa, jugando al ajedrez. Me decía riendo que, en los tiempos que corren, no hay más que una dolencia... y que es desgraciadamente incurable.

Esta broma fue prudentemente aventurada. Mujeres, hombres, viejos y doncellas se pusieron entonces a recorrer el vasto campo de las conjeturas. Cada cual creyó vislumbrar un secreto, y el tal secreto ocupó todas las imaginaciones. El día siguiente, las sospechas se\* enconaron. Como la vida se desarrolla a la vista en una pequeña ciudad, las mujeres fueron las primeras en saber que Brígida había hecho en el mercado provisiones más considerables que de costumbre. Este hecho no podía ser discutido. Se había visto muy de mañana a Brígida en la plaza y, cosa extraordinaria, había comprado la única liebre que encontró. Y toda la villa sabía que a la señora de Dey no le gustaba la caza. La liebre, pues, se convirtió en punto de partida para infinitas suposiciones. Al dar su periódico paseo, los viejos observaron en la casa de la condesa una especie de actividad concentrada que se revelaba por las mismas precauciones que adoptaba la servidumbre para ocultarla. El ayuda de cámara sacudía una alfombra en el jardín; la víspera, nadie habría reparado en ello; pero en aquella ocasión, aquella alfombra se convirtió en una pieza en apoyo de las novelas que todo el mundo construía. Cada cual tenía la suya. El segundo día, al saber que la señora de Dey se decía indispueta, los principales personajes de Carentan se reunieron por la noche en casa del hermano del alcalde, viejo negociante casado, hombre probo, generalmente estimado y con quien la condesa tenía muchas consideraciones. Allí, todos los aspirantes a la mano de la acaudalada viuda tuvieron para contar una fábula más o menos probable; cada uno de ellos pensaba en sacar partido de la circunstancia secreta que la obligaba a comprometerse así. El acusador público imaginaba todo un drama para traer, al amparo de la noche, a casa de la señora de Dey a su hijo. El alcalde creía en algún cura no juramentado, llegado de la Vendée, y que le habría pedido asilo; mas la compra de la liebre, en viernes, le dejaba hartamente perplejo. El presidente del distrito sustentaba firmemente la opinión de algún jefe de chuanes o de vendeanos perseguido y acosado. Otros se inclinaban por la versión de un noble escapado de las prisiones de París. Y en fin, todos sospechaban que la condesa era culpable de una de esas generosidades que las leyes llamaban un delito grave, cuando no un crimen, y que podían conducir al cadalso. El acusador público decía por lo demás, en voz baja, que era preciso callarse y tratar de salvar a la infortunada del abismo hacia el cual marchaba a grandes pasos.

—¡Si propaláis este asunto —añadió—, me veré obligado a intervenir, a hacer

pesquisas en su casa, y entonces...!

No acabó, pero todos comprendieron su reticencia.

Los amigos sinceros de la condesa se alarmaron a tal punto por ella, que, en la mañana del tercer día, el procurador síndico de la comuna hizo escribir a su mujer una misiva para inducirla a que recibiese por la noche, como de costumbre. Más audaz, el viejo negociante se presentó por la mañana en casa de la señora de Dey. Fuerte por el servicio que quería prestarle, exigió ser llevado a su presencia, y quedóse estupefacto al verla en el jardín, ocupada en cortar las últimas flores de sus arriates, para ponerlas en jarrones.

—No cabe duda que ha dado asilo a su amante —se dijo el viejo, lleno de compasión por aquella encantadora mujer.

La singular expresión del rostro de la condesa le confirmó sus sospechas. Vivamente conmovido por aquella abnegación tan natural a las mujeres, pero que nos afecta siempre, pues todos los hombres se sienten halagados por los sacrificios que una de ellas hace a uno de su sexo, el negociante informó a la condesa de los rumores que corrían en la villa, señalándole el peligro en que se encontraba.

—Pues —le dijo para terminar—, si entre nuestros funcionarios existen algunos bastante dispuestos a que se os perdone un heroísmo realizado para salvar a un sacerdote, nadie os compadecerá caso de que se descubra que os inmoláis a intereses de amor.

A estas palabras, la señora de Dey miró al viejo con tal aire de extravío y de demencia, que le hicieron estremecerse.

—Venid —le dijo ella, tomándole de la mano para conducirlo a su habitación, donde, tras haberse asegurado de que se hallaban solos, sacó de su seno una carta sucia y arrugada—. Leed —añadió, haciendo un violento esfuerzo para pronunciar aquella palabra.

Y con la misma se desplomó sobre un sofá, como aniquilada. Mientras que el viejo negociante requería sus gafas y las limpiaba, ella alzó sus ojos hacia él, le contempló por primera vez con curiosidad, y luego dijo con voz alterada, mas suavemente:

—Me confío a vos.

—¿Es que no vengo acaso a compartir vuestro delito? —respondió el buen hombre con simplicidad.

Ella se estremeció. Por primera vez, en aquella pequeña ciudad, su alma simpatizaba con la de otra persona. El viejo negociante comprendió de pronto y al par el abatimiento y la alegría de la condesa. Su hijo había tomado parte en la expedición de Granville y escribía a su madre desde el fondo de su prisión, dándole una triste y dulce esperanza. No dudando de sus medios de evasión, le indicaba tres días durante los cuales debía presentarse en su casa, disfrazado. La carta fatal contenía una desgarradora despedida para el caso de que no estuviera en Carentan en la noche del tercer día y rogaba a su madre entregara una gruesa suma al emisario que se había

encargado de llevarle aquella misiva, a través de mil peligros. El papel temblaba en las manos del viejo.

—¡Y hoy es el tercer día! —exclamó la señora de Dey. Luego, levantándose rápidamente, tomó la carta y se puso a andar.

—Habéis cometido imprudencias —le dijo el negociante—. ¿Por qué comprasteis tantas provisiones?

—Pero puede llegar muriéndose de hambre, extenuado de fatiga, y...

No terminó la frase.

—Yo estoy seguro de mi hermano —dijo el viejo— y voy a ponerle de vuestra parte.

El negociante halló en aquella circunstancia la sagacidad que había empleado antaño en sus operaciones comerciales, y la dictó consejos impregnados de prudencia y de perspicacia. Tras haber acordado todo lo que debían decir y hacer uno u otro, el viejo se personó, bajo pretextos hábilmente hallados, en las principales casas de Carentan, anunciando que la señora de Dey, a la que acababa de ver, recibiría por la noche, a pesar de su indisposición. Compitiendo en agudeza con las inteligencias normandas, en el interrogatorio que cada familia le impuso sobre la naturaleza de la dolencia de la condesa, logró engañar a casi todas las personas que se ocupaban de aquel misterioso asunto. Su primera visita hizo maravillas. Contó ante una vieja dama gotosa, que la señora de Dey había estado a punto de perecer de un ataque de gota al estómago, y que, habiéndole recomendado en otra ocasión el famoso Tronchin que en tal circunstancia se pusiera sobre el pecho la piel de una liebre despellejada viva, permaneciendo inmóvil en el lecho, la condesa, en peligro de muerte hace dos días, se encontraba ahora, tras haber seguido al pie de la letra la singular prescripción de Tronchin, suficientemente restablecida para recibir a quienes fueran a verla por la noche. Este cuento tuvo un éxito prodigioso, y el médico de Carentan, realista *in petto*, aumentó su efecto por la importancia con la que discutió el específico. Sin embargo, las sospechas habían arraigado demasiado en el espíritu de algunos obstinados o de algunos filósofos, como para poder ser disipadas por entero; de manera que, aquella noche, quienes fueron admitidos en casa de la señora de Dey, acudieron presurosos y temprano, unos para espiar su continente, otros por amistad, la mayoría impresionados por lo maravilloso de su curación.

Hallaron a la condesa sentada en la esquina de la gran chimenea de su salón, poco más o menos tan modesto como los demás de Carentan; pues para no ofender a la estrechez de pensamientos de sus invitados, había prescindido de los goces del lujo a los que se habituara, no cambiando por ende nada en su casa. El embaldosado de la sala de recepción no había sido frotado. Dejaba sobre las paredes viejas tapicerías oscuras, conservaba los muebles del país, usaba velas de sebo, y seguía las modas de la pequeña ciudad adaptándose a la vida provinciana, sin retroceder ni ante las más duras pequeñeces, ni ante las más desagradables privaciones. Pero, sabiendo que sus invitados le perdonarían las magnificencias que tuviesen como finalidad su bienestar,

no regateaba esfuerzos cuando se trataba de procurarles goces personales: así, les daba excelentes cenas. Llegaba hasta fingir avaricia para complacer a aquellos espíritus calculadores; y, tras haber tenido el arte de hacerse arrancar ciertas concesiones de lujo, sabía obedecer con gracia. Así pues, hacia las siete de la tarde lo mejor de la mala compañía de Carentan se encontraba en su casa y describía un gran círculo ante la chimenea. La dueña de la casa, sostenida en su desgracia por las compasivas miradas que le dirigía el viejo negociante, se sometió con valor inaudito a las minuciosas preguntas, a los razonamientos frívolos y estúpidos de sus invitados. Mas, a cada aldabonazo en su puerta, o cada vez que resonaban pasos en la calle, ocultaba sus emociones proponiendo cuestiones interesantes para la fortuna del país. Así provocó ruidosas discusiones sobre la calidad de las sidras, y fue tan bien secundada por su confidente, que la asamblea casi se olvidó de espirla, hallando su continente natural y su aplomo imperturbable. El acusador público y uno de los jueces del tribunal permanecían taciturnos, observando con atención los menores movimientos de su fisonomía, escuchando en la casa, a pesar del tumulto; y, en varias ocasiones, le hicieron preguntas embarazosas, a las cuales sin embargo respondió la condesa con admirable presencia de ánimo. ¡Tienen tanto valor las madres!

En el momento en que la señora de Dey hubo dispuesto las partidas, colocando a todo el mundo a las mesas de juego de boston, de reversino o de whist, quedóse aún hablando con algunas personas jóvenes con un extremo abandono, desempeñando su papel como una consumada actriz. Pidió un juego de lotería, y pretendiendo que solo ella sabía dónde se encontraba, desapareció.

—¡Me ahogo, mi pobre Brígida! —exclamó enjugando las lágrimas que afluían vivamente a sus ojos brillantes de fiebre, de dolor y de impaciencia—. No viene —prosiguió contemplando la habitación a la que había subido—. Aquí respiro y vivo. Dentro de unos momentos estará aquí..., pues todavía vive, estoy segura. Mi corazón me lo dice. ¿No oyes nada, Brígida? ¡Oh, daría el resto de mi vida por saber si está en prisión, o si marcha a través del campo! No quisiera pensar...

Examinó de nuevo si todo se encontraba en orden en el aposento. Un buen fuego ardía en la chimenea; las persianas estaban cuidadosamente cerradas; los muebles relucían de limpieza; la manera con que estaba hecha la cama, probaba que la condesa se había ocupado con Brígida de los menores detalles; y sus esperanzas se revelaban en los delicados miramientos que parecían haberse tomado en aquella habitación, donde se respiraba la graciosa dulzura del amor y sus más castas caricias en los perfumes exhalados por las flores. Solo una madre podía haber previsto los deseos de un soldado, preparándole tan completas satisfacciones. Una exquisita comida, vinos selectos, ropa blanca, calzado, todo cuanto resultaría necesario y agradable a un viajero fatigado, se hallaba reunido para que nada le faltase, para que las delicias de estar en la propia casa revelaran el amor de una madre.

—¿Brígida...? —dijo la condesa con lacerante tono de voz, yendo a colocar una silla ante la mesa, como para prestar realidad a sus sueños, como para aumentar la

fuerza de sus ilusiones.

—¡Ah, señora, vendrá! No está lejos... No me cabe duda que vive y está en camino —respondió Brígida—. He puesto una llave en la Biblia, y la he tenido sobre mis dedos mientras Cottin leía el Evangelio de San Juan... y, señora, ¡la llave no ha girado!

—¿Es eso muy seguro? —preguntó la condesa.

—¡Oh, señora, es cosa que sabe todo el mundo! Apostaría mi salvación que todavía vive. Dios no puede engañarse.

—A pesar del peligro que aquí le espera, quisiera sin embargo verle.

—¡Pobre señorito Augusto! —exclamó Brígida—. ¡Anda sin duda a pie por los caminos!

—¡Y ya dan las ocho en el reloj de la iglesia! —exclamó a su vez la condesa, con terror.

Tuvo miedo de permanecer más tiempo del necesario en aquella habitación, donde creía que su hijo vivía viendo todo lo que le atestiguaba vida, y bajó; mas antes de entrar en el salón permaneció durante un momento en el descansillo de la escalera a la escucha de algún ruido que despertase los silenciosos ecos de la villa. Sonrió al marido de Brígida, quien estaba de centinela, y cuyos ojos parecían pasmados a fuerza de prestar atención a los murmullos de la plaza y de la noche. Ella veía a su hijo en todo y por todas partes. Entró luego en el salón, afectando un aire alegre, y se puso a jugar a la lotería con unas niñas; mas, de cuando en cuando, se quejaba de sufrir, yendo finalmente a ocupar su sofá junto a la chimenea.

Tal era la situación de las cosas y de los espíritus en la casa de la señora de Dey, mientras que, en el camino de París a Cherburgo, un hombre vestido de una carmañola parda, atuendo de rigor en aquella época, se dirigía hacia Carentan. Al comienzo de los reclutamientos no existía la disciplina o era muy leve. Las exigencias del momento no permitían apenas a la República equipar inmediatamente a los soldados, por lo que no era raro ver los caminos cubiertos de reclutas que conservaban sus ropas civiles. Estos mozos adelantaban a sus batallones en los lugares de etapa, o quedaban a la zaga, pues su marcha dependía de su modo de soportar las fatigas de una larga caminata. El viajero que aquí se menciona, se encontraba bastante adelantado a la columna de reclutas que se trasladaban a Cherburgo, y que el alcalde de Carentan esperaba de hora en hora, para distribuirles bonos de alojamiento. Este joven andaba con paso ya un tanto pesado, pero aún firme, y su aire parecía indicar que hacía tiempo que estaba familiarizado con la rudeza de la vida militar. Aun cuando la luna iluminara los herbajes de los alrededores de Carentan, había observado densas nubes blancas prestas a arrojar nieve sobre el campo; y el temor de verse sorprendido por un huracán animaba sin duda su paso, más vivo entonces de lo que lo permitía su cansancio. Portaba a la espalda una mochila casi vacía, y en la mano una rama de boj a modo de bastón, cortada en los elevados y anchos setos que ese arbusto forma alrededor de la mayor parte de los

predios en la baja Normandía. Este solitario viajero entró en Carentan, cuyas torres, recamadas de fantásticos resplandores por la luna, divisaba desde hacía unos momentos. Su paso despertó los ecos de las calles silenciosas, en las que no encontró a nadie, y viose obligado a preguntar por la casa del alcalde a un tejedor que todavía trabajaba. El magistrado municipal vivía a corta distancia, y el recluta se vio pronto al abrigo del soportal de la casa del alcalde, sentándose sobre un banco de piedra, en espera del bono de alojamiento que había reclamado. Pero, llamado por el funcionario, compareció ante él y fue objeto de un escrupuloso examen. El soldado era un joven de buena traza, que parecía pertenecer a una familia distinguida. Su aire revelaba nobleza. En su rostro se reflejaba la inteligencia debida a una buena educación.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el alcalde, lanzándole una mirada llena de perspicacia.

—Julián Jussieu —respondió el recluta.

—¿Y vienes de...? —dijo el magistrado, dejando escapar una sonrisita de incredulidad.

—De París.

—Tus camaradas deben estar lejos —prosiguió el normando, con tono zumbón.

—Tengo tres leguas de adelanto sobre el batallón.

—¿Qué sentimiento te atrae a Carentan, ciudadano recluta? —dijo el alcalde con aire agudo—. Está bien —añadió imponiendo silencio con un ademán de la mano al joven que iba a responder—; ya sabemos adonde enviarte. Ten —dijo entregándole su bono de alojamiento—, ve ahí, *ciudadano Jussieu...*

Había un tonillo de ironía en el acento con que el magistrado pronunció las dos últimas palabras, al tender el bono sobre el que estaba indicada la mansión de la señora de Dey. El joven leyó la dirección con aire de curiosidad.

—¡Bien sabe que no ha de ir lejos, y cuando esté fuera, pronto habrá atravesado la plaza! —se dijo el alcalde para sus adentros, mientras salía el joven—. ¡Vaya audacia la suya! ¡Que Dios le proteja...! Tiene respuesta para todo. Bueno, pero si otro que no fuese yo le hubiese pedido la documentación, estaba perdido...

En aquel momento, los relojes de Carentan habían dado las nueve y media, los faroles alumbraban en la antecámara de la señora de Dey; los criados ayudaban a sus amos y amas a ponerse sus chanclos, sus hopalandas o sus manteletas; los jugadores habían saldado sus cuentas, e iban a retirarse todos juntos, según la costumbre establecida en las ciudades pequeñas.

—Parece que el acusador quiere quedarse —dijo una dama, dándose cuenta de que aquel importante personaje les faltaba en el momento en que cada cual se separó en la plaza para ir a sus respectivas casas, tras haber agotado todas las fórmulas de la despedida.

Aquel terrible magistrado era en efecto el único que se había quedado con la condesa, quien esperaba, temblando, que tuviera a bien marcharse también.

—Ciudadana —dijo él tras un largo silencio que tuvo algo de espantoso—, yo estoy aquí para hacer cumplir las leyes de la República.

La señora de Dey se estremeció.

—¿No tiene nada que revelarme? —preguntó el acusador.

—Nada —respondió ella, asombrada.

—¡Ah, señora! —exclamó el acusador, sentándose al lado de ella y variando de tono— en este momento, a falta de una palabra, vos o yo podemos ir a parar de cabeza al cadalso. He observado bien vuestro carácter, vuestra alma, vuestros modales, para poder compartir el error en el que habéis podido enzarzar a vuestra sociedad esta noche. Esperáis a vuestro hijo, no me cabe la menor duda.

La condesa hizo un gesto negativo, pero había palidecido y los músculos de su rostro se habían contraído por la necesidad en que se hallaba de alardear de engañosa firmeza. El implacable ojo del acusador público no perdió ninguno de sus movimientos.

—Está bien, recibidlo —prosiguió el magistrado revolucionario—, pero que no se quede bajo vuestro techo más tarde de las siete de la mañana. Mañana, provisto de una denuncia que haré presentar, vendré aquí...

Ella le miró con un aire estúpido que habría compadecido a un tigre.

—Y demostraré —prosiguió él con voz suave— la falsedad de la denuncia mediante minuciosas pesquisas, por lo que, como consecuencia de la naturaleza de mi informe, os encontraréis al abrigo de ulteriores sospechas. Hablaré de vuestros dones patrióticos, de vuestro civismo, y *todos* estaremos salvados.

La señora de Dey temió una aña-gaza, y permaneció inmóvil, pero su rostro estaba encendido y su lengua helada. Un aldabonazo resonó en la casa.

—¡Ah...! —clamó espantada la madre, cayendo de rodillas—, ¡Salvarle! ¡Salvarle!

—¡Sí, salvémosle! —respondió el acusador público, lanzándole una mirada de pasión—. Aunque *nos* costara la vida.

—¡Estoy perdida! —volvió a clamar ella, mientras que el acusador la alzaba cortésmente.

—¡Señora —dijo al mismo tiempo con bello énfasis oratorio—, no quiero obligaros a nada... sino a usted misma!

—¡Señora, ya está aq...! —Vino a anunciar toda alborozada la vieja sirvienta, creyendo sola a su ama.

Pero a la vista del acusador público, de colorada y jubilosa que estaba, se tomó inmóvil y lívida.

—¿Quién es, Brígida? —preguntó el magistrado, con tono dulce y aire inteligente.

—Un recluta que nos envía el alcalde para que le alojemos —respondió la vieja servidora mostrando el bono.

—Es verdad —manifestó el acusador tras haber leído el papel—. Nos llega un

batallón esta noche...

Y con la misma sali6.

La condesa tenia demasiada necesidad de creer en aquel momento en la sinceridad de su antiguo procurador, como para concebir la menor duda; subi6 r6pidamente la escalera, teniendo apenas fuerzas para sostenerse; luego abri6 la puerta de su habitaci6n, vio a un hombre y se precipit6 a 6l con los brazos abiertos y casi desfallecida.

—¡Oh, hijo mío, hijo mío! —exclamaba sollozando y cubriéndole de besos impregnados de una especie de frenesí.

—Señora... —dijo el desconocido.

—¡Ah, no es 6l! —exclam6 la condesa, retrocediendo espantada y quedándose en pie ante el recluta, al que contemplaba con aire alorado.

—¡Oh, Dios santo, qu6 parecido! —dijo Brígida.

Hubo un momento de silencio, y el propio forastero se estremeci6 ante el aspecto de la señora de Dey.

—¡Ah!, señor —dijo ella, apoyándose en el marido de Brígida, y sintiendo entonces en toda su magnitud un dolor cuyo primer ataque habia estado a punto de matarla—. No podría veros por m6s tiempo... Permitid que mis servidores me reemplacen y se ocupen de usted.

Y baj6 a su aposento llevada por Brígida y su viejo criado.

—¡C6mo, señora! —exclam6 el ama de llaves, ayudando a sentarse a la condesa—. ¿Es que ese hombre va a dormir en la cama del señorito Augusto, ponerse sus zapatillas y comer el pastel que habia preparado especialmente para 6l? Aunque hubiesen de guillotinarne, yo...

—¡Brígida! —reprendi6 la señora de Dey.

Brígida se qued6 muda.

—¡Cállate, charlatana! —le dijo su marido—. ¿Es que quieres matar a la señora?

En aquel momento el recluta hizo ruido al sentarse a la mesa.

—¡No me quedaré aquí! —clam6 la señora de Dey—. Iré al invernadero, desde donde oiré mejor lo que pasa fuera durante la noche.

Ella flotaba aú n entre el temor de haber perdido a su hijo y la esperanza de verle reaparecer. La noche fue horriblemente silenciosa. Hubo para la condesa un espantoso momento, cuando el batall6n de reclutas lleg6 a la villa y que cada hombre busc6 su alojamiento. Fueron esperanzas defraudadas a cada paso, a cada ruido; luego, la naturaleza no tard6 en recobrar una espantosa calma. Hacia la mañ ana, la condesa se vio obligada a entrar en su casa. Brígida, que vigilaba los movimientos de su ama, al no verla salir de su habitaci6n, entr6 en ella y encontr6 muerta a la condesa...

—¡Habrá oído probablemente a ese recluta que acaba de vestirse y anda por la habitaci6n del señorito Augusto cantando su condenada *Marsellesa*, como si estuviese en una cuadra! —rezong6 en medio del m6s acerbo dolor la vieja servidora

—. ¡Eso es lo que la habrá matado...!

La muerte de la condesa fue causada por un sentimiento más grave, y sin duda por una terrible visión. A la hora exacta en que ella expiraba en Carentan, su hijo era fusilado en el Morbihan.

Podemos unir este trágico hecho a todas las observaciones sobre las simpatías, que desconocen las leyes del espacio: documentos que reúnen con sapiente curiosidad algunos hombres solitarios, que servirán un día para asentar las bases de una nueva ciencia a la cual ha faltado hasta la fecha un hombre de genio.

París, febrero de 1831



## **EL VERDUGO**



A MARTÍNEZ DE LA ROSA

La campana de la pequeña aldea de Menda acababa de dar la medianoche. En este momento, un joven oficial francés, apoyado en el parapeto de una larga terraza que bordeaba los jardines del castillo de Menda, parecía sumido en una contemplación más profunda que la que comporta la despreocupación de la vida militar; pero es necesario decir también que jamás hora, lugar y noche fueron más propicios para la meditación. El hermoso cielo de España extendía una bóveda de azul sobre su cabeza. El brillo de las estrellas y la suave luz de la luna iluminaban un valle delicioso que se extendía coquetamente a sus pies. Apoyado en el tronco de un naranjo en flor, el jefe de batallón podía ver, a cien pasos debajo de él, la aldea de Menda, que parecía estar puesta al abrigo de los vientos del Norte, al pie del peñasco en que se había construido el castillo. Si volvía la cabeza, podía ver el mar, cuyas relucientes aguas encuadraban el paisaje con una ancha lámina de plata. El castillo estaba iluminado. El alegre tumulto de un baile, los sones de una orquesta, las risas de algunos oficiales y de sus compañeros de baile, llegaban hasta él, mezclado al lejano murmullo de las olas. El fresco de la noche imprimía una especie de energía a su cuerpo fatigado por el calor del día. Por último, en el jardín estaban plantados árboles tan fragantes y de flores tan suaves, que el joven se hallaba como sumergido en un baño de perfumes.

El castillo de Menda pertenecía a un grande de España, que lo habitaba en aquellos momentos con su familia. Durante toda la velada, la mayor de sus hijas había estado mirando al oficial con un interés mezclado con tal tristeza, que el sentimiento de compasión expresado por la española podría muy bien ser la causa de la actitud meditativa del francés. Clara era hermosa, y aunque tenía otros tres hermanos y una hermana, los bienes del marqués de Leganés parecían ser lo suficientemente considerables para hacer creer a Víctor Marchand que la joven tendría una rica dote. Pero cómo osar creer que la hija del anciano más imbuido de su grandeza que había en España podía ser entregada al hijo de un tendero de París. Por otra parte, los franceses eran odiados. El general G...r sospechando que el marqués estaba preparando un levantamiento en favor de Fernando VII, había acantonado al batallón que mandaba Víctor Marchand en la pequeña aldea de Menda para dominar la región próxima a ella, que obedecían al marqués de Leganés. Un reciente despacho del mariscal Ney indicaba la posibilidad de que los ingleses desembarcasen próximamente en la costa, y se insinuaba en él que el marqués estaba en inteligencia con el gabinete de Londres. Así, a pesar de la excelente acogida que aquel español había dispensado a Víctor Marchand y a sus soldados, el joven oficial se hallaba constantemente en guardia. Mientras se dirigía a aquella terraza desde la que acababa de examinar la situación de la aldea y de los campos confiados a su vigilancia, se preguntaba cómo debía interpretar la amistad que el marqués no había cesado de testimoniarse, y cómo la tranquilidad del país podía conciliarse con las inquietudes demostradas por su general; pero, al cabo de unos instantes, aquellos pensamientos habían sido expulsados de la mente del joven oficial por un sentimiento de prudencia y por una legítima curiosidad. Acababa de distinguir en la aldea una gran cantidad de

lucos. Pese a ser la festividad de San Jaime, había ordenado aquella misma mañana que todos los fuegos debían estar apagados a la hora señalada por su bando. Únicamente el castillo quedaba exceptuado de aquella medida. Vio brillar, en varios sitios, las bayonetas de los soldados en los puestos acostumbrados; pero el silencio era solemne, nada revelaba que los españoles se hallaran entregados a la embriaguez de una fiesta. Después de haber intentado explicarse la infracción de la que se hacían culpables los habitantes del pueblo, encontró que aquel delito encerraba un misterio tanto más incomprensible cuanto había dejado oficiales encargados de la policía nocturna y de las rondas. Con la impetuosidad de la juventud, iba a lanzarse por una brecha del muro para descender rápidamente por las rocas y llegar así más rápidamente que por el camino normal a un pequeño puesto de guardia situado a la entrada del pueblo por el lado del castillo, cuando un débil ruido le detuvo en su carrera. Le pareció oír como la arena de las avenidas crujía bajo el leve paso de una mujer. Volvió la cabeza, pero nada pudo ver; no obstante, su mirada fue atraída por el brillo extraordinario del océano. Pudo distinguir, súbitamente, un espectáculo tan funesto, que permaneció unos instantes inmovilizado por la sorpresa, acusando de error a sus sentidos. Los blanquecinos rayos de la luna le permitieron distinguir a gran distancia unas velas. Se estremeció e intentó convencerse de que aquella visión no era más que una trampa óptica ofrecida por la fantasía de las olas y de la luna. En aquel instante, una voz enronquecida pronunció el nombre del oficial, que miró a través de la brecha, viendo aparecer por ella, lentamente, la cabeza del soldado que le había acompañado al castillo.

—¿Es usted, mi comandante?

—Sí. ¿Qué sucede? —le preguntó en voz baja el joven, a quien una especie de presentimiento le advertía que hablara con misterio.

—Estos malditos se mueven como gusanos, y me gustaría, si usted me lo permite, comunicarle mis pequeñas observaciones.

—Habla —le dijo Víctor Marchand.

—Acabo de seguir a un hombre del castillo que ha pasado por aquí con una linterna en la mano. Una linterna es furiosamente sospechosa, y no creo que ningún cristiano tenga precisión de encender cirios a estas horas de la noche... «¡Estos pillos quieren atraparnos!», me he dicho, y me he puesto a seguirle los talones. Así, mi comandante, he descubierto, a tres pasos de aquí, en un recoveco de la roca, un montón de haces de leña.

Un grito horrible, que súbitamente resonó en el pueblo, interrumpió al soldado. Un resplandor repentino iluminó al comandante. El pobre granadero recibió una bala en la cabeza y cayó. Una hoguera de paja y leña resplandecía como un incendio a diez pasos del joven. Los instrumentos y las risas cesaron en la sala de baile. Un silencio de muerte, interrumpido por lamentos, había repentinamente sustituido a los rumores de la música de la fiesta. Un cañonazo retumbó en la blanca llanura del océano. Por la frente del joven oficial empezó a correr un sudor frío. No llevaba

espada. Comprendió que sus soldados habían sido muertos y que los ingleses iban a desembarcar. Se vio deshonrado si quedaba con vida, se vio conducido ante un consejo de guerra; entonces, midió, con la vista, la profundidad del valle y se lanzó en el preciso momento en que la mano de Clara cogía la suya.

—¡Huya! —le dijo ella—; mis hermanos me siguen para matarle. Debajo de la roca encontrará usted a Juanito, el andaluz. ¡Váyase!

Ella le empujó; el joven, estupefacto, la miró durante unos instantes; pero, obedeciendo al instinto de conservación que jamás abandona al hombre, echó a correr por el parque tomando la dirección indicada, y corrió por entre las rocas, por caminos que solo las cabras habían utilizado hasta entonces. Oyó a Clara que incitaba, a gritos, a sus hermanos a que le persiguieran; oyó los pasos de los asesinos, oyó silbar en sus orejas las balas de varias descargas; pero consiguió llegar al valle, encontró su caballo, montó en él, y desapareció con la rapidez del rayo.

Al cabo de pocas horas, el joven oficial se hallaba en el Cuartel General del general G..t..r, al que encontró comiendo con su Estado Mayor.

—¡Vengo a ofrecerle mi cabeza! —exclamó el jefe de batallón presentándose a él pálido y deshecho.

Se sentó y contó la horrible aventura. Un silencio espantoso acogió su exposición.

—Le considero más desdichado que culpable —respondió finalmente el terrible general—. No pueden echársele en cara las fechorías de los españoles; y, a menos de que el mariscal decida lo contrario, por mi parte está absuelto.

Aquellas palabras solo proporcionaron un débil consuelo al infeliz oficial.

—¡Cuando el Emperador lo sepa! —exclamó.

—Cuando el Emperador lo sepa, deseará fusilarle —dijo el general—, pero ya veremos. En fin, no se hable más de esto —añadió con tono severo—, a no ser para meditar una venganza que imprima un terror ejemplar a este país en el que se hace la guerra como los salvajes.

Una hora más tarde, un regimiento completo, un destacamento de caballería, y un convoy de artillería se habían puesto en camino. El general y Víctor marchaban al frente de aquella columna. Los soldados, concedores de la carnicería cometida con sus camaradas, se hallaban poseídos de un furor sin igual. La distancia que separaba la localidad de Menda del cuartel general fue recorrida con una rapidez casi milagrosa. Por el camino, el general encontró pueblos enteros sobre las armas. Cada una de aquellas miserables aldeas fue cercada y sus moradores diezmados.

Por una de aquellas fatalidades inexplicables, los navíos ingleses habían permanecido al paio, sin avanzar; pero más tarde se supo que aquellos buques solo llevaban artillería y que se habían adelantado al resto de los transportes. La aldea de Menda, privada de los defensores que estaba esperando, y que la aparición de las velas inglesas parecía prometerles, fue rodeada por las tropas francesas, casi sin disparar un tiro. Los moradores, sobrecogidos de terror, ofrecieron rendirse a discreción. Por uno de aquellos cambios de situación, que no son raros en la

Península, los asesinos de los franceses, previendo por la conocida crueldad del general que Menda podía ser entregada a las llamas y la población pasada a cuchillo, propusieron denunciarse ellos mismos al general. Este aceptó su ofrecimiento, poniendo por condición que los habitantes del castillo, desde el último lacayo hasta el marqués, serían puestos entre sus manos. Aceptada aquella capitulación, el general prometió perdonar al resto de la población e impedir a sus soldados entraran a saco en la aldea o le prendieran fuego. Fue señalada una contribución enorme y los más ricos habitantes se constituyeron prisioneros para garantizar su pago, que debía efectuarse antes de las veinticuatro horas.

El general tomó todas las precauciones necesarias para la seguridad de sus soldados, se preocupó por la defensa de la región y renunció a alojar a la tropa en las casas del pueblo. Después de haberlas hecho acampar, subió al castillo y lo ocupó militarmente. Los miembros de la familia del marqués de Leganés y los criados fueron estrechamente vigilados con guardias de vista y atados. Fueron encerrados en el salón en el que se había celebrado el baile. Desde las ventanas de aquella estancia podía fácilmente divisarse toda la terraza que dominaba al pueblo. El estado mayor se instaló en una galería vecina, en la que el general celebró un consejo de guerra sobre las medidas a adoptar para oponerse al desembarco. Luego de haber expedido un ayuda de campo al mariscal Ney, dio la orden de montar baterías en la costa, y el general y su estado mayor se ocuparon de los prisioneros. Doscientos españoles que los habitantes del lugar habían entregado, fueron inmediatamente pasados por las armas en la terraza. Después de aquella ejecución militar, el general ordenó montar en la terraza tantas horcas como personas había en el salón del castillo y mandó venir al verdugo de la ciudad. Víctor Marchand aprovechó el tiempo que le quedaba libre antes de comer para ir a visitar a los prisioneros. Al cabo de poco tiempo, regresó a presencia del general.

—Me presento a usted —dijo con voz emocionada— para pedirle una gracia.

—¡Usted! —replicó el general, con amarga ironía.

—Las gracias que le voy a solicitar son bien tristes. El marqués, al ver que se montaban horcas en la terraza, solicita a usted que, para su familia, se cambie este suplicio y autorice que a los nobles les sea cortada la cabeza.

—¡Concedido! —dijo el general.

—Piden, además, que les sean concedidos los auxilios de la Religión, y que se les libere de las ataduras; empeñan su palabra de honor de no intentar huir.

—¡Concedido! —repitió el general—. Pero usted me responde de ellos.

—Por último, el anciano le ofrece toda su fortuna si se digna perdonar a su hijo.

—¿De verdad? —respondió el jefe—. Pero si sus bienes pertenecen ya al rey José.

Se detuvo. Un pensamiento de desprecio arrugó su frente, y añadió:

—Voy a hacer más de lo que me pide. Adivino toda la importancia de su última petición. Pues bien, que compre la Eternidad de su apellido, pero que España se

acuerde para siempre de su traición y de su suplicio. Dejo su fortuna y la vida a aquel de sus hijos que haga el oficio de verdugo... Ande, no hablemos ya más de eso.

La comida estaba servida. Los oficiales, sentados a la mesa, satisfacían un apetito que la fatiga había excitado. Uno solo de entre todos ellos, Víctor Manuel, estaba ausente del festín. Después de haber estado dudando mucho tiempo, entró en el salón en el que gemía la orgullosa familia de los Leganés, y lanzó una mirada triste por el espectáculo que ofrecía en aquel momento el salón en el que la víspera habían estado dando vueltas las cabezas de las dos muchachas y de los tres jóvenes: se estremeció al pensar que aquellas cabezas que habían girado a los acordes de un vals, tenían, dentro de poco, que caer rodando, cortadas por el sable del verdugo. Atados en sus dorados sillones, el padre y la madre, los tres hijos y las dos hijas se hallaban en un estado de completa inmovilidad. Ocho criados estaban de pie, con las manos atadas detrás de la espalda. Aquellas quince personas se miraban unas a otras con gravedad, y sus ojos revelaban apenas los pensamientos que los animaban. Una resignación profunda, y el sentimiento por haber fracasado en su empresa, se leían en la mayoría de los rostros. Unos inmóviles soldados les vigilaban, respetando el dolor de aquellos crueles enemigos. Un gesto de curiosidad animó aquellas caras cuando entró Víctor. Dio orden de que los condenados fueran desatados y fue, personalmente, a librar a Clara de las cuerdas que la mantenían prisionera en una silla. Ella sonrió tristemente. El oficial no pudo reprimirse y acarició los brazos de la joven, mientras admiraba su negra cabellera y su ondulante talle. Era una auténtica española: el color de su tez, era español; los ojos, españoles; las largas pestañas, rizadas, sus pupilas más negras que las alas de un cuervo.

—¿Ha tenido usted éxito? —preguntó, dirigiéndose a él, con una de aquellas fúnebres sonrisas en las cuales hay todavía mucho de niña.

Víctor no pudo reprimir un suspiro. Miró, alternativamente, a los tres hermanos y a Clara. Uno, el mayor, tenía treinta años. Bajo y bastante mal constituido, de aspecto orgulloso y despreciativo, no dejaba de poseer cierta nobleza en sus maneras y no parecía ser ajeno a aquella delicadeza de sentimientos que tanta celebridad dio, en otro tiempo, a la galantería española. Se llamaba Juanito. El segundo, Felipe, tenía unos veinte años, y se parecía a Clara. El menor tenía ocho años. Un pintor habría encontrado en las facciones de Manuel un poco de aquella constancia romana que David ha sabido imprimir en sus páginas republicanas. El anciano marqués tenía la cabeza cubierta de blancos cabellos, y parecía salido de un cuadro de Murillo. Ante aquel aspecto el oficial inclinó la cabeza, desesperado de que alguno de aquellos personajes aceptara el trato ofrecido por el general; no obstante, se atrevió a confiarlo a Clara. La española primero se estremeció, pero recobró, inmediatamente su aspecto tranquilo y fue a arrodillarse ante su padre.

—Hazle jurar a Juanito que obedecerá fielmente las órdenes que usted le de y todos estaremos contentos.

La marquesa sintió un escalofrío de esperanza; pero al inclinarse hacia su marido,

pudo escuchar la terrible confidencia de Clara, aquella madre se desvaneció. Juanito lo comprendió todo inmediatamente, y saltó como un león en la jaula. Víctor se encargó de hacer retirar a los soldados, después de haber obtenido del marqués la seguridad de la más completa sumisión. Los criados fueron sacados de la estancia y entregados al verdugo, que les colgó. Cuando la familia no tuvo más vigilante que Víctor, el anciano padre se puso en pie.

—Juanito —dijo.

Juanito respondió a aquella llamada con una inclinación de cabeza, que equivalía a una negativa, volvió a sentarse en su silla, y miró a sus parientes con mirada adusta y terrible. Clara fue a sentarse sobre sus rodillas, con aire alegre:

—Mi querido Juanito —le dijo pasando un brazo alrededor de su cuello, abrazándole—, si supieras lo dulce que será la muerte si me la das tú. No tendré que sufrir el odioso contacto de las manos de un verdugo. Tú curarás todos los sufrimientos que me esperan y... mi buen Juanito, tú no querrías ver mi persona...

Sus aterciopelados ojos lanzaron una mirada ardiente a Víctor, como para despertar en Juanito su odio hacia los franceses.

—Ten valor —le dijo su hermano Felipe— de otro modo, nuestro linaje, aunque de sangre real, se extinguiría.

De repente, Clara se puso en pie, el grupo que se había formado alrededor de Juanito se disgregó; y aquel hijo, justificadamente rebelde vio delante de él, de pie, a su buen padre, que con tono solemne, dijo:

—Juanito, ¡te lo ordeno!

Como el joven conde seguía inmóvil, su padre cayó ante él, de rodillas. Involuntariamente Clara, Manuel y Felipe, le imitaron. Todos ellos tendieron sus brazos hacia aquel que debía salvar a la familia del olvido, y parecieron repetir las palabras del padre:

—Hijo mío ¿es que careces del verdadero valor español y de auténtica sensibilidad? ¿Deseas que permanezca mucho tiempo de rodillas ante ti, y solo tener en cuenta tu propia vida y tus sufrimientos? ¿Es este mi hijo, señora? —añadió el anciano, volviéndose hacia la marquesa.

—¡Consiente en ello! —exclamó la madre con desesperación, al notar un movimiento de párpados en Juanito, cuyo significado solo ella podía comprender.

Mariquita, la hija segunda, estaba de rodillas, abrazando con sus débiles brazos a su madre; y al verla llorar con cálidas lágrimas, su hermano pequeño, Manuel, la riñó. En aquel momento, el capellán del castillo hizo su entrada en el salón; inmediatamente fue rodeado por toda la familia y le condujeron al lado de Juanito. No pudiendo soportar por más tiempo aquella escena, Víctor hizo una seña a Clara, y se apresuró a realizar una última tentativa acerca del general; le encontró de buen humor, en medio del festín, bebiendo con sus oficiales, que empezaban a sentirse a gusto.

Una hora más tarde, cien de los más notables habitantes de Menda llegaron a la

terrazza para ser, según órdenes dictadas por el general, testigos de la ejecución de los miembros de la familia Leganés. Un destacamento de soldados fue colocado estratégicamente para contener a los españoles, que fueron colocados debajo de las horcas de las que serían colgados los servidores del marqués. Las cabezas de aquellos burgueses rozaban casi los pies de aquellos mártires. A treinta pasos de allí, estaba el verdugo, para el caso de que Juanito rehusase. Pronto los españoles pudieron oír, en medio del más profundo silencio, los pasos de varias personas, el sonido acompasado de los soldados de un piquete y el ligero resonar de sus fusiles. Aquellos ruidos diversos llegaban mezclados con los gritos alegres del festín de los oficiales, como anteriormente los rumores del baile se habían mezclado a los preparativos de una sangrienta traición. Todas las miradas se volvieron hacia el castillo, y pudo verse a la noble familia que avanzaba con una increíble tranquilidad. Todos los rostros permanecían tranquilos y serenos. Uno solo se apoyaba en el sacerdote, pálido y desencajado. El cura le prodigaba los consuelos de la Religión, y era él, precisamente, el único que conservaría su vida. El verdugo comprendió, como todos los demás, que Juanito había aceptado reemplazarle, por una vez. El anciano marqués y su esposa, Clara, Mariquita y sus dos hermanos, fueron a arrodillarse a pocos pasos del lugar fatal. Juanito tuvo que llegar ayudado por el sacerdote. Cuando llegó al tajo, el verdugo se lo llevó aparte, probablemente para darle algunas instrucciones, El confesor colocó a las víctimas de forma que cada una de ellas no pudiese ver el suplicio de las otras. Pero se trataba de verdaderos españoles, y mostraron deseos de permanecer de pie, y no dieron ninguna muestra de debilidad.

Clara fue la primera en ir hacia su hermano.

—¡Juanito! ¡Ten piedad de mi poco valor! ¡Empieza por mí! —le dijo.

En aquel momento se oyeron los pasos precipitados de un hombre. Víctor llegó al lugar de la escena. Clara estaba ya arrodillada, su blanco cuello ofrecido al sable ejecutor. El oficial palideció, pero halló dentro de él fuerzas suficientes para correr.

—El general te concede la vida, si aceptas casarte conmigo —le dijo en voz baja.

La española lanzó sobre el oficial una mirada de desprecio y de orgullo.

—¡Vamos, Juanito! —exclamó con su más profunda voz.

Su cabeza rodó a los pies de Víctor. La marquesa de Leganés dejó escapar un movimiento convulsivo al oír aquel ruido; fue el único signo de dolor que expresó.

—¿Estoy bien así? —Fue la pregunta que le hizo Manuel, a su hermano mayor.

—¡Vaya! ¡Mariquita! ¡Estás llorando! —dijo Juanito a su hermana.

—¡Sí, sí! —replicó la muchacha—. Pienso en ti, mi pobre Juanito; pienso en lo desdichado que te sentirás sin nosotros.

Acto seguido se aproximó la alta figura del marqués. Miró la sangre de sus hijos, se volvió hacia los espectadores, mudos e inmóviles, extendió las manos hacia Juanito, y con voz fuerte, dijo:

—Españoles, doy a mi hijo mi bendición paterna. Ahora, *marqués*, golpea sin temor, eres un caballero irreprochable.

Pero cuando Juanito vio acercarse a su madre, sostenida por el confesor, exclamó:  
—¡Ella me ha dado la vida, y me ha criado!

Su exclamación, arrancó un aullido de horror a toda la asamblea. El ruido del festín y las alegres risas de los oficiales, apagaron aquel terrible clamor. La marquesa comprendió que Juanito había llegado al término de sus fuerzas, se lanzó de un salto por encima de la balaustrada y fue a estrellar su cabeza contra las rocas del fondo. Se levantó un grito de admiración. Juanito había caído desvanecido.

—Mi general —dijo un oficial medio borracho—, Marchand acaba de explicarme algo sobre esta ejecución, que estoy seguro usted no había ordenado.

—Olvidan ustedes, señores —exclamó el general G..t..r—, que dentro de un mes, quinientas familias francesas estarán anegadas en lágrimas, y que nos hallamos en España. ¿Quieren dejar ustedes sus huesos en este país?

Después de aquella alocución, no hubo nadie, ni un subteniente, que se atreviera a vaciar su *verre*.

A pesar del respeto de que se ve rodeado, a pesar del título de *Verdugo*, que el rey de España le ha concedido, como título de nobleza, al marqués de Leganés, este se ve devorado por la pena, vive solitario, y raramente se muestra en público. Agobiado por el peso de su admirable iniquidad, parece esperar con impaciencia el nacimiento de un segundo hijo que le conceda el derecho de reunirse con las sombras que le acompañan constantemente.

París, octubre de 1820.



**UN DRAMA A LA ORILLA DEL MAR**



A la princesa  
CAROLINA GALITZIN DE GENTHOD  
Nacida condesa Walewska  
En homenaje y recuerdo del autor

# I

## UN DRAMA A LA ORILLA DEL MAR

Los jóvenes tienen casi todos un compás con el que se complacen en medir el futuro; cuando su voluntad concuerda con la audacia del ángulo que abren, el mundo es de ellos. Mas este fenómeno de la vida moral no acontece sino a cierta edad. Esta edad, que para todos los hombres se encuentra entre los veintidós y veintiocho años, es la de los grandes pensamientos, la edad de las primeras concepciones, porque es la de los deseos inmensos, la edad en que no se duda de nada: quien dice duda, dice impotencia. Tras esta edad, rápida como una siembra, viene la de la ejecución. Hay en cierto modo dos juventudes: aquella durante la cual se cree, y la juventud durante la cuál se actúa; a menudo, ambas se confunden en los hombres a quienes ha favorecido la naturaleza, y que son, como César, Newton y Bonaparte, los más grandes entre los grandes.

Yo medía el tiempo que un pensamiento necesita para desarrollarse; y, con mi compás en mano, de pie sobre una roca, a cien toesas<sup>[2]</sup> sobre el Océano, cuyas olas retozaban en los rompientes, yo apeaba mi futuro llenándolo de obras, como un ingeniero que, sobre un terreno vacío, traza fortalezas y palacios.

El mar estaba en reposo; acababa de vestirme tras haber nadado; esperaba a Paulina, mi ángel guardián, que se bañaba en una artesa de granito llena de fina arena, la más coquetona bañera que la naturaleza haya dibujado para sus hadas marinas. Estábamos en la extremidad del Croisic, una linda peninsulita de Bretaña, y lejos del puerto, en un paraje que el fisco ha juzgado tan inabordable, que el aduanero no pasa por allí casi nunca.

¡Nadar en los aires tras haberlo hecho en el mar! ¡Ah...!, ¿quién no habría nadado en el futuro? ¿Por qué, pensaba yo, por qué viene un mal? ¿Quién lo sabe? Las ideas os caen al corazón o a la cabeza sin consultaros. Ninguna cortesana fue más fantástica ni más imperiosa que lo es la concepción para los artistas; es preciso cuando llega cogerla como a la fortuna, por el pelo. A horcajadas de mi pensamiento, como Astolfo sobre su hipogrifo, cabalgaba yo a través del mundo, disponiéndolo todo a mi antojo.

Cuando quise buscar en mi derredor algún presagio para las audaces construcciones que mi loca imaginación me aconsejaba emprender, un gritito, el de una mujer que nos llama en el silencio de un desierto, o que sale del baño, reanimada, gozosa, dominó el murmullo de las ondas incesantemente móviles que dibujaban el flujo y el reflujo sobre los recortes de la costa. Al oír aquella nota brotada del alma, creí haber visto en las rocas el pie de un ángel que, desplegando las alas, había exclamado:

—¡Lo lograrás!

Descendí, radiante, ligero, brincando como un guijarro lanzado en una pronunciada pendiente.

Al verme, ella me dijo:

—¿Qué te sucede?

No respondí; mis ojos se humedecieron. La víspera, Paulina había comprendido mis dolores, como en este momento comprendía mis alegrías, con la mágica sensibilidad de un arpa que obedece a las variaciones de la atmósfera. La vida humana tiene hermosos momentos. Anduvimos en silencio a lo largo de las playas.

El cielo estaba sin nubes, el mar sin rizos; otros no habrían visto sino dos estepas azules, una sobre otra; pero nosotros, nosotros que nos entendíamos sin palabras, nosotros que podíamos hacer representar entre estos dos idiomas del infinito las ilusiones con que uno se alimenta en la juventud, nos apretamos la mano al menor cambio que ofrecían, ya la lámina de agua, ya las capas del aire, pues considerábamos aquellos ligeros fenómenos como traducciones materiales de nuestro doble pensamiento.

¿Quién no ha saboreado, en los placeres, ese momento de ilimitado goce en el que el alma parece haberse desembarazado de las ligaduras de la carne, hallándose como vuelta al mundo del que procede? El placer no es nuestro único guía en esas regiones. ¿No hay momentos en que los sentimientos se disparan por sí mismos, lanzándose como frecuentemente dos niños se toman de la mano y echan a correr sin saber por qué? Nosotros íbamos así.

En el momento en que los tejados de la villa aparecieron en el horizonte, trazando en él una línea grisácea, nos encontramos con un pobre pescador que volvía al Croisic; iba descalzo, su pantalón de burda tela estaba roto por debajo, agujereado, mal remendado; tenía una camisa confeccionada del lienzo empleado en las velas y por chaqueta un harapo. Aquella miseria nos hizo daño, como si hubiese habido alguna disonancia en medio de nuestra armonía.

Nos miramos Paulina y yo, como para lamentamos mutuamente no poder disponer en aquel momento del poder de hurgar en los tesoros de Aboul-Cacem. Percibimos un soberbio bogavante y una araña de mar sujetos a un cordel que el pescador balanceaba en su mano derecha, teniendo con la otra sus aparejos y útiles. Lo abordamos con la intención de comprar su pesca, idea que se nos ocurrió simultáneamente, que se expresó en Paulina por una sonrisa, a la que respondí por un ligera presión en su brazo, que llevé junto a mi corazón.

Son de esas naderías a las que más tarde el recuerdo convierte en poemas, cuando junto al fuego rememoramos la hora en que aquella pequeñez nos conmovió, el lugar en que aconteció y ese espejismo cuyos efectos no han sido aún constatados, pero que a menudo se ejerce sobre los objetos que nos rodean en los momentos en que la vida es leve y nuestros corazones están colmados. Los paisajes más bellos no son sino los que construimos. ¿Qué hombre un poco poeta no tiene en sus recuerdos un peñasco que ocupa más lugar que los más célebres aspectos del país buscados con gran

dispendio? Cerca de esa roca, pensamientos tumultuosos; allá, toda una vida empleada, temores disipados, y rayos de esperanza que han descendido al alma.

En aquel momento, el sol, simpatizando con esos pensamientos de amor y de futuro, lanzaba, sobre los flancos malvas de la roca, un ardiente fulgor; algunas flores de las montañas atraían la atención; la calma y el silencio engrandecían aquella infructuosidad, parda, oscura, sombría en realidad, y coloreada por el soñador; entonces era bella, con sus magras vegetaciones, sus cálidas camomilas y sus culantrillos de hojas aterciopeladas. ¡Fiesta prolongada, decoraciones magníficas, feliz exaltación de las fuerzas humanas! Una vez, el lago de Bienne, Visto desde la isla de San Pedro, me había hablado así; el roquedo del Croisic será acaso la última de estas alegrías. Mas entonces, ¿qué será de Paulina?

## II

—¿Habéis hecho una buena pesca esta mañana, buen hombre? —dije al pescador.

—Sí, señor —respondió deteniéndose y mostrándonos el atezado rostro de las personas que permanecen durante horas enteras expuestos a la reverberación del sol sobre el agua.

Ese rostro revelaba una larga resignación, la paciencia del pescador y sus apacibles costumbres. Aquel hombre tenía una voz sin rudeza, labios bondadosos, ninguna ambición, y yo no sé qué de enclenque. Cualquiera otra fisonomía nos habría desplazado.

—¿Dónde, vais a vender eso?

—Al pueblo.

—¿Cuánto os pagarán por el bogavante?

—Quince sueldos.

—¿Y por la araña?

—Veinte.

—¿Por qué tanta diferencia entre el bogavante y la araña?

—Señor, la araña (él pronunciaba la *iraña*), es mucho más fina... Además es astuta como un mono y raramente se deja atrapar.

—¿Nos daríais todo por cien sueldos? —dijo Paulina.

El hombre quedó como petrificado.

—¡Tú no lo tendrás! —dije riendo—. Yo doy diez francos. Hay que saber pagar las emociones en lo que valen.

—¡Pues bien, sí que lo tendré! ¡Doy diez francos y dos sueldos!

—Y diez.

—Doce francos.

—Quince.

—Quince francos con cincuenta céntimos —dijo ella.

—Cien francos.

—Ciento cincuenta.

Me incliné. No éramos en aquellos momentos lo bastante ricos como para pujar más la subasta. Nuestro pobre pescador no sabía si enfadarse por una burla o sentirse más contento que unas pascuas; le sacamos del atolladero dándole el nombre de nuestra patrona, recomendándole que llevase a su casa el bogavante y la araña de mar.

—¿Ganáis para vivir? —le pregunté para saber la causa de su penuria.

—Con mucho esfuerzo y sufriendo muchas miserias —respondió—. La pesca en la orilla del mar, careciendo de barca y de redes, y no pudiendo hacerla más que con aparejos o con caña, es un oficio azaroso. Veréis, hay que esperar al pez o al marisco, mientras que los grandes van a buscarlos en pierio mar. Es tan difícil ganarse la vida como yo, pescando en la costa, que soy el único que lo hago. Muchos días no cojo

nada. Para atrapar algo, es preciso que una *iraña* se haya quedado dormida como esta, o que un bogavante haya estado lo bastante aturdido como para quedarse en las rocas. Algunas veces, vienen lubinas después de la marea alta, y entonces las capturo.

—En fin, un día con otro, ¿cuánto venís a sacar por jornada?

—De once a doce sueldos. Me las apañaría con eso, si estuviera solo, pero tengo que alimentar a mi padre, y el pobre no puede ayudarme, pues está ciego.

Ante la sencillez con que fueron pronunciadas estas palabras, Paulina y yo nos miramos, sin decir nada.

—¿Tenéis mujer o alguna buena amiga?

Nos lanzó una de las más deplorables miradas que yo haya visto, respondiendo:

—Si tuviese yo una mujer, habría de abandonar a mi padre, pues no podría alimentarle, al par que a ella y a los hijos.

—Bueno, pobre muchacho, ¿cómo es que no tratáis de ganar más acarreado sal en el puerto o trabajando en las marismas salineras?

—¡Ah, señor, no soportaría ese oficio ni tres meses! No soy bastante fuerte, y, si yo muriese, mi padre tendría que mendigar. Me hacía falta un oficio que no requiriese sino un poco de habilidad y mucha paciencia.

—¿Pero cómo pueden vivir dos personas con doce sueldos por día?

—¡Oh, señor, comemos tortas de alforfón y moluscos que saco de las rocas!

—¿Qué edad tenéis?

—Treinta y siete años.

—¿Habéis salido de aquí?

—Fui una vez a Guerande para el reclutamiento, y a Savenay para la talla y reconocimiento. De haber tenido yo una pulgada más, habría sido soldado. Hubiese reventado en la primera marcha, y mi pobre padre se vería obligado a mendigar.

Yo había pensado en muchos dramas; Paulina estaba acostumbrada a grandes emociones, al lado de un hombre doliente como yo lo soy; pues bien, jamás ninguno de los dos habíamos oído palabras tan conmovedoras como las del pescador.

Dimos algunos pasos en silencio, midiendo ambos la muda profundidad de aquella vida ignorada, admirando la nobleza de aquella abnegación que se olvidaba de sí mismo; la fuerza de esta debilidad nos asombró; aquella despreocupada generosidad nos empequeñeció.

Yo veía a aquel pobre ser del todo instintivo, remachado a su roca como un galeote lo está a su bala de cañón, acechando desde hace veinte años a los mariscos para ganarse la vida, y sostenido en su paciencia por un solo sentimiento. ¡Cuántas horas consumidas en el rincón de una playa! ¡Cuántas esperanzas derrumbadas por un chubasco, por un cambio de tiempo! Permanecía suspendido al borde de una pared de granito, con el brazo tendido como el de un fakir de la India, mientras que su padre, sentado en un escabel, esperaba, en el silencio y en las tinieblas, aunque fuesen lapas, el más basto de los mariscos y pan, si es que el mar lo permitía.

—¿Bebéis alguna vez vino? —le pregunté.

—Tres o cuatro veces por año.

—Pues bien, lo beberéis hoy, vos y vuestro padre, y os enviaremos pan blanco.

—Sois muy bueno, señor.

—Y os daremos de cenar si queréis conducimos por la orilla del mar hasta Batz, donde iremos a ver la torre que domina la albúfera y las costas entre Batz y el Croisic.

—Con mucho gusto —dijo—. Id derechos hacia adelante, siguiendo este mismo camino; me reuniré con ustedes después de haber dejado mis aparejos y mi pesca.

Hicimos un mismo ademán de consentimiento, y acto seguido él se abalanzó jubilosamente en dirección al pueblo.

### III

Este encuentro nos mantuvo en la situación moral en que estábamos, pero había atenuado su alegría.

—¡Pobre hombre! —me dijo Paulina, con ese acento que despoja a la compasión de una mujer lo que pueda tener de ofensiva la piedad—. ¿No hay que avergonzarse de sentirse feliz viendo tanta miseria?

—Nada es más cruel que tener deseos impotentes —le respondí—. Esos dos pobres seres, el padre y el hijo, no sabrán cuán vivas han sido nuestras simpatías, más de lo que el mundo sabe lo bella que es su vida, pues amasan tesoros en el cielo.

—¡Pobre país! —dijo ella, mostrándome a lo largo de un campo cercado por un muro de secas piedras, boñigas de vaca aplicadas simétricamente—. He preguntado qué era eso. Una campesina, ocupada en juntarlas, me ha respondido que *hacía leña*. Imaginaos, amigo mío, que, cuando estas boñigas se secan, estas pobres gentes las recogen, las apilan y se calientan con ellas. Durante el invierno, se venden igual que tortas de turba o cortezas de árbol. En fin, ¿cuánto crees que gana la costurera mejor pagada? Cinco sueldos por día —dijo tras una pausa— pero se las mantiene.

—Mira —observé—, los vientos del mar lo secan y derriban todo; no hay árboles; los restos de las embarcaciones ya fuera de servicio, se venden a los ricos, pues los precios de los transportes les impide sin duda consumir la leña abundante en Bretaña. Este país no es bello sino por sus grandes almas; las gentes sin corazón no vivirían en él; no puede ser habitado más que por poetas o por moluscos. ¿No ha sido necesario que el depósito de la sal se emplazara sobre esa roca para que fuese habitada? De un lado el mar; aquí, arenas; en lo alto, el espacio.

Habíamos ya pasado el poblado, nos encontrábamos en la especie de desierto que separa el Croisic de la aldea de Batz.

Figuraros, querido tío, una landa de dos leguas rellena de la reluciente arena que se halla a la orilla del mar. Aquí y allá, algunas rocas alzaban su cabeza, semejantes a gigantescos animales tendidos en las dunas. A lo largo del mar aparecían algunos arrecifes, en tomo a los cuales ondeaba el agua, prestándoles la apariencia de grandes rosas blancas flotando sobre la líquida extensión y viniendo a posarse en la orilla.

Al contemplar aquella sabana rematada por el océano a la derecha, y bordeada a la izquierda por el gran lago que forma la irrupción del mar entre el Croisic y las arenosas alturas de Guerande, a cuyo pie se encuentran marismas salineras desprovistas de vegetación, miré a Paulina, preguntándole si se sentía con valor para afrontar los ardores del sol y con fuerza para caminar sobre la arena.

—Tengo borceguís; vamos —me dijo, señalándome la torre de Batz, que detenía la vista por una inmensa construcción emplazada allí como una pirámide, pero una pirámide, ahusada, recortada, una pirámide tan poéticamente ornada, que permitía a la imaginación ver en ella la primera de las ruinas de una gran ciudad asiática.

Dimos algunos pasos para ir a sentarnos sobre la parte de una roca que estaba aún

sombreada; pero eran las once de la mañana, y aquella sombra, que cesaba a nuestros pies, se borraba con rapidez.

—¡Cuán hermoso es este silencio —me dijo ella—, y cuán grande su profundidad por el isócrono retomo del estremecimiento del mar sobre esta playa!

—Si quieres librar tu entendimiento a las tres dimensiones que nos rodean, el agua, el aire y las arenas, escuchando exclusivamente el repetido son del flujo y del reflujo —le respondí— no soportarás el lenguaje, crearás descubrir en ello un pensamiento que te abrumará. Ayer, a la puesta del sol, yo he tenido esa sensación: ella me ha destrozado.

—¡Oh, sí, hablemos! —dijo ella tras una pausa—. Ningún orador es más terrible. Creo descubrir las causas de las armonías que nos rodean —prosiguió—. Este paisaje, que no tiene sino tres colores partidos, el amarillo brillante de las arenas, el azur del cielo y el verde uniforme del mar, es grande sin ser salvaje, es inmenso sin ser fatigoso, y, no teniendo más que tres elementos, es variado.

—Solo las mujeres saben traducir así sus impresiones —respondí—; serías desesperante para un poeta, querida alma que yo he adivinado tan bien...

—El calor excesivo presta a estas tres expresiones del infinito un color devorador —prosiguió Paulina, riendo—. Concibo aquí las poesías y las pasiones del Oriente.

—Y yo concibo la desesperación.

—Sí —dijo ella—, esta duna es un claustro sublime.

## IV

Oímos el presuroso paso de nuestro guía, quien se había endomingado. Le dirigimos algunas palabras insignificantes; creyó él ver que la disposición de nuestra alma había cambiado, y, con esa reserva que presta la desgracia, guardó silencio.

Aunque nos estrechásemos de cuando en cuando la mano para advertirnos de la concordia mutua de nuestras ideas y nuestras impresiones, Paulina y yo caminamos también silenciosos durante una media hora, bien fuera porque estábamos abrumados por el calor que se lanzaba en brillantes oleadas en medio de la arena o porque la dificultad de la marcha exigiese nuestra atención. Íbamos cogidos de la mano, como dos niños; de habernos cogido del brazo, no habríamos dado doce pasos.

El camino que conduce a la aldea de Batz no estaba trazado; bastaba un golpe de viento para borrar las huellas que dejaban los cascos de los caballos o las llantas de las carretas; pero el experto ojo de nuestro guía reconocía por algunos excrementos de bestias, por algunas cazcarrías, aquel camino, que tanto descendía hacia el malcomo remontaba hacia las tierras, a capricho de las pendientes o para contornear las rocas. Al mediodía no estábamos sino a medio camino.

—Descansaremos allá —dije señalando un promontorio de rocas lo suficientemente elevadas como para suponer que encontraríamos en él alguna gruta.

Al oírme, el pescador, que había seguido la dirección de mi dedo, meneó la cabeza y dijo:

—¡Allí hay alguien! Quienes vienen de la aldea de Batz al Croisic, o del Croisic a Batz, hacen todos un rodeo para no pasar por ese sitio.

Las palabras de aquel hombre fueron pronunciadas en voz baja, haciendo suponer algún misterio.

—¿Se trata de un ladrón o de un asesino?

Nuestro guía no nos respondió sino por una honda respiración, que redobló nuestra curiosidad.

—¿Pero nos sucederá alguna desgracia si pasamos por allí?

—¡Oh, no!

—¿Y pasaréis con nosotros?

—No, señor.

—Nosotros iremos, pues, si nos aseguráis que no existe ningún peligro.

—Yo no digo eso —respondió vivamente el pescador. Yo digo solamente que quien allí se encuentra no os dirá ni os hará ningún mal. ¡Santo Dios, ni siquiera se moverá de su sitio!

—¿Quién es pues?

—¡Un hombre!

Jamás dos sílabas fueron pronunciadas de manera más trágica. En aquel momento nos hallábamos a veinte pasos del arrecife en el que retozaba el mar; nuestro guía tomó el camino que rodeaba las rocas; nosotros continuamos directamente, pero

Paulina me cogió del brazo. Nuestro guía apresuró su paso, a fin de encontrarse con nosotros en el lugar en que se unían los dos caminos. Sin duda suponía que después de haber visto al hombre apuraríamos también el paso. Tal circunstancia excitó nuestra curiosidad, que se hizo tan viva, que nuestros corazones palpitaron como si hubiésemos experimentado una sensación de miedo.

A pesar del calor del día y de lo fatigoso que resultaba caminar por la arena, nuestras almas se hallaban aún entregadas a la indecible dulzura de un armonioso éxtasis; se hallaban colmadas de ese puro placer que no se sabría describir sino comparándolo al que se siente escuchando alguna deliciosa música, como el *Andiamo mió ben* (Vamos, mi bien) de Mozart. ¿No son dos sentimientos puros que se confunden como dos bellas voces que cantan? Para poder apreciar bien la emoción que nos apresó, es preciso compartir el estado semi-voluptuoso en que nos había sumido los sucesos de aquella mañana. Si admiráis durante largo rato una tórtola de lindos colores, posada sobre una flexible rama, lanzáis un grito de dolor al ver caer sobre ella un gavián que le hunde sus garras de acero hasta el corazón y se la lleva consigo con la asesina rapidez que la pólvora comunica a la bala de cañón.

Cuando dimos un paso en el espacio que se encontraba ante la gruta, especie de explanada situada a más de treinta metros sobre el océano, y preservada contra sus furores por una cascada de abruptas rocas, experimentamos un estremecimiento eléctrico semejante al sobresalto producido por un ruido inesperado en medio de una noche silenciosa.

Habíamos visto, sobre un cuartel de granito, a un hombre sentado, mirándonos. Su ojeada, semejante a la llama de un cañón, salió de dos ojos sanguinolentos, y su estoica inmovilidad no podía compararse sino a la inalterable actitud de los graníticos pilares que le rodeaban. Sus ojos se removieron en sus órbitas con lento movimiento, y su cuerpo permaneció fijo, como si estuviera petrificado; luego, tras habernos lanzado aquella mirada que nos impresionó violentamente, volvió a sumirse en la contemplación del océano, a pesar del resplandor intenso que reverberaba, al igual que se dice que las águilas contemplan el sol, sin bajar los párpados.

Tratad de recordar, querido tío, a uno de esos viejos troncos de nudosa encina que, escamondado la víspera, se eleva fantásticamente en un desierto camino, y tendréis una auténtica imagen de aquel hombre. Eran las suyas formas hercúleas arruinadas, un rostro de Júpiter Olímpico, devastado por la edad, por las rudas tareas del mar, por el pesar, por una alimentación ordinaria, como ennegrecido por el chispazo de un rayo. En sus manos peludas y duras distinguí tendones semejantes a vetas de hierro. Por lo demás todo en él denotaba una constitución vigorosa. Observé en un rincón de la gruta una cantidad bastante considerable de musgo, y sobre una tosca mesilla tallada por el azar en medio del granito, un pan redondo partido, que cubría una vasija de arcilla. Jamás mi imaginación, cuando me trasladaba hacia los desiertos donde vivieron los primeros anacoretas de la cristiandad, me había dibujado figura más horriblemente arrepentida que la de aquel hombre.

Usted que ha practicado la confesión, querido tío, acaso jamás ha podido ver un remordimiento tan hermoso, mas este remordimiento estaba ahogado en las ondas de la oración, la constante plegaria de una desesperación muda. Aquel pescador, aquel marino, aquel tosco bretón era sublime por un ignoto sentimiento. ¿Mas habían llorado sus ojos? ¿Había herido aquella mano de estatua esbozada? Aquella ruda frente, impregnada de orgullosa probidad, y sobre la cual la fuerza había no obstante dejado los vestigios de ese dolor que es el atributo de toda fuerza auténtica, aquella frente surcada de arrugas, ¿se hallaba en armonía con un gran corazón? ¿Por qué este hombre en el granito? ¿Por qué el granito en este hombre? ¿Dónde estaba el hombre? ¿Dónde el granito? Todo un mundo de pensamientos nos cayó en la cabeza.

Como lo había supuesto nuestro guía, pasamos en silencio, aprisa, y nos volvió a ver transidos de terror o presos de asombro, pero no se prevaleió contra nosotros por la realidad de sus predicciones.

—¿Le habéis visto? —dijo.

—¿Quién es ese hombre? —pregunté a mi vez.

—Se le llama *El hombre del voto*.

Ya podéis figuraros el movimiento con que, a estas palabras, nuestras dos cabezas se volvieron hacia nuestro pescador... Tira un hombre sencillo y comprendiendo nuestra muda interrogación, he aquí lo que nos dijo en su lenguaje, del que intento conservar su giro popular:

—Señora, tanto los de Croisic como los de Batz, creen que ese hombre es culpable de algo y que hace una penitencia ordenada por un famoso rector con el que se confesó, más lejos que Nantes. Otros creen que Cambremer, ese es un nombre, tiene una mala suerte que comunica a todo el que pasa por su zona, según sopla el viento. Así, muchos, antes de contornear su roca, observan de donde proviene. Si es de galerna —dijo señalando al oeste— no continuarían su camino, aunque se tratase de ir a buscar un trozo auténtico de la cruz; se vuelven, pues tienen miedo. Otros, los ricos de Croisic, dicen que Cambremer ha hecho un voto, y de ahí su apodo. Ahí está de día y de noche, sin salir. Esos decires aparentemente tienen su razón... Ya veis —añadió, volviéndose para mostrarnos algo que no habíamos observado— como ha plantado allí, a la izquierda, una cruz de madera para anunciar que se ha puesto bajo la protección de Dios, de la Santa Virgen y de los santos. No será sagrado por eso, sino que el miedo que da a la gente hace que esté tan seguro como si estuviera guardado por la tropa. No ha dicho una palabra desde que está encerrado al aire libre; se alimenta de pan y agua que le lleva todas las mañanas la hija de su hermano, una pequeña de doce años a la que ha dejado sus bienes, y que es una linda criatura, dulce como una oveja, una graciosa criatura muy agradable... Tiene unos ojos *así de grandes* y una cabellera de querubín. Cuando se le pregunta:

—Di, Perotte... (Este nombre quiere decir entre nosotros *Pierrete* —explicó—, pues está consagrada a San Pedro; Cambremer se llama Pedro, y fue su padrino). Di, Perotte —prosiguió—, ¿qué te dice tu tío?

—No me dice *nara* —responde ella—. *Nara de nara*.

—Bueno, ¿y qué te hace?

—Me da un *heso* en la frente el domingo.

—¿No le tienes miedo?

—¿Por qué, si es mi padrino?

El no ha querido que ninguna otra persona le llevase de comer. Perotte pretende que él sonríe cuando va ella, pero puede decirse que es como un rayo de sol en la bruma, pues es tan fosco como esta...

—Pero —le dije—, excitáis nuestra curiosidad sin satisfacerla. ¿Sabéis qué es lo que le ha de conducido ahí? ¿Es el pesar, es el arrepentimiento, es una manía, es un crimen, es...?

—¡Eh!, señor, solamente mi padre y yo conocemos la verdad de la cosa. Mi difunta madre servía a un hombre de la justicia a quien Cambremer ha dicho todo por orden del cura, quien no le ha dado su absolución sino bajo esa condición, a creer a la gente del puerto. Mi pobre madre ha oído a Cambremer sin quererlo, porque la cocina del justiciero estaba al lado de su sala... Ella ha muerto; también el juez es difunto. Mi madre nos ha hecho prometer, a mi padre y a mí, de *no soltar nada* a las gentes del país, pero yo puedo deciros que la noche en que mi madre nos ha contado eso los pelos se me pusieron de punta.

—Ea, dínoslo, muchacho, que nosotros no se lo contaremos a nadie.

El pescador nos miró, y continuó así:

—Pedro Cambremer, que habéis visto ahí, es el mayor de los Cambremer, que de padre en hijo son marinos; su nombre lo dice, el mar ha plegado siempre bajo ellos. El que habéis visto, se había hecho pescador de barcas. Tenía pues barcas e iba a pescar la sardina, y también el pescado de altura para los comerciantes. Habría equipado una embarcación mayor para ir a pescar el bacalao, si no hubiese querido tanto a su mujer, que era una guapa moza, una Brouin, de Guerande, y que tenía buen corazón. Ella quería tanto a Cambremer, que nunca quiso que su hombre le abandonara más tiempo del necesario en la pesca de las sardinas.

Vivían allá abajo, ved —dijo el pescador subiendo a una prominencia para señalarnos un islote en el pequeño mar interior que se encuentra entre las dunas por las que íbamos y las marinas salinas de Guerande—. ¿Veis aquella casa? Era la de él. Jacqueline Brouin y Cambremer no han tenido sino un hijo, un muchacho al que quisieron... ¿cómo qué, diría yo?, ¡vaya!, como se quiere a un hijo único; estaban locos por él. Si su pequeño Santiago hubiera *hecho*, con vuestro respeto, en la marmita, ellos habrían encontrado que aquello era azúcar. ¡Cuántas veces les hemos visto en la feria comprando las más bonitas baratijas para él! Era una equivocación... todo el mundo les decía.

El pequeño Cambremer, viendo que todo le estaba permitido, se hizo más malo que un asno rojo. Cuando se iba a decir al padre Cambremer:

«¡Vuestro hijo ha estado a punto de matar al pequeño fulanita de tal!», él reía y

respondía: «¡Bah, será un marino valiente! ¡Mandaré los flotas del rey!».

Otro le decía: «Pedro Cambremer, ¿sabéis que vuestro chico ha reventado un ojo a la pequeña Pougau?».

«¡Eso quiere decir que le gustarán las muchachas!»., respondía Pedro.

Lo encontraba todo bien. Así, el pequeño mastín, a los diez años pegaba a todo el mundo, y se divertía cortando el cuello a las gallinas, destripando a los cerdos, y, en fin, se revolcaba en la sangre como una garduña.

«¡Será un gran soldado! —decía Cambremer—. ¡Tiene el gusto de la sangre!».

—Ya veis, yo me he acordado de todo eso —añadió el pescador—. Y Cambremer también —dijo tras una pausa.

A los quince o dieciséis años. Santiago Cambremer era... ¡un marrajo, vaya! Iba a divertirse a Guerande, a jugar a Savenay. Pero para eso hacía falta dinero, y entonces se puso a robar a su madre, quien no se atrevía a decir nada a su marido, pues Cambremer era un hombre tan honrado que andaría veinte leguas para devolver a alguien dos sueldos que le hubiese entregado de más en una cuenta.

En fin, un día, la madre fue despojada de todo. Durante una pesca de su padre, el hijo se llevó hasta los muebles y la ropa de cama, no dejando más que las cuatro paredes, vendiéndolo todo para ir a hacer sus correrías a Nantes.

La pobre mujer lloró durante días y noches. Había que decir aquello al padre a su vuelta, y tenía miedo, no por ella, claro...

Al volver Pedro Cambremer y encontrar su casa con muebles prestados, dijo a su mujer:

—¿Qué es esto?

La pobre mujer estaba más muerta que viva, y respondió:

—Nos han robado.

—¿Dónde está Santiago?

—Santiago está de *juerga*...

—¡Se divierte demasiado! —dijo Pedro.

Seis meses después, el pobre padre supo que su hijo iba a ser detenido por la justicia, en Nantes. Hace el camino a Nantes, a pie, para ir más aprisa que por mar. Echa el guante a su hijo y lo trae aquí. No le pregunta: «¿Qué has hecho?», sino que le dice:

—Si no andas derecho aquí durante dos años con tu madre y conmigo, yendo a la pesca y comportándote como un hombre honrado, te las verás conmigo.

El bandido, contando con la blandura de su padre y de su madre, le pone mala cara, con lo que Pedro le da una somanta que tiene a Santiago en cama durante seis meses. La pobre madre se moría de pena.

Una noche en que ella dormía apaciblemente al lado de su marido, oyó ruido, se levantó y recibió una cuchillada en el brazo. Grita, se enciende la luz y Pedro Cambremer ve a su mujer herida: cree que se trata de un ladrón, como si los hubiese en nuestro país, donde se pueden llevar sin miedo diez mil francos del Croisic a

Saint-Nazaire sin que nadie le pregunte a uno lo que tiene bajo el brazo... Pedro busca a Santiago y no encuentra en parte alguna a su hijo.

¡Y no tiene la desvergüenza aquel monstruo de volver por la mañana, diciendo que había ido a Batz...! No hay que decir que su madre no sabía dónde esconder su dinero. Cambremer ponía el suyo en casa de N. Dupotet, del Croisic. Las locuras de su hijo les habían comido cien escudos, centenares de francos, luises de oro; estaban casi arruinados, y ello era duro para personas que tenían doce mil libras, incluyendo su islote. Nadie sabe lo que Cambremer dio en Nantes para recobrar a su hijo.

La mala pata asola la familia. Habían sucedido desgracias al hermano de Cambremer, quien tenía necesidad de auxilio. Pedro le decía, para consolarle, que Santiago y Perotte (la hija del menor Cambremer) se casarían. Luego, para que ganase su pan, le empleaba en la pesca; pues José Cambremer se había visto reducido a vivir de su trabajo. Su mujer había muerto con la fiebre, y había que pagar los meses de nodriza de Perotte. La mujer de Pedro Cambremer debía una suma de cien francos a varias personas, ropas, y dos o tres meses a la Frelu, que tenía un hijo de Simón Gaudry y que criaba a Perotte.

La Cambremer había cosido una moneda de oro española en la lana de su colchón, poniendo encima de ella:

*Para Perotte.* Pues ella había recibido mucha educación, escribía como un escribano y había enseñado a leer a su hijo: eso es lo que la ha perdido... Nadie ha sabido cómo, pero ese bribón de Santiago olió el oro, lo cogió y se fue de cuchipanda a Croisic. El bueno de Cambremer, por un hecho expreso, regresa a casa en su barca. Llegando, ve flotando un papel, lo coge, y se lo lleva a su mujer, quien cae de espaldas al reconocer sus propias palabras escritas. Cambremer no dice nada, va al Croisic y se entera de que su hijo está jugando al billar; llama a la dueña del café y le dice:

—Le había dicho a Santiago que no usara una moneda de oro con la que querrá pagaros; devolvédmela, os esperaré en la puerta y os daré dinero corriente.

La buena mujer le lleva la moneda. Cambremer la toma diciendo «¡Bien!» y vuelve a su casa. Todo el pueblo ha sabido eso.

Pero he aquí lo que yo sé y que los demás no hacen más que barruntar en todo caso. Dice a su mujer que limpie bien la habitación; luego enciende fuego en la chimenea, enciende dos velas, pone dos sillas una al lado de la otra y enfrente un escabel. Después dice a su mujer que le prepare su traje de boda y limpie bien también el suyo, y se viste.

Cuando está vestido, va a buscar a su hermano, y le dice que se aposte ante la casa para avisarle si oye ruido en las dos playas, la de aquí y la de las marismas de Guerande. Vuelve a entrar cuando cree que su mujer está vestida, carga una escopeta y la esconde en la esquina de la chimenea. Por fin Santiago aparece, después de haber jugado y bebido hasta las diez. Su tío le oye llamar desde la punta de Camouf, va a buscarle a la playa de las marismas y le pasa sin decir nada. Cuando entra, su padre le

dice:

—Siéntate en ese escabel. Estás ante tu padre y tu madre, a los que has ofendido, y se te va a juzgar.

Santiago se puso a berrear, pues la cara de su padre estaba retorcida de manera muy singular. La madre estaba rígida como un remo.

—Si gritas, si te mueves, si no estás como un mástil en tu banquetta —le dice a su hijo Pedro, apuntándole con el fusil—, te mato como a un perro.

El hijo se queda mudo como un pescado; la madre no dice *nara*.

—Este es —dice Pedro a su hijo— un papel que envolvía una moneda de oro española; esa moneda estaba en la cama de tu madre, y solo tu madre sabía donde la había puesto. Al abordar aquí, yo he encontrado este papel flotando en el agua; tú has dado esta tarde esta moneda de oro española a la Fleurant, y tu madre no ha visto más la suya en su cama... ¡Explícate!

Santiago dijo que no había cogido la moneda de su madre, y que aquella le había quedado de Nantes.

—Tanto mejor —respondió Pedro—. ¿Cómo puedes probarnos eso?

—Yo la tenía.

—¿No has cogido la de tu madre?

—No.

—¿Puedes jurarlo por tu vida eterna?

El hijo iba a jurar, pero su madre alzó los ojos a él y le dijo:

—Santiago, hijo mío, mira bien lo que haces; no jures si no es verdad... Puedes corregirte, arrepentirte; todavía es tiempo.

Y ella lloró.

—Tú eres una tal y una cual —responde él—, que has querido siempre mi pérdida.

Cambremer se pone pálido y dice:

—Lo que acabas de decir a tu madre aumentará tu cuenta. ¡Ea, al grano! ¿Juras?

—Sí.

—¡Vaya! —dice Pedro—. ¿Y había sobre tu moneda esta cruz hecha por el comerciante de sardinas que me dio la nuestra?

Santiago se despabiló de la bebida y lloró.

—Ya hemos dicho bastante —dijo Pedro—. No te hablaré de lo que has hecho antes de esto... No quiero que un Cambremer vaya a morir en la horca en la plaza pública del Croisic. ¡Ea, reza tus oraciones y despachemos! Va a venir un cura a confesarte.

La madre había salido para no oír condenar a su hijo. Cuando estuvo fuera, el tío Cambremer vino con el cura de Priac, a quien Santiago no quiso decir nada. Era astuto; conocía bastante a su padre para saber que no le mataría sin confesión.

—Gracias, excusadnos, señor rector —dijo Cambremer al cura, al ver la terquedad de Santiago—. Quería dar una lección a mi hijo y rogaros que no dijerais

nada... Tú —dijo a Santiago—, si no te corriges, te aseguro que a la primera será la última y que acabarás sin confesión.

Con la misma le mandó a la cama. El hijo le creyó y pensó que podía volver a ponerse a buenas con su padre. Y así se durmió. Pero el padre veló, y cuando el padre vio a su hijo dormido como un leño, le llenó la boca de cáñamo, le amordazó bien amordazado con un trozo de vela, y luego le ató también manos y pies. El hijo se retorció como rabioso y lloraba sangre —así dijo Cambremer al justicia—. ¡Qué queréis! La madre se echó a los pies del padre.

—Ya está juzgado —dijo él—. Tú vas a ayudarme a meterle en la barca.

Ella se negó. Cambremer le puso él solo, le sujetó en el fondo, le colocó una piedra al cuello, salió de la alberca, ganó el mar y vino a la altura de la roca donde está.

Entonces, la pobre madre, que se había hecho pasar hasta aquí por su cuñado, por más que gritó y gritó, pidiendo perdón para el hijo, le sirvió menos que una piedra a un lobo. Había luna y vio al padre arrojando al agua a su hijo, que todavía le parecía tener en sus entrañas; y, como no había aire, ella oyó ¡*plaf!*, y más *nara*, ni huella, ni burbuja; no hay mejor guardiana que la marea...

Al abordar allí para hacer callar a su mujer que gemía, Cambremer la encontró medio muerta; les fue imposible a los dos hermanos llevarla por tierra, teniendo que transportarla en la barca que acababa de servir para matar a su hijo, dando la vuelta por el paso del Croisic. ¡Ah, ya, la guapa Brouin, como se la llamaba, no duró ocho días...! Murió pidiendo a su marido que quemara la maldita barca. Así lo hizo él y luego se volvió cualquier cosa, sin saber ni lo que quería, y dando al andar unos bandazos como un borracho. Luego hizo un viaje de diez días, vino a meterse donde le habéis visto y, desde que está en él, no ha dicho una palabra.

## V

El pescador no empleó sino breves momentos en contarnos esta historia, y lo hizo aún más simplemente de lo que yo la he escrito. La gente del pueblo hace pocas reflexiones al contar; acusan el hecho que les ha impresionado y lo traducen tal como lo sienten. Este relato fue así tan acremente incisivo como un hachazo.

—Yo no iré a Batz —dijo Paulina, al llegar al contorno superior del lago.

Volvimos al Croisic por las marismas salineras, por cuyo dédalo nos condujo el pescador, tornado silencioso como nosotros. La disposición de nuestras almas había cambiado. Ambos estábamos sumidos en funestas reflexiones, entristecidos por aquel drama que explicaba el rápido presentimiento que habíamos tenido ante el aspecto de Cambremer. Tanto Paulina como yo poseíamos un conocimiento hartamente grande del mundo como para adivinar en aquella triple vida todo cuanto había silenciado nuestro gula.

Las desgracias de aquellos tres seres se reproducían ante nosotros como si los hubiésemos visto en las escenas de un drama que aquel padre coronaba expiando su necesario crimen. No osábamos mirar a la roca en la que se hallaba el hombre fatal que estremecía a toda una comarca.

Algunas nubes embalsamaban el cielo; los vapores de la salina se elevaban en el horizonte. Caminábamos en medio del paraje más ásperamente sombrío que jamás he encontrado; hollábamos una naturaleza que parecía enferma, malsana; marismas salineras, que con justa razón pueden denominarse las escrófulas de la tierra. Allí, el sol está dividido en cuadrados de forma desigual, todos ellos encajados por enormes taludes de tierra gris, todos repletos de un agua salobre, a cuya superficie aflora la sal.

Aquellas barrancas, de construcción artificial, se hallan divididas interiormente en platabandas por las que andan obreros armados de largos rastrillos, con los cuales desnatan, por decirlo así, aquella salmuera, llevando la sal a plataformas redondas establecidas a intervalos.

Flanqueamos durante dos horas aquel triste tablero de juego de damas, donde la sal ahoga por su abundancia la vegetación, y donde no divisamos, de lejano en lejano trecho, más que a algunos obreros salineros. Estos hombres, o más bien este clan de bretones, llevan un traje especial, una chaqueta blanca bastante parecida a la de los cerveceros. Se casan entre ellos: no hay ejemplo que una muchacha de esta tribu lo haya hecho con otro hombre que no sea salinero.

El horrible aspecto de aquellas marismas, cuyo lodo era simétricamente rastrillado, y de aquella tierra gris por la que siente horror la flora bretona, concordaba con el duelo de nuestra alma. Cuando llegamos al lugar donde se pasa el brazo de mar formado por la irrupción de las aguas en aquel fondo, que sin duda sirve para alimentar las marismas salineras, vimos con placer las magras vegetaciones que guarnecen las arenas de la playa. En la travesía, divisamos, en medio del lago, la isla en la que viven los Cambremer. Y volvimos la cabeza.

Al llegar a nuestro hotel, observamos un billar en una sala baja, y al saber que era el único que había en el Croisic, durante la noche hicimos nuestros preparativos de marcha. Al día siguiente estábamos en Guerande. Paulina se mostraba aún triste, y yo sentía ya la aproximación de esa llama que me quema el cerebro. Estaba tan cruelmente atormentado por las visiones que tenía de aquellas tres existencias, que Paulina me dijo:

—Luis, escribe eso y así frustrarás a la naturaleza de esa fiebre.

Por ende os he escrito, pues, esta aventura, querido tío; pero creedme que me ha hecho ya perder la calma que debía a mis baños y a nuestra estancia aquí.

París, 20 de noviembre de 1834



**MAESE CORNELIUS**



### Al señor conde Mniszech

Ciertos envidiosos podrán creer, viendo brillar al principio de esta página a uno de los más antiguos e ilustres apellidos sármatas, que intento, como en orfebrería, hacer resaltar un trabajo reciente mediante una joya antigua, fantasía muy en boga en estos tiempos; pero usted, lo mismo que muchos otros, mi querido conde, saben que lo que pretendo es únicamente rendir tributo al talento, al recuerdo y a la amistad.

En 1479, el día de Todos los Santos, momento en que se inicia esta historia, terminaban las vísperas en la catedral de Tours. El arzobispo Elías de Bourdeilles se levantaba de su sitial para impartir, personalmente, su bendición a los fieles. El sermón había durado mucho tiempo, había caído la noche durante el oficio, y la oscuridad más profunda reinaba en ciertas partes de aquella hermosa iglesia, cuyas dos torres aún no habían sido terminadas. No obstante, una buena cantidad de cirios ardía, en honor de los santos, en los portacirios triangulares destinados a recibir las piadosas ofrendas cuyo mérito y significación no han sido todavía suficientemente explicados. Estaban encendidas todas las luminarias de los altares y todos los candelabros del coro. Irregularmente repartidas a través del bosque de columnas y de arcos que sostiene las tres naves de la catedral, aquellas masas de luz apenas si iluminaban la inmensa fábrica, ya que al proyectar las intensas sombras de las columnas a lo largo de las galerías del edificio, producían mil efectos fantásticos, que realizaban aún más las tinieblas en las que estaban sumidas las cimbras, los arcos de bóveda y las capillas laterales, ya de por sí muy oscuras. La muchedumbre asistente ofrecía un aspecto no menos pintoresco. Ciertas figuras se dibujaban tan vagamente en el claroscuro, que se las podía tomar por fantasmas; mientras que otras, alcanzadas de lleno por dispersos rayos de luz, atraían la atención como si fueran cabezas destacadas de un cuadro. Las estatuas parecían estar dotadas de vida y los seres humanos petrificados. Aquí y allá, los ojos brillaban en los huecos de los pilares, la piedra lanzaba miradas, los mármoles hablaban, las bóvedas repetían los suspiros, el edificio entero parecía dotado de vida. La existencia de los pueblos no tiene escenas más solemnes ni momentos más majestuosos. Al hombre en masa le falta siempre un cierto impulso para realizar una obra poética; pero en momentos como aquel, de pensamiento religioso, en los que las riquezas humanas se unen a la grandiosidad celestial, se hallan increíbles sublimidades en el silencio; hay terror en las dobladas rodillas y esperanza en las manos juntas. El concierto de sentimientos por el cual las

almas, al unísono, se dirigen al cielo, produce entonces un inexplicable fenómeno de espiritualidad. La mística exaltación de los fieles reunidos actúa sobre todos y cada uno de ellos, y el más débil se ve arrastrado sobre las olas de aquel océano de amor y de fe. Como una fuerza eléctrica, la oración arranca así nuestra naturaleza de sí misma. Esta involuntaria unión de todas las voluntades, igualmente posternadas hacia la tierra, igualmente elevadas hacia el cielo, contienen sin duda el secreto de mágicas influencias contenidas en el cántico de los sacerdotes, en las melodías del órgano, en los perfumes y la pompa del altar, en las voces de la multitud y en sus silenciosas contemplaciones. Así no debemos extrañarnos al ver como en la Edad Media, muchos amores se iniciaron en una iglesia, después de prolongados éxtasis, amores que después tuvieron un desarrollo poco santo, aunque de los cuales las mujeres terminan, como siempre, por arrepentirse. En realidad, el sentimiento religioso tenía, por aquellos días, notables afinidades con el amor, ya que era, como aquel, principio y fin. El amor era aún una religión, poseía todavía un cierto fanatismo, sus mismas sencillas supersticiones, su misma entrega sublime que tanta afinidad tiene con el Cristianismo. Las costumbres de la época explican bastante bien, por otra parte, esta alianza entre la religión y el amor. En primer lugar, la gente solamente se reunía ante los altares. Señores y vasallos, hombres y mujeres, solo eran iguales dentro de la iglesia. En ella únicamente, los amantes podían verse y corresponderse. Por último, las fiestas religiosas constituían casi el único espectáculo de aquellos tiempos; el alma de una mujer se sentía mucho más conmovida allí, en medio de una catedral, de lo que pueda estarlo hoy en día en un baile de la Opera. ¿Y las emociones fuertes, no conducen a todas las mujeres al amor? A fuerza de mezclarse en todos los aspectos de la vida y de captarla en todas sus manifestaciones, la religión se había convertido en cómplice tanto de sus virtudes como de sus vicios. La religión gravitaba sobre la ciencia, sobre la política, sobre la elocuencia, sobre los crímenes, sobre los tronos, sobre la piel del enfermo y la del pobre; lo era todo. Estas observaciones semieruditas, justificarán quizá la veracidad de este estudio, cuyos detalles podrían soliviantar la moral perfeccionada de nuestro siglo, un poco *estirada*, como todo el mundo sabe.

En el momento en que cesó el canto de los sacerdotes, cuando las últimas notas del órgano se mezclaron a las vibraciones del *Amén* salido de los potentes pulmones de los *chantres*, mientras un ligero murmullo resonaba todavía bajo las bóvedas lejanas, en el momento en que la asamblea concentrada esperaba la benéfica palabra del prelado, un burgués, con prisa para regresar a su casa, o temiendo por su bolsa en medio del tumulto de la salida, se retiró sin hacer ruido, aun a riesgo de ser considerado como mal católico. Un gentilhomme, apoyado contra una de las enormes columnas que rodean el coro, tras la cual había permanecido, como perdido, en medio de las sombras, se apresuró a ir a ocupar el sitio que había abandonado el prudente Tourangeau. Al llegar, se cubrió rápidamente el rostro con las plumas que adornaban su gorro alto de color gris, y se arrodilló en el reclinatorio con un aspecto de

contrición capaz de convencer al más severo inquisidor. Después de haber mirado con bastante atención a aquel muchacho, sus vecinos parecieron reconocerle, y reiniciaron sus oraciones, dejando escapar un cierto gesto exteriorizador de un mismo pensamiento, un pensamiento cáustico, suspicaz, una muda maldición. Dos viejas inclinaron la cabeza dirigiéndose una mutua mirada que hendía el futuro. La silla donde estaba aquel joven se hallaba cerca de una capilla practicada entre dos columnas y cerrada por una verja de hierro. El capítulo alquilaba, por aquellos días, mediante considerables donativos, a determinadas familias señoriales e incluso a ricos burgueses, el derecho a asistir a los oficios, exclusivamente, a ellos y a su servidumbre, en las capillas laterales situadas a lo largo de las dos pequeñas naves que rodean la catedral. Esta especie de simonía se sigue practicando en nuestros días. Una dama tenía entonces su capilla, del mismo modo que actualmente tiene su palco en los Italianos. Los que obtenían aquellas plazas privilegiadas tenían, además, la obligación de conservar y adornar el altar que les había sido concedido. Todos ponían un poco de amor propio en decorar suntuosamente el suyo, vanidad ante la cual la Iglesia cerraba los ojos. En aquella capilla, cerca de la verja, había una joven dama arrodillada sobre un hermoso cojín de terciopelo rojo con bellotas doradas, exactamente al lado del sitio ocupado anteriormente por el burgués. Una lámpara de plata suspendida en la bóveda de la capilla, ante un altar adornado con magnificencia, lanzaba su pálida luz sobre el *Libro de Horas* que sostenía en sus manos la dama. Cuando el joven llegó a su lado, aquel libro tembló violentamente:

—¡Amén!

A esta respuesta, cantada con voz queda, pero cruelmente agitada, y que felizmente se perdió en medio del clamor general, ella añadió, también en voz baja:

—¡Quieres perderme!

Esta frase fue pronunciada con un tal acento de inocencia, que debía ser obedecido por cualquier hombre de sentimientos delicados, llegaba al alma y la atravesaba; pero el desconocido, sin duda arrastrado por uno de aquellos paroxismos de pasión que ahogan la conciencia, siguió donde estaba y levantó ligeramente la cabeza para lanzar una ojeada a la capilla.

—¡Duerme! —respondió él con voz tan apagada que aquella respuesta debió ser oída por la joven como un sonido por su eco.

La dama palideció, su furtiva mirada se apartó por un instante del libro que leía y se posó sobre un anciano al que el joven había mirado. ¡Qué terrible complicidad había en aquella ojeada! Cuando la joven hubo examinado al anciano, respiró profundamente y alzó su hermosa frente adornada con una piedra preciosa hacia un cuadro en el que estaba representada la Virgen; aquel sencillo movimiento, aquella actitud, aquella mirada húmeda, llevaban impresa toda su vida con imprudente ingenuidad; de haber sido una mujer perversa, hubiera sabido disimular. El personaje que tanto temor inspiraba a los dos amantes era un anciano jorobado, casi calvo, de aspecto feroz, que llevaba una larga barba de un color blanco sucio, recortada en

forma de abanico; sobre su pecho brillaba la cruz de San Miguel; sus manos rudas, fuertes, cubiertas de vello gris, que evidentemente había mantenido juntas, se habían ido desunido paulatinamente durante el sueño al cual tan imprudentemente se había entregado. Su mano derecha parecía pronta a asir el pomo de su daga, cuya guarda formaba como una especie de coraza de hierro esculpido; por la forma en que había colocado el arma, el pomo se hallaba exactamente bajo su mano; si, por desgracia, bajaba hasta tocar el hierro, no había duda de que se despertaría inmediatamente y de que miraría a su mujer. Sus labios sardónicos, su puntiagudo mentón, caprichosamente elevado, revelaban los signos característicos de un espíritu malicioso, de una sagacidad fríamente cruel, que debía permitirle adivinarlo todo, porque sabía sospecharlo todo. Su frente amarillenta estaba arrugada como la de los hombres acostumbrados a desconfiar de todo, a sopesarlo todo, y que del mismo modo que los avaros cuentan y recuentan sus monedas de oro, ellos buscan el sentido y el valor exacto de cualquier acción humana. Su constitución era huesosa y sólida, parecía ser nervioso, por lo tanto, irritable; en resumen, se hubiera dicho que era algo así como un ogro fracasado. Así pues, el despertar de aquel terrible señor constituía un verdadero peligro para la joven dama. Aquel marido celoso no dejaría de reconocer y observar la diferencia existente entre el viejo burgués del cual no había quedado rastro alguno, y el recién llegado, joven cortesano, esbelto y elegante.

—*¡Libera nos a malo!* —dijo ella intentando hacer comprender sus temores al cruel joven.

Este alzó la cabeza hacia ella y la miró. Había llanto en sus ojos, llanto de amor o de desesperación. Al ver aquello, la dama se estremeció, y se perdió. Sin duda hacía mucho tiempo que ambos resistían a su pasión, y no podían ya resistir más a un amor engrandecido de día en día por invencibles obstáculos, recubierto de terror, fortificado por la juventud. Aquella mujer era mediocrementemente hermosa, pero su pálida tez revelaba secretos sufrimientos que la hacían interesante. Tenía, por otra parte, formas distinguidas y los más bellos cabellos del mundo. Guardada por un tigre, arriesgaba quizá su vida si pronunciaba una sola palabra, o si se dejaba coger la mano o acogía una mirada. Si nunca un amor había estado más profundamente enterrado en dos corazones, más delicadamente saboreado, tampoco nunca había sido una pasión más peligrosa que aquella. Era fácil adivinar que para aquellos dos seres el aire, los sonidos, el ruido de los pasos por el enlosado, las cosas más indiferentes para los demás ofrecían cualidades sensibles, propiedades particulares que ellos sentían. Quizás el amor les hacía considerar intérpretes del mismo, las propias manos heladas del anciano sacerdote al cual iban a confesar sus pecados, o de las cuales recibían una hostia al acercarse a la Santa Mesa. Amor profundo, amor marcado en el alma como una cicatriz lo está en el cuerpo que debe llevarla toda la vida. Cuando aquellos dos jóvenes se miraron, la mujer pareció decir a su amante: «Muramos, pero amémonos», y el caballero pareció contestarle: «Nos amaremos, pero no moriremos». Entonces, por un movimiento de la cabeza, lleno de melancolía, ella le indicó a una anciana

dueña y dos pajes. La dueña dormía. Y los dos pajes eran jóvenes y no parecían preocuparse demasiado por lo que pudiera sucederle, de bueno o de malo, a su señora.

—No te asustes por lo que pase a la salida, deja hacer.

Apenas el joven gentilhomme hubo pronunciado aquellas palabras en voz baja, cuando la mano del anciano señor resbaló sobre el pomo de su espada. Al notar la frialdad del hierro, el viejo se despertó, súbitamente; sus ojos se clavaron inmediatamente en su mujer. Por un privilegio raramente concedido, incluso a los hombres inteligentes, recobró sus sentidos de forma tan distinta y sus ideas tan claras como si no hubiese estado durmiendo. Era un celoso. Si el joven caballero miraba con un ojo a su amante, con el otro observaba al marido; se puso en pie rápidamente y desapareció detrás de una columna en el preciso momento en que la mano del viejo empezaba a moverse; después, se esfumó, ligero como un pájaro. La dama bajó los ojos, fingió estar leyendo, e intentó aparecer tranquila; pero no pudo impedir el que su rostro se sonrojara, ni a su corazón latir con una violencia inusitada. El viejo señor pudo oír el ruido de sus profundas pulsaciones que resonaban en todo el ámbito de la capilla, y observó el rubor que se había extendido por las mejillas, por la frente y por los párpados de su mujer; miró, prudentemente, a su alrededor; pero al no ver a nadie de quien desconfiar, le dijo:

—¿En qué estabas pensando, amiga mía?

—El olor del incienso me marea —respondió ella.

—¿Es entonces peor hoy? —replicó el señor.

A pesar de esta observación, el astuto anciano pareció creer aquella excusa; pero sospechó alguna secreta traición y se decidió a velar aún más atentamente su tesoro. Acababa de ser impartida la bendición. Sin esperar el final del *sécula seculorum*, la multitud se precipitó como un torrente hacia las puertas de la iglesia. Siguiendo su costumbre, el señor aguardó prudentemente que las prisas generales se calmaran y a continuación salió él también, haciendo marchar delante a la dueña y al más joven de los pajes, que era portador de un farol; dio el brazo a su esposa, y se hizo seguir por el otro paje. En el momento en que el anciano señor iba a alcanzar la puerta lateral abierta sobre la parte oriental del claustro, y por la cual acostumbraba a salir, una ola humana se destacó de la multitud que obstruía el gran portalón, reflujo hacia la pequeña nave en la que él se encontraba junto con las personas de su acompañamiento, impidiéndole retroceder. El señor y su esposa fueron entonces empujados hacia fuera por la poderosa presión de esta multitud. El marido intentó pasar primero, tirando fuertemente de la dama por un brazo; pero en aquel instante fue arrastrado vigorosamente hacia la calle, y su mujer fue separada de él por un desconocido. El terrible jorobado comprendió, inmediatamente, que había caído en una celada preparada de antemano. Arrepintiéndose de haber estado durmiendo durante tanto rato, reunió todas sus fuerzas, pudo asir nuevamente una manga del vestido de su mujer, y con la otra mano intentó aferrarse a la puerta. Pero el ardor del

amor triunfó sobre la rabia y los celos. El joven gentilhombre cogió a su amante por el talle y se la llevó tan rápidamente y con una tal fuerza desesperada, que la tela de seda y oro y el brocado del vestido de esta se desgarraron. La manga quedó en poder del marido. Un rugido de león cubrió entonces los gritos lanzados por la muchedumbre, y se dejó oír una voz terrible que aullaba estas palabras:

—¡A mí, Poitiers...! ¡Al portal! ¡Los hombres del conde de Saint-Vallier...! ¡Socorro! ¡Aquí!

Y el conde Aymar de Poitiers, señor de Saint-Vallier, intentó sacar su espada y abrirse paso; pero se vio rodeado, prensado, por treinta o cuarenta gentilhombres a los que era peligroso herir. Varios de entre ellos, que pertenecían a la más alta nobleza, le contestaron con algunas rechiflas mientras le arrastraban hacia el paso del claustro. Con la rapidez del rayo, el raptor se había llevado a la condesa a una capilla abierta, donde la sentó detrás de un confesionario, en un banco de madera. A la luz de los cirios que brillaban ante la imagen del santo al cual dicha capilla estaba dedicada, se miraron un momento en silencio, cogiéndose las manos, estupefactos aún, uno y otro, de su audacia. La condesa no tuvo el cruel valor de reprochar al joven el atrevimiento al cual debía este peligroso, este primer instante de felicidad.

—¿Quieres que huyamos juntos a los Estados vecinos? —le dijo el gentilhombre—. Tengo preparados cerca de aquí dos caballos ingleses capaces de correr treinta leguas de una sola carrera.

—¡Ay! —exclamó ella dulcemente—, ¿en qué lugar del mundo encontrarás asilo para una hija del rey Luis XI?

—Es verdad —respondió el joven, extrañado por no haber previsto aquella dificultad.

—¿Por qué, pues, me habéis arrancado de mi marido? —preguntó ella con una especie de terror.

—¡Ah! —respondió el caballero—. No he tenido en cuenta el embarazo que experimento al hallarme cerca de ti, oyéndote hablar. He concebido dos o tres planes y ahora todos me parece que se han realizado ya, puesto que te contemplo.

—¡Pero yo estoy perdida! —dijo la condesa.

—Estamos salvados —replicó el gentilhombre con el ciego entusiasmo que proporciona el amor—. Escúchame bien...

—Esto me costará la vida —prosiguió ella dejando que por sus ojos se escaparan unas cálidas lágrimas—. El conde me matará esta misma noche. Pero, corre a ver al rey y explícale los tormentos que ha tenido que sufrir su hija durante los últimos cinco años. Cuando era jovencita me quería mucho, y en broma me llamaba *María llena de gracia*. ¡Ah!, si supiera a qué clase de hombre me ha entregado, estoy segura de que montaría en terrible cólera. No me he atrevido a quejarme a él porque sentía lástima del conde. Por otra parte, ¿cómo acogería mis quejas el rey? Mi propio confesor es un espía de Saint-Vallier. Así, me he prestado a este culpable rapto con la esperanza de ganar un defensor. Pero ¿puedo confiar en...? ¡Oh! —añadió

palideciendo e interrumpiéndose—, ¡aquí viene el paje...!

La pobre condesa se cubrió el rostro con las manos, como con un velo.

—Nada temas —dijo el joven caballero—, está comprado. Puedes confiar completamente en él. Cuando el conde venga a buscarte, él nos avisará de su llegada. En este confesionario —añadió en voz baja— hay un canónigo amigo mío que declarará haberte sacado del tumulto y colocado bajo su protección en esta capilla. De modo que todo está preparado para despistar a Saint-Vallier.

Al escuchar aquellas palabras, los ojos de la condesa se secaron de lágrimas, pero una expresión de tristeza oscureció su cara.

—¡Es imposible engañarle! —dijo—. Esta misma noche lo sabrá todo. ¡Ve con cuidado! Vete a Plessis, entrevístate con el rey, dile que...

Se le anudó la garganta, los sollozos espiraron en sus labios y unas lágrimas volvieron a caer de sus ojos; y en su turbación, se dejó besar las manos por el joven, al cual dirigió palabras entrecortadas y casi incomprensibles.

—A nadie le es permitido acercarse al rey, mi pobre niña. Aunque tengo la suerte de ser sobrino del gran maestro de los alabarderos, me será imposible ver esta noche al rey en Plessis. Mi amada señora, mi hermosa soberana... ¡Dios mío, estás llorando...! María, permíteme decirte dos palabras o estamos perdidos.

—¿Qué podemos hacer? —dijo ella.

La condesa se fijó en un cuadro de la Virgen que colgaba de la negra pared, sobre el cual se reflejaba la luz de la lámpara, y exclamó:

—¡Santa Madre de Dios, aconséjanos!

—Esta noche —prosiguió el joven caballero— iré a tu casa.

—¿Y cómo? —preguntó ella, ingenuamente.

Se hallaban en tan gran peligro que sus más dulces palabras parecían desnudas de amor.

—Esta noche —prosiguió el gentilhomme— iré a ofrecerte en calidad de aprendiz a maese Cornelius, el orfebre del rey. Me he procurado una carta de recomendación para él y me recibirá. Su casa es vecina de la tuya. Una vez bajo el techo de ese viejo avaro, con la ayuda de una escalera de cuerda, sabré encontrar el camino de tu habitación.

—¡Oh! —exclamó ella, petrificada de horror—. ¡Si me amas, no vayas a casa de maese Cornelius!

—¡Ah! —exclamó él, estrechándola con todas sus fuerzas contra su pecho—. ¡Eso quiere decir que me amas!

—Sí —dijo ella—. ¿No eres tú mi esperanza? Eres gentilhomme y te confío mi honra. Por otra parte —prosiguió mirándole con dignidad—, me considero lo bastante desdichada para que puedas traicionar mi fe. Pero ¿para qué hablar de cosas como estas? Vete, déjame morir antes que te decidas a entrar en la casa de Cornelius. ¿Es que ignoras que todos sus aprendices...?

—Han sido colgados —la interrumpió, riendo, el gentilhomme—. ¿Es que temes

que me tienten sus tesoros?

"¡Oh! No vayas, podrías ser víctima allí de cualquier embrujamiento...

—No sé cómo pagar la felicidad de servirte —respondió lanzándole una ardiente mirada que la obligó a bajar los ojos.

—¿Y mi marido? —preguntó ella.

—He aquí algo que le hará dormir —replicó el joven sacando de su cintura un pequeño frasco.

—¿No será para siempre? —preguntó la condesa, temblando.

Por toda respuesta, el gentilhomme hizo un gesto de horror.

—De no ser tan viejo le habría desafiado en singular combate —añadió—. ¡Dios me guarde para siempre de deshacerte de él dándole una *pócima*!

—Perdón —dijo la condesa sonrojándose—, he sido cruelmente castigada por mis pecados. En un momento de desesperación quise matar al conde; temía que no hubieses compartido mi deseo. Mi dolor es grande por no haberme todavía podido confesar este mal pensamiento; pero tengo miedo que haya adivinado mi intención y que desee vengarse. ¿Te avergüenzas de mí? —prosiguió, ofendida por el silencio que guardaba el joven—. La verdad es que lo merezco.

Rompió el frasco, tirándolo contra el suelo con violencia.

—No vengas —dijo ella—, el conde tiene el sueño muy ligero. Mi deber es esperar ayuda del cielo. ¡Así lo haré!

Intentó marcharse.

—¡Ah! —exclamó el gentilhomme—. ¡Ordena, y yo le mataré, señora! Esta noche me verás.

—He hecho bien en tirar esa droga —replicó ella con voz apagada por el placer de sentirse tan apasionadamente amada—. El miedo a despertar a mi marido nos salvará a nosotros.

—Te entrego mi vida —dijo el joven estrechándole la mano.

—Si el rey quisiera, el papa podría anular mi matrimonio. Entonces podríamos unirnos —prosiguió ella lanzándole una mirada llena de deliciosas esperanzas.

—¡Ahí viene monseñor! —gritó el paje.

Inmediatamente extrañado por el poco tiempo que había permanecido junto a su amada, y sorprendido por la celeridad del conde, le dio un beso que su amante no supo rechazar.

—¡Hasta la noche! —le dijo saliendo de la capilla.

Con favor de la oscuridad, el enamorado ganó el gran portal evadiéndose, de columna en columna, a lo largo de las amplias sombras que las enormes columnas proyectaban a través de la iglesia. Un anciano canónigo salió entonces del confesionario, fue a situarse al lado de la condesa y cerró suavemente la verja, ante la que el paje empezó a pasearse con la seriedad y la tranquilidad de un asesino. Vivos resplandores anunciaron la llegada del conde. Acompañado por algunos amigos y criados portadores de hachas, llevaba en la mano su espada, desnuda. Su mirada

sombría parecía taladrar las profundas tinieblas y registrar los rincones más oscuros de la catedral.

—Monseñor, la señora está allí —le dijo el paje adelantándose hacia él.

El señor de Saint-Vallier encontró a su mujer arrodillada delante el altar, y al canónigo de pie, leyendo su breviario. Al verlos, sacudió fuertemente la verja, como para desahogar su rabia.

—¿Qué pretende usted con una espada desnuda en la mano dentro de una iglesia? —preguntó el canónigo.

—Padre, este señor es mi esposo —respondió la condesa.

El sacerdote sacó la llave del bolsillo y abrió la verja de la capilla. El conde lanzó, a su pesar, miradas alrededor del confesionario, y entró; luego se puso a escuchar en el silencio reinante en la catedral.

—Señor, debería darle las gracias a este venerable canónigo que me ha traído hasta aquí —dijo su mujer.

El señor de Saint-Vallier palideció de cólera, no se atrevió a dirigir la mirada a sus amigos, que le habían acompañado, más para reírse de él que para ayudarle, y dijo, escuetamente:

—Gracias, padre; sabré hallar la manera para recompensarle.

Tomó a su mujer por el brazo, y sin terminar la reverencia que había iniciado hacia el canónigo, hizo una seña a su gente, saliendo de la iglesia sin decir una palabra a los que le habían acompañado. Su silencio tenía algo de amenazador. Impaciente para llegar a casa, preocupado por averiguar la verdad de lo ocurrido, se puso en marcha a través de las tortuosas calles que separan la catedral de la puerta de la cancillería en la que se elevaba una hermosa residencia, que recientemente había sido construida por el canciller Juvenal de los Ursinos, sobre el antiguo emplazamiento de una obra de fortificación que Carlos VII había regalado a aquel leal servidor, en recompensa de sus gloriosos servicios prestados. Unía el antiguo Tours con un burgo de Châteauneuf, donde se levantaba la célebre abadía de San Martín, donde tantos reyes fueron simples canónigos. Al cabo de cien años, y después de largas discusiones, aquel burgo había sido anexionado a la ciudad. Muchas calles adyacentes a la del Guardasellos, núcleo central del Tours moderno, estaban ya construidas; pero las más hermosas residencias, y especialmente la del tesorero Chancoings, casa que aún está en pie en la calle del Comercio, estaban situadas en la comuna de Châteauneuf. Por allí fue por donde el portantorchas del señor de Saint-Vállier le guio hacia la parte del burgo que más próxima estaba al Loire; seguía maquinalmente a su gente lanzando, de vez en cuando, una mirada sombría a su mujer y al paje, para ver si podía sorprender entre ellos alguna mirada de complicidad que arrojase alguna luz a este encuentro desesperante. Finalmente, el conde llegó a la calle del Moral, en la que estaba situada su morada. Cuando hubo entrado en ella su cortejo, y la pesada puerta fue cerrada, un profundo silencio reinó en aquella calle estrecha donde vivían entonces varios señores, ya que aquel nuevo barrio de la ciudad

estaba próximo a Plessis, residencia habitual del rey, a la que los cortesanos podían ir en un momento. La última casa de aquella calle era también la última de la ciudad, y pertenecía a maese Cornelius Hoogworst, viejo comerciante del Brabante, a quien el rey Luis XI concedía su plena confianza en lo referente a las transacciones financieras que su astuta política obligaba a realizar fuera del reino. Por razones favorables a la tiranía que ejercía sobre su esposa, el conde de Saint-Vallier hacía ya tiempo que se había instalado en una residencia contigua a la que ocupaba maese Cornelius. La topografía del lugar podrá explicar los beneficios que aquella situación podría proporcionar a un hombre celoso. La casa del conde, conocida por la *Casa de Poitiers*, poseía un hermoso jardín limitado al norte por un muro y por un foso que habían servido de protección defensiva al ex-burgo de Châteauneuf, a lo largo de los que corría la calzada recientemente construida por Luis XI, entre Tours y Plessis. Por aquel lado, unos perros defendían el acceso a la casa a la que un gran patio separaba, por el este, de las casas vecinas, y que por el oeste se hallaba adosada a la de maese Cornelius. La fachada de la casa estaba orientada hacia el mediodía. Aislada por tres de sus cuatro lados, la residencia del desconfiado y astuto señor no podía ser invadida más que por los habitantes de la casa del brabantés, cuyas paredes estaban unidas a las de la Casa de Poitiers. Sobre la calle, las ventanas, estrechas y talladas en la piedra, estaban provistas de gruesos barrotes de hierro; la puerta, baja y en forma de arco como las ventanas de nuestras antiguas cárceles, tenía una solidez a toda prueba. Un banco de piedra, que servía también para montar a caballo más cómodamente, completaba el aspecto exterior de la fachada. Al observar el aspecto de las casas ocupadas por maese Cornelius y por el conde de Poitiers, era fácil adivinar que ambas habían sido construidas por el mismo arquitecto, y ambas también destinadas a ser ocupadas por tiranos. Las dos, de aspecto siniestro, parecían pequeñas fortalezas, y podían sostener por largo tiempo el asedio de un populacho enfurecido. Sus esquinas estaban protegidas por torrecillas parecidas a las que los amantes de las antigüedades contemplan en ciertas ciudades en las que la piqueta demoledora aún no ha penetrado. Los vanos, de poca anchura, proporcionaban una fuerza de resistencia prodigiosa a los postigos y a las puertas. Las algaradas y las guerras civiles, tan frecuentes en aquellos tiempos de discordias, justificaban ampliamente aquellas precauciones.

Cuando sonaron las seis en el campanario de la abadía de San Martín, el enamorado de la condesa pasó por delante de la casa de Poitiers, se detuvo un instante y escuchó el ruido producido en la sala baja por los criados del conde mientras cenaban. Después de haber echado una mirada sobre la habitación en la que presumiblemente estaba su dama, se dirigió hacia la puerta de la casa vecina. A lo largo del camino el joven caballero había escuchado los alegres acentos de las comidas celebradas en el interior de los hogares en honor de la festividad. Las ventanas, mal cerradas, dejaban pasar rayos de luz; salía humo de todas las chimeneas y el agradable olor de los asados se extendía por toda la calle. Una vez terminado el

oficio religioso, la ciudad entera se entregaba a la diversión y de todas partes salían unos rumores que pueden ser comprendidos por la imaginación mucho más claramente que descritos con la pluma. Pero en aquel lugar reinaba un extraño silencio, ya que en aquellas dos casas moraban dos pasiones que no se regocijaban jamás. Más allá, los campos callaban; y bajo la sombra de los campanarios de la abadía de San Martín, aquellas dos casas, también mudas, separadas de las demás y situadas en el extremo más tortuoso de la calle, parecían dos leproserías. La casa que tenían enfrente, pertenecía a unos criminales de delitos contra el Estado, y estaba bajo secuestro. Cualquier joven debía ser fácilmente impresionado por este súbito contraste. Así, estando a punto de lanzarse a una empresa terriblemente arriesgada, el gentilhombre había quedado pensativo ante la casa del lombardo, recordando todo lo que se decía sobre la vida de maese Cornelius y que habían causado tan singular impresión en la condesa. En aquellos tiempos, un guerrero, e incluso un enamorado, se ponían a temblar al oír pronunciar la palabra magia. Había por aquel entonces pocas imaginaciones incrédulas para los más raros acontecimientos o indiferentes a cualquier narración maravillosa. El amante de la condesa de Saint-Vallier, una de las hijas que Luis XI había tenido de la señora de Sassenage, en el Delibrado, por muy osado que fuera, debía de pensarlo dos veces antes de entrar en una casa encantada.

La historia de maese Cornelias Hoogworst explicará la tranquilidad que el financiero había sabido inspirar al señor de Saint-Vallier, el terror que inspiraba a la condesa y las dudas que inspiraba al enamorado. Pero, para poder hacer comprender a los lectores del siglo XIX cómo sucesos aparentemente vulgares se habían convertido en algo sobrenatural, y para hacerles partícipes de los terrores de aquella época, será preciso interrumpir esta historia para poder lanzar una rápida ojeada a las aventuras de maese Cornelius.

Cornelius Hoogworst, uno de los más ricos comerciantes de Gante, se había atraído la enemistad de Carlos, duque de Borgoña, y hallado así asilo y protección en la Corte de Luis XI. El rey adivinó todo el provecho que podía sacar de un hombre que estaba relacionado con las mejores casas de Flandes, de Venecia y del Próximo Oriente; ennoblecía, naturalizó y halagó por todos los medios a maese Cornelius, cosa esta raramente hecha por Luis XI. El monarca gustaba del flamenco, tanto como el flamenco gustaba del monarca. Astutos, desconfiados, avaros; igualmente políticos; o igualmente instruidos; superiores ambos a su época, se comprendían mutuamente a las mil maravillas; dejaban y tomaban, con la misma facilidad, uno su conciencia y el otro su devoción; ambos adoraban a la misma virgen, uno por convicción y el otro por adulación; finalmente, si damos crédito a las envidiosas murmuraciones de Olivier el Gamo y de Tristán, el rey iba a casa del comerciante a divertirse, en la forma en que solía hacerlo Luis XI. La historia ha tenido buen cuidado en transmitirnos los gustos licenciosos de aquel monarca, al cual no desagradaban en modo alguno las más desenfrenadas orgías. El antiguo brabantés encontraba sin duda diversión y provecho en prestarse a los caprichosos placeres de

su real cliente. Hacía nueve años que Cornelius vivía en Tours Durante estos nueve años habían tenido lugar en su casa los extraordinarios sucesos que le habían granjeado la execración general. A su llegada, gastó en su vivienda sumas considerables para poner seguros sus tesoros. Los inventos que los cerrajeros de la ciudad tuvieron que llevar a termino para él, las extrañas precauciones adoptadas por él para llevarles a su residencia para asegurarse de su discreción, fueron, durante mucho tiempo, tema de mil cuentos maravillosos, que hicieron las delicias de las viejas de la Tourena. Los singulares artificios del viejo hacían que las gentes le creyeran poseedor de riquezas orientales. Así, los narradores de la región, patria del cuento en Francia, hacían suponer que las paredes de la casa del flamenco estaban recubiertas de oro y pedrería, sin dejar de atribuir a pactos mágicos el origen de su fortuna. Maese Cornelius había traído consigo a dos criados flamencos, a una mujer anciana y a un joven aprendiz, de rostro dulce y atractivo; este joven le servía de secretario, de cajero, de factótum y de correo. Durante el primer año de su establecimiento en Tours, tuvo lugar en su casa un robo considerable. Las investigaciones judiciales probaron que el delito había sido cometido por uno de los moradores de la casa. El viejo avaro hizo encerrar en la cárcel a sus dos criados y a su empleado. El joven era débil y falleció en medio de las penas y sufrimientos del interrogatorio, aunque haciendo repetidas protestas de su inocencia. Los dos criados confesaron el delito para evitarse el tormento; pero cuando el juez les interrogó sobre el lugar dónde habían escondido las sumas robadas guardaron silencio y fueron juzgados, condenados y colgados. Mientras subían a la horca, persistieron en declararse inocentes, siguiendo la costumbre de todos los que van a colgar. La ciudad de Tours comentó, durante mucho tiempo, aquel suceso singular. Los criminales eran flamencos y el interés que aquellos desdichados y el joven empleado habían despertado se desvaneció rápidamente. En aquella época, las guerras y las sediciones proporcionaban emociones perpetuas y el drama del hoy hacía que se olvidara el de la víspera. Más pesaroso de la pérdida enorme que había sufrido que por la muerte de sus tres servidores, maese Cornelius se quedó solo con la anciana flamenca, que era hermana suya. Consiguió del rey la merced de poder servirse de los correos del Reino para sus negocios particulares; dejó sus muías y caballos en un establo de la ciudad, y desde aquel momento vivió en la más profunda soledad, no viendo a persona alguna excepto al rey, y realizando sus negocios por el canal de los judíos, hábiles calculadores que le servían lealmente para obtener su poderosa protección.

Algún tiempo después de esta aventura, el rey procuró personalmente a su viejo *exprimidor* un muchacho huérfano, por el que estaba muy interesado. Luis XI daba, familiarmente, a maese Córnelius aquel antiguo calificativo que en tiempos del rey San Luis significaba usurero, un recaudador de impuestos, un hombre que exprimía a la gente con procedimientos violentos. El pobre muchacho se entregó con entusiasmo a los negocios del prestamista, supo ganarse su afecto y que este quedara contento con sus servicios. Una noche de invierno fueron robados los brillantes del rey de

Inglaterra que este había depositado en manos del señor Córnelius como garantía de un préstamo de cien mil escudos, recayendo todas las sospechas sobre el infeliz huérfano; Luis XI se mostró tanto más severo con él, cuanto que había respondido de su fidelidad y honradez. Así el desdichado también fue ahorcado, después de un interrogatorio bastante sumario a cargo del gran preboste. Nadie se atrevió, desde entonces, a intentar aprender el arte de la banca y del cambio en casa de maese Córnelius. No obstante, dos jóvenes de la ciudad, turaneses, llenos de honor y de deseos de hacer fortuna, entraron en ella sucesivamente. Robos considerables coincidieron con su admisión en casa del *exprimidor*; las circunstancias concurrentes en aquellos delitos, la manera con que fueron ejecutados, probaron que los ladrones poseían secretas convivencias con habitantes de la casa; fue imposible dejar de acusar a los recién admitidos. Cada vez más suspicaz y vindicativo, el brabantés puso inmediatamente en conocimiento de aquel hecho a Luis XI, el cual encargó a su gran preboste de este asunto. Los procesos fueron rápidamente instruidos y más rápidamente terminados. El patriotismo local de los turaneses dio un secreto mentís a la rapidez de Tristán. Culpables o no, los dos jóvenes fueron considerados como dos víctimas y a Cornelius como un verdugo. Las dos enlutadas familias eran muy apreciadas en la ciudad y sus quejas fueron escuchadas; y, de conjetura en conjetura, consiguieron hacer creer en la inocencia de todos a los que el orfebre del rey había enviado a la horca. Unos pretendían que el cruel avaro intentaba imitar al rey, colocando el terror y el cadalso entre el pueblo y él; que nunca había sido robado; que aquellas tristes ejecuciones no eran más que el resultado de un frío cálculo, y que lo que él deseaba era no temer por sus tesoros. El primer resultado de estos rumores populares fue aislar a maese Cornelius; los turaneses le trataron, de entonces en adelante, como a un apestado, le llamaron siempre *el exprimidor*, y a su casa la *Malemaison*. Aun cuando el banquero hubiese podido encontrar extranjeros lo bastante osados para entrar a trabajar en su casa, los habitantes de la ciudad los habrían ahuyentado con sus murmuraciones. La opinión más favorable a maese Cornelius era la de las personas que le consideraban como un hombre funesto. A unos les inspiraba un terror instintivo; a otros ese respeto profundo que se experimenta hacia un poder absoluto o hacia el dinero; para ciertas personas poseía todo el atractivo de lo misterioso. Su género de vida, su aspecto y el favor que le dispensaba el rey justificaban todos los cuentos de los cuales se había convertido en protagonista. Cornelius viajaba con bastante frecuencia por el extranjero, especialmente desde la muerte de su perseguidor el duque de Borgoña; durante las ausencias de su banquero, el rey hacía vigilar la casa de este por soldados de su compañía escocesa. Esta real solicitud hacía pensar a los cortesanos que el anciano había legado su fortuna a Luis XI. *El exprimidor* salía muy poco, los señores de la corte le hacían frecuentes visitas; les prestaba bastante liberalmente dinero, pero era extravagante; había días en los que no les hubiera prestado ni un miserable sueldo; al día siguiente les ofrecía sumas inmensas, mediante un fuerte interés y garantías extraordinarias. Buen católico por

otra parte, asistía regularmente a los oficios divinos, pero iba a San Martín muy de mañana; y como había comprado a perpetuidad una capilla, allí, como en el resto de la ciudad, estaba separado totalmente de los demás cristianos. Por último, un proverbio popular en aquella época, y que subsistió durante mucho tiempo en Tours, decía: «Si has pasado por delante del banquero, alguna desgracia te sucederá». El *has pasado por delante del banquero*, explicaba cualquier desgracia repentina, cualquier pena involuntaria y cualquier desfavorable cambio de fortuna. Incluso en la corte se atribuía a maese Cornelius aquella fatal influencia que las supersticiones italianas, españolas y asiáticas conocen con el nombre de *mal de ojo*. Sin el terrible poder de Luis XI, que lo había extendido como un manto protector por encima de aquella casa, a la más mínima ocasión el pueblo hubiese derribado la *Malemaison* de la calle del Moral. Y no obstante, era precisamente en la casa de maese Cornelius donde habían sido plantados los primeros morales que habían crecido en Tours, y por aquel entonces, los turaneses le habían considerado casi como un genio. ¡Confíen, pues, en el favor popular! Algunos señores que se encontraron con maese Cornelius en el extranjero, quedaron sorprendidos al comprobar que fuera de Francia gozara del excelente humor. En Tours siempre estaba sombrío y ensimismado; pero regresaba siempre. Una inexplicable fuerza le atraía hacia su negra casa de la calle del Moral. Como el caracol, cuya vida está íntimamente ligada a su caparazón, había confesado al rey que no se encontraba bien más que bajo las piedras vermiculadas y bajo los cerrojos de su pequeña fortaleza, incluso sabiendo que, muerto Luis XI, este lugar sería el más peligroso de la tierra para él.

—El diablo se divierte a expensas de nuestro compadre el exprimidor —decía Luis XI a su barbero unos días antes de la festividad de Todos los Santos—. Todavía se queja por haber sido robado. Pero no puede colgar a nadie, a menos que no quiera colgarse él. Ese viejo truhán ¿no ha tenido la desfachatez de venirme a preguntar si por error me había llevado yo de su casa una cadena de rubíes que deseaba venderme? ¡Dios del cielo! No acostumbro a robar lo que puedo llevarme, le he dicho.

—¿Y sintió miedo? —dijo el barbero.

—Los avaros solo tienen miedo de una cosa —respondió el rey—. Mi compadre el exprimidor sabe perfectamente que yo no le quitaré nada sin una razón poderosa para hacerlo; de lo contrario, sería injusto, y yo jamás he hecho nada que no fuese justo y necesario.

—No obstante, el viejo malandrín viene a quejarse —prosiguió el barbero.

—Me parece que lo que te gustaría a ti sería que lo que dice fuera verdad, ¿no es así? —dijo el rey lanzando una maliciosa mirada al barbero.

—Ventre de Mahoma, sire, la herencia a partir entre vos y el diablo sería sustanciosa.

—¡Basta! —exclamó el rey—. No pretendas inculcarme malos pensamientos. Mi compadre es hombre más leal que todos a los que les he hecho su fortuna,

probablemente porque nada me debe.

Desde hacía dos años, maese Cornelius vivía solo con su anciana hermana, que pasaba por bruja. Un sastre de la vecindad aseguraba haberla visto a menudo, durante la noche, esperar, subida en los tejados, la hora de acudir al aquelarre. Aquello parecía tanto más extraordinario, cuanto el viejo avaro encerraba a su hermana en una habitación que tenía las ventanas provistas de sólidos barrotes de hierro. Mientras envejecía, Cornelius, siempre robado, temía ser engañado por los hombres, sentía odio hacia todos ellos, con la única excepción del rey, al que amaba mucho. Había caído en una excesiva misantropía; pero, como en la mayor parte de los avaros, su pasión por el oro, la asimilación de este metal por su sustancia había sido cada vez más íntima, creciendo en intensidad con la edad. Su misma hermana excitaba sus sospechas, aunque quizá fuese más avara aún y más sórdida que su hermano, al que superaba en pensamientos de rapiña. Así, su existencia tenía algo de problemático y de misterioso. La vieja compraba tan raramente pan en casa del panadero, aparecía tan poco por el mercado, que los observadores menos crédulos habían terminado por atribuir a estos extraños seres el conocimiento de algún secreto de vida. Los entendidos en alquimia aseguraban que maese Cornelius sabía hacer oro. Los sabios pretendían que había descubierto la panacea universal. Cornelius era para muchos campesinos a los que hablaban las gentes de la ciudad, un ser quimérico, y muchos de entre ellos venían a ver la fachada de su casa por curiosidad.

Sentado en el banco del edificio que se levantaba delante mismo de la casa de maese Cornelius, el gentilhombre miraba alternativamente a la casa de Poitiers y la Malemaison; la luna destacaba con su luz sus contornos, coloreando con una mezcla de luz y sombras los bajos y los altos relieves de su arquitectura. Los caprichos de aquella luz blanquecina daban un aspecto siniestro a los dos edificios; parecía que la misma naturaleza colaboraba a las supersticiones referentes a aquellas casas. El joven fue recordando una tras otra todas las tradiciones que hacían de Cornelius un personaje a la vez extraño y temible. Aunque decidido por la violencia de su amor a entrar en aquella casa, y a permanecer en ella todo el tiempo que fuese necesario para la realización de sus proyectos, dudaba en arriesgar aquella última tentativa, sabiendo perfectamente que la iba a llevar a término. Pero ¿quién, en una crisis de la vida, no gusta de dar oídos a los presentimientos y a titubear sobre los abismos que nos depara el futuro? Como enamorado digno de ser amado, el joven temía el morir sin haber sido recibido ñor la condesa. Esta deliberación secreta era tan cruel e interesante, que no sentía el frío que silbaba entre sus piernas y en los aleros de las casas. Al entrar en casa de Cornelius, debía de olvidarse de su nombre, al igual que había abandonado sus vestiduras de noble. Le estaba prohibido, en caso de desgracia, el reclamar los privilegios de su cuna o la protección de sus amigos, a menos de perder para siempre a la condesa de Saint-Vallier. Si llegaba a sospechar la visita nocturna de un amante, aquel viejo señor sería capaz de matarla a fuego lento en una jaula de hierro, de hacerla perecer un ñoco cada día en cualquier mazmorra de uno de sus castillos. Al

mirar sus miserables vestiduras, con las cuales se había disfrazado, el gentilhombre sintió vergüenza de sí mismo. Al ver su cinturón de cuero negro, sus gruesos zapatos, su camisa de lana basta, sus calzones de pana y sus medias miserables, se hubiera dicho que era uno de los más insignificantes gendarmes. Para un noble del siglo XV, el tener que pasar por un simple burgués constituía un suplicio tan espantoso como la misma muerte, lo mismo que el tener que renunciar a los privilegios de su rango. Pero el trepar al tejado de la casa donde moraba su amante, deslizarse por la chimenea o correr por los aleros, y de canalón en canalón llegar hasta la ventana de su amada; arriesgar la vida para estar cerca de ella sentada en un cojín de seda frente a un buen fuego mientras su siniestro marido dormía y cuyos ronquidos aumentarían su dicha; desafiar a cielo y tierra dándose el más audaz de todos los besos; no decir ni una sola palabra que no pudiera ir seguida de la muerte o, cuando menos, de una sangrienta pelea; todas estas voluptuosas imágenes y los peligros novelescos de la empresa decidieron al joven. Por leve que fuese el premio a sus preocupaciones, no podía dejar de besar una vez más la mano de la condesa, y más prontamente se resolvió a intentar cualquier cosa para conseguirlo, impulsado por el espíritu caballeresco y apasionado de la época. Además, ni por un momento le pasó por la mente el que la condesa se atreviera a negarle el más dulce placer del amor en medio de tantos peligros. Aquella aventura era excesivamente peligrosa, demasiado imposible para no ser acabada.

En aquel momento, todas las campanas de la ciudad tocaron a cubrefuego, ley caída en desuso, pero cuya observancia subsistía en provincias donde todo se va aboliendo más lentamente. Aunque no se apagaran las luces, los jefes de barrio hicieron tender cadenas a través de las calles. Muchas puertas se cerraron, y a lo lejos sonaron pasos de burgueses apresurados que regresaban a sus domicilios acompañados por criados armados hasta los dientes y llevando faroles; pero pronto, la ciudad en cierto modo agarrotada, pareció irse durmiendo, y fue dejando de temer los ataques de los malhechores por todas partes, excepto por los tejados. En aquellos tiempos las cubiertas de las casas eran un camino muy frecuentado durante la noche. Las calles, en provincias, e incluso en París, tenían tan poca anchura, que los ladrones podían saltar de una casa a otra, por encima de aquellas. Esta peligrosa profesión sirvió de entrenamiento, durante mucho tiempo, y durante sus años mozos, al rey Carlos IX, si debemos creer las crónicas de aquellos tiempos. Temiendo fuera demasiado tarde para presentarse en casa de Maese Cornelius, el gentilhombre se disponía a levantarse de su asiento para llamar a la puerta de la Malemaison, cuando al mirarla, su atención fue atraída por una especie de visión que los escritores de aquellos tiempos hubiesen calificado de cornuda. Se frotó los ojos como para aclarar la mirada, y mil sentimientos diversos cruzaron por su alma. A cada lado de la puerta había una figura encuadrada entre las dos barras de una especie de tronera. Había tomado aquellos dos rostros por máscaras grotescas esculpidas en la piedra, por su rigidez, por su inmovilidad, por su aspecto anguloso y por su color parduzco; pero el

frío y el resplandor de la luna le permitieron distinguir un ligero vapor blanco que la respiración hacía emanar de las dos narices violáceas; luego terminó distinguiendo en cada figura las sombras de las cejas, dos ojos de un azul porcelana, que lanzaban un fuego claro, y que parecían los de un lobo agazapado detrás de una mata cuando cree oír los ladridos de una jauría. El brillo inquieto de aquellos ojos estaba tan fijamente dirigido hacia él, que después de haberlo recibido durante unos momentos mientras examinaba este singular espectáculo, se encontraba como un pájaro sorprendido por dos perros de rastro; se operó en su alma un impulso febril, rápidamente dominado. Aquellos dos rostros, alerta y suspicaces, eran, sin duda, los de maese Cornelius y de su hermana. Entonces, el gentilhombre fingió mirar donde se hallaba, tratando de comprobar una dirección escrita en un sobre que sacó de su faltriquera intentando leerla a la luz de la luna: después, se fue directamente hacia la puerta de la casa del exprimidor y dio tres golpes en ella que resonaron en el interior de la casa como si hubiesen sido dados en la entrada de una cueva. Un débil resplandor pasó por debajo del porche, y a través de una reja, extremadamente resistente, brilló un ojo.

—¿Quién va?

—Un amigo enviado por Oosterlinck, de Brujas.

—¿Qué queréis?

—Entrar.

—¿Cómo te llamas?

—Felipe Goulenoire.

—¿Llevas cartas de representación?

—Aquí están.

—Pásalas por el buzón.

—¿Dónde está?

—A la izquierda.

Felipe Goulenoire echó la carta por la hendidura de un buzón de hierro, sobre el cual había una tronera.

—¡Diablo! —pensó—, se ve que el rey acostumbra a venir por aquí, ya que se toman las mismas precauciones que en Plessis.

Esperó todavía un cuarto de hora en la calle.

Transcurrido este lapso de tiempo, oyó como Cornelius decía a su hermana:

—Cierra las cepos de la puerta.

Rechinar de cadenas y de piezas de hierro resonó por todo el portal. Felipe oyó descorrer cerrojos y gruñir cerraduras; por último una puertecilla baja, recubierta de chapa de hierro, se abrió de tal manera que descubrió el ángulo más agudo que pudiese pasar un hombre delgado. Felipe se escurrió más que entró en la Malemaison. Una vieja desdentada, de rebeco, cuyas cejas parecían dos asas de caldero y a la que le hubiera sido imposible el poner una avellana entre su nariz y su mentón ganchudo; una mujer pálida y demacrada, que parecía estar únicamente compuesta por huesos y nervios, guio silenciosamente al pretendido extranjero hasta una sala baja, mientras

Cornelius le seguía, prudentemente, detrás.

—Siéntate allí —dijo ella a Felipe, mostrándole un escabel de tres patas colocado en un ángulo de una gran chimenea de piedra esculpida pero en la que no ardía fuego.

Al otro lado de aquella Chimenea había una mesa de madera de nogal de patas torneadas, sobre la cual había un huevo en un plato y diez pequeños mendrugos duros y secos, cortados con estudiada parsimonia. Dos escabeles, sobre una de ellos se sentó la vieja, anunciaban que los dos avaros estaban cenando. Cornelius fue a cerrar dos postigos del ventanillo a través del cual había estado mirando la calle, y fue de nuevo a ocupar su sitio en la mesa. El pretendido Felipe Goulenoire pudo ver entonces al hermano y a la hermana mojando los dos a la vez en el mismo huevo, con seriedad, pero con la misma precisión con que los soldados meten la cuchara en la perola. Aquella operación se realizaba en el mayor silencio. Mientras comía, maese Cornelius examinaba al falso aprendiz con la misma solicitud y perspicacia que si se hubiera tratado de un montón de besantes. Felipe notaba que una capa de hielo se iba extendiendo sobre sus hombros, y se sentía tentado de echar una mirada a su alrededor; pero, con la astucia que proporciona una aventura amorosa, se guardó mucho de echar un vistazo, aunque fuera furtivo, a las paredes; pues comprendió que si Cornelius le sorprendía haciéndolo, no se sentiría inclinado a tener a un curioso en casa. Así pues, se limitó a pasear modestamente su vista del huevo a la vieja, y, de vez en cuando, contemplaba a su futuro patrón.

El orfebre de Luis XI se parecía a este monarca, había adoptado sus mismos gestos, como les sucede a menudo a las personas que viven con cierta intimidad. Las espesas cejas del flamenco le cubrían casi los ojos; pero, cuando las levantaba, lanzaba una mirada lúcida, penetrante, llena de energía, la mirada de los hombres acostumbrados al silencio y a los cuales el fenómeno de la concentración de fuerzas interiores es algo que les resulta familiar. Sus delgados labios, de comisuras verticales, le daban un aspecto de increíble astucia. La parte inferior del rostro tenía un vago parecido con el hocico de los zorros; pero la frente despejada, algo abombada, parecía revelar grandes y hermosas cualidades, una nobleza de alma cuya elevación había sido moderada por la experiencia, y que las crueles enseñanzas de la vida habían hundido sin duda en los más escondidos rincones a aquel ser singular. No era ciertamente un avaro ordinario, y su pasión escondía, sin duda, profundos placeres, secretas concepciones.

—¿A cuánto se cambian actualmente los zequies de Venecia? —preguntó bruscamente al futuro aprendiz.

—Tres cuartos en Brujas; uno en Gante.

—¿A cómo están los fletes en el Esclada?

—A tres sueldos.

—¿Hay nada de nuevo por Gante?

—El hermano de Liéven se ha arruinado.

—¡Ah!

Luego de haber dejado escapar esta exclamación, el anciano se cubrió las rodillas con uno de los faldones de su dalmática, especie de bata de terciopelo negro abierta por la parte de delante, con grandes mangas y sin cuello, cuya suntuosa tela estaba raída. Aquellos restos de la magnífica vestidura que solía llevar en otro tiempo en su calidad de Presidente del Tribunal de los *Parchons*, funciones que le habían valido la enemistad del duque de Borgoña, no eran entonces más que miserables harapos. Felipe rio sentía frío, sudaba bajo su disfraz, pero temblaba solo al pensar que podían serle formuladas otras preguntas. Hasta aquel momento, habían sido suficientes las enseñanzas sumarias que le había dado la víspera un judío al que le había salvado la vida, merced a su memoria, y al perfecto conocimiento que el judío poseía de las maneras y costumbres de Cornelius. Pero el gentilhomme, que en los primeros momentos no había dudado de nada, empezaba a adivinar todas las dificultades que entrañaba su empresa. La solemne gravedad; la sangre fría del terrible flamenco empezaron a actuar sobre él. Después, se sentía encerrado dentro de una casa, y presentía que todas las cuerdas y cadenas del gran preboste estaban a las órdenes de maese Cornelius.

—¿Has cenado? —le preguntó el orfebre en un tono de voz que quería decir: «No se te ocurra decir que sí»

A pesar del tono de su hermano, la vieja se estremeció, miró al joven comensal como para juzgar la capacidad de su estómago si es que debía satisfacerlo, y dijo con una falsa sonrisa:

—No has robado en realidad tu apellido; tienes los cabellos y el bigote más negros que la cola del diablo...

—Ya he cenado, gracias —respondió.

—Pues bien —prosiguió el avaro—, vuelve a verme mañana. Desde hace mucho tiempo, me he acostumbrado a no tener aprendiz. Por otra parte, la noche me traerá un buen consejo.

—¡Eh!, ¡por San Bavón!, yo soy flamenco, no conozco a nadie en esta ciudad, y las cadenas han sido tendidas ya. Si me ven por las calles, me van a meter en la cárcel. No obstante —añadió, asustado por la vivacidad que imprimía a sus palabras—, si eso es lo que usted desea, me iré.

El juramento influyó singularmente en el viejo flamenco.

—Vamos, vamos, por San Bavón. Puedes quedarte a dormir aquí.

—Pero... —dijo la hermana asustada.

—Cállate —le replicó Cornelius—. Las cartas de Oosterlinck me responden de este joven. ¿No recuerdas que tenemos cien mil libras en casa de Oosterlinck? —dijo inclinándose al oído de su hermana—. ¡Esto es la mejor garantía!

—¿Y si te roba las joyas de Baviera? Fíjate que tiene más aspecto de ladrón que de flamenco

—¡Chist! —dijo el viejo, aguzando el oído.

Los dos avaros se pusieron a escuchar. Insensiblemente, y un momento después

del ¡Chist!, los pasos de varios hombres resonaron a lo lejos por el otro lado de los fosos de la ciudad.

—Es la ronda de Plessis —dijo la hermana.

—Vamos, dame la llave de la habitación de los aprendices —dijo Cornelius.

La vieja hizo un gesto para ir a coger la lámpara.

—¿Es que quieres dejarnos a oscuras? —dijo Cornelius con un sonido de voz inteligente—. ¿Todavía a tu edad no has aprendido a andar sin luz? ¿Es tan difícil encontrar esa llave?

La vieja comprendió el sentido oculto de aquellas palabras, y salió de la estancia. Al mirar a aquella extraña criatura en el momento en que alcanzaba la puerta, Felipe Goulenoire, lo aprovechó para dar una ojeada furtiva al conjunto de la sala. Estaba artesonada de madera de roble hasta las ventanas, y las paredes tapizadas de cuero amarillo armado con arabescos negros; pero lo que más le impresionó fue una pistola de mecha, junto a un puñal, que colgaban de ellas. Esta arma nueva y terrible se encontraba cerca de Cornelius.

—¿Cómo piensas ganarte la vida? —le preguntó el prestamista.

—Tengo muy poco dinero —respondió Goulenoire—, pero conozco muy buenas firmas. Si quisiera usted darme aunque solo fuera un sueldo por cada marco que le haga ganar, me sentiría muy contento.

—¡Un sueldo!, ¡un sueldo! —repitió el avaro—, ¡pero es mucho!

En aquel instante entró la vieja sibila.

—Ven —dijo Cornelius a Felipe.

Salieron al porche, y subieron por una escalera de caracol, cuya caja tubular se hallaba al lado de la sala por una alta torre. Al llegar al primer piso, el joven se detuvo.

—No, nada de esa. —Dijo Cornelius—. ¡Demonio!, si aquí es donde viene el rey a retozar.

El arquitecto había preparado el alojamiento de los aprendices bajo el puntiagudo techo de la torre en el que terminaba la escalera de caracol; era una pequeña habitación de planta redonda, toda de piedra, fría y sin ningún adorno. Aquella torre ocupaba el centro de la fachada que daba al patio, que, como todos los patios de provincias, era estrecho y sombrío. Al fondo, a través de unas arcadas enrejadas, se veía el minúsculo jardín en el que no había más que morales, sin duda plantados por el propio Cornelius. El gentilhombre podía verlo todo a través de las aspilleras de la torre a la luz de la luna, que felizmente proyectaba una intensa luz. Un jergón, un escabel, una jofaina y un baúl desvencijado componían el mobiliario de aquella especie de buhardilla. La luz llegaba a ella a través de unas pequeñas aberturas cuadradas, dispuestas de trecho en trecho alrededor del cordón exterior de la torre y que constituían, con seguridad, su adorno según el carácter de esta graciosa arquitectura.

—Esta será tu habitación; es sencilla, sólida y contiene todo lo indispensable para

poder dormir. ¡Buenas noches! No intentes salir de ella como los otros.

Después de haber lanzado a su aprendiz una última mirada preñada de mil pensamientos, Cornelius cerró la puerta con dos vueltas, se llevó la llave y descendió dejando al joven gentilhomme tan atontado como un fundidor de campanas que no encuentra nada en su molde. Solo, sin luz, sentado en el escabel, y en aquel reducido granero del cual sus cuatro predecesores no habían podido salir más que para subir al cadalso, el gentilhomme se sintió como un animal salvaje al que se ha capturado y metido en una jaula. Se subió al escabel, se estiró en toda su estatura para poder alcanzar las pequeñas aberturas superiores por las que penetraba una luz mortecina. Pudo distinguir el Loire, las bellas riberas de Saint-Cyr, y las sombrías maravillas de Plessis, en el que brillaban todavía dos o tres luces en otras tantas ventanas; a lo lejos, se extendía la hermosa campiña de la Tourena y la plateada superficie de su río. Los menores accidentes de esta hermosa naturaleza poseían entonces un encanto desconocido: los vitrales, las aguas, los tejados de las casas relucían como pedrería a la trémula claridad de la luna. El alma del joven caballero no pudo defenderse de una sensación dulce y triste.

—¡Si esto fuese un adiós! —se dijo.

Se quedó allí donde estaba, Saboreando ya las terribles emociones que su aventura le había prometido, y entregándose a todos los temores del prisionero cuando conserva un rayo de esperanza. A cada dificultad, su amante se hacía más y más hermosa. Para él no era ya una mujer, sino un ser sobrenatural entrevisto a través de las brasas del deseo. Un débil grito que creyó que había sido proferido en la casa de Poitiers, le volvió a su verdadera situación. Echándose sobre el jergón para meditar sobre ella, oyó unos suaves rumores que resonaban en la caja de la escalera; prestó mucha mayor atención a lo que oía, y llegaron hasta él unas palabras pronunciadas quedamente por la vieja; dichas palabras eran: «¡Se ha acostado!». Por un azar ignorado por el arquitecto que la había construido, el 'menor ruido resonaba en la habitación del aprendiz, de modo que el falso Goulenoire no se perdió ni una palabra, ni un solo paso del avaro o de su hermana, que le estaban espiando. Se desnudó, se metió en la cama, fingió dormir, y empleó el tiempo en que sus dos amos estuvieron observándole desde los peldaños de la escalera, en intentar hallar la manera para ir desde su prisión a la casa de Poitiers. Hacia las diez, Cornelius y su hermana, persuadidos de que su aprendiz estaba dormido, se retiraron a sus aposentos. El gentilhomme estudió cuidadosamente los ruidos, sordos y lejanos, que hacían los dos flamencos, y creyó poder reconocer el emplazamiento de sus habitaciones: debían ocupar todo el segundo piso. Como en todas las casas de aquel tiempo, dicho piso daba al tejado, del cual se elevaban las ventanas adornadas de tímpanos separados por ricas esculturas. El tejado estaba rodeado por una especie de balaustrada que tapaba los canalones destinados a conducir las aguas pluviales, vertidas a la calle por unas gárgolas en forma de cabeza de cocodrilo. El gentilhomme, que había estudiado aquella topografía tan cuidadosamente como lo

hubiera podido hacer un gato, esperaba encontrar un paso de la torre al tejado, y poder ir hasta la casa de la señora de Saint-Vallier por los canalones, ayudándose con alguna gárgola; pero ignoraba que las ventanas de la torre fuesen tan pequeñas; era completamente imposible pasar por ellas. Se decidió, pues, a salir al tejado de la casa por la ventana de la escalera que daba luz al segundo rellano. Para poder llevar a cabo aquel arriesgado proyecto, le era preciso salir de su habitación, y Cornelius se había llevado la llave de la puerta. Por precaución, el joven caballero se había provisto de uno de aquellos puñales con los cuales se daba, en otros tiempos, el golpe de gracia en los duelos a muerte, cuando el adversario suplicaba que se terminara con él. Aquella terrible arma tenía uno de los lados de la hoja afilado como una navaja y el otro dentado como una sierra, pero dentado en sentido inverso al que seguía la hoja al penetrar en el cuerpo. El gentilhomme pensó en servirse de aquel puñal para serrar la madera de la puerta alrededor de la cerradura. Por suerte para él, la armella de la puerta estaba fijada por la parte de dentro, mediante cuatro grandes tomillos. Con la ayuda del puñal pudo sacar, no sin grandes fatigas, la armella que le retenía prisionero, y colocó cuidadosamente los tomillos encima del baúl. Hacia medianoche estaba libre y bajó la escalera, descalzo, para hacer un reconocimiento del lugar. No se sintió poco extrañado al ver abierta de par en par la puerta de un pasillo que conducía a varias habitaciones, al final del cual había una ventana que daba sobre la especie de valle formado por los tejados de la casa de Poitiers y de la Malemaison, que en aquel punto convergían. Nada podría expresar su alegría, a no ser el voto que pronunció inmediatamente a la Virgen de fundar en Tours una misa en su honor, en la famosa parroquia de L'Escrignoles. Después de haber examinado las altas y anchas chimeneas de la residencia de Poitiers, volvió sobre sus pasos para coger el puñal pero apercibió, temblando de terror, que una luz iluminaba intensamente el pasillo por el que había venido, y vio a Cornelius mismo en dalmática, sosteniendo una lámpara, que avanzaba por el corredor, como un espectro, con los ojos muy abiertos y fijos en el pasillo.

—¡Si abro la ventana y salto al tejado, me oirá! —se dijo el gentilhomme.

Y el terrible Cornelius avanzaba siempre, avanzaba como avanza la hora de la muerte para el criminal. En aquella desesperada situación, Goulenoire, alentado por el amor, recobró toda su presencia de ánimo: se metió en el dintel de una puerta, se pegó contra un rincón y aguardó el paso del avaro. Cuando el banquero, que llevaba la lámpara delante de él, se halló exactamente en el rumbo del viento que el gentilhomme podía producir soplando, le apagó la luz. Cornelius murmuró palabras ininteligibles y un juramento en holandés; pero volvió sobre sus pasos. El gentilhomme corrió entonces a su habitación, cogió el arma, regresó a la bienaventurada ventana, la abrió suavemente y saltó al tejado. Una vez en libertad bajo el cielo, se sintió desfallecer, de tan feliz como se sentía; quizá la excesiva agitación que le había producido el hallarse tan cerca del peligro, o la misma osadía de la empresa que intentaba, eran las causantes de su emoción; la victoria es a veces

tan peligrosa como el mismo combate. Se apoyó en un canalón, temblando de pasión, y diciéndose:

—¿Por qué chimenea debo deslizarme para llegar junto a ella?

Las miró a todas, sucesivamente. Con un instinto que le había despertado el amor, fue tocándolas para comprobar cuál de ellas había tenido fuego. Cuando el gentilhomme se hubo decidido por una de ellas, clavó su puñal en el intersticio entre dos piedras, ató a él la escalera de cuerda, la echó por la boca de la chimenea, y se lanzó, sin un estremecimiento, seguro de la calidad de la hoja de su puñal, por el oscuro interior, descendiendo hacia la habitación de su amante. Ignoraba si Saint-Vallier estaría despierto o dormido, pero estaba decidido a estrechar a la condesa entre sus brazos, aunque costara la vida a dos hombres. Posó los pies suavemente sobre las cálidas cenizas; se agachó más suavemente aún, y vio a la condesa, sentada en un sillón. A la luz de una lámpara, pálida de felicidad, palpitante de emoción, la temerosa mujer le indicó por señas que Saint-Vallier estaba durmiendo en una cama a diez pasos de ella. Se puede estar seguro de que su beso apasionado y silencioso, no tuvo más eco que en sus propios corazones...

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, en el momento en que Luis XI salía de su capilla después de haber oído misa, se encontró a su paso con maese Cornelius.

—Buenos días, compadre —le dijo sumariamente, poniéndose bien el gorro.

—Señor, pagaría muy a gusto mil escudos de oro para poder obtener de usted unos momentos de audiencia, ya que he hallado al ladrón de la cadena de rubíes y de todas las joyas de...

—Veamos cómo ha sido —dijo Luis XI saliendo al patio de Plessis, seguido de su orfebre, de Coyctier, su médico, de Olivier *el Gamo* y del capitán de su guardia escocesa—. Cuéntame lo que te pasa. ¡Así pues, tendremos otro ahorcado tuyo..., Tristán!

El gran preboste, que se paseaba a lo largo y a lo ancho del patio, se les acercó con paso lento, como un perro que quiere demostrar su fidelidad. El grupo se detuvo bajo un árbol. El rey se sentó en un banco y los cortesanos describieron un círculo delante de él.

—Señor, uno que se hacía pasar por flamenco, me ha engañado... —dijo Cornelius.

—Muy listo ha tenido que ser —comentó Luis XI, inclinando la cabeza.

—Oh, sí —respondió el banquero—. Le creo incluso capaz de engañarlo a usted. ¿Cómo podía desconfiar de un pobre muchacho que me había sido recomendado por Oosterlinck, un hombre que me tiene cien mil libras? Apostaría cualquier cosa a que la firma de la carta del judío ha sido falsificada. En resumen, señor, esta mañana he podido comprobar que me faltaban las joyas que vos tanto habíais admirado, y que tan hermosas eran. Me han sido robadas, señor. ¡Robarme las joyas del Elector de Baviera! Esos truhanes no respetan ya nada. Os robarán vuestro reino, si no vais con cuidado. Inmediatamente he subido a la habitación en la que dormía ese aprendiz, que

puedo asegurar se trata de un maestro en latrocinios. Esta vez no faltan pruebas. Ha quitado la armella de la cerradura; pero cuando ha regresado de su excursión nocturna no había luna y no ha encontrado todos los tornillos para volverla a colocar. Por suerte, al entrar he notado uno de los tornillos bajo mi pie. Estaba durmiendo, el muy truhán, debía estar cansado. Figúrense ustedes, señores, que ha bajado hasta mis aposentos por la chimenea. Mañana, quizá esta misma noche, haré que le pongan rejas. Cada día se aprenden cosas sobre los ladrones. A su lado había una escalera de seda, y sus vestidos tienen aún huellas del camino que ha recorrido por los tejados y la chimenea. Se ve que pensaba quedarse en mi casa, arruinarme, ¡osado pillo! ¿Dónde habrá enterrado las joyas? Los campesinos le han visto a primeras horas de la mañana, cuando regresaba a mi casa por el tejado. Debía de tener cómplices, que le esperaban en el camino que habéis construido. ¡Ah, señor, usted mismo se ha convertido en cómplice de los ladrones que vienen en barca por el río! y ¡trique!, he aquí que se lo lleva todo, sin dejar rastro de su fechoría. Pero tenemos en nuestras manos al jefe de la cuadrilla, un joven que haría honor a la madre de un gentilhomme. Este sí que es buena carne para la horca, y con un hábil interrogatorio, podremos saberlo todo. ¿No interesa ello a la gloria de vuestro reinado? ¡No deberían haber ladrones, en tiempos de un rey tan grande!

El rey hacía ya rato que no le escuchaba. Se había hundido en una de aquellas sombrías meditaciones que tan frecuentes se hicieron en él durante los últimos tiempos de su vida. Reinó un profundo silencio.

—Esto es asunto tuyo, compadre —dijo finalmente, dirigiéndose a Tristán—, ocúpate de él.

Se puso en pie, dio algunos pasos, y sus cortesanos le dejaron solo. Vio entonces a Cornelius que, montado en su muía, se marchaba en compañía del gran preboste.

—¿Y los mil escudos que me prometiste? —le dijo.

—¡Ah, señor, sois un gran rey! ¡No hay cantidad en el mundo que pueda pagar vuestra justicia...!

Luis XI sonrió. Los cortesanos envidiaron el modo llano de hablar y los privilegios del viejo orfebre, que desapareció rápidamente por la avenida que corría entre Plessis y Tours, bordeada de morales.

Cansado, el gentilhomme dormía, en efecto, el más profundo de los sueños. Al regreso de su galante expedición, no se había prevenido contra los peligros remotos o imaginarios que podía correr, el mismo valor y ardor con los cuales se había lanzado a las más peligrosas voluptuosidades. Había dejado, pues, para el día siguiente la tarea de limpiar sus vestiduras tiznadas y de hacer desaparecer los vestigios de su felicidad. Aquello fue un gran error, pero a la comisión del cual todo conspiró. En efecto, cuando privado de la luz de la luna, que se había ocultado durante su festival de amor, no pudo encontrar todos los tornillos de la maldita armella, le faltó paciencia para seguir buscándolos. Después, con la tranquilidad de un hombre henchido de dicha o hambriento de descanso, fio su destino a la suerte que tan bien le había

servido hasta entonces. Se hizo a sí mismo una promesa, en virtud de la cual se debería levantar al amanecer; pero los acontecimientos de la víspera y las emociones de la noche no le permitieron cumplir la palabra que se había dado. La felicidad es olvidadiza. Cuando se tendió en el duro jergón del cual tantos infelices se habían levantado para ir al suplicio, Cornelius no le había parecido ya tan temible y aquella despreocupación le perdió. Mientras el orfebre del rey regresaba de Plessis-les-Tours acompañado del gran preboste y de sus feroces arqueros, el falso Goulenoire había quedado bajo la vigilancia de la vieja hermana que estaba confeccionando unas medias para Cornelius sentada en uno de los peldaños de la escalera, sin arredrarse por el frío que hacía.

El joven gentilhomme continuaba las secretas delicias de aquella noche maravillosa, ignorante de la desgracia que corría al galope. Estaba soñando. Sus sueños, como todos los de los ángeles, se le aparecían con colores tan vivos, que no sabía dónde empezaba la ilusión y dónde terminaba la realidad. Se veía sentado en un cojín, a los pies de la condesa; su cabeza reclinada sobre las rodillas de ella, cálidas de amor, escuchando como le contaba las persecuciones y la tiranía de la que el conde había hecho hasta entonces objeto a su mujer; se estremecía con la condesa, que era, en efecto, aquella de sus hijas naturales a la cual más quería Luis XI; le prometía que al día siguiente mismo, iría a explicárselo todo a aquel temible padre; arreglaban las cosas a su gusto, anulando el matrimonio, encarcelando al marido, en el momento en que podían ser víctimas de su espada al menor ruido que lo despertase. Pero en aquel sueño, el resplandor de la lámpara, la llama de sus ojos, los colores de las telas y de los tapices, eran más intensos que la realidad; de los vestidos de noche, se exhalaba un perfume más intenso, había más amor en el aire, más fuego a su alrededor del que había habido en la escena real. Así, la María del sueño se resistía mucho menos que la auténtica María a aquellas miradas suplicantes, a aquellos dulces ruegos, a aquellas mágicas preguntas que hacen completamente apasionados los primeros instantes del amor, expandiendo en las almas una nueva embriaguez a cada nuevo progreso de la pasión. Según la jurisprudencia amorosa de la época, María de Saint-Vallier había concedido a su amante únicamente derechos superficiales. Le permitía que le besara los pies, los vestidos, la mano, el cuello; le confesaba su amor, aceptaba las caricias y la vida de su enamorado, y le permitía morir por ella, abandonándose a una embriaguez que aquella semi-castidad severa, a menudo cruel, agudizaba aún más; pero seguía inalcanzable, haciendo de las más altas recompensas del amor, el premio a su entrega. En aquellos tiempos, para disolver un matrimonio, era preciso ir a Roma, contar con el apoyo de varios cardenales y aparecer ante el soberano pontífice armado del favor real. María deseaba conseguir la libertad de amar, para sacrificársela a él. Casi todas las mujeres tenían, por aquel entonces, suficiente poder para establecer en el corazón de un hombre su imperio, de manera de hacer de su pasión la historia de toda una vida, el principio de los más altos designios. Pero es que también las damas, en Francia, se valoraban mucho, actuaban como auténticas

reinas, eran orgullosas y los amantes les pertenecían mucho más de lo que ellas se les entregaban; frecuentemente su amor costaba ríos de sangre, y para ser de ellas era necesario correr serios peligros. Pero, más clemente y más impresionada por la devoción de su bien amado, la María del sueño se defendía poco y mal contra el violento amor del apuesto gentilhombre. ¿Cuál de las dos era la verdadera? ¿El falso aprendiz veía en el sueño a la mujer real? ¿Había visto en la casa de Poitiers a una mujer disfrazada de virtud? La cuestión es delicada para tomar una decisión sobre ella, y además, el honor de una dama exige que la cuestión permanezca en litigio.

En el momento en que quizá la María real estaba a punto de olvidarse de su alta dignidad de amante, el enamorado se sintió cogido por un brazo de hierro y oyó la voz agri dulce del gran preboste que le decía:

—Vamos, buen cristiano de medianoche, que buscas a Dios en la oscuridad, ¡despiértate!

Felipe vio la faz oscura de Tristán y reconoció su sonrisa sardónica; luego, en los peldaños de la escalera, distinguió a Cornelius, a su hermana, y detrás de estos, los guardias de prebostería. Ante aquella visión, ante el aspecto de aquellos rostros diabólicos que respiraban odio o la sombría curiosidad de las gentes acostumbradas a detener, Felipe Goulenoire se sentó en el jergón y se frotó los ojos.

—¡Por la muerte de Dios! —exclamó cogiendo su puñal de debajo del jergón—, ha llegado la hora de que hablen las armas.

—¡Oh —dijo Tristán—, he aquí a un gentilhombre! Me parece reconocer a Jorge de Estouteville, el sobrino del Gran Maestre de los alabarderos.

Al oír pronunciar su verdadero nombre a Tristán, el joven Estouteville pensó menos en sí mismo que en los peligros que corría su infortunada amante, en el caso de que fuera reconocido. Para evitar toda sospecha, gritó:

—¡Ventre de Mahoma! ¡A mí los compañeros!

Después de aquella terrible exclamación, lanzada por un hombre que había alcanzado los más altos grados de la desesperación, el joven cortesano dio un salto enorme y, puñal en mano, saltó al rellano. Pero los acólitos del gran preboste estaban acostumbrados a aquella clase de situaciones. Cuando Jorge de Estouteville estuvo en los peldaños, le cogieron con habilidad, sin parar mientes en la puñalada que había dado a uno de ellos y que, por fortuna, había resbalado en el coselete del guardia; luego, le desarmaron, le ataron las manos y le tiraron sobre el jergón ante su jefe inmóvil y pensativo.

Tristán estaba mirando silenciosamente las manos del prisionero mientras se rascaba la barbilla, y dijo a Cornelius, indicándoselas:

—No tiene manos ni de bandido ni de aprendiz. ¡Son las de un gentilhombre!

—Diga mejor las de un pillohombre —exclamó dolorosamente el exprimidor—. Mi buen Tristán, noble o siervo, este hombre me ha arruinado, ¡el muy canalla! Quisiera ya estar viendo quemar sus manos, o verlas colocadas en los guantes que tiene usted en sus calabozos. Es, a no dudarlo, el jefe de esa legión de diablos

invisibles o visibles, que conocen todos mis secretos, abren mis cerraduras, me despojan y me asesinan. ¡Ahora son ricos, mi querido compadre! Esta vez recuperaremos sus tesoros, ya que este tiene cara de ser el rey de Egipto. Recuperaré mis valiosos rubíes y mis considerables cantidades de dinero; nuestro digno rey tendrá los escudos que necesite...

—Nuestros escondites son más sólidos que los suyos —dijo Jorge, sonriendo.

—¡Ah, el maldito ladrón, ahora confiesa! —exclamó el avaro.

El gran preboste se hallaba ocupado en examinar atentamente los vestidos de Jorge y la cerradura.

—¿Así pues, has sacado todas las clavijas?

Jorge permaneció silencioso.

—Muy bien, sigue callado, si es que lo prefieres. Pronto tendrás ocasión de confesarte con San Potro —prosiguió Tristán.

—A esto se le llama hablar —exclamó Cornelius.

—Lleváoslo —dijo el preboste.

Jorge de Estouteville solicitó permiso para vestirse. A una señal de su jefe, los guardias vistieron al prisionero con la hábil rapidez de nodriza que quiere aprovechar, para cambiar los pañales a un niño, un momento de tranquilidad.

Una multitud inmensa llenaba la calle del Moral. Los murmullos del pueblo iban en aumento y daban la impresión de ser los heraldos de una algarada. Desde primeras horas de la mañana se había extendido por toda la ciudad la noticia del robo. En todas partes, el aprendiz, del que se decía era joven y bien parecido, había despertado las simpatías en su favor y reavivado el odio contra Cornelius: de modo que no hubo hijo de buena madre ni muchacha que no tuviera un hermoso rostro que exhibir, que no deseara ver a la víctima. Cuando Jorge salió a la calle, acompañado por uno de los hombres del preboste que, montado a caballo, mantenía arrollada a su brazo la tira de cuero que arrastraba al prisionero, cuyas manos estaban fuertemente atadas, se levantó un horrible rumor. Ya fuese para ver a Felipe Goulenoire, ya fuera para libertarle, los que habían llegado en los últimos momentos empujaron a los de las filas de delante contra el piquete de caballería que se hallaba delante de la Malemaison. En aquel momento Cornelius, ayudado por su hermana, cerró la puerta y corrió los cerrojos con la rapidez que infunde el pánico. Tristán, que no estaba acostumbrado a tener muchos miramientos con las gentes de su tiempo, comprobó que el pueblo todavía no era soberano, y no se preocupó demasiado por la posibilidad de una algarada.

—¡Empujad!, ¡empujad! —gritó a sus hombres.

A la voz de su jefe, los arqueros lanzaron sus monturas hacia la entrada de la calle. Al ver a uno o dos curiosos que habían caído ante las patas de los caballos y a otros violentamente apretados contra las paredes de las casas, la masa sensata tomó la prudente decisión de regresar cada uno a su casa.

—¡Paso a la justicia del Rey! —gritaba Tristán—. ¿Qué tenéis que hacer aquí?

¿Queréis que os detenga a todos? Regresen a sus casas, amigos míos, que el asado se debe estar quemando. Venga, mujer, los calzones de tu marido están descosidos, vuelve a tu aguja.

Algunas exclamaciones más como esta revelaron que el gran preboste se hallaba de buen humor, y hacía huir a todos como si tuviera la peste negra. En el momento en que tuvo lugar el primer movimiento de la multitud, Jorge de Estouteville quedó estupefacto al ver en una de las ventanas de la casa de Poitiers a su querida María de Saint-Vallier, riendo con el conde... Se estaba burlando de él, desdichado enamorado, que iba a la muerte por ella. Pero quizá de lo que se estaba riendo era de los gorros que se habían caído por el suelo con ocasión de la carga de los arqueros. Hay que tener veintitrés años, ser muy rico en ilusiones, atreverse a creer en el amor de una mujer, amar a todas las potencias de su ser, haber arriesgado su vida con delicia para poder conseguir un solo beso, y verse traicionado, para comprender la rabia y la desesperación que inundó el alma de Jorge de Estouteville al ver a su amante tan risueña y de la cual no recibió más que una mirada fría e indiferente. Sin duda hacía ya un buen rato que estaba allí, ya que tenía los brazos apoyados en un cojín sobre el alféizar; estaba instalada cómodamente, y su viejo marido parecía contento. ¡Se reía también, el maldito jorobado! De los ojos del joven se escaparon algunas lágrimas; pero cuando María de Saint-Vallier le vio llorando ella se echó rápidamente hacia atrás. Las lágrimas de Jorge se secaron inmediatamente, y pudo distinguir las plumas negras y rojas del paje que le era adicto. El conde no se dio cuenta de la llegada de aquel discreto servidor, que andaba de puntillas. Cuando el paje dijo dos palabras al oído de su dueña, María volvió a la ventana. Escapó al perpetuo espionaje que sobre ella ejercía su tirano y lanzó a Jorge una mirada en la que brillaba la astucia de una mujer que está engañando a su Argos, el fuego del amor y las alegrías de la esperanza.

«¡Velo por ti!». Esta frase, si hubiese sido gritada por ella no hubiese dicho tantas cosas como dijo aquella mirada preñada de mil pensamientos en los que se expresaba el terror, el placer y los peligros de su mutua situación. Era como pasar del cielo al martirio, del martirio al cielo. Con ello, el joven caballero, contento, ligero, marchó alegremente hacia el suplicio, considerando que el dolor que experimentaba no pagaba las delicias de su amor. Como Tristán estaba a punto de salir de la calle del Moral, sus hombres se detuvieron al ver a un oficial de los guardias escoceses que llegaba a galope tendido.

—¿Quién va? —preguntó el preboste.

—Nada que le importe a usted —respondió desdeñosamente el oficial—. El rey me manda a visitar al conde y a la condesa de Saint-Vallier a los que desea invitar a comer.

Apenas el gran preboste llegó a la calzada de Plessis, el conde y la condesa, montados ambos, ella sobre una mula blanca, él en su caballo, seguidos por dos pajes, alcanzaron a los arqueros, para poder entrar todos juntos en Plessis les-Tours. Todos

marchaban muy lentamente. Jorge iba andando entre dos guardias, uno de los cuales seguía manteniéndole atado a una correa de cuero. Tristán, el conde y la mujer de este, marchaban delante, y el criminal le seguía. Mezclado con los arqueros, el joven paje les iba haciendo preguntas y dirigía, de vez en cuando, la palabra al prisionero, de modo que se le presentó la ocasión de decir a este, en voz baja:

—He saltado sobre los muros del jardín y he estado en Plessis a llevar al rey una carta de mi señora. Cuando se ha enterado del robo ha estado a punto de morir... ¡Tenga usted valor! Va a hablar en favor de usted.

El amor había prestado energía y astucia a la condesa. Sus risas, su actitud, eran debidos al heroísmo que despliegan las mujeres en las grandes crisis de su vida.

A pesar de la singular fantasía que ha tenido el autor de *Quintín Durward* de situar el castillo de Plaisis sobre un altozano, hay que decidirse a dejarlo donde se hallaba en aquella época, en una hondonada, protegido por dos lados por el río Loire y por el Cher; por otro, lo estaba por el canal de Santa Ana, así bautizado por el rey Luis XI en honor de su querida hija, la señora de Beaujeu. Al reunir a los dos ríos entre la ciudad de Tours y Plessis, aquel canal proporcionaba a la vez una sólida defensa al castillo, y una magnífica vía comercial. Por el lado de Bréhémont, ancha y fértil llanura, el parque estaba defendido por un foso, cuyos restos muestran aún hoy en día su enorme anchura y profundidad. En una época en que el poder de la artillería estaba aún en sus comienzos, la posición de Plessis, elegida desde hacía mucho tiempo por Luis XI como retiro suyo, podía ser considerada como inexpugnable. El castillo, construido con ladrillos y piedra, nada tenía de destacable; pero estaba rodeado de hermosos bosques; y desde sus ventanas podía divisarse, a través de los claros del bosque (*Plexitium*), el más bello panorama del mundo. Por otra parte, no había en las cercanías ninguna edificación que se erigiera en rival del castillo solitario, que se elevaba en el centro mismo de la pequeña llanura reservada al rey y rodeada de cuatro formidables cursos de agua. Si hay que creer en lo que dicen las tradiciones, Luis XI ocupaba el ala occidental, y desde sus habitaciones podía ver, a la vez, el curso del Loire, la otra orilla del río, el precioso valle regado por el Choisille y una parte de los montes de Saint-Cyr; además, por las ventanas que daban al patio, podía abarcar la entrada a su fortaleza y la calzada con la cual había unido su fortaleza favorita con la ciudad de Tours. El carácter desconfiado de aquel monarca presta solidez a dichas conjeturas. Por otra parte, si Luis XI hubiese derramado en la construcción de su castillo el mismo lujo arquitectónico que más tarde desplegó Francisco I en Chambord, la residencia de los reyes de Francia hubiese quedado fijada para siempre en la Tourena. Basta con visitar aquella admirable situación y sus mágicos encantos para llegar a la convicción de su superioridad sobre todos los demás sitios reales.

Luis XI, cumplidos ya los cincuenta y siete años, le quedaban entonces solamente tres años de vida, y sentía como se le iba acercando la muerte al irsele agudizando los achaques de la enfermedad. Libre de enemigos, a punto de ver aumentada la

extensión de Francia con todas las posesiones de los Duques de Borgoña merced a un matrimonio del Delfín con Margarita, heredera de Borgoña, arreglado por Desquerdes, el comandante de sus tropas en Flandes; habiendo establecido su autoridad por todas partes mediante las más felices mejoras, veía como el tiempo se le escapaba y no sentía más que las molestias de la edad. Engañado por todos, incluso por sus propios hijos, la experiencia había aumentado aún más su ya natural desconfianza en los hombres. El deseo de vivir se convertía en él en el egoísmo de un rey que había encarnado en su pueblo, y quería prolongar su vida para terminar sus vastos designios. Todo lo que el buen sentido de los publicistas y el genio de las revoluciones ha ido cambiando en la monarquía, Luis XI lo había pensado ya. Los impuestos únicos, la igualdad de los súbditos ante la ley (en aquellos tiempos el príncipe era la Ley), fueron objeto de avanzadas tentativas. La víspera de Todos los Santos había reunido a los más sabios orfebres para establecer en Francia la unidad de pesas y medidas, del mismo modo que había establecido ya la unidad de poder. Así, aquel espíritu inmenso, se desplegaba sobre todo el Imperio como un águila, y Luis XI unía a todas las precauciones de un rey, las extravagancias naturales a todo hombre realmente excepcional. En ninguna época ha existido un personaje más poético y más bello que aquel gran tipo humano. ¡Insospechado conjunto de contrastes! Un gran poder dentro de un cuerpo débil. Un espíritu incrédulo en las cosas terrenas, y de gran credulidad en las prácticas religiosas. Un hombre que luchaba contra dos fuerzas más poderosas que las suyas: el presente y el futuro. El futuro, al cual temía enfrentarse con una serie infinita de tormentos, y que le hacía realizar numerosos sacrificios a la Iglesia. El presente, o su propia vida, en nombre de la cual obedecía a Cupido. Aquel rey, que lo asolaba todo, se veía asolado por los remordimientos y más aún, por la enfermedad, en medio de todo el encanto poético propio de los reyes suspicaces en los que se resume y concentra todo el poder. Era un combate gigantesco y siempre magnífico del hombre, en la más alta expresión de sus fuerzas, luchando contra la naturaleza.

Mientras esperaba la hora fijada para la comida, que en aquellos tiempos solía ser entre las once y las doce del mediodía, Luis XI, que acababa de regresar de un corto paseo, estaba sentado en un gran sillón tapizado, junto a la chimenea de su habitación. Olivier el Gamo y el médico Coyctier se miraban uno a otro sin decir palabra, de pie junto a una ventana, respetando el sueño de su señor. El único ruido que se oía era el que hacían, al pasarse por la antecámara, los dos chambelanes de servicio, el señor de Montrésor y Juan Dugou, señor de Montbazon. Dichos dos caballeros, ambos turaneses, miraban al capitán de los escoceses, probablemente dormido también en su sillón, como en él era costumbre. El rey parecía aletargado. Su cabeza se apoyaba sobre el pecho; su gorro, caído sobre la frente, le cubría casi enteramente los ojos. Así sentado en su alto sillón, rematado por una corona real, parecía como si se hubiese dormido en medio de una profunda meditación.

En aquel momento Tristán y su cortejo cruzaban el puente de Santa Ana que se

hallaba a doscientos pasos de la entrada de Plessis, sobre el canal.

—¿Quién es? —preguntó el rey.

Los dos cortesanos se interrogaron con una mirada de sorpresa.

—Está soñando —dijo en voz baja Coyctier.

—¡Por Dios! —prosiguió Luis XI—, ¿es que creéis que estoy loco? Está pasando gente por el puente. Cierto es que estoy cerca de la chimenea y que puedo oír los ruidos mucho mejor que vosotros. Este efecto de la naturaleza podría ser empleado y aprovechado para...

—¡Qué hombre! —dijo el Gamo.

Luis XI se puso en pie y se encaminó hacia una de las ventanas desde la cual podía ver la ciudad; entonces, distinguió al gran preboste, y dijo:

—¡Ah!, ahí viene mi compadre con el ladrón... Ahí viene además mi pequeña María de Saint-Vallier. Había olvidado este asunto por completo. Olivier —prosiguió, dirigiéndose al barbero—, ve a decir al señor de Montbazou que nos haga servir buen vino de Bourgueil durante la comida; mira que el cocinero nos tenga preparadas unas lampreas; son dos cosas que agradan mucho a la señora condesa. ¿Puedo yo comer lampreas? —añadió al cabo de una pausa, mirando a Coyctier con mirada inquieta.

Por toda respuesta, el servidor se puso a examinar la cara de su señor. Aquellos dos hombres eran dos personajes para un cuadro.

Los novelistas y la Historia han consagrado ya el conjunto y el aspecto general de Luis XI. Su gorro, adornado con medallas de plomo, y su collar de la Orden de San Miguel, se han hecho célebres; pero ningún escritor ni ningún pintor han podido describir el rostro de aquel terrible monarca durante los últimos años de su vida; rostro enfermizo, chupado, amarillo y parduzco, cuyos rasgos expresaban una astucia amargada, una ironía fría. Había bajo aquella máscara una frente de gran hombre, frente surcada por arrugas profundas y repleta de elevados pensamientos; y en sus mejillas y en sus labios algo de vulgar y común. Al contemplar algunos de los detalles de aquella fisonomía, se hubiese dicho que era un anciano viñador vicioso, o un comerciante avaro; pero, a través de aquellos vagos parecidos y de la decrepitud de un moribundo, había un rey, un hombre de poder y de acción, que dominaba sobre el conjunto. Sus ojos, de un amarillo claro, parecían apagados; pero se escondía en ellos una chispa de valor y de cólera, que al menor choque era capaz de lanzar llamaradas y quemar todo lo que se hallase a su alcance. El médico era un obeso burgués, vestido todo de negro, de cara risueña, ávida, y que se daba aires importantes. Aquellos dos personajes tenían por marco una habitación amueblada con madera de nogal, de cuyas paredes colgaban tapices de las mejores manufacturas de Flandes, el techo, formado por vigas esculpidas, estaba ya un poco ennegrecido por el humo. Los muebles, la cama, totalmente incrustados de cobre, parecerían en nuestros días más lujosos de lo que lo eran realmente en aquella época en la que las artes empezaban a producir numerosas obras maestras.

—La lamprea no os conviene, Majestad —respondió el *físico*.

Aquel título, que acababa de sustituir al de *maese mirra*, ha perdurado aplicado a los médicos ingleses. En aquellas fechas, era dado a los médicos de todas las nacionalidades.

—¿Y qué puedo comer, pues? —preguntó humildemente el rey.

—Una caballa con sal. De otro modo, tendríais tanta bilis en circulación, que podríais morir el mismo día de Difuntos.

—¡Hoy mismo! —exclamó el rey, aterrorizado.

—¡Oh, señor, tranquilizaos! —prosiguió Coyctier—, yo estaré junto a usted. Procurad no atormentaros y procurad divertirlos.

—¡Ah —dijo el rey— mi hija sí que en otro tiempo desempeñaba bien este cometido!

En aquel instante, Imbert de Bastarnay, señor de Montrésor y de Bridoré, llamó suavemente en la puerta de la estancia real. Después que el rey le hubo dado permiso, entró para anunciar al conde y a la condesa de Saint-Vallier. Luis XI hizo una señal. Apareció María, seguida por su anciano esposo, que la dejó pasar delante.

—Buenos días, hijos míos —dijo el rey.

—Señor —respondió la dama en voz baja, mientras le abrazaba—, desearía hablarte en privado.

Luis XI pareció no haberla oído. Se volvió hacia la puerta y dijo con voz cascada:

—¡Hola, Dufou!

Dufou, señor de Montbazon y, además, copero mayor del reino, entró precipitadamente en la habitación.

—Ve a ver al cocinero, para que me prepare, para comer, una caballa. Luego irás a ver a la señora de Beaujeu y le dirás que hoy voy a comer solo. ¿Sabéis, señora —prosiguió el rey, fingiendo estar un poco enfadado—, que me estáis olvidando? Hace casi tres años que no he tenido el placer de veros... Vamos, hija mía, ven aquí —añadió sentándose y tendiéndole los brazos—. ¡Estás muy delgada...! ¡Eh! ¿Por qué permites que adelgace de esta forma? —preguntó bruscamente Luis XI al señor de Poitiers.

El celoso lanzó una mirada temerosa a su mujer, hasta el punto en que esta sintió lástima de él.

—Es debido a la felicidad, señor —respondió.

—Esto quiere decir que os amáis demasiado —dijo el rey, que tenía a su hija entre sus rodillas—. Vamos, veo que tenía yo razón al llamarte *María llena de gracia*. ¡Coyctier, déjanos solos! ¿Qué queréis? —dijo a su hija en cuanto el médico se hubo ido. Por haberme mandado a tu...

En aquel momento de peligro, María puso atrevidamente su mano sobre la boca del rey, mientras le decía al oído:

—Creía que eras más listo y discreto...

—Saint-Vallier —dijo el rey riendo—, creo que Bridoré desea decirte algo.

El conde salió; pero hizo un gesto con los hombros, muy conocido por su mujer,

que le hizo adivinar los sentimientos del terrible celoso, y juzgó que debía precaverse contra sus malos designios.

—Dime, hija mía, ¿qué tal me encuentras? ¿He cambiado mucho?

—Ay, señor, ¿queréis que diga la verdad? ¿Preferís que mienta?

—No —dijo en voz baja—, necesito saber a qué atenerme.

—Si es así, debo deciros que tenéis hoy muy mal aspecto. Pero, por favor, que mi sinceridad no sea causa de que fracase lo que quiero pedirós...

—¿De qué se trata? —dijo el rey, frunciendo las cejas y pasándose una mano por la frente.

—Pues bien, señor —respondió ella—, el joven a quien habéis mandado detener en casa de vuestro orfebre Cornelius y que en estos momentos se halla bajo custodia de vuestro gran preboste, es inocente del robo de las joyas de Baviera.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el rey.

María inclinó la cabeza y se sonrojó.

—No hace falta preguntar si hay algo de amor en todo esto —dijo Luis XI volviendo a levantar el rostro de su hija, suavemente, y acariciándole la barbilla—. Si cada mañana no vas a confesar tus pecados, hija mía, irás al infierno.

—¿No podéis hacerme un favor sin violar mis secretos pensamientos?

—¿Dónde estará el placer? —preguntó el rey viendo en todo aquello un tema de diversión.

—¿Deseáis que vuestra diversión me cueste sufrimientos?

—¡Ah, pillá! ¿No tienes confianza en mí?

—Entonces, señor, haced poner en libertad a ese gentilhombre.

—¡Ah!, vaya, se trata de un gentilhombre —exclamó el rey—. ¿No es un aprendiz?

—Lo que sí puedo afirmar es que es inocente —respondió ella.

—No lo veo yo así —dijo fríamente el rey—. Soy la justicia del reino, debo castigar a los malhechores...

—¡Vamos, no pongáis esta cara seria y concededme la vida de ese hombre!

—¿No sería concederte demasiado?

—Señor —dijo ella—, soy prudente y virtuosa. Os estáis burlando de mí...

—Entonces, como que yo no entiendo nada sobre este asunto, dejemos que Tristán lo aclare —dijo Luis XI.

María de Sassenage palideció, realizó un esfuerzo violento y exclamó:

—Señor, os aseguro que os arrepentiréis de haberlo hecho. El presunto culpable no ha robado nada. Si me concedéis la gracia que os he solicitado, os lo contaré todo, aunque debáis castigarme luego a mí.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Las cosas se ponen serias! —dijo Luis XI, ladeando su gorro—. Habla, hija mía.

—Pues bien —prosiguió esta en voz baja, acercando sus labios al oído de su padre—, ese gentilhombre ha pasado toda la noche a mi lado.

—Puede haber hecho las dos cosas, pasar la noche a tu lado y robar a maese Cornelius, lo cual sería como haber robado dos veces...

—Señor, llevo sangre vuestra en mis venas, y no soy mujer para amar a un ladrón. Ese gentilhomme es sobrino de vuestro general de alabarderos.

—¡Vamos ya! —dijo el rey—. Te cuesta mucho confesar.

Diciendo estas palabras, Luis XI empujó a su hija lejos de él, que quedó toda temblorosa, corrió a la puerta de su habitación, pero de puntillas procurando no hacer ruido alguno. Hacía solo un instante que la luz de una ventana de la sala contigua que iluminaba la parte superior de la conserjería le había permitido ver la sombra de unos pies, pertenecientes sin duda a un criado, proyectándose en su habitación. Abrió bruscamente la puerta y sorprendió al conde de Saint-Vallier escuchando.

—¡Dios de Pascua! —exclamó—, he aquí una osadía que merece el hacha del verdugo.

—Señor —replicó orgullosamente Saint-Vallier—, prefiero un golpe de hacha en el cuello, que un adorno matrimonial en la frente.

—Merecerías tanto una cosa como otra —dijo Luis XI—. Ninguno de ustedes están exentos de contraer esta clase de enfermedades, señores. Retírense a la otra sala. Conyngham —prosiguió el rey dirigiéndose al capitán de sus guardias—, ¿estabas durmiendo? ¿Dónde se ha metido el señor de Bridoré? ¿Cómo dejáis que se aproximen así? ¡Dios de la Pascua!, el último de los burgueses de Tours está mejor servido que yo...

Habiendo gruñido así, Luis XI regresó a su habitación; pero tuvo buen cuidado de correr una cortina formada con tapices y que constituía como una segunda puerta destinada menos a ahogar los silbidos de la brisa que el rumor de las palabras del rey.

—De modo, hija mía —prosiguió, experimentando un cierto gusto en jugar con ella como juega el gato con el ratón que acaba de capturar—, que ayer, Jorge de Estouteville fue tu galán.

—¡Oh, no, señor!

—¿No? ¡Ah, por San Carpión! ¡Entonces, merece la muerte...! El muy sinvergüenza no ha encontrado a mi hija lo bastante linda...

—¿Lo decís por esto? —dijo ella—. Puedo aseguraros que me ha besado los pies y las manos con una pasión capaz de enternecer a la más virtuosa de las damas. Me ama delicadamente, con todo honor.

—Tú debes tomarme por San Luis, si piensas que voy a tragarme esta sarta de mentiras. ¿Hay alguien que pueda creer que un joven apuesto ha arriesgado su vida para besarte únicamente las chinelas o las mangas...? ¡A otro con eso!

—¡Oh, señor! Lo que os digo es la pura verdad. Pero venía también por otro motivo...

Al pronunciar aquellas palabras, María sintió que estaba arriesgando la vida de su marido, ya que acto seguido Luis XI preguntó con vivacidad:

—¿Por qué?

Aquella aventura le divertía extraordinariamente. En realidad no esperaba ninguna de aquellas extrañas confidencias que terminó por hacerle después de haber estipulado el perdón de su marido.

—¡Ah! ¡Ah! Señor de Saint-Vallier, vertiendo así la sangre real —exclamó el rey, cuyos ojos lanzaron llamaradas.

En aquel instante, la campana de Plessis tocó a servicio del rey. Apoyado en el brazo de su hija, Luis XI apareció, con las cejas contraídas, en el dintel de la puerta de su habitación, y halló en ella a todos sus servidores sobre las armas. Lanzó una mirada dudosa al conde de Saint-Vallier, pensando en la sentencia que tendría que dictar sobre él. El profundo silencio reinante fue interrumpido entonces por los pasos de Tristán, que subía la gran escalinata. Llegó hasta cerca de la sala, y dirigiéndose al rey, dijo:

—Señor, el asunto está liquidado.

—¿Cómo? ¡Todo ha terminado! —dijo el rey.

—Nuestro hombre está en manos de los religiosos. Ha terminado confesando el robo, después de un breve interrogatorio.

La condesa lanzó un suspiro, palideció, y no encontrando en sí ni un hilo de voz para hablar, miró al rey. Aquella mirada fue captada por Saint-Vallier, quien en voz baja, dijo:

—He sido traicionado, el ladrón es conocido de mi mujer.

—¡Silencio! —gritó el rey—. Hay alguien por aquí que desea cansarme. Ve inmediatamente a suspender esta ejecución —prosiguió, dirigiéndose al gran preboste—. ¡Me respondes de su cuerpo con el tuyo, compadre! Este asunto requiere ser estudiado con más detenimiento y me reservo su solución. Pon, provisionalmente, al culpable en libertad. Yo sabré cómo encontrarle si es necesario; esta clase de ladrones tienen escondrijos en los que gustan refugiarse, madrigueras donde se acurrucan. Dile a Cornelius que yo, personalmente, me trasladaré a su casa esta misma tarde para instruir personalmente el proceso. Señor de Saint-Vallier —dijo el rey fijando su mirada en el conde—, tengo noticias para ti. ¿Sabíais que toda vuestra sangre no podría pagar una sola gota de la mía? ¡Por Nuestra Señora de Cléry!, habéis cometido un crimen de lesa majestad. ¿Os di por esposa a una mujer gentil y hermosa para que me la devolváis pálida y estéril? Regresad inmediatamente a vuestra casa y empezad los preparativos para emprender un largo viaje.

Después de pronunciar aquellas palabras, el rey, por un hábito de crueldad, se detuvo unos instantes; luego añadió:

—Partiréis esta misma noche para encargáros de los asuntos de este reino en Venecia. Id tranquilo, que yo enviaré esta noche a vuestra esposa a mi castillo de Plessis; estará, ciertamente, segura. Por otra parte, prometo velar por ella mejor de lo que lo he hecho desde el momento de su matrimonio.

Al escuchar aquellas palabras, María estrechó en silencio el brazo de su padre, como para agradecerle su clemencia y su buen humor. En cuanto a Luis XI, sin

revelarlo, se estaba divirtiendo enormemente.

Luis XI gustaba mucho de inmiscuirse en los asuntos privados de sus súbditos y mezclaba frecuentemente su real majestad en escenas de la vida burguesa. Aquel gusto, severamente criticado por ciertos historiadores, no era, en realidad, más que la pasión por el *incógnito*, uno de los grandes placeres de los príncipes, una especie de abdicación momentánea que les permite poner un poco de vida vulgar en su existencia, monótona por falta de oposición; solamente que Luis XI jugaba al *incógnito*, pero al descubierto. En estas situaciones se mostraba campechano y se esforzaba por agradar a las gentes del Tercer Estado, a las cuales convertía en aliados suyos en contra de la feudalidad. Hacía mucho tiempo que no había encontrado una ocasión parecida a aquella para popularizarse, para meterse en los asuntos domésticos de alguien, de modo que se apropió, entusiásticamente, de las inquietudes de maese Cornelius y de las penas secretas de la condesa de Saint-Vallier. Varias veces, durante la comida, dijo a su hija:

—¿Quién ha sido, pues, el que ha robado a mi compadre? En los últimos ocho años se han cometido robos por valor de un millón doscientos mil escudos. Un millón doscientos mil escudos, señores —repitió mirando a los caballeros que le servían—. ¡Por Nuestra Señora!, con una cantidad como esta podrían adquirirse toda suerte de absoluciones en la corte de Roma. Con ella habría podido canalizar todo el curso del Loire o, mejor aún, conquistar el Piamonte, hermosa fortificación hecha para nuestro reino.

Una vez terminada la comida, Luis XI conduce a su hija a su médico, al gran preboste, seguidos por una escolta de hombres armados, hasta la casa de Poitiers, en la que halló todavía, según sus presunciones, al señor de Saint-Vallier, que estaba esperando a su mujer, quizá para deshacerse de ella.

—Señor —le dijo el rey—, os había recomendado partir lo antes posible. Despediros de vuestra esposa, y ganad pronto la frontera; llevaréis una escolta de honor. En cuanto a vuestras instrucciones y cartas de presentación, estarán en Venecia antes de que lleguéis allí.

Luis XI dio la orden, no sin añadir algunas instrucciones secretas a un teniente de la guardia escocesa, de que tomase consigo una escuadra y acompañase al embajador hasta Venecia. Saint-Valliers partió con gran prisa, después de haber dado a su mujer un beso frío en la frente, que tal vez hubiera deseado fuera mortal. Cuando la condesa hubo regresado a su casa, Luis XI se dirigió a la Malemaison, con muchas prisas para resolver, la triste farsa que se estaba representando en casa de su compadre, vanagloriándose, en su calidad de rey, de poseer suficiente perspicacia para descubrir los secretos de los ladrones. Cornelius no vio sin cierta aprensión la llegada de su señor.

—¿Toda esta gente tomará parte en la ceremonia? —le preguntó en voz queda.

Luis XI no pudo impedir se\_ le escapara una sonrisa al ver el terror reflejado en la cara del avaro y de su hermana.

—No, compadre —le respondió—, tranquilízate. Cenarán conmigo en mi residencia, y para hacer las indagaciones precisas estaremos solos. Soy yo tan excelente justiciero, que me apuesto diez mil escudos a que descubro quién es el criminal.

—Encontradle, señor, y no apostemos nada.

Inmediatamente se dirigieron al despacho en el que el prestamista había depositado sus tesoros. Allí Luis XI se hizo enseñar el cofre en el que habían estado guardadas las joyas del Elector de Baviera, luego la chimenea por la que el presunto ladrón había bajado, convenció fácilmente al brabantés de la falsedad de sus suposiciones, ya que no había ni rastro de hollín en el suelo, ni huellas de paso por el tubo y porque la chimenea nacía en una parte del tejado prácticamente inaccesible. Por último, después de dos horas de investigaciones que llevaban impresa aquella sagacidad que distinguía a la inteligencia desconfiada de Luis XI, le fue demostrado evidentemente que nadie había podido llegar hasta el tesoro guardado por su compadre. Ni en el interior de las cerraduras ni en la parte externa de los cofres en los que guardaba el oro, la plata y las preciosas prendas que le habían entregado sus deudores, había el menor vestigio de violencia.

—Si el ladrón ha abierto este cofre —dijo Luis XI—, ¿por qué se ha contentado con llevarse las joyas de Baviera? ¿Por qué razón ha respetado este collar de perlas...? ¡Extraño ladrón!

Ante aquella reflexión, el pobre *exprimidor* palideció; el rey y él se miraron uno al otro, durante unos momentos.

—Y bien, señor, ¿qué es, pues, lo que ha venido a hacer aquí ese ladrón que habéis tomado bajo vuestra protección y que se ha paseado durante toda la noche? —preguntó Cornelius.

—Si no eres capaz de adivinarlo, te ordeno lo sigas ignorando para siempre jamás; este es uno de mis secretos.

—Entonces, el diablo debe de estar rondando por mi casa —dijo piadosamente el avaro.

En cualquier otra circunstancia, posiblemente el rey se hubiera reído de la exclamación de su orfebre; pero se había puesto pensativo y lanzaba sobre maese Cornelius tinas miradas capaces de atravesarle el cráneo, unas miradas que acostumbran a lanzar en determinados momentos los hombres inteligentes y poderosos; así, el brabantés quedó aterrorizado, temiendo haber ofendido a su temible señor.

—Ángel o demonio, ya sé quién es el malhechor —exclamó bruscamente Luis XI—. Si esta noche te vuelven a robar, mañana mismo sabré quién ha sido. Haz subir a ese viejo simio al que tú calificas de hermana —añadió.

Cornelius casi dudó dejar solo al rey en aquella habitación en la que guardaba sus tesoros; pero salió de ella, vencido por la energía de la amarga sonrisa que florecía en los labios de Luis XI. No obstante, y a pesar de la confianza que demostraba, regresó

rápidamente, seguido por la vieja.

—¿Tienes harina? —le preguntó el rey.

—¡Oh, claro que sí, hemos hecho nuestra provisión para el invierno! —respondió ella.

—Pues bien, súbela —le dijo el rey.

—¿Qué es lo que pretendéis hacer con nuestra harina, señor? —exclamó ella espantada, sin que se sintiera impresionada por la majestad real, parecida en ello a todas las personas víctimas de una violenta pasión.

—Vieja loca, ¿quieres ejecutar inmediatamente las órdenes de nuestro gracioso soberano? —exclamó Cornelius—. ¿Es que crees que al rey le hace falta harina?

—¡Comprad, pues, buena harina! —fue mascullando ella mientras bajaba las escaleras—. ¡Ay, mi harina!

Regresó, y dijo al rey:

—Señor, ¿es una real idea, eso de querer examinar mi harina?

Finalmente, reapareció provista de uno de aquellos bolsillos de tela que desde tiempo inmemorial son empleados en la Tourena para llevar al mercado o traer de él nueces, frutas o trigo. El bolso estaba lleno hasta la mitad de harina; la mujer lo abrió y lo enseñó tímidamente al rey, sobre el que lanzó esas miradas de fiera rápidas con las cuales las viejas solteronas parecen querer asaetear a los hombres.

—Nos ha costado a seis sueldos la libra... —dijo.

—¡Y esto qué importa! —exclamó el rey—. Extiéndela por encima de todo el piso. Procura extenderla de manera que la capa que se forme sea bien igual, como cuando nieva.

La vieja no comprendió nada de todo aquello. Aquella orden la dejaba más extrañada que si se hubiese enterado de la llegada del fin del mundo.

—¡Mi harina, señor! Por el suelo...; pero...

Maese Cornelius empezaba a adivinar, aunque muy vagamente, las intenciones del rey. Cogió el saco de harina y empezó a extenderla suavemente por encima del piso. La vieja se estremeció, pero tendió la mano para que le diera nuevamente el saquillo y cuando su hermano se lo hubo devuelto, desapareció con él, al tiempo que lanzaba un sonoro suspiro. Cornelius cogió una pluma y empezó por uno de los lados del gabinete a extender la harina, ofreciendo el aspecto de una sábana de nieve, retrocediendo a medida que lo hacía, seguido por el rey, que parecía estarse divirtiendo mucho con la operación. Cuando llegaron al dintel, Luis XI le dijo a su compadre:

—¿Existen dos llaves de la cerradura?

—No, señor.

El rey comprobó el mecanismo de la puerta, que estaba reforzada con grandes chapas de hierro; las piezas de toda aquella armadura terminaban todas en una cerradura de resorte secreto cuya llave era cuidadosamente guardada por Cornelius en persona. Después de haberlo examinado todo, Luis XI hizo llamar a Tristán, le

ordenó que por la noche apostara a algunos de sus hombres de armas, con el mayor secreto, en los morales del camino nuevo y en las chimeneas de los tejados vecinos, y que reuniese todo el resto de la escolta para regresar a Plessis y hacer creer a todo el mundo que no se quedaría a cenar en casa de su compadre Cornelius; luego recomendó al avaro cerrara cuidadosamente todas las ventanas y aberturas de la casa para que no se escapara por ellas ningún rayo de luz, y que le preparara un festín sumario, a fin de infundir sospechas de que se quedaba allí toda la noche. El rey partió con toda ceremonia por la nueva calzada, pero regresó secretamente, entrando por la puerta del bastión y dirigiéndose inmediatamente a casa del orfebre. Todo fue llevado a cabo con tanta discreción y premura, que los vecinos, las gentes de la ciudad, creyeron que el rey había tenido el capricho de regresar a Plessis y que no regresaría hasta el día siguiente para cenar en casa del avaro. La hermana de este confirmó esta creencia general comprando en la tienda salsa verde; dicha tienda se hallaba cerca del llamado *barrio de las hierbas*, conocido más adelante por *barrio de Beaune*, debido a la magnífica fuente de mármol blanco que el infortunado Semblangay hizo traer de Italia para ornato de la capital de su patria. Hacia las ocho de la noche, mientras el rey estaba cenando en compañía de su médico, de Cornelius y del capitán de su guardia escocesa, gastando alegres bromas y olvidándose de que era Luis XI, enfermo y casi muerto, el más profundo silencio reinaba en el exterior, y cualquier paseante, incluso un ladrón, tomaba la Malemaison por una casa deshabitada.

—Espero —dijo el rey sonriendo— que mi compadre sea robado esta noche, para que mi curiosidad quede satisfecha. Y que nadie salga de su habitación mañana sin una orden expresa mía, bajo pena de un grave castigo.

Después, todos se fueron a acostar. Al día siguiente por la mañana, Luis XI fue el primero en salir de su habitación y se dirigió hacia el tesoro de Cornelius. Pero no demostró excesiva extrañeza al observar las huellas de pisadas por la escalera y los pasillos de la casa. Respetando cuidadosamente estas preciosas marcas, fue hasta la puerta del gabinete en que se guardaban los escudos y la encontró cerrada sin señales de haber sido fracturada. Estudió la dirección de los pasos, pero, como que eran cada vez más débiles y terminaban por no dejar el más mínimo vestigio, le fue completamente imposible descubrir por dónde se había escapado el ladrón.

—¡Ah, compadre —gritó el rey a Cornelius—, has sido bella y perfectamente robado!

Al escuchar aquellas palabras, el viejo brabantés salió de su habitación presa de un visible terror. Luis XI le condujo a que viera los pasos marcados en el piso; y mientras los examinaba negligentemente, el rey, habiéndose fijado por casualidad en las zapatillas del avaro, reconoció la forma de la suela, reconoció su semejanza con los ejemplares que habían quedado marcados en las losas. No dijo ni una sola palabra sobre ello y contuvo la risa pensando en los inocentes que habían sido colgados. El avaro se dirigió apresuradamente hacia su tesoro. El rey le ordenó hiciera con sus pies

una nueva marca al lado de las ya existentes, y le convenció de que el ladrón no era otro que él mismo.

—¡Me falta el collar de perlas! —exclamó Cornelius—. Esto debe ser algo de brujería. Yo no he salido de mi habitación...

—Vamos a averiguarlo inmediatamente —dijo el rey, al cual la evidente buena fe del orfebre hacía que estuviera más pensativo.

Acto seguido hizo venir al apartamento a los hombres de armas que había colocado de vigilancia en el exterior, y les preguntó:

—¿Qué habéis visto durante la noche?

—¡Ah, Señor, un espectáculo que era algo de magia! —dijo el teniente—. El señor su orfebre se ha deslizado como un gato por las paredes, y con tanta rapidez, que al principio creíamos que se trataba de una sombra.

—¡Yo! —exclamó Cornelius, que tras aquellas palabras quedó petrificado y silencioso, como un hombre que ha perdido sus facultades físicas y mentales.

—Vosotros podéis marcharos —dijo el rey a los arqueros— y decid a los señores Conyngham, Coyctier y Bridoré, y también a Tristán, que pueden dejar sus habitaciones y que se presenten aquí urgentemente. Eres reo de la pena de muerte —dijo fríamente el rey al brabantés, que para suerte suya no le oyó—. ¡Tienes diez muertes por lo menos sobre tu conciencia!

Luis XI dejó escapar una risa muda e hizo una pausa.

—Pero tranquilízate —prosiguió al observar la extraña palidez del rostro del avaro—, eres mejor para ser sangrado que para ser colgado. Y, mediante alguna buena multa en favor de mis arcas, podrás escapar de las garras de mi justicia; pero, si no haces, por lo menos, construir una capilla en honor de la Virgen, vas a tener que enfrentarte con todos los calores del infierno por toda una eternidad.

—Un millón doscientos y ochocientos setenta mil escudos hacen un millón trescientos setenta mil escudos —respondió maquinalmente Cornelius, absorto en sus cálculos—. ¡Un millón trescientos setenta mil escudos desaparecidos!

—Los habrán guardado en algún escondrijo —dijo el rey, que empezaba a encontrar aquella cantidad realmente apetecible—. Había un imán que atraía al ladrón aquí: parece como si hubiese olido su tesoro.

En aquel momento entró Coyctier. Al ver la actitud de Cornelius, le observó cuidadosamente mientras el rey le contaba la aventura.

—Señor —respondió el médico—, nada hay de sobrenatural en todo este asunto. Este hombre tiene la propiedad de poder andar durante el sueño. Es este el tercer caso que encuentro de esta extraña enfermedad. Si tenéis la amabilidad de ser testigo de sus efectos, podréis comprobar que este viejo se pasea por los tejados sin el menor peligro. Pude observar, en los dos casos que he tenido ocasión de estudiar, estrecha relación entre lo que hacían durante su vida nocturna y sus negocios u ocupaciones del día.

—¡Ah, maese Coyctier, eres un verdadero sabio!

—¿No soy vuestro médico? —respondió insolentemente el físico.

Al oír esta contestación, Luis XI dejó escapar el gesto que le era familiar hacer cuando se hallaba ante una buena idea, consistente en echarse atrás su gorro.

—En tal circunstancia —prosiguió Coyctier—, las personas siguen haciendo las mismas cosas que harían despiertos, pero dormidos. Como este no para un momento de estar revolviendo su tesoro, mientras duerme se entrega también a su más querida pasión. Ha debido de tener ataques de esta enfermedad cada vez que durante el día sentía temores por su tesoro.

—¡Dios de Pascua! ¡Qué tesoro! —exclamó el rey.

—¿Dónde está? —preguntó Cornelius, el cual por un singular privilegio de nuestra naturaleza podía oír la charla del médico y el rey, al tiempo que seguía atontado por sus pensamientos y sus desdichas.

—¡Ah! —respondió Coyctier con una sonora carcajada diabólica—. Los sonámbulos no recuerdan, al despertar, nada de lo que han hecho durante el sueño...

—Dejadnos —dijo el rey.

Cuando Luis XI estuvo solo con su compadre, le miró burlescamente.

—Monseñor Hoogworst —añadió inclinándose ceremoniosamente—, todos los tesoros encontrados en Francia pertenecen al rey.

—Sí, señor, todo es vuestro, y vos sois el dueño absoluto de nuestras vidas y de nuestras haciendas; pero hasta el momento presente, habéis tenido siempre la prudencia de no tomar más que lo que os era estrictamente necesario.

—Escúchame, compadre: si te ayudo a recuperar este tesoro, puedes guapamente y sin temor repartirlo conmigo.

—No, señor; no deseo repartirlo con vos, sino ofrecéroslo entero después de mi muerte. Pero ¿cuáles son vuestros planes?

—No tendría más que espiarte personalmente mientras realizas esos recorridos nocturnos. Cualquier otro que no fuese yo sería de temer.

—Ah, señor —replicó Cornelius arrojándose a los pies de Luis XI—, sois el único hombre del reino en quien puedo confiar, y yo sabré demostraros mi agradecimiento por las bondades que derramáis sobre este vuestro servidor, empleando mis cuatro sentidos para facilitar la boda de la heredera de Borgoña con Monseñor. Este sí que sería un lindo tesoro, no de escudos, sino de tierras, que redondearían vuestra corona.

—¡Vamos, vamos, flamenco, me estás engañando! —dijo el rey frunciendo el entrecejo—. O quizá me has servido mal.

—¿Cómo, señor, podéis dudar de mi lealtad, vos que sois el único hombre a quien amo?

—¡Palabras, palabras! —replicó el rey, enfrentándose con el brabantés. Tú no debías esperar a esta ocasión para serme útil. ¡Me estás vendiendo tu protección, Dios de Pascuas!, a mí, a Luis XI. ¿Es que eres tú el dueño y yo el servidor?

—¡Ah, señor! —replicó el viejo avaro— deseaba daros una sorpresa agradable

con las noticias de los arreglos que he hecho en favor vuestro con los de Gante; y estaba esperando su confirmación por el aprendiz de Oosterlinck. Pero ¿qué ha sucedido?

—¡Basta ya! —dijo el rey—. Nuevo error. No me gusta que la gente se inmiscuya en mis asuntos. ¡Basta! Quiero reflexionar sobre todo esto.

Maese Cornelius recuperó toda la agilidad de la juventud para correr a la planta baja, donde se hallaba su hermana.

Y, sumamente excitado, le dijo:

—Ay, Juana, querida mía, teníamos en casa un tesoro de un millón trescientos mil escudos. ¡Y he sido yo, yo mismo, el que los ha robado!...

Juana Hoogworst se levantó de su escabel, y se puso en pie como si su asiento estuviera al rojo vivo. Aquella sacudida fue tan violenta para una solterona acostumbrada desde hacía largos años a aniquilarse con ayunos voluntarios, que empezó a temblar de pies a cabeza, y resintiéndose de un terrible dolor en la espalda. Fue palideciendo gradualmente, y su rostro, cuya alteración difícil de comprobar debido a las arrugas, se fue descomponiendo mientras su hermano le iba explicando la enfermedad que padecía y la extraña situación en la que se encontraban los dos.

—Acabamos, Luis XI y yo —dijo terminando— de mentirnos uno al otro como dos chalanes. Debes comprender, querida mía, que si me vigila, llegará un momento en que él será el único que conozca el secreto de nuestro tesoro. Solamente el rey puede espiar mis paseos nocturnos. Ignoro si la conciencia del rey, que se halla a dos pasos de la muerte, podrá soportar el millón trescientos mil escudos. Hay que prevenirle, sacar todo lo que tengamos, trasladar todos nuestros tesoros a Gante; y solo tú...

Cornelius se detuvo súbitamente, pensando en cuáles podrían ser las intenciones de aquel monarca que a los veintidós años ya pensaba en el parricidio. Cuando el orfebre hubo juzgado rápidamente a Luis XI, se puso en pie bruscamente, como hombre deseando huir de un peligro. Ante aquel gesto, su hermana, demasiado débil, o demasiado fuerte, para soportar una semejante crisis, cayó al suelo pesadamente; estaba muerta... Maese Cornelius cogió a su hermana, y la sacudió violentamente, diciéndole:

—No se trata de morir. Después ya tendrás tiempo para ello... ¡Oh!, todo ha terminado. ¡La vieja imbécil nunca ha sido oportuna!

Le cerró los ojos y la dejó tendida sobre el suelo; pero entonces, recobró todos sus buenos y nobles sentimientos que se hallaban escondidos en lo más profundo de su alma, y olvidándose de su desconocido tesoro, exclamó dolorosamente:

—Mi pobre compañera, te he perdido, a ti que tan bien me comprendías. Eras un verdadero tesoro. Y aquí estás. Contigo desaparecen mi tranquilidad, mis afectos. Si hubieras sabido lo que podíamos haber ganado solamente con que hubieses vivido dos noches más, ahora no estarías muerta, aunque solo hubiera sido para darme gusto, pobre pequeña mía... ¡Ay, Juana, un millón trescientos mil escudos! ¡Ah!, si esto no

es capaz de volverte a la vida... No...; ¡está muerta!

Luego, se sentó, no dijo nada, pero dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos y rodaron por sus chupadas mejillas; después, lanzando varios «¡ay, ay!», cerró la habitación y subió a la del rey. Luis XI se impresionó al ver el dolor impreso en los rasgos humedecidos de su viejo amigo.

—¿Qué es esto? ¿Qué sucede? —preguntó.

—¡Ay, señor, una desgracia no viene nunca sola! Mi hermana ha muerto. Está ahí abajo —dijo señalando el piso con un gesto horrorizado.

—¡Basta! —exclamó Luis XI, al que no le gustaba oír mencionar a la muerte.

—Os nombro mi heredero... Ya no me queda ni me importa nada. Aquí están mis llaves. Ahorcadme si es este vuestro gusto, lleváoslo todo, registrad la casa, está llena de oro. Os lo regalo todo...

—Vamos, compadre —replicó Luis XI, medio enternecido por aquel espectáculo penoso— ya encontraremos el tesoro cualquier noche de estas, y la visión de tantas riquezas te devolverá el placer de vivir. Volveré cualquier día de esta semana...

—Cuando vos gustéis, señor...

Ante aquella respuesta, Luis XI, que había dado ya varios pasos en dirección a la puerta de la habitación, se volvió bruscamente. Entonces, aquellos dos hombres se miraron uno al otro con una expresión que ni el pincel ni la pluma pueden describir.

—¡Adiós, compadre! —dijo finalmente Luis XI con voz seca, y poniéndose bien el gorro.

—¡Que Dios y la virgen os conserven! —respondió humildemente el orfebre, acompañando al rey.

Después de una tan dilatada amistad, aquellos dos hombres encontraban entre ambos una barrera levantada por la desconfianza y el dinero, cuando siempre se habían entendido en lo concerniente a dinero y a desconfianza; pero se conocían tan bien, tenían cada uno de ellos tanta costumbre del otro, que el rey tenía forzosamente que haber adivinado, por el tono con el que Cornelius pronunció el imprudente *Cuando vos gustéis, señor*, la repugnancia que su visita causaría, de entonces en adelante, al orfebre, del mismo modo que este reconoció como una declaración de guerra el *¡Adiós compadre!*, dicho por el rey. Así pues, Luis XI y su *exprimidor*, se separaron embarazados por la conducta a seguir uno con el otro. El monarca se hallaba en posesión del secreto del brabantés; pero este podía, por sus relaciones, asegurar el éxito de la más bella conquista que jamás rey de Francia pudo soñar, la de los territorios pertenecientes a la casa de Borgoña, y que por aquel entonces excitaban los deseos de todos los soberanos de Europa. El matrimonio de la célebre Margarita dependía de la gente de Gante y de los flamencos que la rodeaban. El oro y la influencia de Cornelius podían pesar enormemente en las negociaciones iniciadas por Desquerdes, el general al cual Luis XI había confiado el mando del ejército acampado al sur de la frontera de Bélgica. Aquellos dos zorros eran, pues, como dos duelistas cuyas fuerzas hubiesen sido neutralizadas por el azar. Así, ya fuese porque

desde aquella misma madrugada la salud de Luis XI hubiese empeorado, ya porque Cornelius hubiese contribuido a hacer venir a Francia a Margarita de Borgoña, llegada efectivamente a Amboise, en el mes de julio de 1438, para contraer matrimonio con el Delfín, al que fue desposada en la capilla del castillo, él rey no puso multa alguna a su banquero, no tuvo lugar procedimiento contra nadie, pero permanecieron uno y otro en la situación intermedia de una paz armada. Por suerte para el exprimidor, se extendió por todo Tours el rumor de que su hermana había sido la autora de los robos, siendo secretamente ejecutada por Tristán. De otro modo, si la verdadera historia hubiese sido conocida, la ciudad entera se hubiera sublevado para destruir la Malemaison antes de que el rey la hubiera defendido. Pero si todas estas presunciones históricas tienen algún fundamento en lo relativo a la inacción en que permaneció Luis XI, no sucedió lo mismo en lo que respecta a maese Cornelius Hoogworst. El hombre pasó los primeros días que sucedieron a aquella fatal mañana, sumido en una continua preocupación y agitación. Del mismo modo que un animal carnívoro encerrado en una jaula, iba y venía, olfateando el oro por todos los rincones de la casa; examinaba las grietas, consultaba las paredes, quería arrancar su tesoro de los árboles del jardín, a los cimientos de la casa, a los tejados de las torretas, a la tierra y al cielo. A menudo se pasaba horas enteras de pie lanzando miradas a todas partes a la vez, hundiéndolas en el vacío. Exigiendo milagros del éxtasis y de los poderes de los encantadores, intentaba distinguir sus riquezas a través del espacio y de los obstáculos. Se hallaba constantemente perdido en una idea obsesiva, devorado por un deseo que le quemaba las entrañas, pero roído aún más intensamente por las renacidas angustias del duelo que sostenía con sí mismo: especie de suicidio incompleto que comprendía todos los dolores de la vida y todos los de la muerte. Nunca el vicio se había concentrado tanto en sí mismo; ya que el avaro, encerrándose imprudentemente en la cueva en la que guarda su oro, experimenta, como Sardanápalo, el placer de morir en medio de su fortuna. Pero Cornelius, a la vez robado y ladrón, como no tenía el secreto ni del uno ni del otro, poseía y no poseía sus propios tesoros: nueva especie de tormento, extraño, pero continuamente espantoso. A veces, se tomaba casi olvidadizo, dejaba abiertas las rejas de su puerta, y entonces los que pasaban por la calle podían contemplar a aquel hombre completamente acabado plantado firmemente sobre sus dos piernas en medio de su inculto jardín, en una inmovilidad total, lanzando a los que le observaban una mirada fija, cuyo espantoso brillo les helaba de espanto. Sí, por una casualidad, caminaba por las calles de Tours, hubierais pensado que se trataba de un forastero: no sabía dónde se encontraba, ni si hacía sol, o si era de noche. En ocasiones, tenía que preguntar el camino a los que se cruzaban con él, creyéndose en Gante, y parecía ir siempre en busca de su perdida felicidad. El pensamiento más vivaz, la más materializada de todas las ideas humanas, la idea mediante la cual el hombre se representa a sí mismo creando en su propio exterior un ser perfectamente ficticio, conocido con el nombre de *propiedad*, este demonio moral le hundía a cada instante sus aceradas garras en el

corazón. Además, en medio de aquel tormento, aparecía el miedo con todos los demás sentimientos que le sirven de cortejo. En efecto, dos hombres conocían su secreto, aquel secreto que él mismo ignoraba. Luis XI o Coyctier, podía apostar a alguien que vigilara lo que hacía durante el sueño, y descubrir el ignorado abismo en el cual había tirado sus riquezas en medio de la sangre de tantos inocentes: ya que además de sus temores, celaban también los remordimientos. Para no dejarse arrebatar, mientras viviera, su desconocido tesoro, tomó, durante los primeros días que siguieron al desastre, las más severas precauciones contra el sueño; sus relaciones comerciales le permitieron agenciarse los antinarcóticos más poderosos. Sus velas fueron algo espantoso: estaba solo para luchar contra la noche, los remordimientos, el miedo, con todos los pensamientos que el hombre ha personificado mejor, instintivamente quizá, obedeciendo a una verdad moral todavía carente de pruebas sensibles. Finalmente, aquel hombre tan poderoso, aquel corazón endurecido por la vida política y la vida comercial, aquel genio oscuro de la historia, se vio obligado a sucumbir a los horrores del suplicio que él mismo había creado. Perseguido por ciertos pensamientos más agudos que los que le habían estado atormentando hasta entonces, se cortó el cuello con una navaja. Su muerte coincidió con la de Luis XI, de modo que la Malemaison fue totalmente saqueada por el populacho. Algunos ancianos de la región de Tourena han pretendido que un tratante, apellidado Bohier, había encontrado el tesoro del orfebre, y que lo empleó para iniciar la edificación de Chenonceaux, maravilloso palacio que, a pesar de las riquezas de varios reyes, del afecto que por él sentía Diana de Poitiers y su misma rival Catalina de Médicis, continúa aún sin terminar.

Por suerte para María de Sassenage, el señor de Saint-Vallier falleció, como es sabido, en su embajada. Pero su casa no se extinguió. La condesa tuvo, después de la partida del conde, un hijo cuyo destino ha sido famoso en la historia de Francia bajo el reinado de Francisco I. Fue salvado por su hija, Diana de Poitiers, biznieta ilegítima de Luis XI, del cual se convirtió en la esposa ilegítima, la amante muy amada de Enrique II; ¡ya que la bastardía y el amor fueron hereditarias en aquella noble familia!

En el castillo de Saché, noviembre y diciembre de 1834.



## **LA POSADA ROJA**



*AL SEÑOR MARQUES CUSTINE*

En no sé qué año, un banquero de París, que gozaba de extensas relaciones comerciales en Alemania, festejaba a uno de aquellos amigos, desconocidos durante mucho tiempo, que los negociantes hacen en todas las ciudades mediante la correspondencia. Dicho amigo, jefe de no sé qué casa importante de Nuremberg, era un grueso alemán, hombre de excelente gusto y erudito, sobre todo fumador de pipa, que tenía un hermoso, un largo rostro nuremburgués, de frente cuadrada y despejada, rodeada de cabellos rubios bastante escasos. Tenía el aspecto de los hijos de esa pura y noble Germania, tan fértil en caracteres honorables, cuyas pacíficas costumbres no han sido jamás desmentidas, incluso después de siete invasiones. El forastero reía con ingenuidad, escuchaba atentamente, y bebía remarcadamente bien, pareciendo gustarle el vino de Champaña quizá tanto o más que los vinos claretes de Johannisberg. Se llamaba Hermann, como casi todos los alemanes puestos en escena por los autores. Como hombre que no hace nada a la ligera, se había sentado bien en la mesa del banquero, comía con aquel apetito tudesco que se ha hecho célebre en toda Europa y daba un adiós concienzudo a la cocina del gran Carême. Para honrar a su huésped, el dueño de la casa había invitado a varios amigos íntimos, capitalistas o comerciantes, a varias mujeres encantadoras, hermosas, cuya amable charla y francos modales estaban en armonía con la cordialidad germánica. En verdad les digo, que si hubiesen ustedes podido contemplar, como yo tuve el placer de hacerlo, esta alegre reunión de personas que habían encogido sus garras comerciales para especular con los placeres de la vida, les hubiese sido difícil odiar los descuentos usurarios, o maldecir las suspensiones de pagos. El hombre no puede estar constantemente haciendo el mal. Por eso, incluso los mismos piratas, saben encontrar en sus vidas horas tranquilas, durante las cuales se sentirían ustedes en su siniestro navío, igual que en una barquichuela de recreo.

—Antes de abandonarnos, espero que el señor Hermann nos cuente alguna de esas espeluznantes historias alemanas.

Estas palabras fueron pronunciadas, a los postres, por una joven pálida y rubia, que, sin duda, había leído los cuentos de Hoffmann y las novelas de Walter Scott. Era la hija única de un banquero, encantadora criatura, cuya educación había terminado en el Gimnasio y que admiraba las obras que en él se representaban. En este momento los invitados se hallaban en esa feliz disposición de pereza y silencio a donde nos lleva una comida exquisita cuando hemos presumido un poco de nuestra potencia digestiva. Con la espalda apoyada en el respaldo de su silla, y el puño ligeramente apoyado en el reborde de la mesa, los invitados jugaban indolentemente con la hoja dorada de su cuchillo de postre. Cuando una comida llega a este momento de ocaso, ciertas personas se dedican a atormentar el corazón de una pera, otras hacen correr entre el pulgar y el índice una migaja de pan, los enamorados trazan letras informes con las mondaduras de las frutas, y los avaros cuentan los huesos y los van alineando sobre el plato que tienen delante del mismo modo que un director de escena alinea a los comparsas al fondo del escenario. Se trata de mínimas felicidades

gastronómicas que no han sido tenidas en cuenta por el libro de Brillat-Savarin, por otra parte autor muy completo. Los criados habían desaparecido. Los postres eran como una escuadra tras un combate naval, estaban desarbolados, destrozados, asolados. Los platos circulaban por la mesa a pesar de la obstinación de la dueña de la casa por colocarlos en su sitio. Algunos comensales estaban contemplando tinajas vistas de Suiza simétricamente colgadas sobre las paredes grises del comedor. Ninguno de los invitados se aburría. Todavía no hemos conocido a nadie que se entristezca durante la digestión de una buena comida. Deseamos entonces permanecer en esa entraña calma, especie de justo medio entre el ensueño del pensador y la satisfacción de los animales rumiantes que podríamos calificar de melancolía material de la gastronomía. Por eso, todos los invitados se volvieron hacia el simpático alemán, encantados de poder escuchar una balada, aunque esta careciera de interés. Durante aquella bendita pausa, la voz de cualquier narrador nos parece siempre deliciosa a nuestros sentidos embotados, y favorece la felicidad negativa. Gustando de contemplar retratos, me entretenía yo en admirar aquella serie de rostros alegres, satisfechos, iluminados por la luz de los candelabros, a los que los magníficos caldos del país habían puesto de color púrpura; sus expresiones diversas producían interesantes efectos a la luz de las velas, y a través de los jarros de porcelana, las frutas y los cristales.

Mi imaginación se sintió vivamente impresionada al ver la expresión del invitado que se hallaba sentado precisamente enfrente mío. Era un hombre de estatura media, bastante lleno, risueño, que tenía el aspecto y las maneras de un agente de cambio, y que no parecía dotado de un espíritu vulgar; hasta aquel momento no me había fijado en él. Entonces, su cara, sin duda ensombrecida por la luz artificial, me pareció estar cambiando: se había vuelto terrosa y la surcaban líneas violáceas. Hubiesen ustedes dicho que era el rostro cadavérico de un agonizante. Inmóvil como los personajes pintados en un diorama, sus ojos un tanto desorbitados estaban fijos en las brillantes facetas de un tapón de cristal; pero estaba seguro de que no las contaba, sino que parecía abismado en alguna contemplación fantástica del futuro o del pasado. Al cabo de un cierto rato de examinar aquella faz equívoca, me dio mucho que pensar.

—¿Está sufriendo? —me dije—. ¿Ha bebido con exceso? ¿Está arruinado por la baja de los valores públicos?

¿Está pensando en cómo zafarse de sus acreedores? ¡Mire! —dije a mi vecina de mesa indicándole la cara del desconocido—, ¿no es una bancarrota en flor?

—¡Oh, no! —me contestó—, estaría mucho más alegre.

Luego, inclinando graciosamente la cabeza, añadió:

—Si este llega a arruinarse algún día, lo iría a decir a Pekín. Posee un millón en tierras. Es un ex-proveedor de los ejércitos imperiales, un buen hombre algo original. Se ha vuelto a casar por pura especulación, pero no obstante ha hecho a su mujer extremadamente feliz. Tiene una hija muy linda que, durante mucho tiempo, se ha negado a reconocer; pero la muerte de su hijo, fallecido trágicamente en un duelo, le

obligó a llevársela con él, ya que no podía tener más hijos. Con tal decisión, la pobre muchacha se ha visto convertida, de repente, en una de las más ricas herederas de París. La pérdida de su único hijo ha sumido a este hombre en una desilusión, que reaparece algunas veces.

En este momento, el proveedor levantó la mirada hacia mí; me hizo estremecer, ¡tan sombría y pesarosa era! Seguramente esta mirada resumía toda una vida. Pero, súbitamente, su fisonomía se volvió alegre: cogió el tapón de cristal, lo puso, maquinalmente, en una botella llena de agua que estaba frente a él y volvió la cabeza hacia el señor Hermann, sonriéndole. Aquel hombre, beatificado por los placeres gastronómicos, con seguridad no tenía dos ideas en su cerebro, y no estaba pensando en nada. Así, experimenté como una especie adivinatoria *in anima vili*, en un aletargado financiero. Mientras había realizado con manifiesta pérdida de tiempo, mis observaciones frenológicas, el bueno del alemán se había puesto en la nariz un poco de tabaco e iniciaba su historia. Me será muy difícil reproducirla en sus términos exactos, con sus frecuentes y sus disgresiones verbales. De modo que la he transcrito a mi guisa, cargando las faltas al nuremburgués, y apoderándome únicamente de cuanto pudiera tener de poético y de interesante con el candor de los escritores que se olvidan de poner debajo de los títulos de sus libros la frase: *Traducido del alemán*.

# I

## LA IDEA Y EL HECHO

Hacia finales de vendixniario del año VII, época republicana que, en el estilo actual corresponde al 20 de octubre de 1799, dos jóvenes salidos de Bonn por la mañana, habían llegado al atardecer a los alrededores de Andernach, pequeña ciudad situada en la orilla izquierda del Rhin, a pocas leguas de Coblenza. En aquellos días, el ejército francés, mandado por el general Augereau, maniobraba en presencia de los austríacos que ocupaban la orilla derecha del río. El cuartel general de la división republicana estaba establecido en Coblenza, y una de las medias brigadas pertenecientes al cuerpo de Augereau estaba acantonada en Andernach. Los dos viajeros eran franceses. Al ver sus uniformes azules y blancos, con vueltas rojas de terciopelo, sus sables, y sobre todo su sombrero cubierto con una tela embreada adornado con un plumero tricolor, incluso los campesinos alemanes habrían reconocido a dos médicos militares, hombres de ciencia y de mérito, queridos no solamente por todo el ejército, sino también por la gente de los territorios invadidos por nuestras tropas. En aquella época, muchos hijos de familia, arrancados de sus estudios médicos por la reciente ley sobre la conscripción promulgada por el general Jourdan, habían, naturalmente, preferido continuar sus estudios en el campo de batalla que ser adscriptos al servicio militar, poco en armonía con su primitiva educación y sus apacibles destinos. Hombres estudiosos, pacíficos y útiles, estos jóvenes hacían el bien en medio de tantos males, y simpatizaban con los eruditos de los diversos países por los que pasaba la cruel civilización de la República. Provistos tanto el uno como el otro de una hoja de ruta, así como del grado de *subayudante*, firmado por Coste y Bernadotte, aquellos dos jóvenes regresaban a la media brigada a la cual habían sido destinados. Ambos pertenecían a familias burguesas de Beauvais, relativamente ricas, pero en las cuales las buenas costumbres y la lealtad de provincias se transmitían como parte de la herencia. Llevados al escenario de la guerra antes del tiempo indicado para su entrada en funciones, por la natural curiosidad en hombres jóvenes, habían decidido hacer el viaje en diligencia hasta Estrasburgo. Aunque la prudencia maternal solo les había permitido llevar una corta suma, se creían ricos poseyendo algunos luises, verdadero tesoro en tiempos en los que los asignados habían llegado al último grado de depauperación, y en los que el oro tenía mucho más valor que el dinero. Los dos subayudantes, de veinte años de edad todo lo más, obedecieron a la poesía de su situación con el entusiasmo de la juventud. De Estrasburgo a Bonn, habían visitado el Electorado y las orillas del Rhin como artistas, como filósofos, como observadores. Cuando nos hallamos en posesión de un destino científico, somos, a esta edad, seres múltiples. Tanto haciendo el amor como viajando, un subayudante debe atesorar los rudimentos de su fortuna a aquella

admiración profunda a la que se ven obligados los hombres instruidos al contemplar las orillas del Rin y el paisaje de la Suabia entre Maguncia y Colonia; naturaleza fuerte, rica, accidentada, llena de recuerdos feudales, verde, pero guardando en todos sus rincones las huellas del hierro y del fuego. Luis XIV y Turenne cauterizaron esa encantadora región. Aquí y allá, unas ruinas atestiguan el orgullo del rey o quizá la previsión del rey de Versalles, que hizo demoler los magníficos castillos que en otro tiempo habían ornado aquella parte de Alemania. Al ver esa tierra maravillosa, cubierta de bosques, en la que abunda el pintoresquismo medieval, aunque en ruinas, se puede comprender todo el genio alemán, sus sueños y su misticismo. No obstante, la estancia de los dos amigos en Bonn había tenido una finalidad a la vez científica y de placer. El gran hospital del ejército galobátavo y de la división Augereau, estaba instalado en el mismo palacio del Elector. Los subayudantes recientemente nombrados habían ido a visitar a sus camaradas, a entregar unas cartas de recomendación a sus jefes y a familiarizarse con las primeras impresiones de su profesión. Pero también, allí como en otras partes, se despojaron de algunos de los prejuicios exclusivos a los cuales seguimos fieles por mucho tiempo en favor de las bellezas y de los monumentos de nuestro suelo natal. Sorprendidos por el aspecto de las columnas de mármol que sostienen el palacio del Elector, admiraron la grandiosidad de los edificios alemanes y hallaron a cada paso nuevos tesoros antiguos o modernos. De vez en cuando, los caminos por los que erraban nuestros amigos mientras se dirigían a Anderbaoh, les llevaban a la cima de una montaña de granito más elevada que las otras. Allí, por un claro del bosque, por una anfractuosidad de las rocas, contemplaban el Rin encuadrado en sus acantiladas orillas o festoneado por una vigorosa vegetación. Los valles, los caminos, los árboles, exhalaban aquel aroma otoñal que desata la imaginación; las copas de los árboles empezaban a dorarse, y a adoptar colores pálidos y pardos, signos de decrepitud; caían las hojas, pero el cielo era todavía de un hermoso azul y los caminos, secos, se dibujaban como líneas amarillas en el paisaje, iluminado por los oblicuos rayos del sol poniente. A una media legua de Andemach, los dos amigos marchaban en medio de un profundo silencio, como si la guerra no estuviera devastando aquel hermoso país, siguiendo un camino practicado por las cabras a través de las altas murallas de granito azulado entre las cuales discurre el Rin. Pronto empezaron a descender por una de las vertientes de la garganta al fondo de la cual se alza la pequeña localidad, asentada con coquetería a la orilla del río, donde ofrece un puerto a los marineros.

—¡Alemania es un país muy hermoso! —exclamó uno de los dos jóvenes, llamado Próspero Magnan, en el momento en que vio las casas pintadas de Andemach, apretadas unas contra otras como huevos en un cesto, y separadas por árboles, por jardines y por flores.

Después, admiró durante unos instantes los techos puntiagudos de vigas salientes, las escaleras de madera, las galerías de mil pacíficas habitaciones y las barcas balanceadas por las olas en el puerto...

En el momento en que el señor Hermann pronunció el nombre de Próspero Magnan, el proveedor cogió la botella, vertió agua en su vaso y lo vació de un trago. Habiendo atraído aquel gesto mi atención, creí observar un ligero temblor en sus manos y sudor en la frente del capitalista.

—¿Cómo se llama el ex-proveedor? —pregunté a mi amable vecina.

—Taillefer —me respondió.

—¿Se encuentra usted indispuerto? —pregunté viendo palidecer al extraño personaje.

—De ningún modo —dijo agradeciéndome con un gesto mi atención—. Estoy escuchando —añadió haciendo un signo con la cabeza a los invitados, que le miraron todos simultáneamente.

—He olvidado el nombre del otro joven —dijo el señor Hermann—. Lo único que pude sacar de las confidencias de Próspero Magnan, es que su compañero era moreno, bastante delgado, y jovial. Si me lo permiten, le llamaremos Wilhelm para hacer más clara la narración de esta historia.

El buen alemán prosiguió su narración, después de haber bautizado así sin respeto alguno para el romanticismo y el color local al subayudante francés con un nombre germánico.

—En el momento en que los dos jóvenes llegaron a Andernach era ya noche cerrada. Considerando que perderían mucho tiempo en encontrar a sus jefes, en hacerse reconocer, en obtener un alojamiento militar en una población llena de soldados, decidieron pasar su última noche de libertad en una posada situada a un centenar de pasos en Andernach, de la que habían admirado desde lo alto de los acantilados los ricos colores embellecidos por los rayos de fuego del sol poniente. Totalmente pintada de rojo, esta posada producía un efecto impresionante en el paisaje, ya destacándose sobre la masa general de la localidad, ya oponiendo su amplia cortina de púrpura al verdor del follaje y su tono vivo a los grisáceos de las aguas. Aquella casa debía su nombre a su decoración exterior, indudablemente impuesta desde tiempo inmemorial por capricho de su fundador. Una superstición mercantil, bastante natural, de los diferentes propietarios de aquella casa, muy famosa entre los marineros del Rin, les había hecho conservar cuidadosamente tal costumbre. Al oír el galope de caballos, el dueño de la *Posada Roja* acudió a la puerta de entrada.

—¡Pardiez! —gritó—, señores, si llegan un poco más tarde, habrían tenido que dormir bajo las estrellas, como la mayor parte de sus compatriotas que vivaquean al otro lado de Andernach. ¡Todo está ocupado en mi casa! Si lo que desean es una buena cama, solamente puedo ofrecerles mi propia habitación. En cuanto a sus caballos, una pajaza en un rincón del patio. Esta noche los establos están completamente llenos. ¿Los señores vienen de Francia?

—De Bonn, —respondió Próspero—, y no hemos comido nada desde esta mañana.

—En cuanto a víveres —dijo el posadero inclinando la cabeza—, hay gente que viene a la *Posada Roja* desde veinte leguas a celebrar una boda. Tendrán ustedes un festín principesco, ¡nada menos que peces del Rhin!

Después de haber confiado sus fatigadas cabalgaduras a los cuidados del posadero, que llamaba inútilmente a sus criados, los dos subayudantes entraron en la sala común de la posada. Las nubes espesas y blancas exhaladas por una numerosa asamblea de fumadores no les permitieron, en los primeros momentos, distinguir la clase de gente con la cual iban a encontrarse; pero, cuando estuvieron sentados en una mesa, con la paciencia práctica de los viajeros filósofos que han comprobado la inutilidad del ruido, distinguieron, a través de los vapores del tabaco, los obligados accesorios de una posada alemana; la estufa, el reloj, las mesas, las jarras de cerveza, las largas pipas; en todas partes, rostros heteróclitos, judíos, alemanes y algunas caras rudas de marineros. En medio de aquella bruma brillaban también las charreteras de algunos oficiales franceses, y el tintineo de espuelas y sables resonaba incesantemente sobre el suelo de madera. Unos estaban jugando a las cartas, otros discutían, bebían o se paseaban. Una mujer baja y gruesa, con un gorro de terciopelo negro, un corpiño de color plata, un manojo de llaves y los cabellos trenzados, marcas todas ellas distintivas de las posaderas alemanas, cuyo aspecto y vestido ha sido tantas veces reproducido en grabados que resulta vulgar describirlo nuevamente, la mujer del posadero, pues, entretuvo pacientemente y con notable habilidad a los dos viajeros. Insensiblemente, el ruido disminuyó, los viajeros se retiraron y la nube de humo se disipó. Cuando fue servido el cubierto de los dos subayudantes, cuando la clásica carpa del Rhin hizo su aparición sobre la mesa, cuando sonaron las once horas el comedor estaba vacío. El silencio de la noche dejaba oír vagamente el ruido que hacían los caballos comiendo el pienso o piafando, el murmullo de las aguas del Rhin, todos esos rumores indefinibles que animan una posada llena cuando llega la hora de acostarse. Se abrían puertas y ventanas, unas voces murmuraban vagas palabras, en las habitaciones resonaban gritos espaciados. En aquel momento de silencio y de tumulto, los dos franceses y el dueño del hostel, ocupado en hacer el panegírico de Andernach, de la comida, de su vino del Rhin, del ejército republicano, y de su mujer, escucharon con atención los roncós gritos de algunos marineros y los ruidos de una embarcación atracando en el muelle. El posadero, sin duda familiarizado con las exclamaciones guturales de los bateleros, salió precipitadamente, y regresó en seguida. Acompañaba a un hombre bajo y rechoncho seguido de dos marineros que llevaban una pesada maleta y algunos bultos. Depositados los paquetes en la sala, el hombrecillo cogió personalmente su maleta y la guardó cerca de él, sentándose, sin ceremonia, en la mesa frente a los dos subayudantes.

—Iros a dormir a la barca —dijo a los marineros— la posada está llena. Y bien mirado, creo que será mejor.

—Señor —dijo el posadero al recién llegado—, esto es todo lo que me queda de

provisiones...

E indicó la cena servida a los dos franceses.

—No me queda ni un mendrugo de pan, ni un hueso...

—¿Y col picada?

—Ni para llenar el dedal de mi mujer. Como he tenido el honor de decirle, no podré darle otra cama que la silla en la que está ahora sentado, ni otra habitación que esta misma sala.

A estas palabras, el hombrecillo lanzó sobre el posadero, sobre la sala y sobre los dos franceses, una mirada en la que revelaban, por igual, cautela y temor.

—Aquí debo hacerles observar —dijo el señor Hermann interrumpiendo su narración— que nunca hemos podido saber el verdadero nombre ni la historia de aquel desconocido; sus papeles únicamente revelaron que venía de Aix-la-Chapelle; había adoptado el apellido Walhenfer y poseía en los alrededores de Neuwled una fábrica de agujas bastante considerable. Como todos los fabricantes de este país llevaba un abrigo de paño corriente, unos pantalones y un chaleco de pana verde oscuro, botas y un largo cinturón de cuero. Su rostro era redondo, sus modales francos y cordiales; pero durante aquella noche le fue muy difícil disimular completamente ciertas aprensiones ocultas o quizá crueles preocupaciones. La opinión del posadero ha sido siempre que aquel comerciante alemán huía de su país. Más tarde supe que la fábrica había sido incendiada por uno de esos azares desgraciados tan frecuentes en tiempos de guerra. A pesar de su expresión generalmente preocupada, su aspecto revelaba una gran sencillez. Tenía hermosos rasgos faciales, y sobre todo, un cuello muy largo, cuya palidez era realzada por una corbata negra. Tanto era así que Wilhelm se la indicó, en broma, a Próspero...

Aquí, el señor Taillefer bebió un vaso de agua.

—Próspero ofreció cortésmente al comerciante compartir su cena y Walhenfer aceptó sin cumplidos, como hombre que se sentía capaz de corresponder a aquella gentileza; dejó su maleta en el suelo, puso los pies encima, se quitó el sombrero, se sentó, se desembarazó de los guantes y de dos pistolas que llevaba en el cinturón. El posadero trajo rápidamente otro cubierto, y los tres comensales empezaron a satisfacer silenciosamente su apetito. La atmósfera de la sala era tan cálida y las moscas tan abundantes, que Próspero rogó al posadero abriera la ventana que daba a la puerta para renovar el aire. Esta ventana estaba asegurada con una barra de hierro cuyos dos extremos se metían en dos agujeros practicados a ambos lados de su encuadre. Para más seguridad, dos tuercas, hundidas en cada uno de los postigos, la sujetaban mediante unos tornillos. Por casualidad, Próspero examinó cómo abría la ventana el posadero.

»Pero, ahora que menciono estas particularidades del interior de la posada —nos dijo el señor Hermann— bueno será les describa la disposición de la misma; ya que del conocimiento exacto del lugar depende el interés de esta historia. La sala en la que se encontraban nuestros tres personajes tenía dos puertas de salida. Una daba al

camino de Andernach que sigue el curso del Rhin. Allá, frente al albergue, se encontraba el pequeño desembarcadero donde estaba amarrada la embarcación alquilada por el fabricante para el viaje. La otra puerta daba al patio de la posada. Este patio estaba rodeado por muros muy altos, y repleto, en aquellos momentos, de animales de carga y de caballos, ya que las cuadras estaban llenas de gente. La puerta principal había sido tan cuidadosamente atrancada, que, para mayor rapidez, el dueño del mesón había hecho entrar al comerciante y a los marineros por la puerta de la sala que daba a la calle. Después de haber abierto la ventana, según deseo de Próspero Magnan, cerró esta puerta, metió las barras dentro de los agujeros y colocó las tuercas. La habitación del dueño, en la que debían pasar la noche los dos subayudantes, era contigua a la sala común, y estaba separada únicamente por un delgado tabique de la cocina, en la que, seguramente pensaban dormir el posadero y su mujer. La criada acababa de salir para irse en algún pesebre, en un rincón del granero o en cualquier parte en que encontrara sitio. Es fácil comprender que la sala común, la habitación del posadero y la cocina, quedaban en cierto modo aisladas del resto del edificio. En el patio había dos enormes perros, cuyos graves aullidos anunciaban a unos guardianes vigilantes y sumamente irritables.

«—¡Qué silencio, y qué hermosa noche! —dijo Wilhelm, mirando el cielo, en cuanto el posadero terminó de cerrar la puerta.

»En aquellos momentos, solamente se oía el murmullo del río.

»—Señores —dijo el comerciante a los dos franceses— permítanme que les invite a beber unas botellas de vino para regar esta carpa. Descansaremos de la fatiga de la jornada bebiendo. Por su aspecto y por el estado en que han quedado sus vestidos, veo que, como yo, han hecho mucho camino hoy.

»Los dos amigos aceptaron, y el posadero salió por la puerta de la cocina para bajar a la bodega, sin duda situada en esta parte del edificio. Cuando estuvieron sobre la mesa cinco venerables botellas, traídas por el mesonero, su mujer terminaba de servir la cena. Dirigió a la sala y a la comida una mirada de dueña de casa, y después, segura de haber cumplido con todas las exigencias del servicio, regresó a la cocina. Los cuatro comensales, pues el posadero había sido invitado también a beber, no la oyeron acostar; pero más tarde, en los intervalos de silencio que se producen en la conversación de los bebedores, unos ronquidos bastante pronunciados, más sonoros aún por la disposición abovedada del sobradillo en el que se había metido, hicieron sonreír a los amigos y, sobre todo, al posadero. Hacia la medianoche, cuando sobre la mesa solo quedaron un poco de queso, unos trozos de pan, fruta seca y excelente vino, los comensales, especialmente los dos jóvenes franceses, se fueron haciendo comunicativos. Hablaron de su país, de sus estudios, de la guerra. En fin la conversación se animó. Próspero Magnan hizo que se asomaran unas lágrimas a los ojos del comerciante fugitivo cuando, con la franqueza y la ingenuidad propias de una naturaleza bondadosa y sensible, expuso sus suposiciones sobre lo que debía estar haciendo su madre en este momento en que él se encontraba a orillas del Rhin.

»—La veo —decía— leyendo sus rezos de la noche antes de acostarse. Con seguridad no me ha olvidado, y debe preguntarse: «¿Dónde estará mi pobre Próspero?». Pero, si ha ganado unos sueldos a otra vecina, a tu madre, tai vez —añadió dando un codazo a Wilhelm—, quizá esté metiéndolos en la gran jarra de tierra cocida roja en la que guarda la cantidad necesaria para poder comprar un día treinta arpentas de tierra de la propiedad de Leschevilie. Esas treinta arpentas pueden costar sus buenos sesenta mil francos. ¡Aquellos prados sí que son hermosos! ¡Ah!, si un día llegasen a ser míos, me iría a vivir allí con toda mi familia, sin ambición! ¡Cuántas veces mi padre ha deseado esas treinta arpentas y el hermoso arroyo que discurre por sus prados! En fin, murió sin haberlo podido conseguir... Muchas veces yo, de niño, iba a jugar y a correr por ellos.

»—Y usted, señor Walhenfer, ¿no tiene ningún *hoc erat in votis*? —preguntó Wilhelm.

»—Sí, señor, sí, pero ha sucedido algo, y ahora...

»El hombre guardó silencio, sin terminar la frase comenzada.

»—Yo —dijo el posadero, cuya cara se había ido poniendo progresivamente encarnada— yo, el año pasado, compré un trozo de tierra que había deseado desde hace diez años.

»Estuvieron hablando largo rato, como personas a las que el vino ha desatado las lenguas, y experimentaban aquel sentimiento de amistad pasajera del cual nos mostramos poco avaros durante un viaje, de modo que al llegar el momento de irse a acostar, Wilhelm ofreció su lecho al comerciante.

»—Puede usted aceptarlo —le dijo— porque yo puedo acostarme con Próspero. Ello no constituirá, ciertamente, la primera ni la última experiencia. Usted es nuestro decano, y debemos honrar a la edad.

»—Bah —dijo el posadero—, la cama de mi mujer tiene varios colchones, pueden poner uno en el suelo.

»Y se fue a cerrar la ventana, produciendo el ruido correspondiente a esta prudente operación.

»—Acepto —dijo el comerciante—. Confieso —añadió bajando la voz y mirando a los dos amigos— que lo estaba deseando. Los bateleros me parecen algo sospechosos. Por una noche, no me molestará pasarla en compañía de dos simpáticos y excelentes muchachos, de dos militares franceses. Llevo cien mil francos en oro y joyas en mi maleta.

»La afectuosa reserva con la cual fue recibida aquella imprudente confidencia por los dos jóvenes, tranquilizó aún más al buen alemán. El patrón ayudó a los viajeros a deshacer una de las camas. Después, cuando todo estuvo arreglado convenientemente de la mejor forma posible, les deseó las buenas noches y se fue a acostar. El comerciante y los dos subayudantes bromearon sobre la naturaleza de nuestros almohadones. Próspero metió la caja de sus instrumentos y la de Wilhelm debajo del colchón para realzarlo un poco, de modo a sustituir el travesaño que faltaba, en el

mismo momento en que, con excesiva prudencia, Walhenfer colocaba su maleta debajo de la cabecera.

»—Los dos dormiremos sobre nuestras fortunas; usted sobre su oro; yo, sobre mi caja de instrumental. Queda por saber si mis instrumentos quirúrgicos me proporcionarán algún día tanto oro como ha ganado usted.

»—Es de esperar que así sea —dijo el comerciante—. El trabajo y la honradez acaban siempre por triunfar, pero deben tener paciencia.

»Walhenfer y Wilhelm se durmieron inmediatamente. Sea porque el colchón era demasiado duro, sea porque el cansancio constituyera una causa de insomnio, sea por una fatal disposición de espíritu, Próspero Magnan permaneció despierto. Sus pensamientos tomaron insensiblemente un giro malévolos. Empezó a pensar exclusivamente en aquellos cien mil francos sobre los cuales dormía el comerciante. Para él, cien mil francos eran una inmensa fortuna al alcance de la mano. Empezó por imaginar mil maneras de emplearlos, haciendo castillos en España como hacemos casi todos en los momentos que preceden al sueño, en aquellas horas en que las imágenes nacen confusas en nuestra imaginación y en las que a menudo, por el silencio de la noche, el pensamiento adquiere un poder mágico. Pensaba en los deseos de su madre, compraría las treinta arpentas de prado, se casaría con la señorita de Beauvais, a cuya mano la diferencia de fortuna le prohibía aspirar. Se preparaba con aquella suma toda una vida llena de placeres, y se veía feliz padre de familia, rico, considerado en toda la provincia, y quizás alcalde de Beauvais. Su cabeza picarda se iba inflamando, pensando en la forma de convertir sus ficciones en realidades. Puso un calor extraordinario en combinar un crimen en teoría. Mientras soñaba con la muerte del comerciante veía, distintamente, el oro y los brillantes: tenía los ojos deslumbrados. Su corazón palpitaba agitadamente. La deliberación constituía ya un crimen. Fascinado por aquella masa de oro, se embriagó moralmente con pensamientos asesinos. Se preguntó si aquel infeliz alemán tenía alguna necesidad de seguir viviendo, y supuso que jamás había existido. En resumen, concibió un crimen procurando asegurar su impunidad. La otra orilla del Rin estaba ocupada por los austríacos; al pie de las ventanas había una barca y unos bateleros; podía cortarle el cuello a este hombre, echar su cadáver al río, escapar con la maleta por la ventana, ofrecer oro a los marineros, y pasar a Austria. Llegó incluso a calcular el grado de habilidad que había adquirido en el manejo de los instrumentos de cirugía, para seccionar instantáneamente la cabeza de su víctima, sin darle la posibilidad de lanzar un solo grito...

En aquel momento, el señor Taillefer se enjugó la frente, y bebió un poco más de agua.

El señor continuó su relato diciendo:

«Próspero se levantó de la cama sin hacer ruido alguno. Convencido de no haber despertado a nadie, se vistió y salió a la sala común; después, con esa fatal inteligencia que el hombre encuentra de repente, con aquella intensidad de tacto y

voluntad que no falta jamás ni en los prisioneros ni en los criminales en la realización de sus proyectos, quitó las barras de hierro sin hacer el menor ruido, las colocó apoyadas en la pared y abrió los postigos con el mayor cuidado para que no chirriaran los goznes. La luna, arrojando su pálida claridad sobre la escena, le permitió distinguir débilmente los objetos de la habitación en la que dormían Wilhelm y Walhenfer. Allí, creo que se detuvo un momento. Los latidos de su corazón eran tan fuertes e intensos, tan sonoros, que se quedó aterrorizado. Luego creyó que no podría obrar con suficiente sangre fría; sus manos temblaban, y las plantas de los pies parecían apoyadas sobre carbones encendidos. Pero la ejecución de sus designios iba acompañada de tantos sueños de felicidad y ventura, que vio una especie de predestinación en este favor de la suerte. Abrió la ventana, regresó a la habitación, sacó la caja y buscó en ella el instrumento más conveniente para cometer el crimen.

»—Cuando llegué junto a la cama —me dijo—, me encomendé maquinalmente a Dios.

»En el instante en que reuniendo todas sus fuerzas levantaba el brazo, oyó, en su interior, como una voz, y creyó distinguir una luz. Tiró el instrumento sobre su cama, salió a la otra estancia y se situó junto a la ventana. Allí, sintió un profundo horror para consigo mismo; y sintiendo todavía débil su virtud, temiendo aún sucumbir a la fascinación de que era presa, salió al exterior y se paseó a lo largo del Rhin, haciendo, por así decirlo, de centinela delante de la posada. En ciertos momentos de su precipitado paseo, llegó hasta Audernach; en otros, sus pasos le llevaron hasta el talud por el cual había bajado para encaminarse a la posada; pero el silencio de la noche era tan profundo, tenía tanta confianza en los perros guardianes, que, a veces, perdía de vista la ventana que había debajo abierta. Lo que deseaba era cansarse aún más, llamar al sueño. No obstante, paseando así bajo un cielo sin nubes, admirando la belleza de las estrellas, excitado quizá también por el aire puro de la noche y por el rumor melancólico de la corriente, fue cayendo en un ensueño que le llevó gradualmente a sanas ideas morales. La razón terminó por disipar totalmente su momentáneo frenesí. Las enseñanzas recibidas durante su educación, los preceptos religiosos y sobre todo, según me dijo, las imágenes de la vida modesta que hasta entonces había llevado bajo el techo paterno, triunfaron sobre sus malos pensamientos... Cuando regresó, después de una larga meditación, al encanto de la cual se había abandonado en la orilla del Rhin, quedándose acodado sobre una enorme piedra, me dijo que no había podido dormir, sino que estuvo en vela tranquilamente al lado de un millón en oro. En el momento en que su honradez salía orgullosa y fortalecida de aquella lucha, se arrodilló con un sentimiento de éxtasis y de felicidad, dio gracias a Dios, y se sintió feliz, ligero, contento, como en el día de su primera comunión, en que se había creído digno de los ángeles ya que había pasado aquel día sin pecar con palabras, ni con acciones, ni con el pensamiento. Regresó a la posada, cerró la ventana sin temor a hacer ruido y se metió en la cama. Su cansancio moral y físico le entregó, indefenso, al sueño, y, al poco rato de reclinar

su cabeza en la almohada, cayó en aquella somnolencia fantástica que precede al sueño profundo. Entonces los sentidos se embotan y la vida se va esfumando gradualmente; los pensamientos son incompletos, los últimos estertores de nuestros sentidos estimulan como una especie de ensoñación.

»—¡Qué pesada está la atmósfera! —se dijo Próspero—. Me parece respirar un vapor húmedo...

»Intentó explicarse vagamente aquel efecto, por la diferencia que debía existir entre la temperatura ambiente de la habitación y el aire puro del exterior. Pero podía distinguir el ruido periódico como el que hacen las gotas de agua de una fuente cayendo del grifo. Obedeciendo a un impulso de pánico quiso levantarse, llamar al posadero y despertar al comerciante o a Wilhelm; pero recordó entonces, para desdicha suya, el reloj de madera; y creyendo identificar aquel ruido con el producido por el péndulo, se durmió con esta indistinta y confusa percepción...

—¿Quiere un poco más de agua, señor Taillefer? —dijo el dueño de la casa al ver que el banquero cogía, maquinalmente la botella.

Estaba vacía.

El señor Hermann continuó su narración, después de la breve pausa ocasionada por la observación del banquero.

—Al día siguiente por la mañana —dijo—. Próspero Magnan fue despertado por un gran alboroto. Le pareció haber oído gritos agudos, y experimentó aquella violenta excitación nerviosa cuando sentimos terminar, al despertar, una sensación penosa iniciada durante el sueño. Se realiza en nosotros un hecho psicológico, un sobresalto, para servirme de la expresión vulgar, que no ha sido todavía suficientemente observado, aunque contiene fenómenos curiosos para la ciencia. Esta terrible angustia, producida quizá por una reunión demasiado súbita de nuestras dos naturalezas, casi siempre separadas durante el sueño, es generalmente muy rápida. Pero persistió en nuestro desdichado subayudante, incluso puede decirse que se aumentó repentinamente, y le causó el más profundo horror cuando percibió un charco de sangre entre su colchón y la cama de Walhenfer. La cabeza del infortunado alemán yacía en el suelo, mientras el cuerpo seguía reposando sobre la cama. Toda la sangre le había manado por el cuello. Al ver sus ojos todavía abiertos y fijos, viendo la sangre que había manchado sus ropas e incluso sus manos, al reconocer su instrumento quirúrgico sobre la cama, Próspero Magnan se desvaneció y cayó en medio de la sangre de Walhenfer.

»—Aquello era —me dijo— un castigo a mis pensamientos.

»Cuando recobró el conocimiento, se encontró en la sala común. Estaba sentado en una silla, rodeado de soldados franceses y de una multitud atenta y curiosa. Miró estúpidamente a un oficial republicano, entregado a la tarea de ir recogiendo las declaraciones de varios testigos y en redactar un atestado. Reconoció al dueño de la posada, a la mujer de este, a los dos marineros, y a la criada de la hostería. El instrumento de cirugía del cual se había servido el asesino...».

Aquí, el señor Taillefer tosió, sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el sudor de la frente. Aquellos actos, bastante naturales, solo fueron observados por mí; los demás invitados tenían los ojos fijos en el señor Hermana y seguían su explicación con especial avidez. El proveedor apoyó un codo sobre la mesa, puso la cabeza sobre su mano derecha y miró fijamente a Hermann. A partir de entonces no dejó ya traslucir ninguna señal de emoción ni de interés; pero su rostro quedó pensativo y terroso, como en el momento en que había jugado con el tapón de la botella.

«—El instrumento quirúrgico del cual se había servido el asesino estaba sobre la mesa, junto con la caja de instrumental, la cartera y los documentos de Próspero. Las miradas de la asamblea se dirigían, alternativamente, sobre las piezas de convicción y sobre el joven, que parecía estar agonizando, y cuyos apagados ojos parecían no ver nada. El confuso rumor que podía percibirse del exterior, acusaba la presencia de una multitud atraída ante la posada por la noticia del crimen, y quizá también, por el deseo de poder ver al asesino. El paso de los centinelas colocados al pie de las ventanas de la sala y el ruido de sus fusiles dominaban el murmullo de las conversaciones; pero la posada estaba cerrada, el patio vacío y silencioso. Incapaz de sostener la mirada del oficial que redactó el atestado, Próspero Magnan notó que una mano se ponía sobre su hombro, y levantó la vista para saber quién era su protector entre aquella multitud enemiga. Reconoció, por el uniforme, al médico mayor de la media brigada acantonada en Andernach. La mirada de aquel hombre era tan penetrante, tan severa, que el infeliz joven se estremeció, y dejó caer la cabeza sobre el respaldo de la silla. Un soldado le hizo respirar vinagre, recobró inmediatamente el conocimiento. No obstante, sus ojos apagados parecían de tal modo privados de vida y de inteligencia que el médico dijo al oficial, después de tomar el pulso de Próspero:

»—Capitán, es imposible interrogar a este hombre ahora...

»—Entonces, lleváoslo —respondió el capitán interrumpiendo al médico y dirigiéndose a un cabo que estaba de pie detrás del subayudante.

»—¡Condenado cobarde! —le dijo en voz baja el soldado— procura por lo menos andar con paso firme delante de estos miserables alemanes, para salvar el honor de la República.

»Aquella interpelación despertó a Próspero Magnan, que se puso en pie, y dio algunos pasos, pero, cuando se abrió la puerta, cuando se sintió refrescado por el aire del exterior, cuando vio entrar a la muchedumbre, sus fuerzas le abandonaron, sus rodillas flaquearon, y se tambaleó.

»—¡Este maldito estudiantino merece dos veces la muerte! —¡Anda ya!, dijeron los dos soldados que le ayudaron con sus brazos a sostenerse.

»—¡Oh!, ¡qué cobarde! ¡Que cobarde! ¡Es él...!

»Estas palabras parecían pronunciadas por una sola voz, la voz tumultuosa de la muchedumbre que le acompañaba injuriándole, y que iba en aumento. Durante el trayecto entre la posada y la cárcel, el alboroto que levantaban el populacho y los soldados, el murmullo de los diferentes comentarios y coloquios que levantaba la

escena, la visión del cielo y el frescor del aire, el aspecto de Andernach y las rizadas aguas del Rhin, todas aquellas impresiones, llegaban al alma del subayudante vagas, confusas, como todas las sensaciones experimentadas desde que se despertó. Por momentos, me dijo, creía que no existía.

»Yo estaba, por aquel entonces, en la cárcel —dijo el señor Hermann, interrumpiéndose—. Entusiasta como somos todos a los veinte años, había deseado defender mi patria, y mandaba una compañía franca que había organizado en los alrededores de Andernach. Unos días antes, había caído, por la noche, en medio de un destacamento francés compuesto de ochocientos hombres. Nosotros no éramos ni doscientos. Mis espías me habían vendido. Fui encerrado en la cárcel de Andernach. Se estaba discutiendo si se me fusilaría o no, para dar un ejemplo a la región. Los franceses hablaban también de represalias, pero la inmolación que deseaban vengar los republicanos no había tenido lugar en el electorado. Mi padre había conseguido un aplazamiento de la sentencia de tres días, para poder ir a solicitar mi indulto al general Augereau, que le concedió. Pude ver, pues, a Próspero Magnan en el momento en que entró en la cárcel de Andernach, e inmediatamente me inspiró la más profunda lástima. Aunque estaba pálido, deshecho, cubierto de sangre, su cara revelaba tal inocencia y candor, que me impresionó intensamente. A mi modo de ver, Alemania respiraba en sus rubios cabellos y en sus azules ojos. Verdadera imagen de mi atribulada patria, se me apareció como una víctima y no como un asesino. En el momento en que pasó por debajo de mi ventana, apareció en sus labios dirigida a no sé quién, la sonrisa amarga y melancólica de un alienado que encuentra una fugitiva luz de razón. Aquella sonrisa no era, desde luego, la de un asesino. Cuando vi al carcelero, le interrogué sobre el nuevo prisionero.

»—Desde que ha entrado en el calabozo no me ha dirigido la palabra. Está sentado con la cabeza entre las manos, y duerme o reflexiona sobre su situación. Según lo que dicen los franceses, le ajustarán las cuentas mañana por la mañana, y será fusilado a las veinticuatro horas.

»Permanecí toda la tarde bajo la ventana del prisionero, durante el rato que me permitían pasear por el patio de la cárcel. Hablamos y me contó, con toda sencillez, su aventura, respondiendo con bastante lucidez a las preguntas que le hice. Después de esta primera conversación, no dudé más de su inocencia. Solicité, y obtuve, permiso para pasar unas horas junto a él. Le vi, entonces, varias veces, y el pobre muchacho me inició sin preocupación, en todos sus pensamientos. Se creía a la vez inocente y culpable. Recordando la horrible tentación a la cual tuvo la energía suficiente de resistir, temía haber realizado, durante el sueño y en un ataque de sonambulismo, el crimen en que pensaba despierto.

»—Pero ¿tu compañero? —le pregunté.

»—¡Oh! —exclamó convencido—. Wilhelm es incapaz...

»No pudo terminar. Ante aquellas palabras tan llenas de juventud y de leal amistad, le estreché la mano.

»—Al despertar me dijo: “Se habrá asustado, habrá perdido la cabeza y seguramente ha huido”.

»—¿Sin despertarte? —le dije—. Entonces tu defensa será muy fácil, ya que la maleta de Walhenfer no habrá sido robada.

»De repente, empezó a derramar abundantes lágrimas.

»—¡Oh, sí, soy inocente! —exclamó—. Yo no he asesinado. Recuerdo perfectamente lo que he soñado. Estaba jugando con mis compañeros de colegio. No he cortado la cabeza de ese comerciante, ¡si soñaba que estaba jugando!

»Después, a pesar de algún rayo de esperanza que de vez en cuando le devolvía la calma, se sentía siempre agobiado por un remordimiento. La realidad era que había alzado el brazo para asestar un golpe mortal al comerciante. Se condenaba a sí mismo, y no se encontraba totalmente puro y libre de culpa por el hecho de haber cometido el crimen en su pensamiento.

»—Y no obstante, yo soy bueno —exclamaba—. ¡Oh, mi pobre madre! Puede ser que en este momento juegue al imperial con sus vecinas en el pequeño salón tapizado. Si supiera solamente que he levantado la mano para asesinar a un hombre... ¡se moriría! ¡Y ahora estoy en la cárcel acusado de haber cometido un crimen! Si no he matado a ese hombre, indudablemente mataré a mi madre.

»A estas palabras, cesó de llorar; pero impulsado por ese furor breve y vivo tan familiar a los picardos, se lanzó contra la pared, y de no haberlo retenido, se hubiera estrellado la cabeza.

»—Espera el juicio —le dije—. Serás absuelto, eres inocente. Y tu madre...

»—¡Mi madre —exclamó con rabia— se enterará de mi acusación! En las aldeas se enteran de todo; la pobre mujer morirá de pena. Por otra parte, no soy inocente. ¿Quieres saber toda la verdad? Noto como si hubiera perdido la virginidad de mi conciencia.

»Después de aquella terrible frase, se sentó, cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza y miró el suelo con aspecto sombrío. En este momento el carcelero vino a rogarme que regresara a mi celda; pero, disgustado por tener que abandonar a mi compañero en un instante en que su desaliento parecía tan profundo, le estreché en mis brazos en prueba de amistad.

»—Ten paciencia —le dije—, probablemente todo terminará bien. Si las palabras de un hombre honrado pueden apagar tus dudas, debes saber que te estimo y aprecio. Acepta mi amistad y duerme sobre mi corazón, si es que no te consideras en paz con el tuyo.

»Al día siguiente, un cabo y cuatro fusileros vinieron a buscar al subayudante hacia las nueve horas. Al oír el ruido que hacían los soldados, me asomé a la ventana. Cuando el joven atravesó el patio, sus ojos se fijaron en mí. Jamás podré olvidar aquella mirada preñada de sentimientos, de presentimientos, de resignación y de no sé qué gracia triste y melancólica. Fue una especie de testamento silencioso e inteligible por medio del cual un amigo lega su vida perdida a su último amigo. La

noche debió de ser muy dura para él, muy solitaria; pero quizá también la palidez que se reflejaba en su cara revelaba cierto estoicismo extraído de una nueva estima hacia sí mismo. Quizá se había purificado por el remordimiento y creía lavada su falta en su dolor y en su vergüenza. Andaba con paso firme; y, ya desde buena mañana, había hecho desaparecer todo rastro de sangre de su cuerpo y de su uniforme.

»—Mis manos se han mojado fatalmente mientras dormía, ya que mi sueño es siempre muy agitado —me había dicho la víspera con un horrible acento de desesperanza.

»Supe que iba a comparecer ante un consejo de guerra. La división debía, al día siguiente, ponerse en marcha, y el jefe de la media brigada no quería irse de Andernach sin hacer justicia del crimen en el mismo lugar en que había sido cometido... Quedé en una mortal angustia durante todo el tiempo que duró el consejo de guerra. Por último, hacia el mediodía, Próspero Magnan fue devuelto a la cárcel. Realizaba en este momento mi acostumbrado paseo; me vio y se lanzó en mis brazos.

»—¡Perdido! —dijo—. ¡Estoy perdido sin esperanza! Para todo el mundo seré, pues, un asesino...

»Y levantó la frente con orgullo.

»—Esta injusticia me ha devuelto toda mi inocencia. Mi vida había estado siempre revuelta, mi muerte será sin reproches. Pero ¿existe de verdad un porvenir?

»Todo el siglo XVIII quedaba resumido en esta interrogación. Permaneció pensativo.

»—En fin —le dije—. ¿Qué has contestado? ¿Qué te han preguntado? ¿No lo habrás hecho ingenuamente como hiciste conmigo?

»Durante un instante me miró fijamente; después de aquella pausa escalofriante, me respondió con una febril vivacidad de palabras:

»—En primer lugar, me han preguntado: «¿Salió usted de la posada durante la noche?». Yo dije: “Sí”. “¿Por dónde?”. Me he sonrojado, y respondí: “Por la ventana”. “Esto quiere decir que la había abierto usted previamente”. “Sí”, he contestado. “¡Debe usted de haberlo hecho con muchas precauciones, porque el posadero no oyó nada!”. Yo quedé estupefacto. Los marineros han declarado haberme visto paseando, yendo unas veces hacia Andernach y otras hacia el bosque. Hice, según ellos, varios viajes. Enterré el oro y los brillantes. En fin, ¡la maleta no ha sido encontrada! Después estaba en guerra continua con mis remordimientos. Cuando he intentado hablar, una voz implacable me gritaba: *¡Has deseado cometer un crimen!* Todo estaba en contra mía, incluso yo... Me han preguntado sobre mi camarada, y le he defendido todo lo que he podido. Entonces me han dicho: “El culpable debe de estar entre usted, su camarada, el posadero y su mujer. Aquella mañana todas las puertas y ventanas han sido encontradas cerradas”. Ante esta observación —prosiguió— me he quedado sin voz, sin energía, sin alma. Más seguro de mi amigo que de mí mismo, no podía en modo alguno acusarle. He comprendido que se nos consideraba cómplices del asesinato, y que yo pasaba por el más torpe. He intentado explicar el

crimen por el sonambulismo, y justificar a mi amigo; entonces, he empezado a divagar. Estoy perdido. He leído mi condena en los ojos de los jueces. Han dejado escapar sonrisas de incredulidad. Todo está ya dicho. Se acabó la incertidumbre. Mañana seré fusilado. ¡No pienso ya en mí —siguió diciendo—, sino en mi pobre madre!

»Se detuvo, miró al cielo y dejó de llorar. Sus ojos estaban secos y congestionados./

»—¡Federico...!

»¡Ah!, el otro se llamaba Federico... ¡Federico! Sí, ahora recuerdo su nombre —exclamó el señor Hermann con aire de triunfo».

Mi vecina me dio un golpe con el pie, y me hizo una señal indicándome al señor Taillefer. El ex-proveedor había dejado caer negligentemente la mano sobre sus ojos; pero, a través de los dedos, creímos poder observar una llama sombría en su mirada.

—Vaya —me dijo mi vecina—, se llama Federico.

Le contesté con un guiño, como para decirle: «¡Silencio!».

Hermann prosiguió así:

«¡Federico! —exclamó el subayudante—. Federico me ha abandonado. Habrá tenido miedo. Quizá se escondió cobardemente en la posada, ya que por la mañana nuestros caballos seguían en el patio. Qué incomprensible misterio —añadió después de un momento de silencio—. ¡El sonambulismo!, ¡el sonambulismo! Solo he tenido un ataque en toda mi vida, y todavía a los seis años de edad. Me iré de aquí —prosiguió, dando un golpe con el pie en el suelo— y me llevaré todo cuanto de amistad hay en el mundo. Será como morir dos veces, al dudar de una fraternidad iniciada a los cinco años, y continuada en el colegio, en la facultad. ¿Dónde estará Federico?

»Lloró otra vez. ¡Apreciamos, pues, más un sentimiento que nuestra propia vida!

»—Entremos —me dijo—, prefiero estar en el calabozo. No quisiera que me vieran llorando. Me enfrentaré valerosamente con la muerte, pero soy incapaz de mostrarme heroico cuando todavía no hay necesidad de serlo, y confieso que lamento mucho tener que perder mi joven y hermosa vida... Durante la noche pasada no he dormido; he estado recordando escenas de mi infancia, y me he visto corriendo por esos prados cuyo recuerdo puede ser que haya sido el causante de mi perdición. Yo tenía un porvenir —me dijo interrumpiéndose—. Doce hombres, un subteniente que gritará: “Apunten... ¡Fuego!”; un redoble de tambores; y ¡la infamia!, he aquí el porvenir que me espera. ¡Oh, debe haber un Dios que evite todo esto!

»Entonces me tomó y me estrechó entre sus brazos con fuerza.

»—¡Ah, tú eres el último hombre al cual he podido abrir mi alma! Tú serás libre, tú verás a tu madre. Ignoro si eres rico o pobre, pero ¡qué importa! Tú eres, para mí, el mundo entero...; esos seguirán combatiendo, pero un día u otro terminarán de luchar. Pues bien, cuando se restablezca la paz, te ruego vayas a Beauvais. Si mi madre sobrevive a la fatal nueva de mi muerte, no te será difícil encontrarla. Dile

estas consoladoras palabras: “¡Era inocente!”. Te creerá —prosiguió—. Voy a escribirle; pero tú le llevarás mi última mirada, tú le dirás que has sido el último hombre a quien he dado un abrazo. ¡Ah!, cómo te querrá, la pobre mujer, a ti, que has sido mi último amigo. Aquí —dijo después de un momento de silencio, durante el cual quedó como anonadado bajo el peso de sus recuerdos— los jefes y los soldados me son desconocidos, y les causo horror a todos. Sin ti, mi inocencia sería un secreto entre el Cielo y yo.

»Le juré cumplir religiosamente sus últimos deseos. Mis palabras, la efusión de mi corazón, le impresionaron. Pocos minutos más tarde, los soldados fueron a buscarle y le condujeron nuevamente ante el consejo de guerra. Había sido condenado.

»Ignoro las formalidades que debieron seguir o acompañar aquel primer juicio, y no sé tampoco si el joven estudiante de medicina defendió su vida en toda regla; pero estaba convencido de que al día siguiente por la mañana tendría que marchar al suplicio, y se pasó toda la noche escribiendo a su madre.

»—Los dos seremos libres —me dijo sonriendo al día siguiente cuando fui a verle —, me he enterado de que el general te ha indultado.

»Permanecí silencioso y le miré atentamente para grabar los rasgos de su cara en mi memoria. Tomó una expresión de disgusto, y me dijo:

»—¡He sido tristemente cobarde! He pasado toda la noche rogando clemencia a estas paredes...

»Y me señaló las de su calabozo.

»—Sí, sí —repitió—, he llorado de desesperación, me he indignado, he sufrido la más terrible de las agonías morales... ¡Y estaba solo...! Ahora pienso lo que van a decir los otros... El valor es una costumbre que se adquiere. Debo marchar decentemente a la muerte... Así...

## II

### LAS DOS JUSTICIAS

—Oh, por favor, no termine usted —exclamó la joven que había solicitado aquella historia, interrumpiendo bruscamente al nuremburgués—. Quiero permanecer en la incertidumbre y creer que se ha salvado. Si hoy supiera que ha sido fusilado, no dormiría en toda la noche. Mañana me contará el resto.

Nos levantamos de la mesa. Mientras aceptaba el brazo del señor Hermann, mi vecina le dijo:

—Ha sido fusilado, ¿no es cierto?

—Sí, yo fui testigo de su ejecución.

—Cómo, señor, ¿ha podido...?

—Lo había solicitado, señora. Hay cualquier cosa de espantoso en seguir el entierro de un hombre vivo, de un hombre a quien se quiere, de un inocente. Aquel pobre muchacho no dejó de mirarme. Parecía como si solo viviera en mí. Quería —dijo— que yo le llevara a su madre su último aliento.

—Y bien, ¿la ha visto?

—Después de la Paz de Amiens, vine a Francia para llevar a su madre estas hermosas palabras: «¡Soy inocente!». Había emprendido religiosamente este peregrinaje. Pero la señora Magnan había muerto de consunción. Ño sin una profunda emoción, quemé la carta de que era portador. Posiblemente se burlen ustedes de mi exaltación germánica, pero en el secreto eterno en que iba a ser enterrada aquella última despedida, vi un drama de sublime melancolía, una despedida suspendida entre dos tumbas, ignorada por todo el mundo, como un grito lanzado en medio del desierto por un viajero sorprendido por un león.

—Y si ahora se le pusiera a usted cara a cara con uno de estos caballeros que están en el salón y le dijeran: «¡He aquí al asesino!», ¿no sería esto otro drama? —le pregunté interrumpiéndole—. ¿Qué haría usted?

El señor Hermann fue a recoger su sombrero y se marchó.

—Verdaderamente, ha obrado usted como un muchacho, y con mucha ligereza —me dijo mi vecina de mesa—. ¡Mire a Taillefer! Vea: ahí está sentado en el sofá, allí, al lado de la chimenea, y la señorita Fanny le ofrece una taza de café; se sonríe. ¿Es que un asesino al que la narración de esa aventura debiera ser como un suplicio, podría mostrarse tan tranquilo? ¿No tiene un aspecto realmente patriarcal?

—Sí, pero vaya usted a preguntarle si ha hecho la guerra en Alemania —dije yo.

—¿Por qué no?

Y con la audacia de que están dotadas la mayor parte de las mujeres cuando están interesadas en algo o dominadas por la curiosidad, mi vecina avanzó hacia el proveedor.

—¿Ha estado usted en Alemania? —le preguntó.

Por poco se le cae a Taillefer la taza de las manos.

—¿Yo, señora...? No, nunca.

—¿Qué es lo que dices, Taillefer? —objetó el banquero interrumpiéndole—. ¿No estuviste con la Intendencia durante la campaña de Wagram?

—Ah, sí, tienes razón —respondió Taillefer—, entonces sí estuve.

—Está usted equivocado, es una buena persona —me dijo mi vecina regresando a mi lado.

—Pues yo le digo que, antes de que termine la velada, haré que el asesino salga del barrizal en que se esconde.

Cada día tiene lugar ante nuestros ojos un fenómeno moral de una impresionante intensidad, y no obstante muy simple para ser observado. Si en un salón se encuentran dos hombres, uno de los cuales tiene derecho a despreciar o a odiar al otro, ya sea por el conocimiento de un hecho íntimo y latente del que es conocedor, ya sea por un secreto, e incluso por una venganza futura, aquellos dos hombres se adivina mutuamente y presienten el abismo que les separa o que pronto les separará. A su pesar, se observan uno a otro, sus gestos dejan traslucir una indefinible emanación de su pensamiento, hay un imán entre ellos. No sé qué es lo que atrae más, si la venganza o el crimen, si el odio o el insulto. Como el sacerdote que no podía consagrar la hostia en presencia del espíritu maligno, están los dos como cohibidos, desafiantes: uno se mantiene correcto, el otro desafiante; uno se sonroja o empalidece, el otro tiembla; a menudo el vengador se encuentra cohibido como la víctima. Pocas personas tienen valor suficiente para producir un mal, incluso si es necesario; y muchos hombres perdonan para evitar el escándalo o callan por un trágico encogimiento de espíritu. Esta intersospecha de nuestras almas y de nuestros sentimientos hizo que se iniciara una lucha misteriosa entre el proveedor y yo. Desde la primera interpelación que le había hecho durante la narración del señor Hermann, rehuía mis miradas. Quizá también evitaba las de los demás invitados. Estaba conversando con la inexperta Fanny, la hija del banquero; experimentando sin duda, como todos los criminales, la necesidad de acercarse a la inocencia, esperando hallar a su vera el reposo y la calma. Pero, aunque me hallaba lejos de él, le estaba escuchando, y mi penetrante mirada fascinaba la suya. Cuando creía poderme espiar, impunemente, nuestras miradas se cruzaban, y rápidamente bajaba la vista. Cansado de tener que soportar aquel suplicio, Taillefer se apresuró a hacerlo cesar poniéndose a jugar. Fui a apostar en favor de su adversario, pero deseando perder mi apuesta. Este deseo se realizó. Reemplacé al jugador saliente, y me encontré cara a cara con el asesino.

—Caballero —le dije mientras daba las cartas—. ¿Tendrá la amabilidad de *manifestarse*?

Hizo pasar precipitadamente sus fichas de la izquierda a la derecha. Mi vecina, que había venido a mi lado, me lanzó una mirada significativa.

—¿No será usted, por casualidad —pregunté dirigiéndome al proveedor—, el señor Federico Taillefer, cuya familia he tratado mucho en Beauvais?

—Sí señor —me respondió.

Dejó caer las cartas, empalideció y se cubrió el rostro con las manos, rogó a uno de los jugadores que jugara por él y se levantó.

—Aquí hace demasiado calor —dijo—, temo...

No pudo terminar. Su cara expresó, súbitamente, los más espantosos sufrimientos, salió rápidamente. El dueño de la casa acompañó a Taillefer, interesándose por su estado. Mi vecina y yo le seguimos con la mirada; pero yo encontré un no sé qué de amarga tristeza en su cara.

—¿Su conducta puede considerarse como misericordiosa? —me preguntó, llevándome hacia una ventana en cuanto hube dejado el juego, después de haber perdido—. ¿Pretende usted poseer el poder de leer en todos los corazones? ¿Por qué no dejar obrar a la justicia humana y a la justicia divina? ¡Si escapamos a una, jamás evitamos a la otra! ¿Son dignos de envidia los privilegios del presidente de un tribunal de lo criminal? Casi ha obrado usted como un verdugo...

—Después de haber compartido, estimulado, mi curiosidad, ahora me sermonea.

—Me ha hecho usted reflexionar —me respondió.

—¡Entonces se acabaron los locos, guerra a los desventurados y deifiquemos el oro! Pero dejemos ya esto —añadió riendo—. Mire, se lo ruego, esa muchacha que hace su entrada en el salón.

—¿Y qué?

—Tuve ocasión de verla, hace tres días, en el baile que dio el embajador de Nápoles; inmediatamente me enamoré perdidamente. Por favor, dígame quién es. Nadie pudo...

—¡Es la señorita Victorina Taillefer!

Tuve como un estremecimiento.

—Su suegra —me dijo mi vecina, cuya voz apenas se oía— hace poco que la sacó de un convento donde terminó sus estudios... Durante muchos años su padre se negó a reconocerla. Es la primera vez que viene aquí. Es muy linda y sumamente rica.

Estas palabras fueron acompañadas de una sonrisa sardónica. En este momento oímos unos gritos violentos, pero como ahogados; parecían proceder de un apartamento próximo, y su eco se extendía por el jardín.

—¿No es la voz del señor Taillefer? —exclamé.

Prestamos al ruido nuestra mayor atención, y unos espantosos gemidos llegaron hasta nuestros oídos. La esposa del banquero corrió precipitadamente hacia nosotros y cerró la ventana.

—Evitemos escenas desagradables —nos dijo—. ¡Si la señorita Taillefer oye a su padre, podría darle un ataque de nervios!

El banquero regresó al salón y buscó a Victorina y le dijo unas palabras en voz

baja. Inmediatamente la joven lanzó un grito, corrió hacia la puerta y desapareció. Aquello produjo una gran conmoción. Cesaron las partidas. Cada uno interrogó a su vecino. Aumentó el murmullo y se fueron formando grupos.

—¿El señor Taillefer se habrá...? —pregunté.

—¿Suicidado? —inquirió mi mordaz vecina—. Supongo que de ser así, usted llevaría alegremente luto por él, ¿no es cierto?

—Pero ¿qué es lo que le sucede?

—El pobre —dijo la dueña de la casa— sufre una enfermedad cuyo nombre nunca puedo recordar, a pesar de que el doctor Brousson me lo ha dicho varias veces; acaba de tener un ataque.

—¿Qué clase de enfermedad es esta? —preguntó en aquel momento el juez de instrucción.

—Oh, es un mal terrible, señor —respondió—. Los médicos no conocen ningún remedio para él. Parece que los sufrimientos son atroces. En cierta ocasión en que este desdichado Taillefer pasaba unos días en mi propiedad, tuvo un ataque y me vi obligada a irme a casa de una de mis vecinas para dejar de oírle; lanza gritos horribles, y quiere matarse; su hija se vio en la necesidad de tener que atarle a la cama y le puso una camisa de fuerza. Este pobre infeliz pretende tener dentro de la cabeza unos animales que le roen el cerebro; siente tirones, cortes de sierra, en cada uno de sus nervios. Sufre tales dolores de cabeza, que ni siente los cauterios que se le aplican para calmárselos; pero el señor Brousson, su médico, asegura que se trata de una afección nerviosa, una inflamación de los nervios, para lo cual son indicadas sangrías en el cuello y opio en la cabeza; y en efecto, los ataques se han ido haciendo cada vez más raros, y solo aparecen una vez al año, hacia finales del otoño. Cuando se restablece, Taillefer repite incesantemente que habría preferido mejor ser despedazado que volver a sentir semejantes dolores.

—¡Entonces, parece que sufre mucho! —comentó un agente de cambio, la inteligencia del salón.

—Oh —prosiguió la dueña de la casa—, el año pasado estuvo a punto de morir. Había tenido que ir solo a una propiedad suya para solucionar un asunto urgente; tal vez por falta de ayuda, estuvo durante veinticuatro horas tendido rígido, como muerto. Pudo reaccionar merced a un baño muy caliente que le administraron.

—¿Es, pues, una especie de tétanos? —dijo el agente de cambio.

—No lo sé —dijo la señora—. Hace casi treinta años que *goza* de esta enfermedad, contraída en el ejército; él dice que se le metió en la cabeza una astilla de madera al caer en un barco; pero el doctor Brousson espera curarle. Se dice que los ingleses han encontrado la forma de tratar esta enfermedad sin peligro mediante ácido prúsico...

En aquel momento, un grito más agudo que los anteriores resonó por toda la casa y nos heló de horror.

—Y bien, he aquí lo que siempre he esperado —prosiguió la mujer del banquero

—. Esto me hace saltar de la silla y me destroza los nervios. Pero ¡cosa extraordinaria!, este desdichado Taillefer, a pesar de sufrir dolores inauditos, sigue con su vida normal. Come y bebe como si nada tuviera durante los momentos de tranquilidad que le deja este horrible suplicio... La naturaleza es algo realmente curioso. Un médico alemán le dijo que era algo así como una gota cerebral: y esto está, más o menos, acorde con lo que dice Brousson.

Me separé del grupo que se había ido formando alrededor de la dueña de la casa, y salí con la señorita Taillefer, a la que un criado había subido a buscar.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó llorando—. ¿Qué ha hecho mi padre para que el Cielo le castigue con tales sufrimientos...? ¡Un ser tan bueno!

Bajé la escalera con ella y, mientras la ayudaba a subir al coche, vi dentro a su padre doblado en dos. La señorita Taillefer intentó ahogar los gemidos de su padre tapándole la boca con un pañuelo; por desgracia me vio, y su rostro pareció crisparse aún más, un aullido hendió el aire, me lanzó una mirada horrible, y el coche partió.

Aquella cena, aquella velada, ejercieron una cruel influencia sobre mis sentimientos. Yo amaba a la señorita Taillefer, precisamente tal vez porque el honor y la delicadeza me prohibían aliarme a un asesino, por muy buen padre y muy buen esposo que pudiera ser. Una increíble fatalidad hacía que fuese invitado a todas las casas donde podía encontrar a Victorina. A menudo, después de haberme dado a mí mismo palabra de honor de renunciar a verla, me encontraba la misma noche a su lado. Mi placer era inmenso. Mi legítimo amor, lleno de quiméricos remordimientos, tenía todo el aspecto de una pasión criminal. Me despreciaba por saludar a Taillefer cuando por casualidad estaba con su hija; pero yo le saludaba. Finalmente, por desdicha. Victorina no es solamente una muchacha muy hermosa, es también una mujer instruida, con mucho talento, con gran encanto, sin la menor pedantería, sin la más mínima pretensión. Habla con reserva y su carácter tiene encantos melancólicos a los cuales nadie puede resistir; ella me quiere, o por lo menos me lo deja entrever; tiene una sonrisa que reserva solo para mí; y para mí, también su voz se hace más dulce y suave de lo que es normalmente. ¡Oh, sí, me ama!, pero también adora a su padre, pero me alaba sus bondades, su dulzura, sus exquisitas cualidades. Tales elogios son otras tantas puñaladas que me asesta en el corazón. Un día, me encontré casi cómplice del crimen en el que se basa la opulencia de la familia Taillefer; quise pedir la mano de Victorina. Entonces hui, viajé, fui a Alemania, a Andemach. Pero regresé. Encontré a Victorina demacrada, ¡había adelgazado! Si la hubiese hallado con buen aspecto, alegre, estaría salvado. Mi pasión se reavivó con una violencia extraordinaria. Temiendo que mis escrúpulos no degenerasen en monomanía, decidí reunir un sanhedrín de conciencias puras, para intentar hallar un rayo de luz en aquel problema de alta moral y filosofía. El asunto se había complicado aún más después de mi regreso. Anteayer, pues, reuní a todos los amigos que considero más probos, delicados y honestos. Invité a dos ingleses, un secretario de embajada y un puritano; un ex-ministro en toda la madurez política; unos jóvenes aún con todo el encanto e

ingenuidad de la inocencia; un sacerdote, un anciano; y además, a mi tutor, un hombre sencillo que había dejado las más limpias cuentas de tutela que se han presentado jamás en el Palacio de Justicia; un abogado, un juez, en fin, reuní a todas las opiniones sociales, a todas las virtudes prácticas. Comenzamos por comer bien, beber bien, hablar bien, gritar bien; después, a los postres, conté llanamente mi historia, y les pedí su opinión, guardándome el nombre de mi pretendida.

—Aconsejadme, amigos míos —les dije al terminar—. Discutid todo lo extensamente que queráis la cuestión, como si se tratara de un proyecto de ley. Vamos a traer las bolas de billar, y podréis votar a favor o en contra de mi boda, con todo el secreto requerido en un escrutinio.

Inmediatamente, reinó un profundo silencio. El notario se excusó.

—Tengo que redactar un contrato —dijo.

El vino había reducido a mi ex-tutor al silencio, y había que ejercer tutela sobre él para que no le sucediera nada malo al regresar a su casa.

—¡Comprendo perfectamente! —exclamé—. No darme su opinión, es decirme enérgicamente lo que debo hacer.

Se produjo un movimiento en la asamblea.

Un propietario que había colaborado en la suscripción en favor de los hijos y de la tumba del general Foy, exclamó:

—¡Lo mismo que la virtud, el crimen tiene grados!

—¡Charlatán! —me dijo el ex-ministro en voz baja, dándome con el codo.

—¿Dónde está la dificultad? —preguntó un duque, cuya fortuna consiste en propiedades confiscadas a los protestantes cuando la revocación del edicto de Nantes.

El abogado se puso en pie:

—En derecho, la *especie* que nos es sometida no tendría dificultad alguna. El señor duque tiene razón —exclamó el órgano de la ley—. ¿No existe la prescripción? ¿Dónde estaríamos todos nosotros si se investigara sobre el origen de las fortunas? Este es un caso de conciencia. Si quieres de todas formas llevar esta causa ante un tribunal, vete al de la penitencia.

Calló la encarnación del código, se sentó y bebió un vaso de vino de champaña. El hombre encargado de explicar el Evangelio, el buen cura, se puso en pie.

—Dios nos ha hecho frágiles —dijo con firmeza—. Si amas a la heredera del crimen, cástate con ella, pero conténtate con los bienes matrimoniales y da a los pobres los del padre.

—Pero —dijo uno de aquellos porfiadores implacables que tan a menudo pueden encontrarse por el mundo— el padre pudo haber realizado un buen matrimonio por haberse enriquecido. ¡Toda su suerte quizás haya sido debida al fruto de su crimen!

—¡La discusión es en sí misma una sentencia! Hay cosas sobre las cuales los hombres no deliberan —exclamó mi ex-tutor, que creyó esclarecer la asamblea con una salida de borracho.

—¡Sí! —dijo el secretario de embajada.

—¡Sí! —exclamó el cura.

Estos dos hombres no se entendían.

Un doctrinario al que solamente habían faltado ciento cincuenta votos entre ciento cincuenta y cinco votantes para ser elegido, se levantó.

—Caballeros, este accidente fenomenal de naturaleza intelectual es uno de aquellos que más se salen del estado normal al que está sometida la sociedad —dijo—. Así pues, la decisión que se deba tomar, debe ser también un hecho extemporáneo de nuestra conciencia, un concepto repentino, un juicio instructivo, un matiz fugitivo de nuestra aprehensión íntima, parecido a los relámpagos que constituyen el sentimiento del gusto... Votemos.

—¡Votemos! —exclamaron todos mis invitados.

Hice dar a cada uno dos bolas, una blanca, otra roja.

El blanco, símbolo de la virginidad, debía servir para proscribir la boda; la bola roja, la aprobaba. Por delicadeza, me abstuve de votar. Mis amigos eran diecisiete, de modo que nueve constituían la mayoría absoluta. Cada uno fue a meter su bola en un cesto de mimbre de cuello estrecho, en el que se agitan las bolas numeradas cuando se trata de sortear quién juega primero al billar, y fuimos todos agitados por una viva curiosidad, ya que una votación sobre un asunto de moral pura, era algo realmente original. Al realizarse el escrutinio, aparecieron nueve bolas blancas. Aquel resultado no me sorprendió en absoluto; pero confiaba algo más en los jóvenes de mi edad que había entre mis jueces. Los casuistas eran nueve, y todos habían tenido la misma idea.

—Oh, oh —me dije—, existe unanimidad secreta en favor de la boda, y unanimidad para prohibírmela. ¿Cómo salir de este lío?

—¿Dónde vive el suegro? —preguntó absurdamente uno de mis compañeros de colegio, menos hipócrita que los demás.

—¡No existe tal suegro! —dije—. He estado hablando con bastante claridad para hacer superfina vuestra sentencia. Y si ahora mi voz se ha debilitado, he aquí los motivos de mi cobardía. Recibí, hace dos meses, esta seductora carta.

Y les mostré la siguiente esquela, que saqué de mi cartera:

Se ruega a usted asistir al entierro y honras fúnebres del señor

JUAN FEDERICO TAILLEFER,

de la Casa Taillefer y Compañía, ex-Proveedor de Intendencia, Caballero de la Legión de Honor y de la Espuela de Oro, Capitán de la Primera Compañía de granaderos de la Segunda Legión de la Guardia Nacional de París, fallecido el día 1.º de mayo, en su residencia, calle Joubert, que tendrán lugar en etc.

Sus familiares..., etc.

—Y ahora, ¿qué debo hacer? —proseguí—. Voy a exponeros la cuestión en toda su amplitud. Hay, ciertamente, un charco de sangre en las propiedades de la señorita Taillefer, la herencia de su padre es un extenso *Hacelma...*, lo sé perfectamente. Pero Próspero Magnan no dejó herederos, y me ha sido totalmente imposible encontrar a ningún familiar del fabricante de agujas asesinado en Andernach. ¿A quién restituir la

fortuna? Y, ¿debería restituirse la totalidad de la fortuna? ¿Tengo derecho a traicionar un secreto que pude descubrir, a aumentar con una cabeza cortada la dote de una muchacha inocente, a hacer que pase toda su vida en una constante pesadilla, a privarla de una bella ilusión, a matar a su padre por segunda vez, diciéndole: «¡Tus escudos están manchados con sangre!»? Pedí prestado el *Diccionario de Casos de Conciencia* a un anciano sacerdote, y no hallé solución a mis dudas. ¿Hacer una pía fundación para las almas de Magnan, de Walhenfer y de Taillefer? ¡Estamos en pleno siglo xix! ¿Construir un hospicio o instituir un premio a la virtud? ¡El premio a la virtud sería probablemente concedido a cualquier bribón! En cuanto a la mayoría de nuestros hospitales, me parece que en nuestros días se han convertido en protectores del vicio. Por otra parte, estas inversiones, más o menos provechosas para la vanidad, ¿constituirían auténticas reparaciones? ¿Las debo yo? Además, estoy enamorado, y amó con verdadera pasión. ¡Mi amor es mi vida! Si le propongo sin motivo explícito a una muchacha acostumbrada al lujo, a la elegancia, a una vida fértil en placeres artísticos, a una muchacha que gusta de escuchar perezosamente en los Bufons la música de Rossini, si le propongo, pues, que se prive de un millón quinientos mil francos en favor de unos ancianos estúpidos o de unos sarnosos quiméricos, me volverá la espalda riéndose de mí, o su dama de compañía me tomará por un bromista de mal gusto; si, en un éxtasis amoroso, le canto las maravillas de una vida mediocre y la belleza de mi pequeña propiedad a orillas del Loire, si le pido el sacrificio de su vida de París en aras de nuestro amor, sería, en principio, una mentira piadosa; pero puede ser que se convirtiera más tarde en una triste experiencia y perdería el corazón de la muchacha a la que le gusta el baile, los vestidos bonitos y, por el momento, mi persona. Me podría ser arrebatada por algún oficialillo delgado y pimpante, que lleve un bigotito bien rizado, tocara el piano, hablara de Lord Byron y montara a caballo a la perfección... ¿Qué hacer? Caballeros, por favor, denme un consejo...

El hombre honrado, aquella especie de puritano tan parecido al padre de Jenny Deans, de quien ya he hablado en otra parte, y que hasta aquel momento no había abierto la boca, se encogió de hombros diciéndome:

—¡Imbécil! ¿Por qué le has preguntado si era de Beauvais?

París, mayo de 1831.

# Notas

[1] Barbilindos que formaban la corte especial de Enrique III. <<

[2] Antigua medida francesa (1,95 mts.). <<